

LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA ZAITSEV

NAOMI WEST

MISERICORDIA RUBÍ

LA BRATVA ZAITSEV

LIBRO 2

NAOMI WEST

Copyright © 2022 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Misericordia Rubí

1. Kirill
2. Rayne
3. Kirill
4. Rayne
5. Kirill
6. Rayne
7. Kirill
8. Rayne
9. Kirill
10. Rayne
11. Rayne
12. Kirill
13. Kirill
14. Rayne
15. Kirill
16. Kirill
17. Rayne
18. Kirill
19. Rayne
20. Rayne
21. Kirill
22. Kirill
23. Rayne
24. Rayne
25. Kirill
26. Rayne
27. Rayne
28. Rayne
29. Kirill
30. Kirill
31. Rayne
32. Rayne
33. Kirill
34. Kirill
35. Rayne
36. Kirill
37. Rayne
38. Kirill
39. Rayne
40. Rayne

41. Rayne
42. Kirill
43. Rayne
44. Kirill
45. Rayne
46. Rayne
47. Kirill
48. Rayne
49. Rayne
50. Rayne
51. Rayne
52. Kirill
53. Kirill
54. Rayne

Epílogo: Rayne

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

la Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

MISERICORDIA RUBÍ

Voy a tener el bebé del idiota de mi jefe.

Es seguro decir que eso no es ideal…

Especialmente porque él ni siquiera lo sabe.

De hecho, Kirill está del otro lado del país, y estoy bastante segura de que nunca volverá.

No hay problema.

Mi hija y yo estaremos bien sin él.

Al menos eso pensé.

Pero cinco años pasan muy dolorosamente.

Y descubro algo:

Duele hacer esto sola.

Duele hacer esto sin él.

Duele saber qué podría haber sido si ambos no hubiéramos sido tan increíblemente tercos con nuestros corazones.

Entonces, un día, solo uno que creo que no puedo soportar sufrir más…

Él está de vuelta.

Y tengo la oportunidad de decir todas las cosas que he estado esperando decir durante cinco largos años.

Pero antes de que pueda decirlo…

Kirill lanza su propia bomba.

Misericordia Rubí *es el Libro 2 del dueto de la Bratva Zaitsev. La historia de Kirill y Rayne*

comienza en el Libro 1, ***Malicia Rubí.***

KIRILL

CINCO AÑOS DESPUÉS

Observo a German juguetear con el borde deshilachado de una silla en mi oficina durante cinco minutos antes de no poder soportarlo más.

—¿Qué? —ladro.

Él me mira, su dedo todavía tira de la costura desgarrada. —¿Qué de qué?

—Estás destrozando mi silla favorita y es molesto. Estoy intentando trabajar.

—Siempre estás trabajando.

—Y tú siempre eres molesto —respondo.

Suspira y cruza las manos sobre su regazo. —Antes, cuando decías cosas así, sabía que estabas bromeando. Ahora no estoy tan seguro.

Dejo caer mi bolígrafo y alejo la silla de mi escritorio. —Esto no es terapia de pareja. ¿Qué carajo está pasando?

—Cristo —gime German y se levanta—. No quiero hacer esto. Tengamos eso claro. Esto no es algo que me entusiasme hacer. De ahí la… inquietud.

—Habla de una vez, hombre. No tengo tiempo para esta mierda.

—No tienes tiempo para nada —espeta de pronto—. Lo entiendo, sí. Soy tu mejor amigo. Lo he sido durante años y nada va a cambiar eso. Pero los otros hombres… no son tan tolerantes.

Es mi turno de fruncir el ceño. —¿Por qué necesito que me toleren? Si quieren que me disculpe por hacer mi trabajo, que se jodan.

German inclina la cabeza, su mirada es de súplica. —Tú y yo sabemos que tu trabajo es más que el negocio. Eres un líder, Kirill. Tienes que serlo. Si no lo haces tú, alguien más lo hará.

Me levanto de la silla antes de poder siquiera pensarlo. Rueda hacia atrás y se estrella contra la pared al mismo tiempo que me inclino sobre el escritorio y agarro a German por la pechera de su camisa. —Podría matarte por desafiarme así, ¿sabes?

Él traga fuerte. Es la primera vez en todos los años que lo conozco que German realmente parece estar asustado de mí.

—Sabes muy bien que no quiero tu corona, hermano. Soy tu amigo. Te estoy hablando como amigo. Eso es todo lo que siempre he sido.

Con una mueca, aflojo mi agarre sobre su camisa y lo empujo lejos. Tropieza hacia atrás y se sacude el polvo.

—Entonces, ¿esto es algún tipo de intervención? —pregunto—. ¿Un golpe de Estado?

—Ningún golpe —dice con firmeza—. Me conoces mejor que eso. Soy leal. Por eso tengo que decirte… que ya no tienes el mismo fuego que antes, Kirill. No ha sido igual desde…

Desde Ilya.

German no tiene que decirlo. Mi vida está dividida antes y después del ahogamiento de mi hermano menor.

Es elogiable que no haya disuelto y vendido por piezas la Bratva. Que haya mantenido nuestras alianzas y el flujo de dinero y haya seguido expandiendo nuestros territorios debería alcanzar.

Supongo que debería saberlo mejor. Nunca alcanza.

Esta vida no se detiene hasta que te haya cortado hasta los huesos y succionado la médula. Una libra de carne no es suficiente. La Bratva requiere tu misma alma.

—Todo esto es desde el respeto —dice German amablemente—. Todos queremos lo mejor para ti. Porque lo mejor para ti es lo mejor para nosotros. Esta distancia que has creado entre tú y los demás… se está convirtiendo en un problema.

—¿Se supone que debo agarrarlos a todos de la mano? ¿Tengo que ser una especie de figura paterna para mis hombres? No estoy seguro de que alguien quiera lo que tengo para ofrecer en ese ámbito. Mi ejemplo de padre no fue tan cálido y acogedor.

—Te soy leal porque te conozco —responde German—. He visto cuánto te preocupas por la Bratva y tus hombres. Sé cómo era antes. Algunos de los hombres que están con nosotros ahora no estaban aquí para eso. No tienen ninguna razón para creer que lucharás en su nombre. Se sienten… prescindibles.

Abro los brazos. —Si alguien cuestiona mi lealtad, entonces *son* prescindibles.

—Oye —German está sentado en el borde de la silla frente a mí, balanceándose nerviosamente sobre las puntas de los pies—. Creo… creo que es hora de regresar a California. De visitar la casa de la playa.

—De ninguna puta manera.

Él suspira. —Lo entiendo, Kirill. Es difícil. Entiendo, pero…

—No —espeto—. No tengo tiempo para unas vacaciones. Esa casa era para Ilya. No la necesito.

—Creo que estás equivocado —dice en voz baja.

Lo miro con los ojos entrecerrados. German sostiene mi mirada. Él no retrocede. En el fondo, lo respeto.

—Esos últimos meses que estuvimos en California… nunca te había visto así —continúa German—. Estabas tomando decisiones jodidamente descabelladas para hacer estallar alianzas y poner fin a tu compromiso, pero nunca confié en ti más que entonces. Porque tenías algo por lo que luchar. Lo has perdido.

—Regresar no cambiará nada. Ilya está muerto, German. Me ayudaste a enterrarlo en el suelo. Regresar no le devolverá la vida.

—No hablo de Ilya —dice German. Me mira fijo, espera no tener que decirlo. No se la pongo fácil. Le devuelvo la mirada hasta que reúne el coraje—. Tenías a Rayne. Quizá puedas encontrarla y…

Inclino la cabeza hacia atrás y me río. Es una risa oscura y despiadada. —¿De verdad me estás diciendo que necesito volver a California y encontrar a la criada con la que me acosté hace cinco años? Ella no arreglará nada. Sí que no arregló nada en aquel entonces.

No importa que Rayne tuviera los ojos azules más luminosos que jamás haya visto. No importa que su cuerpo encajara perfectamente en mis manos y que estar dentro suyo se sintiera como el propósito de mi vida.

En todo caso, esa es la razón por la que ignoré sus señales de alerta.

Ella luchó conmigo en todo momento e insistió en que sabía mejor. Por eso se encargó de hacer que Ilya se sintiera más independiente. Ella pensó que yo lo estaba manteniendo encerrado innecesariamente, y quería que Ilya se sintiera cómodo asumiendo más riesgos.

Luego, se adentró en el océano y murió.

La dejé ir por la misma razón por la que mantengo a todos los demás a distancia: soy la única persona en la que puedo confiar.

—Vale —German se encoge de hombros, aunque es demasiado rígido y practicado para ser un gesto natural—. No regreses por ella. Regresa porque tenemos negocios allí. Aliados y miembros de la Bratva que no te han visto la cara en cinco años.

Agarro mi silla y la tiro hacia mi escritorio, luego me dejo caer en ella y abro mi laptop. —No necesitan ver mi cara. El hecho de que nuestros enemigos no los estén masacrando demuestra que estoy haciendo mi trabajo.

German se recuesta en la silla. Lo siento mirándome mientras trabajo. Finalmente, pasados unos minutos, se levanta.

—Supongo que hice toda esa investigación para nada.

Aprieto los dientes con fuerza, sin levantar la vista. —No voy a morder ese anzuelo.

—Rayne —dice sucintamente—. No tienes que preguntar; solo te lo diré. Investigué lo que está haciendo ahora. Dónde está.

La curiosidad tira de mí, pero cierro la boca. Nunca preguntaré.

German lo sabe y continúa. —Busqué su antigua dirección —ofrece—. La casa se vendió hace unos años. Su hermana y su cuñado se mudaron. Supongo que Rayne también. Pero desapareció

del mapa. Podría profundizar más. Si quieres. Si tienes curiosidad.

—Vete a la mierda.

—Entendido —él resopla y se dirige hacia la puerta—. Yo, por mi parte, he extrañado California. Las mujeres en bikini en los chiringuitos… Eran tres meses divertidos cada año. Ilya no era el único que lo esperaba con ansias.

El nombre de mi hermano todavía me provoca una punzada. No hablo de él a menudo. No tiene sentido.

Él se fue.

Él no va a volver.

Quizás esa sea razón suficiente para regresar a esa casa. Visitar el lugar sombreado bajo el balcón donde German y yo lo dejamos descansar y recordar, aunque sea por un momento, la vida de mi hermano.

Me digo a mí mismo que esa es la única razón. Por un tiempo, incluso lo creo.

German tiene la mano en el pomo cuando me aclaro la garganta. —Reserva los vuelos a Los Ángeles —digo sin levantar la vista de mi escritorio—. Mañana.

Puedo notar por la inclinación de sus hombros que German está contento, pero tiene el buen sentido de no ser engreído al respecto. Él me da un solo asentimiento y sale de la habitación.

RAYNE

Estoy guardando el trapeador en el armario de ropa blanca cuando oigo que se abre la puerta trasera. —El suelo puede estar resbaladizo —grito—. Acabo de terminar de trapear.

—¿Aún puedo entrar? —pregunta Steven Linley—. ¿O debería caminar hasta la puerta principal?

Sonrío para mis adentros. Soy la única ama de llaves que conozco que podría ordenarle a su jefe que camine alrededor de su propia casa para no arruinar su trabajo de limpieza.

—No, no, vamos, estás bien. Simplemente no quiero que te resbales.

Cierro el armario y entro a la cocina justo a tiempo para ver a Steven quitarse los zapatos y saltar del tapete de bienvenida frente a la puerta trasera al tapete frente al fregadero de la cocina.

Levanto diez dedos. —Diez de diez. Aterrizaje perfecto.

—Supongo que esas clases de ballet que me obligaron a tomar en la universidad dieron sus frutos —se ríe.

Mis ojos se agrandan con incredulidad. —¿Disculpa? ¿Estudiaste ballet?

—Por el fútbol —declara en voz alta—. El entrenador nos ordenó a todos que tomáramos algunas clases para mejorar nuestro equilibrio.

—¿Conoces la primera posición?

—¿La conoces *tú*? —pregunta. Me mira de arriba abajo—. Podrías ser bailarina. Tienes la constitución.

Mientras hablamos, el armario detrás de mí vibra cuando el trapeador cae, llevándose consigo la mitad del contenido del estante. Me estremezco. —Quizá tenga la constitución, pero me falta coordinación. Está claro que el equilibrio no es mi fuerte.

—Entre nosotros dos, el equilibrio tampoco es el mío. Siempre he sido el gran y tonto musculoso. Algunas mujeres odian eso. A otras… les encanta.

Sus ojos brillan, solo por un momento, de una manera realmente extraña. Me río nerviosamente, repentinamente preocupada de que esta conversación se haya salido de mi control. No estoy segura de cómo frenarla para volver a un lugar más neutral y menos insinuante.

Afortunadamente, no tengo que hacerlo, porque la esposa de Steven, Martha, elige ese momento para cruzar la puerta trasera.

—¡Ah, Rayne! Todavía estás aquí —ella revisa su fino reloj de oro—. Deberías haberte ido hace diez minutos, cariño.

—Casi termino. Cuidado con el suelo resbaladizo —le digo.

Steven extiende una mano y ayuda a su esposa a saltar a su isla alfombrada. Ella aterriza con gracia sobre sus tacones de aguja y él la abraza y la besa en la mejilla. La bola de tensión en mi pecho se afloja.

Nunca he conocido a una pareja más enamorada que Steven y Martha. Por supuesto que no estaba tratando de coquetear conmigo. ¿Quién lo haría, con una mujer refinada y exitosa como Martha cerca? Honestamente, él debería preocuparse de que yo intente coquetear con ella.

—Mi esposa, todos —anuncia con cariño en la habitación vacía—. Administra su agenda y la de todos los demás al mismo tiempo. No esperaría menos.

—Bueno, es el día de recogida temprano, ¿no? —pregunta Martha, aunque sé que sabe la respuesta. Steven no se equivoca… Martha lo sabe todo.

—Tuve una pelea con el desagüe en la despensa de carnicería que me frenó, pero sí, tengo que irme —camino de puntillas por el suelo mojado y agarro mi chaqueta y mi bolso de los ganchos junto a la puerta trasera. Mientras me pongo las zapatillas de deporte, chasqueo los dedos—. Ah, y no abran ese armario o quedarán enterrados bajo productos de limpieza. Me ocuparé de ello mañana.

Martha me hace señas para que salga por la puerta. —Ve a buscar a Yuliana. No seré la responsable de que esa hermosa niña se pierda a su mamá cuando la recojan en la guardería.

Se me alegra el corazón por el cariño con el que Martha habla de mi hija. Todos los padres piensan que su hijo es la octava maravilla, pero noventa y nueve de cada cien veces es puro prejuicio parental.

Obviamente, soy el uno por ciento afortunado. Todos los que conocen a Yuliana la adoran. El par de ojos verdes muy abiertos que luce solo la ayudan.

Ella puede agradecerle a su papá por eso.

Si tan solo supiera quién es.

Guardo mis pensamientos sobre Kirill Zaitsev nuevamente en la caja en el fondo de mi mente donde pertenecen y saludo a los Linley. —Los veré mañana. ¡Que tengan una buena noche!

Cuando salgo, veo a Steven acercarse a Martha para darle otro beso. Es dulce, pero su ternura me provoca una punzada de soledad. Antes de que pueda pensar en la nube oscura que se cierne sobre mi cabeza, saco mi teléfono y marco el número de Harmony.

Ella contesta al primer timbrazo. —Hoy llegas tarde —regaña—. O ya empezaste a conducir y demoraste en llamarme.

—El primero. Salí de los Linley un poco tarde. Sabes que no perdería ni un segundo en nuestras

charlas de conducción. Lo espero con ansias todo el día.

Harmony emite un pequeño zumbido engreído. —Bien. Me alegra saber que soy debidamente apreciada. Entonces, ¿por qué llegas tarde?

Coloco el teléfono entre mi barbilla y mi hombro para abrir la puerta de mi auto y me dejo caer en el asiento del conductor. Son necesarios dos intentos, pero el motor finalmente arranca. —No hay gran razón. Solo lo habitual. Siempre hay algo por limpiar.

—Siempre tienes una hija esperándote en casa. Esos gilipollas ricos sobrevivirán si dejas polvo debajo del refrigerador.

—¿Así que hoy haremos viaje de culpa? —bromeo—. Además, los Linleys no son gilipollas. Son grandiosos.

—Sí, lo sé. Suenan increíbles. Simplemente no quiero que trabajes demasiado. Sales de su casa y te lanzas directamente a ser madre soltera. Es mucho. Ojalá estuviera allí para ayudar.

Yo también, quiero decir. Sin embargo, los viajes de culpa son cosa de Harmony. No mía.

—Tan pronto como descubran las máquinas de teletransportación, ahorraré y te compraré una. Entonces, Italia se sentirá como estar en la casa de al lado. *No problemo* —digo con un terrible acento italiano.

—Vaya. En primer lugar, eso es español, no italiano. En segundo lugar, nunca vuelvas a hacer ese acento. Y, en tercer lugar, si ese fuera el caso, no se lo digas a mis padres. Se teletransportarían aquí todas las noches. Tomas probablemente se divorciaría de mí si tuviera que ver a sus suegros con tanta frecuencia.

—Sí, claro. Tomas está demasiado enamorado como para divorciarse de ti.

Puedo escuchar la sonrisa cursi de Harmony en su voz. —Lo sé.

Su alegría tiene un efecto extraño en mí, como algo tan dulce que ya ni siquiera me atrae. Me hace pensar en Lana. Una parte de mí se alegra de que mi hermana se haya divorciado. Claro, que Lana dejara a Mitchell y vendiera su enorme casa fue un inconveniente para mi situación de vida. Por otro lado, fue agradable ver a alguien más además de mí infelizmente enamorado. Suavizó el golpe de mi existencia. Una aventura desastrosa que terminó en un embarazo inesperado y me llevó de mujer soltera arruinada a una madre soltera arruinada.

No todo el mundo consigue un final feliz como Harmony y Tomas o Steven y Martha.

—Entonces, sin dispositivo de teletransportación —digo—. Supongo que Natalia tendrá que servir como mejor amiga sustituta.

—Ustedes dos están juntas tanto tiempo que podrían estar casadas en unión libre.

—¿Eso viene con exenciones fiscales? —pregunto—. Si es así, lo investigaré.

Natalia probablemente se reuniría conmigo en el juzgado esta noche si le dijera que quiero casarme. Ninguna de las dos estamos interesadas en las mujeres, pero ser mujeres solteras en Los Ángeles es difícil. Además, ella y yo nos conocimos trabajando como sirvientas en la casa de Kirill. Ella me ha visto oficialmente en mis momentos más altos y más bajos. Ese tipo de vínculo

no se puede deslizar hacia la izquierda o hacia la derecha. Tiene que ser ganado.

Es cierto que hay algunas noches que instalo una aplicación de citas en mi teléfono y husmeo. Sería bueno tener a alguien con quien compartir la carga. Darle a Yuliana un segundo padre sería aún mejor.

Kirill vuelve a salir a la superficie de mi mente. Él tiene una manera de hacerlo, aunque hayan pasado cinco años desde la última vez que lo vi. El recuerdo de él, de hombros anchos y bronceado, con sus ojos verdes brillando con diversión como los de la hija que no conoce, me invade cuando menos lo espero.

No he intentado comunicarme. No he intentado encontrarlo. No creo poder soportar el dolor de ese esfuerzo.

Pero, aun así, hay una parte irremediablemente romántica de mí que desearía que él pudiera estar en nuestras vidas.

Cuando Lana me pidió que me mudara con ella fuera de la ciudad, Kirill fue la primera persona en la que pensé. *¿Cómo nos encontrará si me mudo?*

Al final conseguí el trabajo con los Linleys, y esa fue razón suficiente para quedarme. Kirill es solo mi razón secreta número dos.

—Hablando de matrimonio, ¿tienes alguna perspectiva para ese puesto? —pregunta Harmony.

—¿Te refieres a un novio o algo así?

—Oye, oye —Harmony suena como si estuviera tratando de calmar a un caballo desbocado—. No seamos tan ambiciosas. Estaría encantada si me dijeras que has tenido una cita. Ese sería un muy buen comienzo.

—Lamento decepcionar.

Ella gime. —Chica. *Chica*. Eres joven y divertida y hermosa. A alguien le encantaría acostarse con eso.

Arrugo la nariz. —No digas eso. ¿Qué pasa si yo no quiero acostarme con nadie?

—Por favor. Incluso a través del teléfono, puedo oler tu frustración sexual. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Se honesta.

Nunca. Nunca, jamás admitiré la verdad.

¿Tener una niña pequeña y tratar de mantener un techo decente sobre su cabeza, y ropa en su cuerpo en constante crecimiento, y comida en su estómago siempre hambriento? Es mucho. No tengo tiempo para hacer todo eso y también traer a un hombre al espacio sagrado que son nuestras vidas juntas.

Harmony comienza a tararear el tema principal de *Jeopardy*.

—Marcus me invitó a salir la semana pasada —digo rápidamente, buscando una respuesta.

—¿Quién es Marcus?

—Te acuerdas de Marcus. El dueño de esa tienda de surf cerca de mi casa. Me detuvo en algunos de mis paseos matutinos.

—Nunca en tu vida me has mencionado a Marcus. ¿Es porque lo acabas de inventar?

—¡No lo inventé! Tiene el cabello rubio rizado y está sin camisa el ochenta por ciento de las veces que lo veo. En este punto, creo que ese es su plan.

—Está tratando de cortejarte con sus abdominales. Un cuento tan antiguo como el tiempo. ¿Funciona?

Teniendo en cuenta que me ha invitado a salir tres veces y que la mejor respuesta que le he dado es un encogimiento de hombros nervioso antes de salir corriendo, diría que no. Sin embargo, eso no es culpa de Marcus. Regularmente me pilla en un mal momento. Cuando paso por su tienda de surf de camino a casa, acabo de terminar mi recorrido a pie que me lleva justo por delante de la última mansión en la que trabajé.

Las ventanas están cerradas desde que murió Ilya.

No dice nada malo sobre Marcus que cuando lo veo parado sin camisa en la acera, mi mente ya está llena de pensamientos, deseos y arrepentimientos por otro hombre.

Simplemente dice que soy patética.

—Tal vez podría funcionar —miento—. No sé. Las citas son una gran molestia en este momento. Estoy muy ocupada con Yuliana y mi trabajo. Quizás cuando ella sea mayor.

—No les hace ningún favor ni a ti ni a Yuliana aplastar tus propias esperanzas y sueños. Si entregas todo de ti a otras personas sin recibir nada a cambio, te agotarás.

Suspiro. —Tienes razón, pero Marcus el Chico Surf no es la respuesta a mis esperanzas y sueños.

—¿Cómo lo sabrías? —espeta—. Nunca has tenido una cita con él. Quizás esa tienda de surf suya sea un fabricante secreto de multimillonarios. Dentro de un año, tendrá cadenas por todo el país y suficiente dinero para que nunca más tengas que trabajar.

Tarareo, considerando sarcásticamente su teoría. —Ah, sí, estoy segura de que su tienda de surf tendrá un gran éxito en el centro del país. Ya sabes cómo a esos habitantes del Medio Oeste les encantan sus tablas de surf.

Harmony se ríe. —Olvídate de los detalles y concéntrate en el panorama general. Debes estar abierta a todas las cosas maravillosas que la vida te pueda ofrecer. Un regalo no es un regalo hasta que lo abres.

Ahora bien, eso es difícil de discutir. Me detengo junto a la acera frente a la guardería de Yuliana y me cambio el teléfono al otro oído. —Bueno, te dejaré a que escribas tus galletas de fortuna. Necesito entrar y buscar a Yuliana.

—"*Conocerás a un hombre guapo y sin camisa. Ábrele tu corazón*" —entona Harmony con voz mística.

Suelto una carcajada. —Eres absurda.

—Dale besos a Yuliana de mi parte —exige—. Hablamos mañana.

Colgamos y guardo mi teléfono en el bolsillo. Las llamadas telefónicas diarias comenzaron como una forma de ganar tiempo para hablar con Harmony. Durante los primeros seis meses de vida de Yuliana, logramos hablar por teléfono una vez, tal vez. Rápidamente aprendí que, si quería sacar tiempo para algo, tenía que programarlo.

Ahora, a Yuliana le encanta chatear por vídeo con Harmony por las noches. También puedo prepararle un rompecabezas o algunos Legos y tener diez minutos para hablar por teléfono antes de que Yuliana se aburra y se robe la conversación. Pero conducir me da demasiado tiempo para pensar. Y pensar lleva a abrir la tapa de la caja de Kirill. Dado que la caja de Kirill contiene una cantidad abrumadora de angustia, hastío y trauma, creo que es mejor mantener esa maldad bajo llave.

Estoy caminando por la acera delantera cuando se abre la puerta de vidrio de la guardería y sale Yuliana. Está sosteniendo la mano de una de sus maestras, la Srta. Albrecht.

—¡Mamá! —salta de un pie a otro, sus zapatos rosas con luces brillan en el pavimento.

Me agacho y la abrazo. Se acurruca con fuerza contra mi costado y le doy un beso en su cabello castaño. —Estoy tan feliz de verte.

—La Srta. Albrecht tiene una cita, así que vinimos a la puerta para verte —dice Yuliana.

Miro a su maestra con el ceño fruncido. —Lo siento mucho. Llegué tan pronto como pude.

—Está bien —dice con una sonrisa ensayada—. Aunque tengo que irme. ¿Tienes todo, Yuliana? Porque voy a cerrar las puertas. Ustedes son las últimas aquí.

No estoy segura de si eso fue una condena, pero sí que se siente como una.

La Sra. Albrecht es una nueva incorporación al personal este año, por lo que suele ser la última que queda al final del día. Solo digamos que nos vemos mucho. Esta no es la primera vez que soy el último padre en recoger a la niña.

Me estremezco. —Lo siento mucho. Salí tarde del trabajo y…

—Realmente no hay problema —me asegura la joven maestra—. Tengo que irme. ¡Te veré mañana, Yuliana!

Yuliana saluda con una mano emocionada sobre su cabeza. Luego, seguimos por la acera a la Srta. Albrecht, que está corriendo.

—¿Tuviste un buen día? —pregunto, tratando de deshacerme de la culpa que se sienta firmemente sobre mis hombros.

Lo hecho, hecho está. Lo mejor que puedo hacer es intentar hacerlo mejor mañana. ¿Qué te parece eso para una línea de galletas de fortuna?

—Afuera, los niños me perseguían por el patio de recreo como zombis. Les dije que estaba cansada, pero me persiguieron por mis zapatos. Dijeron que a los zombis les gustan las luces.

—Entonces los zombis tienen buen gusto para el calzado —digo—. Esos son los zapatos más

geniales que existen.

Ella sonríe. —Me hacen muy, muy, muy rápida. Corrí por todas partes y los niños no pudieron atraparme.

Extiendo mi mano para chocar esos cinco. Yuliana me golpea la palma con su manita antes de subirse al auto y subirse a su asiento. Mientras le abrocho los tirantes, ella me mira. Sus ojos verdes de repente se vuelven llorosos, sus emociones de cuatro años y medio pasan de la satisfacción a la devastación en un solo suspiro.

—¿Qué pasa, conejita cariñosa? —pregunto, acariciando su mejilla redonda. Está empezando a adelgazar y está perdiendo un poco de su gordura de niña pequeña. Lo lloro un poco más cada día. Qué rápido pasa el tiempo.

—Cameron dijo que mi mamá no me amaba —solloza. Puedo notar que es un llanto falso. Las emociones son reales, pero los sollozos son para un efecto dramático—. Dijo que te olvidaste de mí, y que por eso siempre soy la última.

Puede que sus lágrimas sean falsas, pero las mías no. Parpadeo para contener la culpa que amenaza con acumularse en mis ojos y me aclaro la garganta. —Bueno, puedes decirle a Cameron que no está siendo un muy buen amigo cuando te dice ese tipo de cosas.

Además, dile que tu mamá le pateará el trasero de cinco años si vuelve a decir algo así.

—Le dije que me amas hasta el borde del universo —dice con orgullo.

—¿Y de vuelta?

Sus ojos se abren con horror. —¡Olvidé esa parte!

—Está bien. Puedes contarle el resto cuando lo veas mañana.

—Vale. Entonces… ¿no te olvidaste de mí?

Es mi turno de parecer horrorizada. —Cariño, ¿realmente crees que podría alguna vez, en un millón, billón, tropecientos años, olvidarme de ti?

Ella sonríe tímidamente, con pequeños hoyuelos presionando sus mejillas. La pequeña mocosa se encoge de hombros como si no estuviera segura.

Me inclino hacia la puerta trasera y le hago cosquillas hasta que chilla. —¡No! ¡No! —ella grita vertiginosamente—. ¡No te olvidarás de mí!

—¿Cuánto te amo? —pregunto con mi mano en formación de garra de langosta, amenazándola con otra ronda de cosquillas.

Se protege con su mochila cómicamente grande. —¡Hasta el borde del universo!

Levanto una ceja y la pinza de langosta se acerca cada vez más a sus costados que le dan más cosquillas. —¿Y…?

—¡Y de vuelta! —ella se ríe.

—¿Quién es la persona más importante en toda mi vida? —pregunto.

—¿Yo?

—Por supuesto que eres tú —bajo mi mano y beso su cabecita perfecta—. Somos tú y yo, nena. Nadie más.

Me muevo para cerrar la puerta, pero Yuliana me toma la mano y tira de mi brazo para abrazarme.

¿Quién necesita un hombre sin camisa en la playa? Esta pequeña ya ha respondido a todas mis esperanzas y sueños. No necesito a nadie más.

KIRILL

La casa de la playa luce exactamente como el día en que me fui.

En realidad, luce igual que el día *antes* de irme. La sala de estar que destruí con mis propias manos después de la muerte de Ilya ha sido reconstruida. Se han sustituido las mesas auxiliares, se ha retapizado el sofá y se han reparado las abolladuras de la pared.

Nunca sabrías que algo malo pasó aquí. Nunca sabrías que cargué el cuerpo sin vida de mi hermano por el pasillo y lo coloqué detrás del sofá.

Cierro los ojos ante la imagen de su rostro grisáceo.

Suena mi teléfono y agradezco la distracción. Respondo sin ver quién es, porque ya lo sé.

—Encontré la llave, Sonya.

—Por supuesto que sí —dice bruscamente—. Eres capaz de encontrar una llave debajo de una alfombra. Llamo por cuestiones de personal. He tenido un equipo de limpieza que viene una vez al mes para mantener el polvo a raya y asegurarme de que nada vaya demasiado mal en la casa, pero necesitarás un personal estable si planeas quedarte por un tiempo.

—Vale.

Hay un momento antes de que Sonya suspire con impaciencia. —¿Planeas quedarte por un tiempo?

Se podría decir que Sonya se siente demasiado cómoda conmigo. Ella no cree en el "servicio con una sonrisa". Me importaría si fuera mala en su trabajo, pero es la mejor.

—Un tiempo —digo sin comprometerme—. No contrates personal completo. La mitad estaría bien por ahora. Podemos reevaluarlo más tarde.

Ella comienza a murmurar algo. Sé que está tomando notas en su agenda. Mañana tendrá un montón de solicitantes para que yo los revise. Me negaré y le diré que tome las decisiones ella misma. Es nuestro patrón.

Dicho esto, la última vez que hice eso, Rayne pasó desapercibida. Así que, después de todo, quizá debería revisar a los solicitantes esta vez. Cualquiera que distraiga su belleza quedará descartado sin lugar a dudas.

—Tu chef estará allí mañana, así que esta noche tendrás que cenar por tu cuenta.

—Ajá.

—Si abres el gabinete de licores antes de abrir el refrigerador, le pondré un candado. También será una combinación.

—Si le pones un candado, te despediré.

—Esa será una amenaza vacía si bebes hasta morir —es una respuesta rápida, pero hay cansancio en su voz.

—Por tu bien, será mejor que entonces beba hasta morir —cuelgo antes de que Sonya pueda empezar a dar un sermón y guardo mi teléfono en el bolsillo.

Mi forma de beber nunca ha llegado al exceso. Ciertamente no es suficiente para ser motivo de preocupación. Sonya simplemente tiene una imaginación hiperactiva. Por eso es tan buena anticipando mis necesidades y resolviendo problemas antes de que surjan. Ella existe en un mundo de los peores escenarios.

Tal como dijo, el gabinete de licores está abierto y completamente abastecido. Agarro una botella de whisky y me dirijo a la cocina. El refrigerador tiene lo básico: huevos, leche, mantequilla y algunos productos frescos. La despensa deja un poco que desear. Hay un alijo de productos no perecederos en el estante superior que probablemente hayan estado allí durante los últimos cinco años. De lo contrario, hay una barra de pan y un poco de mantequilla de maní.

No me importa complacer a Sonya, pero tiene razón. El alcohol con el estómago vacío probablemente no sea la mejor manera de pasar mi primera noche en esta casa. Así que doblo un sándwich de mantequilla de maní por la mitad y lo llevo junto con el whisky por el pasillo hasta la sala de estar.

Sonya hizo que el personal de limpieza encendiera la calefacción la última vez que estuvieron aquí para limpiar, y aunque la apagué hace una hora, la casa todavía se siente mal ventilada. Me quito la chaqueta y la camisa y las tiro sobre el brazo del sofá.

Las cortinas de los ventanales que van desde el suelo hasta el techo todavía están corridas. Considero dejarlas así, pero comer un sándwich frío sin camisa y beber solo se volverá demasiado patético de soportar si también lo hago en la oscuridad.

Abro las cortinas con un rápido corte. Los anillos de metal raspan contra la varilla y la luz del atardecer llena la habitación. Puedo sentir su calidez a través del cristal.

Tomo un trago de whisky y lo sigo con un bocado de mi sándwich. Es una combinación repulsiva.

Tomo un bocado y tomo otro trago, pero, cuando inclino la cabeza hacia atrás, algo me llama la atención.

Las ventanas de la sala de estar dan al océano en ángulo. Desde aquí, puedo echar un vistazo al césped bien cuidado en el frente, el patio de piedra justo detrás de las puertas de vidrio y una pequeña sección de playa detrás de la pendiente que baja hasta el agua.

Si estuviera sentada aunque sea un metro más atrás o a su derecha, no podría verla.

Pero ahí está.

Como si supiera que estaría mirando.

Incluso desde tan lejos, la reconozco. El cabello castaño se riza sobre su espalda y baja por sus hombros. El delicado punto de su barbilla. La forma en que junta las rodillas contra el pecho y los pies cruzados a la altura de los tobillos.

Reconocería a Rayne Garner en cualquier parte.

Sin pensarlo un segundo más, me alejo de la ventana y camino hacia la puerta trasera. No estoy seguro de dónde dejo la botella de whisky y mi sándwich a medio terminar. Mi cerebro no es capaz de pensar en nada más que en llegar a ella.

Cuando salgo, la brisa del océano me envuelve. Húmeda, salada, salvaje. Me transporta a una noche de hace cinco años.

A mí en la arena con una copa en la mano. Rayne también estaba allí, poco más que una sombra oscura difuminada contra la oscuridad más suave de la playa. Incluso entonces la reconocí.

Esa noche tracé una línea en la arena y ella la cruzó.

Cuando dejo volar mi imaginación, todavía puedo escuchar los suaves gritos que enterró en mi pecho. Puedo sentir el terciopelo de ella deslizándose contra mí, su cuello arqueado hacia atrás mientras la llenaba.

Eso fue hace otra vida.

Eso fue antes.

Eso nunca volverá a pasar.

Me muevo con decidida intensidad por la playa hasta donde ella está sentada. Las olas son fuertes contra la orilla, por lo que no me oye acercarme hasta que estoy a solo unos metros de distancia.

Finalmente, se da vuelta para mirarme.

El medio segundo de sorpresa en su rostro se borra una vez que me mira bien. Sus labios carnosos se abren en estado de shock y sus ojos azules se agrandan. Su rostro está pálido como la luna llena y brilla a la luz dorada del atardecer. Estoy seguro de que una brisa fuerte podría derribarla ahora mismo.

Cuando su mirada se desliza por mi cuerpo, me doy cuenta de que todavía estoy sin camisa. Luego, mira la casa detrás de mí. Sus cejas se fruncen. —Eso estaba cerrado.

Me vuelvo y veo que está mirando hacia la ventana de la sala. Las cortinas están descorridas ahora. La ventana refleja el cielo, la habitación más allá es casi negra. Si se hubiera dado vuelta hace unos minutos, me habría visto allí de pie.

¿Ha estado comprobando si estaba en casa? ¿Con qué frecuencia? ¿Por cuánto tiempo?

Rayne parpadea y sus largas pestañas rozan sus mejillas. Ella luce exactamente igual. Es discordante. Casi como si no hubiera pasado el tiempo.

Lentamente, ella da un paso hacia mí. Luego otro.

Estamos lo suficientemente cerca ahora como para que pueda extender la mano y agarrar su cadera. Podría dar un solo paso y cerrar la brecha entre nosotros. Cruzar el abismo entre ahora y hace cinco años. Un movimiento y podría ser un viajero en el tiempo.

Su mano se flexiona a su costado. Está peleando consigo misma sobre qué hacer. Si debe extender la mano y sentir si soy real o dejarme existir como una posibilidad de ensueño por unos momentos más.

Me imagino la presión de su palma contra mi pecho. La forma en que sus dedos arrastraron mi abdomen, se engancharon en la cintura de mis pantalones…

Ella se lame los labios. Si está intentando debilitar mi determinación, está haciendo un buen trabajo. —Pensé que… nunca pensé que te volvería a ver.

Quizá en otra vida la acercaría y reviviría la noche que pasamos aquí. Podríamos continuar donde lo dejamos y actuar como si los últimos cinco años nunca hubieran sucedido.

En esa vida, Ilya todavía estaría vivo.

Pero no lo está. Mi hermano está muerto y esto no es hace cinco años. Es aquí y ahora. Rayne no pertenece a esta versión de mi vida. O a esta playa.

He visto lo que sucede cuando se cruzan las líneas en la arena.

Se convierten en tumbas.

Aprieto la mandíbula. —Estás en propiedad privada.

Ella retrocede medio paso como si la hubiera abofeteado. —¿Hablas… hablas en serio? Nos vemos por primera vez en… ¿De verdad hablas en serio?

Señalo hacia las dunas, donde un cartel que dice **PROHIBIDO EL PASO** se esconde detrás del óxido, la arena y las enredaderas. —Siempre hablo en serio.

—Pero te fuiste —Rayne mira por encima de mi hombro izquierdo. Tengo la sensación de que simplemente habla en voz alta para intentar darle sentido a esto en su propia cabeza—. Tú… te fuiste. No vives aquí.

—Tú eres la que no vive aquí. Por eso tienes que irte.

Sus hombros se hunden. —Kirill.

Mi nombre en sus labios es una súplica. Son un millón de preguntas que no encuentra la energía para hacer.

¿Qué estás haciendo aquí?

¿Cuándo volviste?

¿Pensaste en mí?

¿Hay alguien más?

Las mismas preguntas flotan en mi mente. Pero al igual que la última vez que estuvimos en esta playa, soy yo quien puede mantenerlas adentro. Sé que no sale nada bueno de hacer ese tipo de preguntas.

La miro a los ojos por última vez, trazando las estrías de azul pálido dentro del zafiro.

—No quiero volver a verte aquí.

Dicho esto, me doy la vuelta y camino de regreso a la casa. Cuando por fin me permito mirar por la ventana unos minutos más tarde, Rayne ya no está.

RAYNE

Mi corazón late con fuerza en mi pecho durante todo el camino a casa. Dudo de un lado a otro sobre si simplemente imaginé esa interacción en la playa o si realmente sucedió.

Por un lado, es increíble. ¿Cómo podría Kirill haber regresado? Sé con certeza que miré la ventana de la sala mientras caminaba hacia la playa y estaba cerrada como siempre.

Pero entonces, se abrió y Kirill estaba parado frente a mí…

Por otro lado, tengo años de ensoñaciones sucias que demuestran que mi imaginación se vuelve mucho más creativa cuando Kirill está involucrado. Si hubiera inventado esa interacción, habría habido menos ropa y mucha menos conversación.

Cuando entro por la puerta de mi casa, he dado tres vueltas por mi vecindario y todas las farolas están encendidas.

—Estaba a punto de presentar un informe de persona desaparecida —comenta Natalia cuando entro. Está de espaldas a mí y su cabello está recogido en un moño gigante en la parte superior de su cabeza. Los extremos con puntas azules brillan con neón a la luz sobre el fregadero. Tiene agua jabonosa hasta los codos.

—Te dije que dejaras de lavar mis platos. Puedo encargarme de eso —me quito los zapatos y esparzo arena sobre el tapete de bienvenida.

La arena es otro tic en la columna “eso realmente sucedió”. Pero aún no estoy convencida.

Natalia se encoge de hombros. —Yuliana quería bañarse esta noche, así que estuve aquí sentada durante una hora mientras ella se sumergía en la bañera. Me aburrí.

—Vaya. ¿La tienes en el baño? Bien hecho.

—¿Puedo otra bomba de baño? —Yuliana llama de repente desde el baño—. La mía se ha esfumado por completo.

Bueno, eso lo explica. A mi niña femenina nada le encanta más que los productos de belleza caros.

Natalia resopla y niega con la cabeza. —¡Uno por baño, señorita Diva! Esas bombas de baño deberían durarte un mes entero.

—¿De dónde sacó bombas de baño? —pregunto.

—Ah, fue un paquete de relaciones públicas que Genevieve recibió por correo.

Hago una pausa, esperando la perorata habitual que casi siempre acompaña a cualquier mención de la pretenciosa jefa de Natalia. Ella sigue fregando platos.

—Bueno —suspiro—, eso fue amable por parte de Genevieve. Dile que Yuli le da las gracias.

—No es ningún problema para ella. Le envían tanta mierda que nunca abre.

Ah. Ahí está.

—Vi el paquete junto al bote de basura y pregunté si podía llevármelo —Natalia pone los ojos en blanco—. Debiste ver la mirada desagradable que me dio por querer sacar un paquete que estaba al lado de su basura. Como si estuviera comiendo sobras de su cena en lugar de llevarme a casa un paquete de bombas de baño en perfecto estado.

—Eso es ingenioso. Ella era la que estaba desperdiciando.

Natalia se da vuelta, la espuma de jabón vuela por la habitación mientras ilustra su punto con sus manos. —¿Verdad? ¡Claro! Ella les dice a sus seguidores en las redes sociales que dona todo lo que no usa, pero, como la persona que saca su basura, yo digo que son patrañas.

—Ella es la peor.

—La maldita peor —gruñe Natalia—. Ella y su novio están tratando de tener un bebé, así que no quiero ni pensar en lo miserable que será cuando esté embarazada. Ya me hace pasar lejía a los azulejos de la entrada dos veces por semana. O sea, ¿quién echa lejía a sus *pisos*?

—Eso es casi tan extraño como saber cuándo tu empleador está tratando de tener un bebé —digo.

Natalia se encoge de hombros. —No es como si hubiera instalado cámaras o algo así. Vi las pruebas de ovulación en su baño. Ni siquiera tuvo la decencia de tirarlas a la basura. Simplemente estaban apoyada en el mostrador.

—Ahora, con *eso* querrás usar lejía.

Ella asiente. —Lo hice, créeme. Justo después de revisar ofertas de trabajo en el área.

—Vuelve a revisar mañana —murmuro—. Puede que tengas suerte.

—¿Qué significa eso? —pregunta, tirando el agua de una fuente de horno antes de colocarla en la rejilla para secar.

No estoy segura de cómo decirlo, así que simplemente lo digo.

—Kirill ha vuelto.

Natalia reacciona exactamente como yo quería en la playa. Ella se da vuelta, con los ojos muy abiertos, y grita—: ¡Me estás jodiendo!

Se oyen salpicaduras en el baño cuando Yuliana se levanta sobresaltada. —¿Qué pasó?

—Nada, cariño —llamo—. Todo está bien.

—Pero Natty gritó.

Le lanzo a mi amiga una mirada mordaz. —Sí, lo hizo. No debió haber hecho eso.

—Lo siento —grita Natalia por el pasillo—. No debí haber hecho eso.

En el momento en que Yuliana está contenta de que no esté sucediendo nada demasiado emocionante mientras ella no está, Natalia se desliza por la cocina hacia mí y planta los codos sobre la mesa. —Explícate. Ahora.

Me paso la mano por la cara. —Me encontré con él en la playa.

—¿Fuiste a la playa? ¿Qué playa? ¿Su playa? ¿Por qué estabas en su playa? ¿Qué dijo él?

Agito una mano para interrumpir las rápidas preguntas. —Su casa está en mi camino. A veces paso por allí solo para mirar a mi alrededor.

Natalia arquea una ceja. —¿Con qué frecuencia?

—No sé. No hago un seguimiento. Solo a veces.

—¿A veces? —prácticamente está mirando dentro de mi alma ahora.

—Cada vez —admito, mis mejillas se sonrojan—. Simplemente me gusta la vista allí.

Especialmente cuando la vista incluye a Kirill sin camisa, su cabello oscuro alborotado por la brisa, sus ojos brillando como…

—Patrañas. Lo has estado esperando. ¿Es él la razón por la que no sales con ese chico atractivo de la tienda de surf?

—¡No lo he estado esperando! —protesto. Natalia me lanza otra mirada incrédula y yo la miro con más fuerza—. Lo digo en serio. No he estado esperando. Pero es difícil olvidarlo. Kirill y yo tenemos una… conexión.

—Joder que sí. Tu "conexión" está flotando en una bañera con infusión de lavanda mientras hablamos —resopla—. ¿Le dijiste?

—¿Acerca de qué? ¿Yuliana? —la miro fijo, parpadeando lentamente—. ¿Crees que me encontré por casualidad con el padre biológico de mi hija en la playa y lo primero que hice fue decirle que es papi?

—Haces que parezca una locura, pero toda esta situación es una locura.

—Es justo —lo admito—. Pero Yuliana es lo más importante del mundo para mí. No se lo diré así como así. Y ni siquiera le hablaré de ella hasta que sepa que es la decisión correcta.

Natalia apoya su barbilla en la palma de su mano, absolutamente paralizada por el drama. —¿Y cuándo sabrás que es la decisión correcta?

—Bueno, considerando que acaba de decirme que no quiere volver a verme nunca más, creo que es seguro asumir que nunca habrá un momento adecuado para decírselo.

—¿Él dijo eso? —pregunta, horrorizada.

Asiento, intentando con todas mis fuerzas ocultar mi decepción.

Cuando levanté la vista y vi a Kirill parado a mi lado, realmente pensé que estaba soñando. Después del susto inicial de que él se acercara sigilosamente a mí, lo miré a la cara y sentí que mi corazón se sacudía. Todo mi cuerpo zumbó con una energía que me di cuenta en ese momento que no había sentido en cinco años.

Kirill es la única persona que alguna vez me ha hecho sentir así. Algo dentro de mí parece reaccionar ante su presencia. Pierdo el control de mi mente y mi cuerpo. Lo cual, ahora que lo pienso, es probablemente la razón por la que terminé embarazada.

En el fondo de mi mente, escucho la risa de Harmony de antes. *Conocerás a un hombre guapo y sin camisa. Ábrele tu corazón.*

Ella perderá la cabeza cuando le cuente esto. *Si* le cuento esto…

—Es lo mejor —digo rápidamente—. Tenemos un buen ritmo aquí. Yuliana es feliz. Yo soy feliz.

—Claro. Por supuesto —Natalia frunce los labios como si intentara contener físicamente las palabras en la boca.

Yo suspiro. —¿Qué pasa?

—No es nada. Lo que quieras está bien. Solo… ¿Qué vamos a hacer cuando abra mi café?

Natalia lleva años hablando de abrir su propio café. Ha estado ahorrando para ello y soñando con preparar todas las antiguas recetas de su abuela para un público que la adora. Pero no tengo ni idea de qué tiene eso que ver con Kirill.

—Me has perdido.

—Bueno, cuando ese sueño despegue, ambas estaremos ocupadas. Tú te encargarás del lado comercial, ¿recuerdas? Soy una mierda con las hojas de cálculo. Te necesitaré, Rayne.

—Y estaré ahí para ti —digo—. Todavía no entiendo qué tiene que ver Kirill con esto.

Ella mueve los labios hacia un lado y luego hacia el otro, considerando sus palabras cuidadosamente. —Sabes que amo a Yuliana como si fuera mía. Ella es alucinante. Pero…

—Pero ¿qué? —pregunto, ya a la defensiva—. No puedes decir que amas a mi hija y luego decir “pero”.

—Relájate; voy a eso. Ustedes dos son mi familia, Rayne. Pero, en algún momento en el futuro, no podré ir a la guardería ni a recogerla a la escuela los días que tú no puedas. Puede que esté trabajando y no pueda llevarla durante un sábado entero cuando necesites un descanso. Las pequeñas empresas requieren mucho trabajo. Así que, cuando eso suceda, ¿no sería bueno tener a alguien más de quien depender?

Las palabras de Natalia no deberían sorprenderme, pero lo hacen. Me desequilibran un poco.

Ella no estará aquí para ayudarme por siempre.

Harmony bromeó acerca de que Natalia y yo estamos casadas, pero no está muy lejos. Compartimos muchas comidas, ella pasa el rato en casa la mayoría de las noches y me ayuda más que nadie con Yuliana.

Sé que no es justo esperar nada de eso de ella, pero es difícil imaginar un mundo en el que ella no esté aquí en esta misma capacidad.

Estos nuevos miedos, mezclados con la ansiedad de mi encuentro con Kirill, son oficialmente demasiado para una sola noche.

—No es necesario que hablemos de esto ahora —digo con firmeza—. Pase lo que pase, estaré ahí para apoyarte. Las cosas siempre han sido difíciles para mí como madre soltera, pero puedo resolverlo con o sin ti —Natalia jadea y yo extiendo la mano y le pellizco la mejilla—. Por supuesto, dicho esto, prefiero hacerlo contigo.

—Bien. Eso es lo que pensé que habías dicho —se levanta y estira los brazos por encima de la cabeza, bostezando profundamente—. Bueno, no es que esta no sea la conversación más interesante que he tenido en semanas, pero realmente necesito irme a dormir. Estoy agotada.

Camino con ella hasta la puerta. No es que sea un camino muy largo. Mi sala de estar y cocina de concepto abierto tienen solo dos metros y medio de ancho, y se necesitan cinco pasos para llegar desde el fregadero de la cocina hasta la puerta principal.

—Gracias por sentarte con ella, Nat. Y realmente no tienes que hacer esto tanto. En serio. Si estás ocupada o no quieres venir, dímelo. Entenderé. No quiero ser una carga para…

La mano de Natalia sobresale y su dedo pasa por mis labios para tranquilizarme. —Tú y esa niña no son una carga para mí. Nunca pienses eso.

Mis ojos de repente se sienten nublados. —Vale.

—Ser honesta contigo tampoco es un problema. Así que no tengo ningún problema en mirarte a los ojos y decirte que deberías intentarlo de nuevo con Kirill.

Arrugo la frente. —No sé si eso es…

—Podría ser una idea terrible —interrumpe—. Pero te debes a ti misma y a Yuliana considerarlo —abre la puerta y sale a mi porche de cemento agrietado—. Vale, ya me bajo de mi tarima. Buenas noches.

—¡Buenas noches, tía Natty! —Yuliana llama desde el baño.

—¡Buenas noches, cariño! —Natalia grita desde el porche delantero. Luego me sonríe y trota por la acera hacia su auto.

En el momento en que cierro la puerta, Yuliana está lista para salir del baño. Por supuesto. Ella tiene un sexto sentido para cuando estoy a punto de sentarme y tomar un descanso. Por lo general, en ese momento exacto, ella necesita toda mi atención.

Se pone de mal humor cuando insisto en volver a lavarle el cabello con champú después de ver el trabajo mediocre que ella misma hizo, y se pone de peor humor cuando accidentalmente le meto jabón en los ojos. Pero, cuando está sentada frente al espejo de mi habitación y yo la peino,

volvemos a ser amigas.

—¿Puedo tener trenzas por la mañana, Mamá? —pregunta.

—Tal vez. Si puedes levantarte y desayunar muy rápido, es posible que tengamos tiempo.

Tendré que darme una ducha esta noche y comer una barra de proteínas en lugar de un verdadero desayuno por la mañana, pero probablemente pueda hacerle las trenzas.

Ella sonríe y vibra de un lado a otro con emoción. —¡También puedo usar un vestido!

—Seguro. Tienes todos esos vestidos elásticos para jugar que compramos para la guardería. Tal vez puedas usar el del espacio exterior o…

—Quiero el de encabe —declara con orgullo.

Lanzo una risa sorprendida. —¿El de *encaje*?

—Eso es lo que dije.

Me trago la risa y sigo pasando el peine por su cabello. —Bueno, el de encaje fue un regalo de la tía Lana. Es para ocasiones especiales.

En realidad, era una herencia de Lily, y solo lo tenía porque fue la florista en la boda de la hermana de Mitchell. Yuliana nunca tuvo un lugar donde ponerse un vestido elegante como ese.

—La guardería es especial.

—Bueno, por supuesto que lo es. Pero…

—Yo también soy especial —hace pucheros.

—Vale, ¿qué tal esto? ¿Qué tal si usamos el vestido del espacio exterior con zapatos con luces, trenzas en el cabello y le pongo un poco de brillo en las puntas? ¿Recuerdas el spray con brillantina que compramos para tu disfraz de hada?

Los ojos de Yuliana se abren hasta ocupar la mitad de su cara. —¡Sí! ¡Quiero el brillo! Y un collar.

Maldita sea. Justo cuando pensé que casi había ganado esta batalla sin lágrimas.

—Sin collares en la guardería. Lo siento, conejita cariñosa. No es seguro.

—Pero antes usaba collares —argumenta.

—No en la guardería. Solo puedes usarlos cuando Mamá está cerca para vigilarte.

Yuliana se hunde derrotada y extiende su pequeña mano hacia el collar que cuelga de mi cuello. —Yo también quiero un collar bonito. Este es especial. Necesito un collar especial.

Saco sus dedos húmedos del relicario de oro de mi madre. Inmediatamente, tengo recuerdos de cuando Yuliana era una bebé y constantemente tiraba de mi collar. Terminé guardándolo en un joyero hasta que tuvo dos años y menos ganas de agarrar. No quería que se rompiera la cadena.

Lana y Alexis preguntaron por qué todavía llevaba el collar, considerando que muy

probablemente fue dado a mi mamá por el hombre con el que engañó a nuestro padre. No tengo una respuesta para eso. ¿Lo que pasó, pasó, supongo?

Lo que pasó antes de que mi mamá me diera el collar, realmente no lo sé. Era importante para ella y ella era importante para mí. Eso es todo lo que necesito saber.

—Eres tan especial, por eso te daré este collar algún día —le digo—. Al igual que la abuela me lo dio. Pero eso será en mucho, mucho, mucho tiempo.

Ella hace pucheros. —¿Cuántos días?

—Miles. Diez mil —digo dramáticamente—. Tal vez veinte mil, si tengo suerte.

La comprensión de Yuliana de los números y el tiempo es bastante arriesgada en el mejor de los casos, por lo que no sabe cómo responder a eso. En un minuto o dos, ha encontrado mis lociones perfumadas y se ha olvidado por completo del collar.

La veo a ponerse al menos ocho aromas diferentes, incapaz de elegir entre ellos, y no puedo imaginar que nuestras vidas algún día no sean así.

Yuliana y yo. Yo y Yuliana.

Natalia hizo algunos buenos puntos: la vida cambiará un día, y cuando eso suceda, podría lamentar no traer a Kirill de vuelta al redil.

Sé demasiado bien cómo se siente ese tipo de arrepentimiento. Así me sentí los últimos años, desde que descubrí que mi papá no explotó su matrimonio con Mamá y me abandonó.

Quiero decir, él sí me abandonó, pero hubo circunstancias atenuantes. Sobre todo, que Mamá estaba enamorada de otro hombre.

Toda mi vida la pasé demostrándole a él y a mí misma que no lo necesitaba. Que no lo quería cerca de mí. Así que no hace falta decir que ha sido difícil cambiar esa mentalidad en un instante. Incluso después de que Alexis me llamó la semana pasada.

—Papá está empeorando —fue directamente al grano. Estaba al final de una media hora del almuerzo y no tenía tiempo de chatear—. Ha estado enfermo, pero se está poniendo mal. Sería bueno si pudieras venir a verlo.

—No sé cómo lo vería. Tengo trabajo y Yuliana tiene la escuela.

—Guardería —corrige Alexis—. Ella va a la guardería y puede perderse eso. Además, sabes que Lana y yo pagaremos los viajes.

—No quiero que tengan que hacer eso.

Y ni siquiera quiero ir. Aunque me guardé ese pensamiento para mí misma.

¿Cuál es el punto de reunirse con Papá justo al final de su vida? ¿Que podamos reconciliarnos y luego arrepentirnos de todos los recuerdos que no hicimos? ¿Todas las veces que podríamos haber estado juntos, pero no?

Lana dijo algo sobre el cierre una vez, pero, en lo que a mí respecta, ya estoy cerrada. Estoy contenta. Tengo que cuidar Yuliana y mis propios sueños que perseguir. Natalia parece decidida

a abrir su café. Cuando lo haga, estaré ocupada ayudándola tanto como sea posible.

Lo he hecho tanto tiempo sin un padre o una pareja. ¿Por qué debería cambiar eso ahora?

Acariciando el largo cabello castaño de Yuliana, tomo una decisión. No hay espacio para desenterrar el pasado. No cuando mi presente y mi futuro están llenos de posibilidades.

Kirill puede tener la playa para sí mismo.

KIRILL

Todas las cortinas de la casa están abiertas. Cada pájaro volando por una ventana, cada sombra en la esquina del ojo… todo me tiene al límite.

Así que, en el momento en que el Mazda oxidado se detiene en mi camino de entrada, estoy en la puerta principal, en alerta máxima.

Algo como la decepción se riza alrededor de mi columna vertebral cuando una mujer con cabello azul sale del auto.

Abro la puerta antes de que pueda tocar, y ella salta de nuevo, sorprendida al verme. —¡Oh! Yo no… ahora abres puertas. Eso es nuevo.

Arrugo la frente. —¿Nos conocemos?

—Sí. Quiero decir, no —corrige—. No precisamente. Trabajé para ti… anteriormente. De ahí el tiempo pasado. Como una criada.

—¿Estabas en el personal la última vez que estuve aquí?

—Sí. Eso es lo que planeaba decir. En realidad, era una camarera la noche que… bueno, la última noche que estuviste en la casa. Trabajé en la fiesta.

Mi mandíbula se aprieta. —No necesito una camarera.

—Bien. Porque era una mierda en eso —dice con una sonrisa. Luego, parece recordar con quién habla y se para erguida—. Estoy aquí para posiblemente unirme a tu personal de criadas nuevamente. Me encantó trabajar aquí. En realidad, es donde conocí a mi mejor amiga.

Ella me mira. Sus ojos marrones comunican algo que se niega a decir con palabras. Entonces, me doy cuenta.

Sí la conozco.

Ella era la amiga de Rayne.

Esa última noche en la casa, entró cuando Rayne y yo nos besábamos en el pasillo. Las vi a las dos trabajando juntas más días. Eran inseparables. Me pregunto si eso sigue siendo así.

Si alguna vez supiera su nombre, que lo dudo, ahora se ha ido. —Tenías la cabeza afeitada la

última vez que te vi.

—Ah, sí. Me olvide de eso —ella raspa una mano sobre el lado derecho de su cabeza—. También era morada. Me sentía un poco salvaje en ese entonces, supongo. Soy mucho más madura en estos días, como se puede ver por la sutileza del azul. El nombre es Natalia.

Quiero preguntarle si Rayne le dijo que estaba de vuelta en la ciudad. Quizá Rayne la envió aquí. Parece un poco fuera de lugar para ella intentar plantar su propia espía en mi casa, pero nada es imposible.

—¿A menudo vuelves a tus empleadores anteriores?

Me ofrece una sonrisa traviesa. —Solo cuando creo que vale la pena. Si trabajaras para la bruja para la que trabajo en este momento, irías de puerta en puerta en busca de un nuevo trabajo también.

Está siendo evasiva. No sé qué le contó Rayne sobre lo que sucedió entre los dos, pero Natalia sabe algo. Esa debería ser una razón suficiente para echarla.

En cambio, me encuentro diciendo—: Tienes el trabajo. Ven aquí mañana por la mañana.

Jadea. —¿En serio? ¿Vas en serio?

—Lo creas o no, no soy un gran bromista.

—¿No quieres, o sea, entrevistarme o algo así? Tengo un currículum si quieres verlo. Estoy más calificada que la última vez, así que…

—Te contraté una vez. Eso es suficientemente bueno para mí —espeto. Luego, me detengo y agrego—: Puedes tener un aumento. Un diez por ciento más.

Mantén a sus amigos cerca y a tus… ¿ex-criadas-que-son-mejores-amigas-con-tu-no-tan-ex-novia más cerca? Claro. Pon eso en una puta pegatina de parachoques.

—¡Ay, Dios mío! —aplaude con deleite—. Podría abrazarte. No lo haré. Pero podría.

—Tu moderación es apreciada.

Ella se mueve por las escaleras lentamente. Ya abajo, se vuelve hacia atrás. —¿Sigues siendo solo tú en la casa?

Muerdo la respuesta fácil: *nunca fui solo yo en la casa.*

No subí al tercer piso todavía. No tengo idea de lo que Sonya hizo con las cosas de Ilya. Ella me dijo que se encargaría y lo dejé así.

Si no subo, es casi como si no se hubiera ido. Como si estuviera allí esperándome.

Alzo una ceja y Natalia se apresura para explicar la pregunta personal. —Solo pregunto porque, si hay más personas viviendo aquí, eso podría ser más trabajo para mí.

—Te di un aumento del diez por ciento. Ninguna criada vale más que eso.

—Claro —ella se ríe nerviosamente, y ahí está mi respuesta.

Si Rayne la envió aquí o no, Natalia es una espía. Una notablemente mala, pero una espía de todos modos.

Ella se apresura al resto de los escalones, arrojando palabras sobre su hombro como si temiera que pueda cambiar de opinión. —Te veré mañana, brillante y temprano.

La veo subir a su auto y buscar su teléfono. Se lo presiona hacia la oreja mientras gira por el camino de entrada. ¿Está hablando con Rayne?

Regreso a la casa, haciendo todo lo posible para ignorar el silencio expansivo.

Su pregunta me abrió a la verdad: estoy solo en esta casa. En Nueva York, hay ruido constante. Aunque molestaba a Ilya, a mí no me importaba. Especialmente, los últimos cinco años. Cuando estás rodeado de ruido, movimiento y luces, no te detienes a notar cuán silenciosa es tu propia vida.

Ahora, sin embargo, me enfrento a ese silencio. El golpe de mis zapatos en el azulejo es el único sonido.

Cuando suena mi teléfono, lo alcanzo rápidamente, agradecido por la distracción. Por alguna razón, la cara de Rayne aparece en mi mente. Es un pensamiento estúpido, que se confirma cuando veo quién llama.

Aprieto mis dientes y presiono el teléfono en mi oído. —Leonid.

—Siempre eres tan formal, Kirill. Somos viejos amigos ahora, ¿no?

Leonid Kozlov siempre suena alegre, pero no es amigo. No para mí ni para nadie más. El mundo existe para ser manipulado por él. Es por eso que intenta desesperadamente congraciarse a mí. Nunca dejaré que eso suceda.

—Estás llamando con un propósito, supongo.

—Tener información para ofrecer no significa que no somos amigos. Nuestra vida hace extraños compañeros de cama.

—No te estoy invitando a mi cama, Leonid —arrastro las palabras—. ¿Cuál es la noticia?

Se ríe, el sonido se estrecha a un suspiro. —Como estás preguntando, significa que soy el primero en decírtelo. Arnov Lenin está muerto.

Me estremezco. —¿Sasha está a cargo ahora?

Leonid silba. —Realmente no haces amigos, ¿verdad? Sé que te gustaba más Arnov que yo, y ni siquiera quieres saber cómo murió primero.

Leonid no está equivocado. Pero que alguien me guste más que él no significa mucho. El bastardo es insufrible.

—Solo dime lo que quieras decirme.

—Está bien. Haces bien al no preguntar. Una muerte aburrida. Paro cardíaco.

—Parecía joven para eso.

—La genética es una cosa desagradable —dice Leonid—. Sin embargo, en este caso, podría trabajar a tu favor. Con suerte, solo tendrás que lidiar con Sasha durante treinta años como máximo.

—Salvo que alguien más se asegure de que muera una muerte menos aburrida antes.

Leonid se ríe. —¿Ya tienes ideas? En realidad, no me digas. Negación plausible. Si es asesinado, serás el primer pensamiento de todos.

Aprieto mis templos. —No he hablado con Sasha en años.

—Sí, y muchos de nosotros fuimos testigos de esa "charla". Amenazaste la vida del chico por tocar a tu mujer.

La imagen de su mano envuelta alrededor del brazo de Rayne me provoca la misma ira que hace cinco años. Reconocí la mirada en su rostro, el oscuro deseo en sus ojos. Él la deseaba, y pensaba que podía tenerla.

No tenía idea de que ella era mía.

—Ella era mi criada —no estoy seguro de si estoy corrigiendo a Leonid o a mí mismo.

Él tararea, claramente poco convencido. —Por su parte, Sasha tampoco tiene buenos recuerdos de ti. Estoy seguro de que a los dos le haría bien enterrar el hacha de guerra.

—No necesito enterrar nada.

En un instante, una película se reproduce detrás de mis ojos. Un destello del cuerpo de mi hermano envuelto en una manta siendo bajado a un agujero en el suelo. Los primeros granos de arena cayeron de mi mano sobre él.

No, no enterraré nada. Ya he enterrado demasiado.

Leonid suspira y me devuelve al presente. Parpadeo y me doy cuenta de que German está parado en la puerta de la sala de estar. No lo oí llegar, pero, por lo que parece, lleva al menos unos minutos apoyado contra la puerta.

—Vale —dice Leonid—. Anótame de tu lado cuando llegue la guerra, supongo.

—Puedo manejar a Sasha Lenin sin una guerra. Confía en mí para eso.

—Realmente no tengo más opción que confiar en ti, ¿verdad?

Suficientemente cierto. Leonid nunca estará en mi sala de guerra. —Adiós, Leonid.

Cuelgo antes de que pueda responder. Si no estaba claro ya que no somos amigos, ahora sí lo está.

German se levanta. —Bueno, vaya. Vine a hablarte de Arnov, pero esa vieja serpiente se me adelantó.

—Estás resbalando. Quizás tenga que reemplazarte.

Mi mejor amigo me ignora con la mano. —¿Reemplazarme con quién? No hay nadie más.

El tercer piso vacío prácticamente aúlla de rabia silenciosa.

German me da una palmada en el hombro y vuelve a centrar mi atención. —Tampoco me reemplazarás porque, mientras Leonid te llamó solo para darte información, yo estoy aquí para comprobar tu bienestar emocional. Hermanos antes que enemigos, ¿estoy en lo cierto?

—Innecesario —me alejo de él—. Estoy bien.

German niega con la cabeza. —No tienes que mentirme, Kirill. Puedo ver cuánto te duele por dentro.

—No me duele. Puedo estar solo en esta casa sin…

—Equivocado. Tienes que llorar a tu buen amigo Arnov —dice German, con mucho sarcasmo en su voz. Arquea las cejas intencionadamente—. Deberíamos honrar su memoria bebiendo *muchísimo*.

Lo miro fijo durante unos segundos antes de asimilarlo. —Cierto. Estoy triste por Arnov —digo, siguiéndole la corriente a German, aunque solo sea porque emborracharse hasta los huesos suena mejor que cualquier otra opción esta noche—. Devastado, de verdad.

—Lo sé. Es por eso que estoy aquí —German me da una palmada en la espalda y me empuja hacia la puerta—. Vamos a beber para eliminar nuestros demonios y dejar atrás a nuestros fantasmas. Yo invito.

No estoy seguro de si todavía está hablando de Arnov. Pero asiento. —Cuidado. Tú no puedes costear lo que valdría dejar atrás a mis fantasmas.

—Cierto. Tenía la intención de hablar contigo sobre un aumento —bromea—. Pero lo guardaré para dentro de una o dos horas. Tengo la sensación de que entonces serás mucho más agradable.

Resoplo. —No cuentes con ello.



EL BAR al que me lleva German es una pequeña choza en la playa, justo al final de la calle. No lo reconozco, pero él jura que estaba aquí la última vez que estuve en la casa.

—Estabas tan ocupado que nunca viniste conmigo —explica.

—Estás confundiendo “ocupado” con que “tenía mejores cosas que hacer”. Después de todo, alguien tenía que ver cómo se secaba la pintura.

Pone los ojos en blanco y mantiene la puerta abierta. —Después de ti, jefe.

Entro al bar… y mis ojos ya están puestos en ella.

Es automático. El tirón que siento hacia el bar. Es como un cable atado alrededor de mi caja torácica, que se tensa cada vez que Rayne está cerca.

Está sentada en un taburete del bar. La camiseta de seda le cae hasta la espalda. Tiene el cabello en una trenza suelta sobre el hombro, dejando al descubierto aún más piel. Quiero recostarla

sobre el bar y lamer sal de sus muslos.

Detrás de mí, oigo a German maldecir en voz baja. —Tanto para dejar atrás a tus fantasmas.

RAYNE

QUINCE MINUTOS ANTES

—¿Hiciste *qué*? —balbuceo. Me pican los ojos por el alcohol que acaba de salir de mi nariz.

Natalia me entrega una servilleta y continúa mirándome. Quiero que se apresure a explicar que la escuché mal o que de algún modo estoy entendiendo mal las cosas. Pero ella está tranquila y paciente. Espera a que me enfrente a esta bomba atómica que acaba de lanzar.

Jadeo. Una nueva comprensión me invade. —¿Es por eso que te ofreciste a pagar por la niñera esta noche? ¡¿Un soborno?!

—¡No! Realmente pensé que necesitabas salir por la noche… —ella se hunde bajo el peso de su engaño—. Vale, ¡fue más o menos un soborno! No estoy por encima de eso. Solo sabía que te enojarías por esto y quise suavizar el golpe. Con tequila.

Dejo caer la cara entre mis manos y murmuro algo confuso.

—¿Qué? —pregunta Natalia.

Bajo mis manos y la miro. —No puedes trabajar para Kirill.

—Ya lo hago —hace una mueca—. Lo siento, nena, pero me dio un aumento del diez por ciento desde la última vez que trabajé allí. Es gracioso, porque habría trabajado allí por mucho menos. En realidad, lo haría por el salario mínimo más propinas si eso significara no trabajar más para Genevieve.

—No puede ser tan mala como para que tengas que traicionar a tu mejor amiga —siseo.

—Ayer me pidió que limpiara la lechada de la cámara bajo su casa porque olía “algo ligeramente húmedo” en el aire. Como si fuera un maldito plomero o algo así.

—Vale, está bien. Eso es bastante malo —admito—. Pero podrías conseguir un trabajo en cualquier otro lugar, Nat. ¡No puedes trabajar para el papá de Yuliana!

Me doy cuenta de que hablé demasiado alto y agacho la cabeza. Aunque la probabilidad de que me encuentre con Kirill sigue siendo casi nula… después de todo, Los Ángeles es bastante grande… ahora que está de regreso en la ciudad, espero verlo en cada esquina.

—¿Por qué no? ¿No te gustaría saber qué está haciendo? —pregunta—. Por ejemplo, podría decirte si está saliendo con alguien. Si trae mujeres a casa muchas veces…

Mi corazón se aprieta. Me odio por eso.

—¿Por qué diablos debería importarme si Kirill está saliendo con alguien? Han pasado años desde que estuvimos juntos. Ni siquiera estábamos "juntos". La última vez que lo vi, me dijo que saliera de su propiedad como si fuera una extraña. En realidad, no… probablemente habría sido más amable con un extraño.

Natalia niega con la cabeza. —Lo dudo. Tu chico no es muy amigable.

—Él no es "mi chico" —espeto—. Él no es nada para mí.

—Él es el papá de tu bebé. Eso es algo.

Entrecierro los ojos hasta convertirlos en rendijas. —No. Él no es nada para mí.

—¡Genial! Entonces, debería estar bien que trabaje para él —gimo y Natalia me da una sonrisa comprensiva—. Lo siento, RayRay. Dijiste que estaba en la ciudad y lo primero que pensé fue que por fin podría liberarme de Genevieve. He estado buscando un nuevo trabajo desde el primer día que comencé con Genevieve y no tuve suerte. Esta es mi oportunidad.

Me inquieto, incómoda. —Puedo hablar con Steven y Martha. Quizá necesiten otra criada…

Sé que es una posibilidad remota. Algunos días, ni siquiera tengo suficiente trabajo para hacer. Doy vueltas hasta que llega el momento de irme o Martha me envía a casa. Definitivamente no necesitan dos criadas.

Natalia me aprieta las manos. —Incluso si solo trabajo para Kirill durante un par de meses, tendré suficiente para sobrevivir mientras busco un trabajo más permanente. Y, si trabajo allí más de un par de meses, podría ser un gran logro en mis ahorros para el café. Esto podría allanar el camino para lograr mi sueño.

Dejo caer mi cabeza sobre mis brazos en el bar. —Odio que me hagas sentir tan egoísta. Se supone que yo tengo razón y tú estás equivocada. Quiero que sea sencillo. Blanco y negro. No se permiten grises.

Natalia apoya su mejilla en mi hombro. —Lo siento, señorita. Las cosas no son tan simples. Y, para que conste, no había nadie más en la casa.

—¿Qué? —hago la pregunta antes de darme cuenta de lo que dijo, antes de darme cuenta de en qué me estoy metiendo.

—La casa estaba vacía. Kirill estaba solo. No hay nadie más. Ninguna otra mujer.

Mi corazón late con fuerza. Es una manifestación física de la esperanza moribunda en mi pecho, que vuelve a la vida. —No me importa.

—No dijo eso con exactamente las mismas palabras —continúa Natalia, ignorándome—. Pero, cuando le pregunté si había alguien más en la casa, se mostró evasivo.

Me estremezco. —¿Le preguntaste? ¿Directamente? Quizá fue evasivo porque se sintió incómodo.

—De ninguna manera. Los hombres así no se sienten incómodos con esas cosas. Y siempre te

avisan si hay una mujer cerca. Para presumir o lo que sea —Natalia toma un sorbo de su bebida y asiente, confiada en su lógica—. La única razón por la que estuvo callado es porque sabe que somos amigas y no quería que supieras que está soltero. Lo hace parecer patético.

—¡Oye! Yo también soy soltera. Tú también. No somos patéticas.

Ella me da un codazo suave. —Por supuesto que no somos patéticas. Somos solteras por elección. Pero la idea de Kirill en esa casa grande y antigua, deambulando por los pasillos completamente solo… eso es patética.

Mi pecho se oprime, pero no es lástima lo que siento. Es tristeza, genuina y profunda. La idea de que Kirill viva solo en esa enorme casa me rompe el corazón.

Ilya debería estar allí con él.

Yo debería estar allí con él.

La idea me coge tan por sorpresa que realmente me sobresalto. La cerveza se derrama sobre el borde de mi vaso, y rápidamente chupo el líquido de mi mano.

Natalia me mira con la ceja levantada. —¿Estás bien ahí, chica?

—Estoy bien. Solo derrame. Estoy bien —digo de nuevo—. Totalmente bien —puedo escuchar lo nerviosa que sueno, así que busco a tientas alguna manera de cambiar de tema—. ¿Te mostré la foto que le tomé a Yuliana esta mañana? Le trencé el cabello y ella insistió en usar ese vestido de niña de flores de encaje blanco que estaba en el fondo de su armario. Intenté disuadirla, pero tuvo un berrinche y…

En medio de la conversación, me doy cuenta de que Natalia está mirando por encima de mi hombro. Sus ojos están muy abiertos, enfocados en algo que no puedo ver.

—¿Qué? —susurro suavemente—. ¿Puedo mirar también? ¿Es un chico lindo? No quiero mirar y revelar que no eres tan difícil de conseguir como haces parecer.

Me metí en problemas la última vez que salimos por girarme completamente en mi taburete y mirar al hombre tatuado al que Natalia había estado “follando con los ojos” toda la noche. Sus palabras exactas, no las mías. Aparentemente, mis vueltas revelaron que ella estaba interesada en él, lo que lo desanimó, y todas las esperanzas de una velada romántica y llena de juegos previos se marchitaron.

—*¿No* quieres *que un chico sepa que estás interesada?* —pregunté en ese momento—. *Pensé que ese era el punto.*

Ella me frunció el ceño, decepcionada. —*Los chicos así pueden tener a cualquier mujer en la habitación. Tiene que sentirse como un desafío. Pero lo miraste fijamente y le mostraste todas mis cartas.*

El resto de la noche estuvo de mal humor, especialmente cuando vimos al hombre tatuado irse con una rubia vestida de cuero una hora más tarde. No volveré a cometer ese error.

—Definitivamente no puedes mirar —dice Natalia. Baja los ojos hacia el bar. Su rostro está pálido, lo que hace que su rubor rosado resalte aún más—. No te des la vuelta bajo ninguna

circunstancia, ¿vale?

—¿Qué es? ¿*Quién* es? —salto de emoción. Tal vez sí soy patética si esto es suficiente para hacer subir mi adrenalina.

Natalia me mira lentamente. Ha reorganizado su rostro en una expresión anormalmente relajada. Parece un perro que se metió en una bandeja de brownies de marihuana y trata de actuar con calma cuando sus dueños regresan a casa. —Quédate completamente quieta, ¿vale? O no, tacha eso: actúa natural. Actúa normal. Er… mierda, no lo sé. Kirill acaba de entrar por la puerta.

Al instante y sin ningún control sobre mi cuerpo, doy vueltas en mi taburete.

El asiento gira tan rápido que mi brazo rebota en la parte superior del bar y me envía de regreso en la otra dirección. Tengo que agarrarme del borde de madera con los dedos para estabilizarme. Mientras tanto, mis ojos están fijos en el hombre alto y de cabello oscuro que acaba de entrar para arruinar mi vida nuevamente.

Los ojos verdes de Kirill son casi dorados bajo la luz del bar, brilla mientras me mira fijo. Por un segundo, quedo hipnotizada por los matices avellana de sus ojos, las sombras oscuras en sus pómulos. Es una hermosa ilusión óptica. Cuanto más lo miro, más me convenzo de que no es real.

—Él no puede estar aquí —digo, todavía mirándolo directamente.

Natalia me coge del brazo y me hace girar. El asiento debe haber sido engrasado recientemente, porque casi vuelvo a volar. Mis costillas chocan contra el bar y hago una mueca. —¡Ay!

—¿Qué demonios estás haciendo? —sisea Natalia.

—¡Me dijiste que fuera normal! Esto es lo que *normalmente* haría.

—Vale, pero te dije que no miraras.

—Sí, lo que significa que es casi seguro que iba a mirar. Si no querías que mirara, no deberías haber dicho nada.

—Lo recordaré la próxima vez que estés a punto de pararte frente a un autobús. En lugar de gritar: “No, Rayne, vuelve”, simplemente daré un paso atrás y esperaré lo mejor.

—Esto no es lo mismo que caminar delante de un autobús.

—¿No lo es?

Natalia está inclinada hacia adelante en su asiento, hablando a medio centímetro de mi cara. Ella está siendo mucho más llamativa que yo, pero puedo sentir la mirada de Kirill todavía perforando mi espalda y me distrae.

—Estabas prácticamente en coma la última vez que se fue —continúa Natalia—. No supe nada de ti durante semanas. Cuando lo hice, estabas pálida y delgada y *embarazada*.

Me lanzo a través del espacio entre nosotras y le tapo la boca con una mano. —*¡Cállateahoramismoquédiablosestástratandodehacer!*

Todo resulta un revoltijo sin palabras, pero ella capta la idea. Natalia levanta las manos en señal

de rendición.

—Voy a quitar la mano de tu boca… pero si dices una sola palabra sobre ya sabes qué —le advierto—, te mataré.

Ella asiente y lentamente retiro mi mano.

—Si yo fuera tú —sugiere Nat—, haría exactamente lo contrario de lo que me acabas de pedir que hiciera y gritaría sobre *ya sabes qué* a los cuatro vientos. Compraría un cartel publicitario. Compraría un megáfono. Compraría un cartel publicitario de un megáfono.

La miro con tanto veneno que se encorva en su asiento. —Lo siento —murmura—. Estoy nerviosa y yo… no lo sé. No volverá a suceder.

—¿*Tú* estás nerviosa? ¡Hablaste con él hace un par de horas! Vas a trabajar para él. Sobre todo, tú no tienes un *ya sabes qué* con él. ¿Cómo crees que me siento yo?

Natalia sigue mirando por encima de mi hombro, sus ojos cambian ligeramente de posición cada vez, para que sepa que Kirill está en movimiento.

—*¿Viene para acá?* —susurro.

Natalia responde encogiéndose de hombros de forma indescifrable.

De repente, se queda extrañamente quieta. Ella se gira a medias hacia el bar y yo la sigo. Aunque lo que realmente quiero es darme vuelta y ver a Kirill. Tenerlo al acecho fuera de mi vista es como darle la espalda a un depredador. Debería hacerme grande y reclamar territorio. En cambio, me quedo sentada de brazos cruzados, esperando a ver qué sucede.

Supongo que eso me convierte en la presa.

Por el rabillo del ojo, veo dos formas grandes que pasan. Están a una fila de mesas de nosotras, pero lo suficientemente cerca como para que un escalofrío suba por mi columna. Se sientan, apenas fuera del alcance del oído, pero no del todo de la vista.

Estratégico por parte de Kirill, sin duda.

—No vienen —dice Natalia—. Me pregunto por qué.

Resoplo. —Probablemente porque los miramos fijamente y parecía que nos íbamos a desmayar. Además, probablemente porque no quiere volver a verme.

—Eso es lo que él dijo. Pero tal vez no sea eso lo que quiso decir.

—¿Hay otra manera de interpretarlo? —pregunto—. Me pareció bastante sencillo.

—Te diré algo: solo hay una manera de interpretar la forma en que te acaba de mirar.

Sacudo la cabeza de inmediato. —No. Basta.

—¿Basta qué? —protesta inocentemente.

—Ya estás tratando de hacer de casamentera —siseo—. Hace apenas un segundo, actuaste como si el fantasma del pasado hubiera entrado por la puerta, pero ahora intentas juntarnos.

Se cruza de brazos y se recuesta en su asiento. —No estoy haciendo nada.

—Oye, Nat —le digo, inclinándome hacia adelante con los brazos cruzados—. No puede pasar nada entre Kirill y yo. No puede. Hay demasiada historia ahí, demasiados secretos. Simplemente… no.

Su boca se mueve como la de un conejo. —Lo que tú digas, Rayne. Quiero lo que tú quieres, ¿vale?

—Vale.

Natalia se inclina hacia delante, con una sonrisa maliciosa en los labios. —Entonces… ¿qué quieres?

Kirill se mueve en su silla y no puedo evitar mirar hacia arriba. Está frente a mí… no puede ser un accidente… pero está hablando con la camarera que acaba de acercarse para tomar sus pedidos. La chica es joven y hermosa. Es obvio solo por el lenguaje corporal que le está prestando especial atención a Kirill.

Los celos arden intensamente en mi pecho. Es la antorcha que solía llevar por Kirill, que todavía chisporrotea y chispea, incluso después de todos estos años.

Miro hacia otro lado, con la mandíbula apretada. —Quiero superarlo.

Natalia me aprieta la mano y sonríe. —Superar es lo que mejor hago. Ven conmigo: tengo una idea.



EL HOMBRE a mi lado es guapo. Más importante aún, es exactamente lo opuesto a Kirill.

Es solo un par de centímetros más alto que yo. Su cabello es tan rubio que es casi blanco y tiene ojos castaños oscuros que parecen negros en este rincón oscuro del bar.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —pregunta.

En su defensa, murmuré mi nombre en mi incómodo intento de presentarme cuando me acerqué a su mesa. Era guapo, estaba sentado solo y no llevaba anillo. En opinión de Natalia, eso lo convertía en mi elección perfecta. Me empujó hacia él y, a partir de ese momento, quedé sola.

Envuelvo las manos alrededor de mi bebida. —Rayne.

Sus cejas se disparan. —Como la canción de lluvia en inglés… *lluvia, lluvia vete, ¿vuelve otro día?*

—¿Me estás dando una pista? —pregunto, comenzando a levantarme de mi silla—. Si quieres que me vaya, puedo…

Envuelve una mano cálida alrededor de mi brazo y tira suavemente de mí hacia mi asiento. —*Rayne, Rayne, no te vayas. Me alegro de haber venido hoy a este bar* —dice con voz cantarina.

Mis mejillas están sonrojadas y no estoy segura si es por el alcohol o por el coqueteo. Es bonito, sinceramente. Lindo. Un poco cursi, pero lindo.

Ahora solo soy consciente en un setenta y cinco por ciento del hecho de que Kirill está sentado a cinco metros de mí, probablemente observando toda esta interacción, en lugar del cien por ciento total que normalmente domina.

—¿Cuál era tu nombre? —pregunto—. Lo siento. Sé que lo dijiste, pero estaba nerviosa cuando vine y me lo perdí.

Él sonríe. Es una buena sonrisa, recta y amable, con bonitos dientes blancos. Una sonrisa amable. —Garrett.

—Hm… no conozco ninguna canción que contenga "Garrett".

Él se ríe. —Yo tampoco. Pero los niños me llamaban Garrett la Zanahoria cuando era niño. ¿Quizás puedas hacer algo con eso?

Me llevo un dedo a la barbilla, fingiendo considerarlo. —Supongo que también podría llamarte Zanahoria.

Garrett se inclina y, de repente, su sonrisa amistosa adquiere un tono seductor. Mariposas revolotean en mi estómago cuando me encuentro con sus ojos oscuros. —Creo que te dejaría llamarme como quieras, Rayne. Siempre y cuando prometas no irte.

Sujeto con más fuerza mi vaso, intentando y sin éxito no pensar en el hombre al otro lado de la habitación. El hombre que no solo me da mariposas, sino también impulsos eléctricos en todo el cuerpo. Estar al lado de Garrett en comparación con Kirill es como lamer una batería en lugar de que me caiga un rayo.

No hay comparación.

Aun así, trato de dejar esos pensamientos a un lado. Quiero a alguien agradable. Quiero seguir adelante.

Así que miro a Garrett a la cara y miento. —Lo prometo.

KIRILL

El hijo de puta es un muerto andando.

Tiene la mano baja sobre la espalda de Rayne. La balancea hacia adelante y hacia atrás en la sucia pista de baile en la esquina del bar. Las luces son tenues, pero no lo suficiente como para no ver cada cosa insoportable que hacen.

La forma en que Rayne se arquea contra él. Su mano sobre su piel. Sus labios susurrando en su oído.

—Podemos irnos —sugiere German.

—Puedes dejar de decir eso.

—Dejaré de decirlo tan pronto como dejes de lucir así —me hace un gesto a la cara—. No quiero limpiar sangre de mi ropa esta noche. No matemos a ese pobre hijo de puta.

—No sé de qué hijo de puta estás hablando.

German ni siquiera dignifica ese descarte con una respuesta. Ambos sabemos que es una tontería. No he quitado los ojos de Rayne en toda la noche.

—Podrías ir a saludar. Hacer amigos.

—Con amigos como tú, ¿quién necesita más? —chasqueo.

Bebo el resto de mi bebida y le hago una señal a la camarera para que me traiga otra. Ha estado rondando cerca toda la noche. Podría decir la palabra y ella dejaría este bar conmigo ahora mismo.

—Otro —ladro, entregándole la bebida.

Agarra el vaso y arquea la espalda. Su pecho presiona hacia adelante, contra la fina tela de su camisa. Puedo distinguir los detalles de su sujetador de encaje morado debajo. —¿Hay algo más que pueda interesarte? Ya sabes… ¿si quieres probar algo nuevo?

Le hago un gesto para que se vaya. —Otro de lo que acabo de beber.

Ella oculta la decepción detrás de una sonrisa educada y regresa al bar.

—Joder —gime German—. Ella podría estar arrojándose sobre mí, pero nooo. Está perdiendo el

tiempo con el amargado de *ti*, aunque no puedas quitar los ojos de tu exnovia.

Lo ignoro y aprieto los dientes con fuerza mientras el hombre hace girar a Rayne contra su pecho. Ella sonríe, su cabello cae sobre sus hombros y rozando sus brazos. Probablemente esté envuelta en su aroma a lavanda. Su camisa olerá así más tarde. Lo sé por experiencia.

—Ese tío podría ser un psicópata. No debería tocarla.

German se inclina. —Necesito recordarte que has matado gente. Lo he visto con mis propios ojos. Si alguien es un psicópata, eres tú.

No se equivoca, pero eso no alivia la ira que hierve bajo la superficie de mi piel.

Cuando la canción se desvanece, Rayne mantiene sus brazos alrededor del cuello del hombre. Se están sonriendo. Ella le dice algo y él asiente con demasiado entusiasmo.

Rayne levanta un dedo y luego se aleja, dirigiéndose al baño en la parte trasera del bar.

Me levanto justo cuando la camarera regresa con mi bebida. Ella me mira esperanzada, pero le quito la bebida de la mano y le hago un gesto para que se vaya.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta German. Suena nervioso.

Tomo la bebida de un trago y le sonrío agradablemente. —Voy a hacer amigos. Como sugeriste.

Maldice en voz baja mientras me voy, pero no intenta detenerme. Él sabe que estoy en una misión.

Atravieso el bar, zigzagueando entre mesas y personas hasta que estoy parado frente al pobre hijo de puta que está a punto de tomar una decisión muy difícil: renunciar a la mujer más hermosa que jamás haya visto… o morir.

Se sobresalta cuando me acerco, con una sonrisa amistosa en su rostro. —Ah, hola. ¿Puedo ayudarte con…?

—¿Conoces a esa mujer? —pregunto, asintiendo con la cabeza hacia el baño.

Él sigue mi gesto y frunce el ceño. —¿Te refieres a Rayne? —se pasa la mano por la nuca—. Bueno, supongo que no la *conozco*. La estoy conociendo. Quiero conocerla.

—No, no quieres.

Él parpadea hacia mí. —¿No? ¿Le pasa algo? No es… jaja, ya sabes, *peligrosa*, ¿verdad? ¿Estoy a punto de aparecer en un programa sobre crímenes reales?

—No es ella la que es peligrosa.

Pero el idiota todavía no capta la amenaza. Mira nerviosamente hacia el baño y agacha la cabeza, su voz lo más baja posible para que todavía pueda escucharla por encima de la música. —Me pidió que la acompañara a su casa. Ya le dije que lo haría, pero… ¿no debería hacer eso?

Aprieto el puño a mi costado, apenas sosteniendo las riendas de mi ira. —No te irás a casa con ella.

¿A cuántos hombres se ha llevado Rayne a casa en los últimos cinco años? Por lo que sé, acabo de entrar en su lugar favorito. Todos los hombres aquí podrían haberla probado.

Olvídate de lavar la sangre de su ropa; German se va a ahogar con la marea de sangre en esta habitación cuando termine. Será una masacre.

El hombre ve la furia que sale de mí en oleadas y al fin parece comprender que algo anda mal. Da un paso atrás, con la frente arrugada. —¿Quién eres? ¿Eres un exnovio loco o algo así?

Cierro la brecha. Es apenas más alto que Rayne, así que tiene que estirar el cuello hacia atrás para mirarme. —Lo que necesitas saber sobre mí es que soy un hombre de palabra. Nunca rompo un voto.

—¿Un voto? ¿Qué estás… qué voto?

—El voto que estoy a punto de hacerte ahora mismo —gruño—. Te prometo que, si sales por esa puerta con Rayne, no vivirás para ver otro amanecer. Prometo que te arrancaré la columna vertebral del torso y te colgaré con ella.

Su rostro palidece. —¿Quién eres?

—Si sales por esa puerta ahora mismo, entonces no soy alguien a quien necesites conocer. Nunca me volverás a ver. Pero si no lo haces… entonces, como dije: soy un hombre de palabra.

Puedo ver las preguntas ardiendo en sus ojos. Es un instinto humano, la curiosidad. Pero, por suerte para él, prevalece otro instinto.

La supervivencia.

Sin decir nada más, el hombre pasa a mi lado y se dirige directamente hacia la salida. Cruza la puerta sin siquiera mirar atrás.

German sacude la cabeza y hace girar perezosamente su bebida en el vaso. Me hará pasar un infierno por esto más tarde, pero me importa un carajo.

Me doy vuelta justo cuando Rayne abre la puerta del baño. Tiene una suave sonrisa en su rostro. Puedo notar que se renovó el maquillaje. Su lápiz labial brilla un poco más que antes, rosa apagado bajo las luces de la pista de baile.

Cuando levanta la vista y me ve de pie en la pista de baile en lugar de su pareja, sus ojos se agrandan. Escanea el bar, buscándolo. Y detesto que lo esté buscando en lugar de mirarme a mí.

—¿Qué le hiciste? —camina por la pista para pararse directamente frente a mí—. ¿A dónde se fue?

—¿Quién?

Me pone un dedo en el pecho. Por la forma en que hace una mueca de dolor puedo notar que le duele, pero rápidamente cierra el puño y me golpea. —No me mientas. ¿Qué le hiciste? ¿Está bien?

—¿Estás hablando de ese chico con el que estabas bailando? Parecía no encontrarse bien. Probablemente se fue para recuperar la sobriedad.

—Garrett no estaba borracho —dice.

Lanzo un brazo hacia la puerta. —Entonces, adelante, ve a buscar a *Garrett*. Parece que ustedes dos tenían una conexión real y profunda.

—Solo estábamos bailando.

—Y regresando a casa juntos, o eso escuché —no pensaba compartir que sabía ese pequeño dato, pero se me escapó. No estoy borracho de ninguna manera, pero bebí lo suficiente como para sentir un saludable zumbido en mis venas. Lo suficiente para aflojar la tapa de todo lo que he pasado cinco años reprimiendo.

Sus ojos azules brillan y aprieta la mandíbula. Aparece una pequeña hendidura en su barbilla. No recuerdo haberlo visto antes. Ella comienza a hablar, pero extiendo la mano y paso el pulgar por la marca. —¿Qué es esto?

—¿Qué es qué? —ella aparta mi mano de un golpe.

—¿Eso es una cicatriz?

Rayne se lleva una mano a la mejilla. —Ah. Sí. No es nada.

—No solías tener una cicatriz allí —lo sabría… he besado ese lugar. La probé allí y en todas partes, y en los cinco años que han transcurrido desde entonces, he revivido cada momento que pasó entre nosotros. Si hubiera estado allí antes, lo recordaría.

Vuelvo a alcanzar su rostro, pero Rayne esquiva mi mano. Quizá estoy más borracho de lo que pensaba, porque ella no debería haber podido superarme de esa manera.

—Muchas cosas han cambiado desde la última vez que nos vimos —dice entre dientes—. Como, puedo ir a bares y conocer a quien quiera. He tenido una vida durante los últimos cinco años, Kirill. No puedes llegar y tener ningún control sobre eso. He cambiado. He tenido… he cambiado, ¿vale? He cambiado.

Algo cruza su rostro. Una oscuridad que se posa sobre su expresión por un solo momento, pesando las comisuras de su boca antes de desaparecer.

—Dímelo —arrastro las palabras—. Cuéntame todo. Ponme al día.

—No te voy a decir nada.

—Entonces, algunas cosas no han cambiado: sigues siendo tan jodidamente terca como siempre.

—Y tú sigues siendo un jodido gilipollas —escupe, su pecho presiona contra el mío. Intenta alejarse de mí, pero nuestros cuerpos son magnéticos—. Tú tampoco has cambiado. Sigues siendo un bastardo engreído y condescendiente, que no reconoce lo importantes que son las personas como yo para el buen funcionamiento de su vida. ¿Sonya sigue doblando tu ropa? ¿Cómo te las arreglarías sin tu chef personal para mezclar tus batidos y German para encargarse de todos los asuntos con los que no quieres lidiar?

Pienso en mi cena de mantequilla de maní y whisky de anoche. Si Rayne se enterara de eso, se lo pasaría en grande. Casi me hace sonreír.

Casi.

—Me he ganado mi vida, Rayne. ¿Qué has hecho tú en los últimos cinco años?

Aprieta la mandíbula y creo que va a decir algo. Su respiración se entrecorta y su pecho roza el mío.

Luego, me empuja con fuerza y retrocede. —No tenías derecho a arruinarme la noche, Kirill.

Cruzo los brazos sobre mi pecho. —No hice nada.

—¿Qué le dijiste siquiera? Conociéndote, fue una amenaza. ¿Por qué deberíamos hablar las cosas o ser razonables cuando puedes amenazar con violencia y conseguir lo que quieres?

—Esa es una gran pregunta.

—¡Fue sarcástica! —grita—. La pasé bien esta noche. Por primera vez en mucho tiempo.

—No la pasaste bien con *Garrett*.

—¡Deja de decir su nombre así!

—¿Así cómo?

—*Garrett* —dice en una ridícula imitación de mi voz—. Como si estuviera debajo de ti.

—Ahí es exactamente dónde está —gruño.

Rayne se aparta el cabello de la cara y arrastra dedos frustrados por los largos mechones. Pero, cuando me mira, la frustración ha desaparecido. En cambio, parece dolida. —Me dijiste que no querías verme, Kirill. Tú… Te fuiste sin despedirte. Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué estás haciendo esto?

Mi mandíbula hace clic por la presión con la que la aprieto. No digo nada. Si abro los labios, las únicas cosas que saldrán serán cosas de las que me arrepentiré.

—¿Por qué? —repite—. Apareciste aquí esta noche de la nada, y ahora actúas como si tuvieras algún derecho sobre mí. Como si tú pudieras dictar cómo vivo mi vida. Pero puedo cuidar de mí misma.

—Tal vez —digo en un estruendo profundo y ahogado—. Pero tal vez no deberías tener que hacerlo.

Justo así, todo se detiene.

La música se desvanece, reemplazada por el constante tamborileo de la sangre en mis oídos. Las personas que nos rodean desaparecen. Rayne se inclina hacia mí. Sus ojos azules son un lugar amplio y suave para aterrizar.

Sí tengo un derecho sobre ella. La deseé desde el momento en que la vi por primera vez. Eso nunca cambiará.

Rayne es mía.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Rayne parpadea y luego se aleja de mí de repente. Parece

horrorizada. Agita un dedo entre nosotros, como si fuera una rama de salvia ardiendo y estuviera tratando de advertir a un espíritu vengativo.

Parece que Rayne tampoco ha logrado dejar atrás a sus fantasmas esta noche.

—No —dice con firmeza—. No haré esto otra vez, Kirill. Te he superado. Tú y yo, sea lo que sea que haya sido eso… hemos terminado.

—Tú fuiste quien ayer caminó hacia mi playa. Sigues preguntándome por qué, por qué, por qué. Déjame preguntarte lo mismo. ¿Por qué estabas allí, Rayne? Hay miles de kilómetros de playa en California, pero tú estabas en la *mía*.

Es su turno de cerrar la mandíbula. Sus labios se aprietan con tanta fuerza que se vuelven blancos. Quiero separarlos con mi lengua y saborear las palabras que se esconden detrás de ellos.

Cierro la distancia entre nosotros y agarro su brazo. Intenta alejarse, pero lo único que logra es que mi mano se deslice por su antebrazo hasta su mano. —¿Por qué fuiste a mi playa, Rayne? ¿Por qué revisaste las ventanas para ver si estaban cerradas?

—No lo hice.

Aprieto su mano con más fuerza. —Mentirosa.

Su expresión se vuelve ardiente. No me sorprendería que empezara a salir humo de sus oídos.

La aprieto contra mí. Su camiseta sedosa se sube, y mis dedos se sumergen en la cálida piel debajo. —Responde la pregunta, Rayne.

—Porque soy una glotona del castigo —suspira. Sus ojos se abren y me mira fijamente, con una nueva claridad—. Porque este dolor es mejor que el placer que obtengo de cualquier otra persona. Seguí caminando hasta tu playa porque me dolía recordarte, pero era mejor que nunca haberte tenido.

No esperaba esta cruda confesión. Aún estoy tratando de averiguar qué hacer con ella…

Cuando Rayne se suelta de mi agarre. —Por eso tengo que seguir adelante. Lo que haga falta.

De repente, mueve un brazo sobre su cabeza y gira en círculo. Todo su abdomen está expuesto. Hay cicatrices plateadas a lo largo de sus costados, que nunca antes había notado. Aunque probablemente sea solo la iluminación. Apenas tengo tiempo para pensar en ello antes de que se lleve las manos a la boca y grite por encima de la música.

—¿Alguien quiere invitarme una bebida? —grita—. Estoy cachonda y buscando un ligue.

Resoplo sorprendido. Es gracioso. Inesperado. Pero si cree que va a funcionar, está loca.

La única persona que la sacará de este bar soy yo.

—¿En serio? —un hombre en la parte de atrás llama. Por suerte para él, no veo quién es.

—En serio —grita—. ¿Algún hombre interesado? O mujer, no soy exigente. Me siento curiosa. Ayúdame a superar al gilipollas de mi exjefe y…

Rayne me da la espalda, así que no me ve venir. Me inclino, engancho mis brazos alrededor de

sus muslos y la levanto por encima de mi hombro en un solo movimiento.

Sus palabras se convierten en un grito. —¡Suéltame, Kirill!

Sacudo la cabeza. —Ni en un puto millón de años.

Ella golpea mi espalda y patea sus piernas. —¡Ayuda! ¡Ayúdenme!

Algunas personas se atreven a mirar en nuestra dirección, pero, tan pronto como ven la expresión de mi rostro, con razón se dan la vuelta y se ocupan de sus propios asuntos.

Natalia está sentada en el bar, mirándonos con interés. Pero ni siquiera ella hace ningún movimiento para ayudar a su mejor amiga. Tomo nota mental de darle un aumento adicional del cinco por ciento. Los empleados que se ocupan de sus asuntos no tienen precio.

Abro la puerta de una patada y salgo a la noche. El aire está cargado de humedad del océano, que se pega a mí como una manta.

—¡Puedo tener sexo con quien quiera! —grita Rayne en la oscuridad—. No puedes controlarme.

—¿No puedo? Entonces, intenta alejarte.

Se retuerce y lucha, pero mi control sobre ella es férreo. No irá a ninguna parte.

La acera se convierte en arena. Mis zapatos se hunden en el suelo blando un centímetro con cada paso, pero yo sigo adelante.

Rayne se anima. —Kirill, ¿a dónde…? ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estamos?

La ignoro, su voz es cada vez más absorbida por el rugido de las olas.

—¡Kirill! ¡Suéltame! ¡Ahora mismo!

La arrastro fuera de mi hombro. —Si insistes.

Luego, la tiro directamente al oleaje.

RAYNE

Me doy cuenta de lo que está pasando cuando vuelo por el aire, pero igual estoy en shock cuando golpeo el agua.

El Pacífico está frío y hambriento esta noche. Me chupa mientras me revuelo, empapando mi ropa al instante. Sé que no hay riesgo real de ahogarme en el oleaje hasta las rodillas, pero estoy un poco borracha y con mucho pánico. Me agito en el agua hasta que encuentro un punto de apoyo en el fondo y lucho por incorporarme.

—¡Kirill! —grito, pero su nombre sale en forma de gárgaras cuando otra ola rompe sobre mi cabeza. Antes de que pueda volver a caer de culo, Kirill me coge del brazo y me mantiene erguida.

El agua lame sus pantorrillas y ahora mi ropa húmeda empapa su camiseta oscura de manga larga. No parece importarle. Ni siquiera parece notarlo. Se limita a mirarme fijamente, con la mandíbula apretada, sus ojos esmeraldas y exasperantes.

Tan pronto como salí del baño y lo vi parado en la pista de baile en lugar de Garrett, supe que estaba en problemas. No solo porque Garrett se había ido, sino porque realmente no me importaba.

Mi corazón dio un vuelco al verlo.

Luego, cayó directo a mi estómago.

Sí, “problemas” ni siquiera empieza a cubrirlo.

Pero no soy la única que siente el calor. Cualquier cosa compleja que exista entre nosotros, todavía lo afecta a él también.

—¡Suéltame! —me alejo de él y casi resbalo de nuevo antes de recuperar el equilibrio—. ¿Por qué diablos fue eso?

—Te habría arrojado a una ducha fría, pero esto fue lo mejor que se me ocurrió, dadas las circunstancias.

—Una ducha… ¿Por qué? —siseo.

Se burla. —Eras tú la que estaba en un bar lleno de gente diciéndole a todos lo cachonda y desesperada que estás. Si alguna vez ha sido necesaria una ducha fría, es esta.

Mi cara arde. —Era una broma —me quejo—. No es que deba importarte, de todos modos. Tú fuiste quien me dijo que lo dejara en paz.

—No escuchaste entonces, no escuchas ahora. Como dije, nada ha cambiado.

Le lanzo agua. Es infantil, pero es una satisfacción verlo empaparse, aunque sea la mitad de lo que estoy yo. —No sabes nada de mi vida, Kirill. Así que no finjas que lo haces.

—Vale. Dime entonces. ¿En qué eres tan diferente? —me desafía.

Sacudo la cabeza. —No tienes derecho a saber sobre mi vida. Te fuiste y no volviste en cinco años. Cinco malditos años, Kirill. ¿Por qué debería decirte algo?

El rostro de Yuliana aparece en mi mente. Sus labios carnosos y ojos verdes… como los de su padre.

Incluso ahora, una parte de mí quiere hablarle a Kirill sobre ella. Es tan hermosa y maravillosa. Todo el mundo necesita ese tipo de alegría en su vida.

Pero es exactamente por eso que no puedo tener a Kirill en mi vida. Todo lo que necesitamos son cinco minutos solos antes de pelearnos, hacer una escena y gritar. No traeré eso al mundo de Yuliana si no es necesario.

Los ojos de Kirill se estrechan. —Sabes por qué me fui.

Suspiro. La tristeza en mí se abre y toca fondo. —Sabes cuánto lamento lo de Ilya.

Ambos nos estremecemos ante su nombre. Es evidente que Kirill ha hablado de su dolor tanto como yo en los últimos cinco años: en otras palabras, absolutamente nada.

—Realmente… no puedo expresar cuánto lo siento. No hay palabras. Se me rompe el corazón por ti, entonces y ahora. Pero eso no quita el hecho de que a la mañana siguiente te fueras sin una sola palabra.

Sus cejas se arquean hacia abajo. —Perdóname por no convertirte en el centro de mi universo inmediatamente después de la muerte de mi hermano.

—¡Eso no es lo que quise decir! No esperaba que te concentraras en mí, pero quería ayudarte. Podría haber ayudado.

—Tener sexo sin sentido no habría hecho que mi hermano volviera —ladra—. De todos modos, eso es todo para lo que servías.

Me quedo boquiabierta y un dolor que no puedo explicar florece a través de mí. Kirill chapotea por el agua hasta la playa, pero yo solo lo veo alejarse.

Mientras Kirill se hace más pequeño y desaparece en el estacionamiento del bar, noto a Natalia parada debajo de un poste de luz. Tiene nuestras chaquetas colgadas del brazo y mi bolso al hombro.

Respiro hondo y camino con dificultad por el agua hacia ella.

—Eso fue… bueno —dice Natalia.

Está tratando de aligerar el ambiente, pero, por la forma en que me aprieta el hombro me doy cuenta de que sabe que la noche está más allá de ser rescatable.



A MEDIO camino de regreso a mi casa, parpadeo y me doy cuenta de que llevamos un rato conduciendo. Ni siquiera recuerdo haberme subido al auto.

—Estoy empapada —digo, acariciando mis jeans empapados—. Lamento lo de tu asiento.

Natalia me hace un gesto para que lo olvide. —No me importa eso. Mientras tú estés bien, yo estoy bien.

—Estoy bien —digo.

Físicamente lo estoy. Kirill no me hizo daño.

Pero, ¿mentalmente? ¿Emocionalmente? Ni siquiera puedo empezar a decirlo.

Natalia gime. —No puedo creer que toda esta noche haya comenzado porque quería decirte que iba a trabajar para él. Y ahora… esto. No justifica precisamente mi caso, ¿verdad?

—Ahora estoy más segura que nunca de que definitivamente no deberías trabajar para él.

Ella me mira fijo, con el labio inferior apretado entre los dientes. —¿Te enojarás conmigo? Sé que las cosas entre ustedes dos están…

—¿Mal? —ofrezco—. ¿Volátiles? ¿Completa y absolutamente tóxicas?

—Sí. Todo lo anterior. Pero Kirill siempre ha sido amable conmigo y me paga muy bien. —sus hombros se hunden—. No puedo volver a trabajar para Genevieve. Ya le envié un mensaje de texto desagradable diciéndole que renuncio. Incluso si quisiera volver, nunca me aceptaría.

—¿Qué le dijiste?

La boca de Natalia se dibuja en una sonrisa traviesa. —Eso no es importante en este momento. Lo importante es que estoy bastante segura de que ella presentará una orden de restricción contra mí por hacer amenazas violentas y bastante insalubres contra ella y su propiedad, así que no puedo volver allí.

Paso mis dedos debajo de mis ojos, quitando el rímel que sin duda ha corrido por mis mejillas. —Vale.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

—Tu vida es tu vida, Nat. No quiero decirte lo que puedes y no puedes hacer. Además, no es como si yo fuera a trabajar para él. Probablemente no lo volveré a ver nunca más.

Natalia resopla. —No puedes hablar en serio.

—¿Qué? —la miro—. ¿Crees que lo volveré a ver?

—Creo que no pueden evitarlo.

—Créeme, yo puedo evitarlo. No más pasar por su casa, no más ponerme en posición de toparme con él. Puedo dejar a Kirill de golpe. Lo hice durante cinco años.

—No lo viste durante cinco años; eso es muy diferente a dejarlo —responde Natalia—. Puede que Kirill no estuviera presente, pero todavía estabas obsesionada con él. Al igual que claramente él estaba obsesionado contigo.

—¡No lo estaba!

—Chica, se volvió loco, vikingo, todo un cavernícola allá atrás con ese tío con el que estabas bailando.

—Quieres decir que fue un gilipollas con… con… Su nombre era… —dudo, tratando de recordar el nombre del hombre desde algún lugar de mi memoria. Pero no hay nada. Puedo imaginarme su rostro, aunque incluso eso está un poco borroso en los bordes.

Natalia suelta una carcajada. —Ni siquiera recuerdas el nombre del tío. Ay, genial, estás mal, chica.

—¡No lo estoy! ¡Kirill me arrojó al océano! Dijo que lo único para lo que servía era para el sexo sin sentido.

Ella hace una mueca. —Vale, eso es grosero. Pero que te arroje al océano contradice eso.

—¿Que me arroje como a un pedazo de basura significa que piensa que no soy solo buena para tener sexo sin sentido? —digo, desconcertada—. ¿Cómo te imaginas eso?

—"Sin sentido" significaría que, cuando intentaste subastarte al mejor postor, Kirill se habría sentado y disfrutado del espectáculo. En cambio, te arrastró fuera de allí y te sumergió bajo el agua. Suena significativo para mí. Extraño y un poco agresivo, pero significativo.

Mi cara vuelve a arder. —No estoy segura de poder superarlo jamás. ¿Fue realmente… como una subasta?

—"Subasta" es la palabra equivocada. Fue más bien una sensación de orden de llegada. Un buffet libre de Rayne Garner.

Dejo caer la cara entre mis manos. —Yo también me habría arrojado al océano.

—Odio ser quien lo diga, pero él te hizo un favor. Estabas en racha. No me habría sorprendido que hicieras un striptease en el bar por puro despecho.

—Ni siquiera bromees sobre eso —digo, reprimiendo una risa—. Las estrías de mi embarazo bajo las luces superiores del bar… qué rico.

Natalia se encoge de hombros. —Primero, te ves increíble. Segundo, a Kirill no pareció importarle tu cuerpo después del embarazo. No podía quitarte los ojos de encima.

Sus palabras generan una especie de calidez agradable en mi pecho, pero la reprimo de inmediato. —No. No seguirás jugando a la casamentera. No después de esta noche.

—No estoy jugando nada. Estoy diciendo lo obvio.

Sacudo la cabeza. —No es obvio para mí, y claramente tampoco lo es para él. Si lo fuera, no se

habría marchado.

¿Se supone que mi primer pensamiento debió haber sido de ti? preguntó.

Odio que una parte egoísta y enferma de mí desee que su primer pensamiento *haya* sido de mí. En mis fantasías, soy la persona que ayudó a Kirill a superar su dolor. Soy la persona en la que se apoyó y con la que fue vulnerable. Al oírlo decir tan claramente que no soy importante para él en absoluto, aplastó cualquier resto de esperanza que me quedara.

—Tal vez tenía una buena razón —dice en voz baja.

La muerte de Ilya fue trágica y devastadora. Lo entiendo. Lo que no puedo entender es por qué su primer instinto fue alejarse de mí.

—No lo sé, Nat. Quizás Lana y Alexis tenían razón.

—¿Sobre qué? —resopla—. Por favor, dime que no te dieron consejos sobre relaciones.

—De hecho, me aconsejaron contra las relaciones. Me dijeron que me mantuviera alejada de Kirill. Que no era el tipo de hombre que podría comprometerse conmigo. Hasta ahora han tenido razón.

Natalia rechaza eso con la mano, como si no significara nada. —Esas dos no sabrían cuál es el tipo de hombre adecuado si las abofeteara.

Arrugo la frente. —Abofetearlas lo convertiría en el tipo de hombre equivocado, ¿no?

—Sabes lo que quiero decir. Lana está divorciada y Alexis todavía está casada, pero engaña a su marido, ¿no?

—Sí —lo admito—. Creo que con varias personas.

—¿Al mismo tiempo?

—¿Dices “al mismo tiempo”, como, todo a la vez o… ¿Sabes qué? No importa —agito mis brazos frente a mi cara—. Olvídate de que pedí aclaración. No lo sé y no quiero saberlo.

—Por eso no deberías seguir los consejos de tus hermanas. Eres diferente a ellas. Mejor.

Mejor, no lo sé. ¿Pero diferente? Tal vez. Cuando me case, no será por el dinero ni por la apariencia ni por las casas lujosas. Quiero que mi marido me *quiera*. Quiero saber con absoluta certeza que nos elegimos el uno al otro, que estaremos ahí el uno para el otro.

Al final del día, no creo que Kirill jamás sea ese tío para mí o para Yuliana.

—Cualquiera que sea el motivo que Kirill tuvo para irse, debió haber encontrado uno mejor para quedarse —digo finalmente—. Pero no lo hizo, así que… eso es todo. Se acabó.

Con eso, termino de hablar por un tiempo. Miro por la ventana, las lágrimas que me niego a dejar caer ardiendo en mis ojos.

KIRILL

Estar en un club de striptease a mitad del día es inquietante.

Las ventanas están oscurecidas y cubiertas con anuncios de licores, vaporizadores y bailarinas del club. Me imagino que las propias bailarinas caminando por la sala con lencería gloriosa y tacones altos serían publicidad suficiente, pero ¿qué diablos sé yo sobre el marketing?

Lo que sí sé es que ninguno de los métodos funciona conmigo. No podría estar menos interesado.

—Lo que quieras invito yo —ofrece Leonid, recostándose en la mesa con los brazos extendidos —. Diviértete.

Hago una mueca y tomo mi bebida. —No estaré aquí por mucho tiempo.

—Un té helado —Leonid niega con la cabeza, decepcionado de mí.

—Apenas es mediodía.

—Me ofrecí a reunirnos esta noche, pero te negaste. He estado en la ciudad durante dos días y esta es la primera vez que puedes verme.

Podría haber visto a Leonid en cualquier momento durante los últimos dos días; solo no quería. Incluso esta noche no tengo nada que hacer. Pero la idea de estar con él en su sudoroso club de striptease a altas horas de la noche fue lo suficientemente inquietante como para querer evitarlo a toda costa.

—Deberías sentirte con suerte de que pueda verte en absoluto.

—Por supuesto. Siempre me siento afortunado por tu compañía, Kirill —si es sarcástico, lo oculta bien. Se recuesta en su asiento—. En realidad, es raro que pueda verte. Cada vez que intenté concertar una reunión en los últimos años, la has cancelado. ¿Por qué crees que elegí un lugar tan colorido?

—No estoy seguro. Buscando a tu próxima amante, si tuviera que adivinar.

Leonid sonríe, pero es agudo. —Tengo las manos bastante ocupadas con Pearl en este momento.

La Pearl en cuestión está sentada a unas mesas de nosotros, sonriendo con una de las bailarinas.

—Parece cómoda aquí —observo.

Leonid la mira con cariño antes de volverse hacia mí. —Más cómoda que tú. Pensé que te gustaría este tipo de cosas.

—No necesito pagarles a las mujeres para obtener lo que quiero de ellas.

—¡Por supuesto que no! —dice—. Pero es divertido probar lo que se ofrece, ¿no? Pearl entiende. Ella está eligiendo una bailarina para nosotros dos ahora mismo.

La bailarina que estaba inclinada sobre el stand de Pearl ahora está sentada a su lado. Pearl está haciendo girar un mechón del cabello de la mujer teñido de rojo entre sus dedos. Al parecer, a la amante de Leonid no le interesan exclusivamente los viejos arrugados. Vaya, imagínate.

—Entonces, vayamos al grano para que puedas divertirte —espeto.

Leonid levanta las manos en señal de rendición. —Haré esto breve y conciso. Quiero hacer una fiesta pronto. Será en algún lugar de la ciudad, ubicación indecisa en este momento.

—Me importa un comino cómo sea tu calendario social.

Él se ríe sin humor. —Es posible que te interese este evento, ya que estás invitado. Igual que Sasha Lenin.

Arqueo una ceja. —Me parece que entonces estás planeando un funeral.

—¡Dios mío, no! No quiero que haya violencia —afirma—. Sin animosidad, sin emboscadas. Creo que los tres debemos llegar a un… entendimiento. Nos beneficiaría a todos…

—Te beneficiaría *a ti* —corrijo—. Si no fuera así, no te importaría una mierda.

—Ninguno de nosotros hace nada de lo que no se beneficie, amigo mío. Pero, si crees que esto no te beneficia, no estás pensando con claridad. Sasha es más poderoso de lo que piensas. Él podría convertirse en un obstáculo para ti si no haces las paces.

—Entonces, lo mataré —me encojo de hombros—. Simple.

—¿Y provocar que la ira de la Bratva Lenin caiga sobre ti?

—Creo que puedo manejar su ira —resoplo.

—Claro. Pero no sin pérdidas importantes —afirma Leonid—. El simple hecho es que hacer las paces con Sasha te ahorrará tiempo y recursos. Considerando para empezar la naturaleza de su desacuerdo, parece innecesario dejar que eso se interponga entre ustedes dos todos estos años después.

Por supuesto que a Leonid le parece “innecesario”. ¿Por qué me preocuparía que Sasha le falte el respeto a Rayne cuando puedo ir a buscar otra criada para follar? Leonid probablemente no entiende por qué no dejé que Sasha tuviera a Rayne esa noche. Hay muchas más de donde ella vino, ¿no?

Incluso el pensamiento me hace rechinar los dientes.

Debo felicitar a Sasha por su excelente gusto para las mujeres. Pero cuando agarró a Rayne en esa fiesta selló su destino como Enemigo Número Uno ante mis ojos.

De eso no hay vuelta atrás.

Me inclino hacia adelante, con las manos cruzadas sobre la mesa frente a mí. —Sasha entró en mi casa y nos faltó el respeto a mí y a mi personal.

—No estoy seguro de que estés siendo completamente imparcial aquí, Kirill.

—No necesito ser imparcial —ladro—. Ese es el beneficio de ser el hombre más poderoso en la habitación.

La expresión de Leonid es amarga. Él sabe tan bien como yo que la amenaza se aplica tanto a él como a Sasha.

Él pensó que las mujeres semidesnudas y el licor fluyendo libremente me ablandarían. Que me volvería más agradable. Como ahora descubre, pensó mal.

—Vale —dice, levantando un dedo como si acabara de inventar la bombilla—. Escucha.

—No. Ya he escuchado suficiente, Leonid. Organiza tu fiesta si quieres, pero táchame de la lista de invitados. No voy a…

—Si consigo que Sasha se disculpe, ¿estarás de acuerdo con la fiesta? —pregunta apresuradamente. Él sabe que mi paciencia es corta. El tiempo que le queda para convencerme se reduce.

—No importa porque eso nunca sucederá. Sasha nunca se arrodillará.

—Me encargaré de que así sea —dice—. Déjamelo a mí. Todo lo que necesito de ti es una garantía de que aparecerás si Sasha está listo para hacer las paces.

Podría negarme. Leonid lo odiaría, pero no podría hacer nada al respecto.

El problema es que la diplomacia es una vía de doble sentido. Si me niego a esto ahora, no se sabe lo que Leonid podrá rechazar más adelante. Los aliados tienen que dar y recibir, y Leonid ha hecho concesiones sorprendentes al ofrecerse a hablar con Sasha de antemano.

—*Si* Sasha está dispuesto a admitir sus errores y suplicarme perdón —digo, ignorando la forma en que el rostro de Leonid ya se ilumina de puro deleite—, entonces apareceré en tu fiesta. Eso es lo máximo que puedo prometer.

Aplaude. —Maravilloso. Es la primera vez que asistes a algo público en años. Me honras.

En los últimos años, las cosas que antes me parecían importantes cambiaron. Antes, trabajaba constantemente para fortalecer las relaciones que había fomentado. En parte, para asegurarme de que Ilya tuviera una segunda ronda de defensa. Si me sucedía algo, quería saber que la gente se sentiría obligada a cuidar de él.

Ahora… basta decir que el razonamiento ha desaparecido. Hago lo que hay que hacer y dejo la socialización a German y a mis otros lugartenientes.

—Viktoria ayudará a que todo valga la pena —añade—. Ella vendrá a la ciudad mañana para ayudar a su viejo. En mi opinión, una mujer hermosa hace que cada fiesta sea mejor.

Hago una mueca y me pongo de pie. —Nuestro negocio está hecho. Te dejaré con tu amante y su

nueva amiga.

Paso corriendo junto a varias bailarinas sonrientes y salgo a la acera. El sol pleno quema mis ojos. Antes incluso de dar un paso, saco mi teléfono y envío un mensaje de texto a German.

Descubre toda la información que puedas sobre Rayne. Quiero saberlo todo.

RAYNE

Cuando entro al aula de la guardería de Yuliana, la sala está repleta de niños, ruido y color. Del techo cuelgan arcoíris de papel. Hay cubículos con el nombre de cada niño, y el interior está repleto de proyectos de manualidades y pequeños tesoros que los niños han guardado a lo largo del día. Un pez de plástico con la etiqueta "Mascota del Aula" flota en una caja pintada para parecer una escena submarina.

Yuliana está al fondo de la habitación, sentada detrás de un juego de cocina de madera. Toma pedidos con confianza y agita comida de plástico en ollas y sartenes de plástico para los otros niños.

Es lindo verla así. Próspera y feliz. Hace apenas un año, no estaba segura de que alguna vez estaríamos aquí.

—Ella está muy bien.

Me vuelvo y encuentro a la Srta. Albrecht parada a mi lado, sonriéndole con cariño a Yuliana.

—¿Lo está?

La Srta. Albrecht asiente. —Has hecho un gran trabajo con ella. Es amable e imaginativa.

—¿Y está hablando bien?

Yuliana habla muy bien conmigo en casa, pero no estoy segura de cómo le va en entornos en los que se siente menos cómoda. A veces, cuando estamos fuera de casa, tengo que recordarle que use sus palabras.

—¿"Bien"? Ella está hablando *genial*. Quizás demasiado genial —la maestra se ríe—. Solo bromeo. Como la mayoría de los niños, tengo que tener cuidado de dónde acuesto a Yuliana a la hora de la siesta. Si está al lado de sus amigos favoritos, hablarán hasta el cansancio.

Sonrío y me obligo a parpadear para contener la humedad que se acumula en mis ojos.

Yuliana no dijo sus primeras palabras hasta los casi tres años. Incluso entonces, solo sucedió después de que la inicié en terapia del habla. Afortunadamente, el distrito escolar lo ofrecía de forma gratuita; de lo contrario, no habríamos podido pagarlo.

Pasé tantas noches buscando respuestas en línea, cualquier explicación de cómo Yuliana podía parecer tan perfecta en todos los sentidos y, sin embargo, negarse a pronunciar una sola palabra.

Cuando era bebé, apenas balbuceaba.

Muchas veces, la miraba y veía a Ilya.

Por supuesto, Ilya sufrió una lesión cerebral traumática que le dificultaba comunicarse, pero la conexión aún se sentía discordante. Especialmente cuando Yuliana se sentía tan frustrada por no poder comunicarse que comenzaba a arremeter. Una vez, me arañó la cara y me hizo sangrar. Kirill notó la cicatriz la otra noche en el bar. Pasó el pulgar por encima y preguntó de dónde lo había sacado. Estaba segura de que vería la verdad escrita en mi cara.

Si Kirill hubiera estado en nuestras vidas durante ese momento difícil, le habría preguntado cómo era Ilya cuando era niño. Si pasó por algo similar. Podría ser genético.

Sin embargo, lo logramos bien sin él. Yo la cuidé.

De repente, Yuliana me ve desde el fondo de la habitación. Veo su cabecita aparecer, sus ojos verde esmeralda muy abiertos. También pertenecen al acervo genético Zaitsev.

—¡Mamá! —tropieza con dos de sus amigos y patea un cubo de crayones, pero está decidida. Choca contra mis piernas con toda su fuerza, su rostro enterrado contra mi muslo.

Los siguientes minutos son un revoltijo de encontrar sus cosas, despedirse de sus amigos con un abrazo y salir. Yuliana me está contando todo sobre la cancioncita que cantó la profesora de música sobre los burros cuando se detiene en medio de la acera y mira al cielo.

Ella señala las nubes. —Ha salido el sol.

—Sí, todavía hay luz —sonrío.

Sus cejas se juntan adorablemente. —Otros niños todavía están adentro.

—Ajá. Pero tú estás aquí afuera. Te recogí temprano hoy.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro. Luego, levanta los brazos y salta. —¡Vaya!

Ojalá algo tan pequeño pudiera hacerme saltar de alegría así. Quiero que Yuliana siga siendo así de inocente y maravillosa para siempre.

—Tenemos toda la tarde. ¿Qué es lo que quieres hacer?

Salta mientras piensa, rebota de emoción. —¿Helado?

—Podemos comer un poquito —le digo—. Tenemos que cenar pronto.

—¡Ah, un picnic!

Sonrío, pensando en la bolsa de comida que ya empaqué en el maletero del auto. Conozco a mi niña. —Estoy segura de que podemos organizar un picnic. ¿Qué otra cosa?

Piensa más y gira en círculos mientras avanza por la acera. —Un picnic… ¡en la playa!

Flaqueo. Sé exactamente de qué recuerdo saca Yuliana esta idea.

Hace un tiempo la llevé conmigo a mi caminata diaria. Mi camino era un hábito en ese momento. No pensé a dónde íbamos hasta que llegamos allí, fuera de la casa de Kirill. Fue imprudente.

Debí haber estado pensando y llevarla en la otra dirección, pero luego estábamos allí y Yuliana pudo ver el océano.

—*¡Por favor, Mamá!* —suplicó—. *¿Puedo tocar el agua?*

No tenía una buena razón para negarle. Ninguna que pudiera explicarle, de todos modos. *Tu papá verdadero solía vivir en esta casa. ¿Y si está en casa? ¿Y si te ve?*

En ese momento, habían pasado años sin ninguna señal de Kirill. Pensé que ese día no sería diferente. Así que salimos de la acera y bajamos a la playa.

Solo estuvimos unos minutos, pero Yuliana me rogó durante semanas que la llevara otra vez. La rechacé.

—Hoy hace un poco de frío para la playa —le aliso el cabello hacia atrás y la acompaño hacia el auto—. Pensemos en otro lugar donde podamos hacer un picnic.

Ella se hunde en su lugar, gimiendo mientras su labio inferior hace puchero. —¿Por favoooor, Mamá? ¡Por favor, por favor!

—Cariño, hoy hace demasiado frío para nadar. Ojalá pudiéramos, pero…

—Pero quiero construir un castillo de arena. Ni siquiera quiero nadar.

Arqueo una ceja. —¿Me estás diciendo que quieres ir a la playa, pero no nadar?

Asiente.

—¿Y no llegarás allí y cambiarás de opinión y te enfadarás?

Asiente de nuevo, esos grandes ojos verdes me miran con pura esperanza.

Quiero poner una excusa y pensar en otra cosa que hacer. Un picnic en el parque. Podríamos sentarnos junto a nuestra fuente favorita y pedir un deseo con una moneda.

Pero reconozco la expresión de su rostro. Mi emocionante día está a punto de convertirse en un festival de rabietas sin parar, y solo yo tengo la culpa. Si no fuera por mis malas decisiones, felizmente podría llevar a Yuliana a la playa.

Yo suspiro. —Vale.

Ella aplaude, balanceando ambos brazos por encima de su cabeza.

—Pero —agrego, moviendo el dedo—, vamos a una playa más cercana a nuestra casa, ¿vale?

Su labio inferior sobresale. —Quiero ver el castillo.

—Todavía podemos construir un castillo de arena.

—No. *El castillo* —repite—. El real, al lado del agua. Quiero ver eso.

Me lleva un segundo entender que habla de la mansión de Kirill. Tan pronto como lo hago, mi corazón se acelera sin otra razón que esta es una prueba de que la dejé acercarse demasiado. Ha visto la casa de su padre sin siquiera saberlo. Lo recuerda.

Es un recordatorio de que no puedo volver a ser tan imprudente.

—Lo siento, cariño. Esa playa está cerrada —miento, haciendo una mueca de culpa incluso mientras lo hago—. Pero igual nos divertiremos en otro lugar.

Yuliana no parece del todo convencida, pero la amenaza de una rabieta ha pasado. Cuando llegamos al estacionamiento público de la playa cerca de nuestro alquiler, ella se ha olvidado por completo del castillo.

Ojalá pudiera hacer lo mismo.

RAYNE

—Es el castillo más grande del mundo —Yuliana se aleja de su creación y se limpia las manos arenosas en los pantalones—. Necesita un techo más alto.

Me recuesto sobre mis manos y me río. —Si es el más grande del mundo, ¿por qué tiene que ser más alto?

Ella se encoge de hombros. —Porque sí.

—Lógica sólida. ¿Cómo puede alguien discutirlo?

Sonrío y miro hacia arriba. El sol se está poniendo rápidamente. Dentro de una hora oscurecerá. Pero estoy feliz de tomar la mayor cantidad de sol posible antes de irnos. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve una tarde entera libre. Quiero aprovecharlo al máximo.

—Hazlo tan alto como quieras, bebé. Voy a acostarme aquí, ¿vale?

—Deberías ayudar.

—¡Sí ayudé! Mira el trabajo realizado alrededor de la torreta —señalo el cilindro grumoso y deforme adherido al costado del castillo en ruinas. No es mi mejor trabajo. Eso es seguro.

Yuliana arruga la nariz. —Se está cayendo.

—Entonces, será mejor que te apresures y hagas tu castillo más alto antes de que empiece a derrumbarse.

Sus ojos se agrandan con horror y se pone a trabajar, con la lengua apretada entre los dientes.

La mitad de ser padre es descubrir cómo hacer que tu hijo juegue solo durante cinco minutos para que no pierdas la cordura. Me estoy volviendo bastante buena en eso, yo diría.

Me acuesto en la playa y miro al cielo. El azul brillante se vuelve más oscuro a cada segundo, pero estamos demasiado cerca de la ciudad para ver estrellas. Esas no salen hasta que oscurece por completo. Incluso entonces, solo vemos una fracción de las constelaciones que en realidad cuelgan sobre nuestras cabezas.

Me lo he recordado a menudo a lo largo de los años. Las cosas nunca son tan oscuras y desesperadas como parecen. Siempre hay más luz por encontrar.

Todavía estoy acostada en la arena, Yuliana trabajando felizmente a mi lado, cuando una sombra cruza el cielo.

Grito y me sobresalto para ver al surfista Marcus, sin camisa y cargando su tabla, dando un paso atrás. —¡Lo siento! Debí haber hecho un canto de pájaro o algo así para anunciarme.

Presiono una mano contra mi corazón acelerado. —O un saludo normal. Eso también habría funcionado.

Se ríe y se pasa una mano por el cabello. Está húmedo y el agua se le pega al pecho y a los abdominales. Debería hacerme *algo,* ¿no? ¿Un hombre reluciente y sin camisa parado a menos de cinco pies de distancia de mí?

Pero no hay nada. Sin revoloteos en mi estómago. Sin apretones en mi pecho. Bien podría ser una gaviota recogiendo los restos del picnic de otra persona.

—Lo siento. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que fueras tú. No sabía que tenías una hija —hace un gesto hacia Yuliana, como si no supiera de qué niña está hablando. Él baja la voz—. Ella es tuya, ¿verdad?

—Sí. Ella es mía.

—Muy linda —él le sonríe, pero Yuliana apenas le dedica una mirada. Se pone nerviosa con gente nueva.

—¿Vas a surfear? —pregunto.

—No. Bueno, sí. Digo, estaba surfeando. Estuve surfeando por un tiempo. ¿No me viste?

—Supongo que no —admito.

Se pasa una mano por la mandíbula afeitada. —Te vi desde allí. Es difícil no verte con los pantalones cortos y… em, te ves genial. Eso es todo lo que quise decir.

Una especie de calor embarazoso se desliza por mi espalda. Me siento y envuelvo mis brazos alrededor de mis piernas, sintiéndome de repente un poco desnuda. —Gracias.

—Estoy haciendo un verdadero desastre —murmura. Marcus clava su tabla de surf en la arena y la rodea con un brazo. Sus manos tamborilean nerviosamente en la superficie.

Ya creo que sé lo que viene. En lugar de mirar a Marcus a los ojos, vuelvo la mirada al agua, esperando que, si lo ignoro, deje de hablar y desaparezca.

El cielo se ha oscurecido aún más en el horizonte. Las luces comienzan a parpadear para cobrar vida al otro lado del agua. Algunos veleros más pequeños regresan al muelle y el yate anclado en alta mar se destaca con mayor claridad. Una luz dorada sale de sus ventanas y se derrama sobre el agua.

—Oye, Rayne —continúa Marcus—, he querido preguntarte básicamente desde el día en que nos conocimos, pero ¿te gustaría…?

El resto de la frase de Marcus se me escapa cuando mis ojos recorren el yate y captan el nombre del barco pintado en el costado en letra cursiva de color verde oscuro.

El Ilya.

El aliento se queda atrapado en mi garganta. Se me pone la piel de gallina y me provoca escalofríos.

—Ay, Dios… —mi voz no es más que un sonido ronco.

Marcus se aclara la garganta. —¿Qué?

—¿De quién es ese barco? —espeto, señalando abiertamente el yate—. ¿Cuándo se… cómo se… quién?

Sueno casi incoherente. Me *siento* casi incoherente.

Solo conozco una persona que llamaría a su barco… no, a su *yate*… *El Ilya.*

—Solo apareció el otro día —se encoge de hombros—. La gente ni siquiera debería poder anclar tan cerca de la costa. Pero estos gilipollas ricos pueden hacer lo que quieran. Me quejé de que me estaba cortando parte del alcance para mis clases de surf, pero el tío me hizo un cheque y esperó que me callara. Por la cantidad que pagó, supongo que lo haré… por ahora.

—¿Quién? —apenas resisto el impulso de abalanzarme sobre Marcus y sacudirlo—. ¿Quién te dio un cheque?

—El dueño del barco. Algún nombre extraño. No sé.

Ahora no es el momento para que él sea el estereotipo de surfista cadete espacial. Necesito oraciones completas, información detallada. —¿Quién?

—En realidad, no estoy seguro. Como Carl, pero no…

—¿Kirill? ¿Kirill Zaitsev?

Él chasquea los dedos. —¡Sí, ese! ¿Lo conoces?

Vuelvo a mirar las luces del yate y se me hace un nudo en el estómago. ¿Es difícil vernos a Yuliana y a mí sentadas aquí en la playa? ¿Está Kirill en su yate?

Mi piel pica por todas partes. El pensamiento de los ojos de Kirill sobre mí es más que suficiente para hacer que mis terminaciones nerviosas se aceleren.

—No —respondo un poco demasiado rápido—. Solo… he oído hablar de él. Lo supuse.

Yuliana me está mirando ahora. No creo que se dé cuenta de lo nerviosa que estoy, pero, cuanto más hablo con Marcus, más interesada se pone.

Necesito sacarnos a las dos de aquí. Ahora.

—Buena suposición —se ríe Marcus. Hay una pausa incómoda antes de que se aclare la garganta nuevamente—. Pero sobre lo que dije… ¿Te gustaría?

—¿Qué? —mis ojos exploran el horizonte. Una parte de mí espera ver a Kirill cortando el agua hacia nosotros como un cocodrilo, con solo sus ojos brillantes visibles sobre la superficie.

—La cita —dice Marcus—. Te pedí una cita. Justo ahora. Hace un segundo.

—Ah —parpadeo hacia él. Mi mente recuerda el último minuto, pero todo está borroso. Excepto el yate de Kirill. Eso se destaca claramente.

—¿Te gustaría tener una cita conmigo? —pregunta—. Estoy pensando en café. O tragos, si las noches te van mejor. O café por la noche. Puedo tomar café en cualquier momento.

Está divagando. Alguna mujer en algún lugar encontraría esto adorable. El cabello rubio despeinado y el corazón tan expuesto como su pecho.

Aparentemente, no soy el público objetivo.

—Pareces tan amable, Marcus. En serio. Pero no estoy segura de…

—No digas más —interrumpe, haciéndome un gesto para que me despida y retrocediendo unos pasos—. Lo entiendo.

—¿Sí? —me muerdo el labio inferior—. Me gusta hablar contigo. Y en algún momento pensé en serio en inscribirme en clases de surf.

No lo dije *en serio* en serio. Lo mencioné la primera vez que nos vimos porque no pensé que lo volvería a ver. Ahora, se ha convertido en algo así entre nosotros.

¿Cuándo te inscribirás para esas lecciones? preguntaría.

Pronto, mentiría cada vez. *Muy pronto.*

—Bueno, nunca rechazaría a un cliente —dice, con una sonrisa fina y dolida.

Le devuelvo la sonrisa y el momento se alarga y cambia. Ambos estamos esperando que la otra persona rompa el silencio.

—Estás enamorada de otra persona, ¿no? —pregunta Marcus en voz baja.

Arrugo la frente. Es lo último que esperaba que dijera. Curiosamente perspicaz para un hombre que se comunica casi exclusivamente con *"amigo"* y *"vaya"*. —Ah. Bueno, no sé si…

—Puedes ser honesta —dice—. De hecho, me haría sentir mejor si lo fueras. ¿Quién soy para entrometerme en el amor verdadero? Eso es más fácil de tragar que la idea de que me odias.

—¡No te odio! —insisto.

—¿Entonces es amor?

Miro hacia el agua. No hay ningún cocodrilo dirigiéndose hacia la orilla. No está Kirill, sus músculos ondulándose en la luz del crepúsculo y dirigiéndose hacia mí.

En algún lugar muy dentro, la decepción sube.

—La teoría del amor no está tan lejos —admito ante él y ante mí.

—Vale, entonces —dice Marcus—. Quienquiera que sea ese bastardo, espero que sepa lo bueno que tiene.

Resoplo un poco más fuerte de lo que pretendía. —Solo se puede esperar.

~

YULIANA ESTÁ AGOTADA después de la arena y el sol. Está callada durante el baño. En general, lo está después de un día ajetreado. Hablar requiere de más energía de la que tiene algunas noches.

A la hora de dormir, la meto debajo de su ropa de cama de sirena morada y me acuesto a su lado. Pero, justo cuando empiezo a cantar, ella se acerca y toma mi mano.

—¿Quién es Ilya? —pregunta con su voz somnolienta.

Por segunda vez en un día, mi corazón se atasca en mi garganta. Tengo que luchar para hablar, jadeando por aire. —¿Dónde escuchaste ese nombre?

—Ese chico.

Marcus, quiere decir. Debí haber sabido que ella estaba prestando atención. Mi pequeña espía no se pierde de nada.

—No es nadie —digo. Sin embargo, tan pronto como las palabras salen de mi boca, tengo la sensación de que acabo de traicionar a Ilya—. No es cierto. Él es… alguien que solía conocer.

—¿Quién?

¿Tu tío?

¿El amigo de un amigo?

Decido rápidamente saltarme las etiquetas y llegar al meollo del asunto. —En realidad, era alguien muy parecido a ti.

—¿Tu hija? —farfulla, con el rostro arrugado por la confusión.

Me río y paso mi mano por su cabello. —Solo tengo una de esas. Ilya era un hombre, pero también le costaba hablar.

—¿Fue a ver a un profesor de oratoria? —pregunta.

—No que yo sepa. Pero tenía una familia que lo ayudaba.

Kirill cuidó muy bien de Ilya. Creo que Ilya era el corazón de Kirill. Un órgano vital que latía fuera de su cuerpo, de la misma manera que Yuliana es el mío.

—¿Mejoró? —pregunta Yuliana.

De repente, las lágrimas arden y tengo que parpadear para contenerlas. Las cubro con una sonrisa. —En cierto modo, sí. Dondequiera que esté ahora, estoy segura de que está mejor.

KIRILL

Llevo quince minutos en la cocina y Natalia ya ha pasado seis veces.

La última vez que la vi fue en el bar la otra noche, cuando arrojé a su mejor amiga al océano. Desde entonces, ella se mantuvo alejada de mí.

Hasta hoy.

—Si no lo supiera mejor —le digo la séptima vez que pasa—, pensaría que tienes algo que decirme.

Natalia se congela y se vuelve hacia mí lentamente. —¿Disculpa, señor?

—Deberías disculparte. Estás interrumpiendo mi almuerzo.

Ella mira mi plato vacío y mi taza de café. —Es un poco tarde para el café, ¿no?

—Vivo del lado salvaje —digo arrastrando las palabras—. De hecho, me vendría bien un poco más. —empujo la taza a través del mostrador hacia donde ella está parada.

Ella se queda allí con cautela por un segundo, como si la taza fuera a saltar y darle un mordisco. Luego, suspira y cede. —¿Crema o azúcar?

—Ninguno. Negro.

—Como tu corazón —murmura.

—¿Qué fue eso?

Ella me sonríe con inocencia por encima del hombro. —Nada.

La miro servir café. Lo que le hice a Rayne la molestó bastante, así que no esperaría menos que su amiga escupiera en mi café. Demonios, tal vez incluso me lo merecería.

Pero no tengo por costumbre aceptar lo que merezco. Si lo hiciera, habría muerto dolorosamente hace mucho tiempo.

Natalia me acerca el café y lo deja bruscamente. El líquido humeante se derrama por el borde de la mesa, pero ella no hace ningún movimiento para limpiarlo.

—¿Eso es todo? —pregunta.

—Eso es todo. Te puedes ir.

Ella me mira fijo por un segundo, con los labios fruncidos. Tiene algo para decir, pero, cuando se da vuelta para irse, sé que no lo dirá.

Así que le doy un pequeño empujón.

—Ah, pero debo hacerte saber que no es negro solo mi corazón. También lo es mi alma.

Su cara se sonroja. —No… no estaba… ¿Oíste eso?

Hago círculos con mi dedo en el aire sobre mi cabeza. —Lo oigo todo.

—Lo siento —se mira los pies y la punta de su zapato golpea la lechada entre las baldosas.

Resoplo. —No, no lo sientes.

Su atención vuelve a mí, la frustración escrita en todo su rostro. —Sí, lo hago. Me acabo de disculpar.

—Puedes quedarte con tu disculpa de mierda. No la quiero. Lo que quiero es saber qué es lo que te mueres por decirme.

Ella me mira fijamente, con los ojos entrecerrados como si yo estuviera preparando una trampa. Lo estoy, por supuesto.

—¿Quieres que lo diga? —levanta la barbilla desafiante—. Vale —su voz tiembla mientras respira temblorosamente. Luego, con una exhalación, lo deja volar—. Creo que estás siendo un terco hijo de puta en lo que respecta a Rayne. Crees que la conoces porque se revolcaron durante unas semanas hace cinco años, pero no sabes nada sobre su vida. No tienes idea de lo que ha pasado y de lo que ha hecho por ti. Deberías estar besándole el trasero, no tirándola al océano como si fuera un pedazo de basura. Si supieras lo que ella…

Sus palabras se cortan abruptamente y da un paso atrás, como si acabara de despertar de un estado de fuga.

Aplaudo sarcásticamente. —Muy conmovedor. ¿Algo más?

—¿Quieres que siga?

—Probablemente sea mejor si no lo haces —le digo. Pero una de las cosas que dijo se queda grabada en mi memoria—. Dijiste que Rayne “ha hecho mucho por mí”. ¿Qué ha hecho?

Los ojos de Natalia se agrandan por segundo. —Nada. Bueno, quise decir… Ella fue respetuosa con lo que pasó entre ustedes. La última noche en la casa… podría haber llevado esa mierda a los periódicos si hubiera querido. Eres un nombre lo suficientemente grande como para que pudiera haber una historia.

Tiene razón. Una muerte en mi propiedad podría haber sido noticia de primera plana durante uno o dos días. Incluso con los acuerdos de confidencialidad que todo mi personal tiene que firmar, los rumores suelen surgir. Pero, en lo que respecta a la muerte de Ilya, nunca hubo ni siquiera un susurro. Nadie supo nada.

Lo que hizo que esos primeros meses después de su muerte fueran mucho más difíciles.

¿Cómo llorar a alguien que el mundo ni siquiera sabe que existía?

Quería ayudarte, dijo Rayne, mientras el océano lamía sus jeans. *Podría haber ayudado.*

Actué como si ella no tuviera nada que ofrecerme excepto sexo sin sentido… diablos, incluso se lo dije, siendo el bastardo cruel y autodespreciable que soy… pero eso no es cierto. Tener a alguien que lo conocía, alguien a quien le importaba… podría haber aliviado algo de peso. Tal vez podría haber incluso…

Sacudo ligeramente la cabeza para aclarar el pensamiento y tomo un sorbo de café. Me quema la lengua, pero no me inmuto. El dolor centra. Me recuerda lo que estoy haciendo aquí.

—Tú tampoco hablaste —le recuerdo a Natalia—. Pero no es que lo hayas hecho con el bien de tu corazón. Simplemente no querías que te demandaran hasta el olvido.

Ella levanta los puños en las caderas. —¿Cuánta atención prestaste a las noticias de aquí? ¿Cuántas veces comprobaste lo que estaban haciendo tus antiguos empleados?

No necesito responder. Ambos sabemos que no comprobé en absoluto.

—Pude haber hablado con alguien de forma anónima —sugiere Natalia—. También lo habría hecho. Dejaste a mi amiga en la ruina y yo me quedé sin trabajo unas semanas antes. Podría haber usado el efectivo.

—¿Pero no lo hiciste por… tu moral superior?

Niega con la cabeza. —No lo hice por la moral superior de *Rayne*. Me hizo prometer que no le diría una palabra a nadie. Cuando le pregunté por qué, dijo que no te lo merecías.

No merecía qué: ¿la muerte de Ilya? ¿La mala publicidad? ¿La traición?

—Entonces, parece que tu sacrificio fue en vano —digo rotundamente—. Rayne estaba equivocada. Merezco todo lo que se me presente.

—Créeme que lo sé. Quiero decir, le creí por un tiempo. Si le gustas a Rayne, significa que en realidad podrías valer una mierda. Pero, después de lo que hiciste en el bar la otra noche, creo que Rayne está mucho mejor sin ti. De hecho, estoy tratando de engancharla con un instructor de surf. Es rubio y bronceado. Sin camisa la mayoría de las veces. Lo más importante es que no es un gilipollas furioso las 24 horas del día, los 7 días de la semana.

Puedo ver a través de Natalia. Está tratando de irritarme. Incluso cuando me dice que Rayne merece algo mejor que yo, está tratando de convencerme.

Solo desearía que no estuviera funcionando tan bien.

Pero efectivamente, como un reloj, los celos arden en mi pecho, calientes y brillantes. El hombre con el que Rayne estaba en el bar aparece en mi mente. Ya me ocupé de él, pero siempre habrá más hombres interesados en Rayne. ¿Cómo no lo estarían?

Natalia continúa como si pudiera leer mis pensamientos. —Si el surfista no funciona, siempre habrá más oportunidades. Y sabes tan bien como yo que Rayne puede elegir. Ella es un partido. Así que es solo cuestión de tiempo antes de que te supere y olvide que siquiera exististe.

—Recuerda quién firma tus cheques —le digo.

Se encoge de hombros. —Pediste escuchar lo que tengo para decir. Pero vale, como sea. Lo único que digo es que alguien tenía que decirte el error que estás cometiendo. Rayne es la mejor mujer que puedas desear tener.

—Nadie tenía que decirme nada —gruño—. Pedí escuchar lo que tenías que decir porque tenía curiosidad, no porque necesitara tu consejo. Si alguna vez decido buscar a Rayne nuevamente, será mi decisión. No tendrá nada que ver contigo.

Antes de que Natalia pueda responder lo que estoy seguro será un insulto cortante del que se arrepentirá, German entra a la cocina, agitando su teléfono en el aire. —Aquí lo tienes. Tal como me pediste, descubrí…

—German —ladro, interrumpiéndolo.

Lo último que necesito es que Natalia averigüe lo que le pedí a German que hiciera y le avise a Rayne. Me gustaría guardarme esta ventaja para mí.

Él me mira y finalmente se da cuenta de Natalia. —Ah. Lo siento. Compañía mixta.

—Ella ya se estaba yendo.

Natalia toma el despido con calma, entrecerrando los ojos ligeramente antes de girar sobre sus talones y salir pisando fuerte de la cocina.

—Así que, ¿la mejor amiga no es del Equipo Kirill? —German se sienta en la silla frente a mí. Se asoma a mi taza y mira con nostalgia hacia la cafetera—. ¿Hay algo más de eso?

Le deslizo la taza. —No necesito a nadie en mi equipo. Esto no es una competencia.

Agarra la taza y toma un sorbo fuerte. —Excepto yo. Me necesitas en tu equipo. Porque tengo toda la información sobre…

—Espera —camino hacia la puerta y miro hacia el pasillo. Natalia no aparece por ningún lado—. Ajá. Después de todo, sí tiene un sentido de autoconservación. Rayne podría aprender algo de ella.

—¿Crees que tu criada te está espiando?

—Estoy seguro de que lo está —camino de regreso a la mesa y me dejo caer—. Pensé que Rayne la había enviado, pero ahora creo que todo esto podría ser idea de Natalia.

—¿Cuál es la idea de Natalia? —pregunta German, frustrado—. ¿Qué diablos acabo de interrumpir?

Sacudo la cabeza. —Nada.

—¿Están ustedes dos peleando?

—Eso requeriría que me importe —digo—. Me importa una mierda si le gusto a Natalia. Ella es mi empleada, no mi amiga.

German se encoge de hombros. —Puede que ella no sea tu amiga, pero sí es la de Rayne. Estoy

seguro de que a Rayne le importa si ustedes dos están peleando.

—¿Y quién dice que me importa lo que piense Rayne?

Toma un sorbo de café y chasquea los labios. —Me parece bien. Tienes razón. Con la información que me pediste, simplemente asumí…

—Me gusta conocer todas las variables. Eso es todo. En este momento, Rayne es una desconocida a la que quiero clasificar.

German se burla. —Suena muy científico. Ciertamente no es emocional en lo más mínimo. No, no señor, de ninguna manera.

Lo ignoro y extiendo mi mano hacia su teléfono. —¿Qué encontraste?

—Precisamente lo que pediste —dice, con la boca curvada en una sonrisa—. Encontré todo lo que había que saber sobre Rayne Garner. ¿Por dónde te gustaría empezar?

KIRILL

MÁS TARDE ESE DÍA

Está estirada sobre las puntas de los pies, con los brazos sobre la cabeza mientras busca en un gabinete superior. Su culo luce increíble en sus jeans.

Que se jodan los uniformes. Debería haberle exigido a Rayne que usara exactamente este atuendo cuando trabajaba en mi casa.

Encuentra lo que busca, un recipiente de plástico transparente, cruza la extraña cocina y entra en una habitación sin ventanas.

—Mierda —maldigo.

La casa en la que trabaja Rayne tiene un noventa por ciento de ventanas en la parte trasera. La carretera en la que estoy estacionado no está explícitamente registrada como privada, pero, considerando que soy el único auto alrededor y parece ser un camino de entrada, creo que es una regla entendida. Aun así, Rayne no me ha visto y ya llevo aquí una hora.

La vi limpiar el refrigerador y lavar todos los Tupperware. Barrió y trapeó. Y ahora está organizando la despensa, o eso supongo. Cada pocos minutos, sale de la habitación sin ventanas con latas, cajas y bolsas de arroz. Luego, vuelve a entrar con otro contenedor vacío.

—Ella trabaja para un contador y un abogado corporativo, ambos absolutamente limpios. —German fingió un largo bostezo cuando pasó esa información—. Un cambio radical, por supuesto, después de trabajar para un conocido gilipollas con inclinaciones criminales como tú.

Puse los ojos en blanco. —Sigue hablando, *mudak*.

—Pero sí, absolutamente limpios. Steven y Martha Linley son ciudadanos honrados. El año pasado, se comprometieron públicamente a donar el diez por ciento de sus ganancias a organizaciones benéficas locales de buena reputación.

—Desagradable.

—Tampoco tienen hijos, así que no es que estén ahorrando para un par de estudios de las mejores universidades, ni nada por el estilo. ¿Qué más iban a hacer con el dinero? —dijo German—. Son el tipo de gente rica a la que le gusta vivir por debajo de sus posibilidades. Aun así, tienen una casa hecha a medida, con poco personal. Rayne es la única criada empleada. También tienen un jardinero, pero tiene sesenta y tantos años. Su chef personal trabaja fuera del establecimiento. La mayoría de los días, Rayne es la única que está allí. De lo contrario, no hay

mucho que saber sobre ellos.

—No pedí información sobre sus jefes. Pedí información sobre ella.

Levantó las manos. —Relájate. Esto es lo que pude descubrir en las cinco horas desde que me enviaste el mensaje de texto. Trabajé con Internet y páginas de redes sociales públicas, ¿vale? No es exactamente una base de datos de la CIA.

—Viniste aquí alardeando de toda la información que tenías.

—Soy bueno en mi trabajo, no un dios —argumentó—. Sé dónde trabaja y dónde vive. Más allá de eso…

Le arrebaté la dirección y me fui sin decir una palabra más. Saber dónde está me permitirá resolver todo lo demás por mi cuenta.

Son las pequeñas cosas que estoy descubriendo las que resultan más difíciles, por extraño que parezca. Rayne todavía canta para sí misma mientras trabaja. De vez en cuando, cuando sale de la despensa, se desliza unos metros sobre las baldosas en calcetines. La hace sonreír cada vez.

Más que nada, descubro que se ve tan bien como siempre, y si estuviera en esa casa ahora mismo, la inclinaría sobre la isla de la cocina hasta que esos lindos labios griten mi nombre.

Todavía estoy mirando el panel de vidrio donde Rayne desapareció unos minutos antes cuando un movimiento al otro lado de la casa me llama la atención.

Desde donde estoy estacionado, tengo una vista directa de la cocina al comedor y luego de la puerta principal más allá. La veo abierta y entra un hombre de traje.

Steven Linley, supongo.

Deja caer sus llaves y su billetera en un recipiente y se mueve por la casa con una facilidad que dice que lo ha hecho un millón de veces antes. Se asoma por las puertas y por las esquinas. Cuando llega a la cocina, frunce el ceño solo por un segundo. Luego, dirige su atención a la esquina de la casa donde Rayne ha estado trabajando.

Y luego sonríe.

Al instante, se me ponen los pelos de punta. Mis dedos se aprietan en mi rodilla, mis uñas prácticamente me atraviesan los pantalones.

Con pasos lentos y deambulantes, Steven se dirige hacia la despensa. No veo a Rayne, pero sé cuando ella se da cuenta de que él está ahí, porque Steven extiende sus manos como si se disculpara.

Probablemente la sobresaltó. Sé todo sobre eso. Rayne es la persona más nerviosa que he conocido.

Ay, me asustaste, probablemente dijo riendo.

Lo siento, debí haberme anunciado.

Ella sacudió su cabeza. *No, estás bien. Después de todo, es tu casa.*

Él le sonríe mientras se acerca cada vez más a la despensa.

Cuando desaparece por la puerta, fuera de la vista, instintivamente me inclino hacia adelante. Todo en mis entrañas me dice que algo anda mal.

Hay muchas cosas que no sé ahora, pero una cosa es segura.

Steven Linley no es un ciudadano honrado.

Y que me condenen si le pone una mano encima a Rayne.

RAYNE

—Puede que sea mi casa —dice Steven, adentrándose aún más en la pequeña despensa—, pero tú estás aquí casi tanto como yo. Quizás más, algunas semanas.

—Entonces, pensarías que ya estaría acostumbrada a tus horarios y no me avergonzaría gritar cada vez que apareces —respondo con una sonrisa forzada.

Mi corazón todavía late con fuerza. Cuando Steven dijo “hola” a un metro detrás de mí, creo que mi alma podría haber abandonado mi cuerpo.

Me agacho y recojo la lata que se me cayó. Está abollada en un costado, pero se comerá igual. Lo deslizo de nuevo en el estante y miro hacia atrás justo cuando Steven levanta sus ojos para encontrarse con los míos.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro. —No me importa si gritas.

Se me pone la piel de gallina en los brazos y me vuelvo hacia el estante de verduras frente a mí como si el dibujo en la etiqueta del maíz enlatado me fuera a salvar.

Durante una hora antes de que apareciera Steven, sentí un cosquilleo en la nuca, como si alguien me estuviera mirando. Era la misma inquietud que sentía cuando era niña acostada en la cama en la oscuridad, esperando que un monstruo saliera de mi armario en cualquier momento.

—Además —continúa—, este no es mi horario habitual. No es nada vergonzoso que te sorprendas. Salí temprano hoy.

—Ah. ¿En serio? —miro mi reloj y me doy cuenta de que Martha no estará en casa hasta dentro de dos horas al menos—. Suerte para ti.

—Eso aún está por verse.

Hay algo en su voz que resulta inquietante. Como si estuviera contando un chiste que no entiendo. Cada palabra parece desestabilizarme aún más, y desearía que saliera de la despensa. Es demasiado pequeña para que estemos los dos aquí juntos. Si extendiera mi brazo, mi muñeca descansaría sobre su hombro. Estaríamos en la posición de baile de la escuela secundaria sin siquiera tener espacio para balancearnos en un círculo.

Intento seguir trabajando, pero mi sistema organizativo se está desmoronando ahora que la mitad de mi atención está firmemente atrapada en el hombre que aparece en la puerta.

—¿Martha te pidió que hicieras esto? —pregunta.

—No. Me cansé de no saber nunca dónde poner los alimentos cuando los entregan.

—Eso tiene sentido. De todos modos, no es como si Martha jamás estuviera aquí. Ella no cocina —no se equivoca, pero la forma en que lo dice se siente agresiva.

—Señora ocupada —digo, sonriendo con cariño—. Martha tiene cosas más importantes que hacer que organizar los productos.

—Eso lo escucho mucho.

—¿Qué? —pregunto.

—*"Martha tiene cosas más importantes que hacer"* —se apoya en el marco de la puerta y suspira—. Trabaja muchas noches hasta tarde y llega a la oficina antes del amanecer. No deja mucho tiempo para… bueno, para otras cosas.

Aprieto mis labios y asiento. Hablar activamente mal de Martha sería una idea terrible. No solo no tengo nada malo que decir sobre ella, sino que es su esposa. Incluso si ahora está enojado con ella, se reconciliarán. Y, cuando lo hagan, no quiero ser la criada que habló mal de su esposa. Así es como te conviertes en la criada despedida por hablar mal de su esposa.

—La vida es así a veces. Lo entiendo. Mi hija me mantiene muy ocupada. Apenas tengo tiempo para cepillarme los dientes y acostarme por la noche.

—Te ves bien para ser una mujer sin cepillar —dice.

Es un cumplido normal. Steven dice este tipo de cosas todo el tiempo. No es gran cosa.

—Bueno, supongo que hago tiempo para cepillarme los dientes —digo con una risa nerviosa—. Lo que me pierdo son las actividades sociales y la diversión.

—No puedo creer que te sientes en casa un viernes por la noche. Los hombres de tu generación tienen que ser más inteligentes que eso. Te diviertes.

—Solo si consideras divertido ir de compras de mercado y jugar diez juegos seguidos de *Candyland* con una niña de cuatro años.

—No lo hago. Una chica como tú merece *verdadera* diversión.

Ahí está de nuevo. El tono que envía un escalofrío por mi espalda.

Esta conversación sigue caminando en la línea entre lo ordinario y lo siniestro, y lo único a lo que puedo atribuirlo es a esta habitación. El espacio reducido me está volviendo claustrofóbica. Mi instinto de lucha o huida sale a la luz sin motivo alguno.

—¿No lo merecemos todos? —guardo los últimos frijoles negros enlatados y me giro hacia la puerta—. Pero hay más latas por organizar y estantes por desempolvar. Tengo que volver al trabajo.

Steven no hace ningún movimiento para moverse de su lugar en la puerta. De hecho, agita la mano. —Toma un descanso. Como dijiste, ambos nos lo merecemos.

—No es lo que quise decir exactamente —sonrío, pero se siente delgado.

—¿Qué quisiste decir, entonces?

Su sonrisa ya no existe, reemplazada por algo frío y agudo. Sus ojos recorren todo mi cuerpo y ese sentimiento que atribuí a claustrofobia se acelera.

Tengo que salir de aquí.

—Bueno, dijiste que merezco un poco de diversión y yo dije que todos la merecemos. Lo dije en términos más generales.

Intento mantener mi voz uniforme y conversacional. Si no le hago saber que tengo miedo, tal vez no pase nada. Él se irá y yo volveré a trabajar y esta conversación será un extraño momento en nuestra relación laboral que de otro modo sería normal.

—Ah. Entonces se trata de una simple falta de comunicación —dice con una sonrisa.

Mis esperanzas saltan. Una falta de comunicación. Eso es todo esto. Empiezo a asentir y responder, pero, antes de que pueda, Steven da un paso adelante. La habitación es tan pequeña que eso es todo lo que necesita para presionarse contra mí.

Baja la barbilla y arrastra la mano por mi brazo. —Porque tenía una persona en mente. Tú, específicamente, necesitas algo de diversión. Y yo estoy feliz de poder brindarla.

Todas las señales de alerta y alarmas de advertencia que se activaron antes se silencian. Mi cerebro es como una radio que de repente cambia a una estación muerta, nada más que estática y confusión. No puedo pensar con la mano de Steven en mi piel. No puedo moverme cuando su aliento caliente está en mi cara. Estoy paralizada por el miedo.

—Haces tanto en la casa. La limpieza, la organización, el orden. Eres excelente en lo que haces —dice con tanta naturalidad como si se tratara de una revisión de trabajo estándar—. Martha te contrató para “hacer el trabajo a que ella le da flojera”. Sus palabras, no las mías. Así que no estoy seguro de que a ella le importe si tú también haces este trabajo.

No estoy segura de lo que quiere decir hasta que saca las caderas hacia adelante y siento su erección clavarse en mi muslo.

—Pero, cuando estás cerca, no hay nada de flojera —respira pesadamente en mi oído.

De repente, mis sentidos vuelven a alinearse. Presiono mis manos contra su pecho y me alejo de él lo más que puedo. El estante de arroz y pasta se está clavando en mi columna con tanta fuerza que siento que terminará cortado, pero eso sería un alivio en este momento. Cualquier cosa sería mejor que estar aquí.

—Stev… Sr. Linley —corrijo, fingiendo que queda algo de profesionalismo entre nosotros—, estás teniendo un mal día. Eso es todo esto. No quiero que hagas nada de lo que te arrepientes.

—Ese es precisamente el problema. No *hago* nada. Martha y yo ya nunca follamos. Siempre está demasiado ocupada o demasiado cansada. Y tú estás aquí, todos los malditos días… con este aspecto —aprieta mi cintura, inmovilizándome todavía más contra el estante. Su nariz roza mi mejilla y tengo que contener un gemido—. Verte trabajar todos los días, pavoneándote por esta

casa como una pequeña zorra tan tentadora… Me vuelve jodidamente loco.

Envuelvo mis dedos con fuerza alrededor de su muñeca y lo aparto de mí. Su mano cae a su costado, pero no se aleja en absoluto.

—Está bien pensar que alguien es atractivo —digo—. Pero actuar en consecuencia es diferente. Es incorrecto.

—¿Cómo puede estar mal algo que se siente tan bien? —enrosca un mechón de mi cabello alrededor de su dedo y tira con fuerza. Hago una mueca cuando él mueve mi cabeza hacia adelante—. Sé que tú también lo sientes, Rayne. No tienes que mentir.

—Steven, yo… —miro hacia arriba con esperanza, pero el hombre que creía conocer se ha ido. Sus ojos son oscuros, su expresión plana y sin vida. Ojos de tiburón. Ojos muertos. No puedo creer que realmente sienta algo por mí cuando se ve así. Lo que sea que siente, no es amor ni siquiera atracción. Es deseo, pero de tipo posesivo.

No quiere tocarme.

Quiere *poseerme*.

—Lo siento —digo, creando una pulgada de espacio entre nosotros. Lo rodeo hacia la puerta. Mantiene su cuerpo moldeado al mío, pero si puedo dar la espalda a la puerta, tal vez pueda escaparme de él—. Solo… necesito tiempo para pensar en esto. Hay mucho que considerar.

Agarra un puñado de mi camisa. —¿En qué hay que pensar? Tú quieres esto. Tenemos un par de horas para hacer lo que queramos.

Se me eriza la piel. ¿Cómo puede mirarme y pensar que estoy interesada en esto? Siento que me estoy poniendo verde. Pero trato de mantener mi rostro neutral mientras me acerco unos centímetros más hacia la puerta.

—Necesito algo de tiempo para pensar en esto. Esto podría arruinarlo todo, para ti y para mí. Podrías perder a tu esposa. Podría perder mi trabajo —sé que le estoy suplicando a un hombre que está más allá del pensamiento lógico. Solo necesito ganar un poco más de tiempo.

Sacude la cabeza y se acerca a mí, sus labios rozan mi cuello. —Martha está demasiado ocupada para darse cuenta de lo que estoy haciendo. Ella no te despedirá. Una vez que estemos juntos, yo tampoco lo haré. ¿Por qué lo haría? Me estarías dando todo lo que quiero.

—¿Qué pasa si no te doy lo que quieres?

Se pone rígido y sus manos se vuelven piedra sobre mi piel. Cuando retrocede, tiene los ojos entrecerrados. —¿Por qué no lo harías?

—Porque yo… no estoy segura de que sea una buena idea, Steven. Quizás no quiero. Hacer esto, digo. Contigo.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, sé que tomé la decisión equivocada.

Steven sonríe, pero es una máscara diabólica. Sus manos suben por mis costados, enganchándose alrededor de mis hombros. Me empuja contra su cuerpo y aplasta sus caderas contra las mías. —No me mientas, Rayne.

Empujo contra su pecho, pero él es más fuerte que yo. Ni siquiera se mueve.

—No estoy mintiendo —digo, la histeria arrastrándose en mi voz—. Me… me gustas, pero eres mi jefe. Eres el esposo de Martha. Creo que ustedes dos podrían solucionarlo.

Me encantaría ser una mosca en la pared cuando él le explique esta situación al terapeuta de pareja. Sería mejor que dejara el bolígrafo y la libreta y llamara a la policía.

—No hay forma de solucionarlo —dice, deslizando sus manos por mi espalda hasta la cintura de mis pantalones—. Martha nunca serás tú. Hacía *años* que no he querido algo así.

—Steven, por favor. No…

Cierra el espacio entre nosotros, aplastando sus labios con los míos. Me está besando, su lengua golpea mis labios cerrados, pero estoy congelada por el pánico.

Se separa para respirar entrecortadamente y agriamente. —No pelees —gruñe, inclinándose para besarme de nuevo. Me rodea el cuello con una mano y me inclina hacia atrás. Cuando todavía no le devuelvo el beso, se aleja—. Vale. Puedes ser terca, pero me aseguraré de que lo disfrutes. No soy un monstruo.

Una súplica me ahoga mientras mueve su mano entre nosotros para desabrochar mis jeans. Le golpeo los brazos y me alejo, prácticamente trepando por los estantes para escapar de él.

—Deja esa mierda —exige. Su cuello está rojo y con manchas, sus pupilas muy dilatadas. Cualquier humanidad que hubiera dentro de él ya no existe.

Esto ya no es una discusión; es una lucha por la supervivencia.

Así que empiezo a golpear.

Siento los brazos pesados e inútiles, como si estuviera en una pesadilla, arrastrándome por arenas movedizas. Conecto con su cabeza y su rostro, pero eso no parece detenerlo.

Se lanza hacia mis brazos, tratando de sujetarlos a mis costados. Si lo logra, se acabó.

—¡Basta! —ruego, golpeando—. Por favor, no hagas esto.

—Me rogarás que siga en un minuto —gruñe.

Somos una maraña de extremidades y respiración agitada. Algunas veces me agarra un brazo, pero siempre logro golpearlo con el otro. Entonces, justo cuando empiezo a perder fuerzas por puro cansancio, Steven me suelta.

Es un segundo. Un momento en el que suelta ambos brazos para reposicionar su agarre. Pero es suficiente.

No pierdo la oportunidad. Tan pronto como me suelta, me lanzo hacia la puerta de la despensa.

Doy dos pasos más allá de la puerta antes de que Steven vuelva a atacarme, pero la cocina se siente como un santuario. Aquí hay más espacio, espacio para respirar… y algo que puedo usar para luchar contra él.

Examino los mostradores en busca de un arma, tal vez un cuchillo o un cuenco, pero él me rodea

con sus brazos por detrás. Por mucho que me gustara la cocina, a Steven le gustaba la despensa. Es pequeña y oscura. Me arrinconó tal como él quería.

No puedo dejar que me lleve de nuevo allí.

Está gruñendo en su esfuerzo por llevarme de vuelta a la despensa. Me lanzo hacia delante y me agarro del borde de la encimera. La parte inferior áspera se engancha y siento como si me pudieran arrancar las uñas, pero nada de eso importa. Soltarla no es una opción.

—Vale. ¡Vale! ¿Así es como lo quieres? —Steven ruge detrás de mí.

Me golpea contra la encimera tan rápido que no hay tiempo para reaccionar. Mis brazos están atrapados entre el borde de la encimera y mi pecho, y respirar es una tarea hercúlea.

—St-Steven —me las arreglo, mi voz es poco más que un graznido entrecortado.

Él responde poniendo más peso contra mí hasta que estoy segura de que seré aplastada.

Luego, alcanza mis jeans.

Una serie de palabras incoherentes salen a tientas de mi boca con el poco aliento que me queda. El pánico que se apodera de mi pecho me hace imposible pensar con coherencia. Soy un animal atrapado en una trampa, desesperado por la libertad.

—Relájate, Rayne. Chito. Silencio ahora —Steven pasa una mano por mi columna. Suena casi normal. Es la misma voz que escucho saludándome todas las tardes. La voz que grita adiós desde la puerta principal.

El hombre que se aprieta contra mí y lucha con mi ropa es el hombre que he visto abrazar a su esposa y besarla en la mejilla.

Es difícil imaginar que el amor que muestra por Martha sea falso, pero no puede ser real. No si esta parte de él también es real.

Todo este tiempo he estado trabajando y existiendo en un espacio con este hombre. Un lobo con piel de oveja, si es que alguna vez los hubo. ¿Cómo no lo vi?

—Será peor si peleas —dice—. No quiero hacerte daño. Acuéstate y déjame hacerlo bien para ti.

Quizás tenga razón. Ahora mismo esto duele. Todo es dolor. Respirar, luchar, gritar, vivir.

Quizás el verdadero acto de autoconservación sería dejar que esto suceda y ahorrarme el dolor físico.

Mi cuerpo está tan cansado que no hace falta mucho para convencerme de dejarme caer sobre la encimera. Nunca he estado tan agotada.

—Buena chica —susurra.

Steven desabrocha el botón de mis jeans y tira de ellos por mis caderas.

Salgo flotando de mí misma y mi mente se separa de mi cuerpo. Miro esta escena enfermiza desde arriba.

Esto está sucediendo. Luego todo habrá terminado.

Esto sucederá y luego podré irme.

Solo tengo que sobrevivir hasta que pueda irme.

Estoy resignada a este destino. Cualquier cosa para salir adelante y volver con Yuliana.

Veo la carita de mi hija en mi mente. Una lágrima rueda por mi mejilla y cierro los ojos con fuerza. No… no llores. Nunca dejaré que me vea llorar.

Mis ojos todavía están cerrados cuando la mano de Steven se desliza entre mis muslos. Mi mundo se hace añicos con un ruido ensordecedor de sangre en mis venas.

Espera, no…

Ese ruido ensordecedor es real.

Abro los ojos cuando una repentina brisa recorre la cocina. Eso no tiene ningún sentido, pero está ahí. Me levanta el cabello y envía trozos de vidrio rotos a la encimera y al suelo. Suena como unas campanas chinas discordantes.

La pared de cristal a mi derecha está hecha añicos en mil millones de fragmentos irregulares. No puedo entender el caos hasta que una figura entra por la abertura, ancha, alta y dorada.

Quizás no sobreviva a esto, después de todo.

Quizás ya esté muerta.

Porque ese es Kirill Zaitsev atravesando el cristal roto, con la furia grabada en las hermosas líneas de su rostro.

Decido que esta es una buena manera de morir.

KIRILL

Así sonará el mundo cuando un día se parta en dos.

Como cristales rotos y fuego infernal cayendo sobre todos los hijos de puta violentos que lo merecen.

Ambos se giran para mirarme cuando entro por la ventana. Los fragmentos cortan mi piel, salpican la de ellos y la sangre salpica toda la escena como rocío rojo, pero me importa un carajo.

Quiero más.

Steven está incrédulo. Tiene la cara sonrojada y se está formando un hematoma alrededor de su ojo derecho, que sospecho que Rayne le hizo en la despensa.

Buena chica.

Pero Rayne parece inquietantemente distante. Una lágrima corre por su mejilla, pero su cuerpo está flácido. Ha perdido la lucha.

No. Ella no la perdió.

Este monstruo se la robó.

Yo planeo recuperarla.

—Quita tus manos de ella antes de que te las arranque de los brazos —gruño.

Salta hacia atrás, con las manos cerca de su cara. —¿Quién diablos… qué estás haciendo?

—Estoy mucho más interesado en lo que estás haciendo tú, Steven Linley.

Su boca se abre y se cierra ante las palabras que no encuentra. Se tambalea, atrapado literalmente con los pantalones bajados y lo sabe. —No sé quién eres. No te debo nada. Debería llamar a la policía por allanamiento de propiedad —el cinturón desabrochado cae hasta su cintura como la lengua de un perro colgando. Hay algo en esto que es vagamente patético.

—Estarás muerto mucho antes de que lleguen. Y, cuando lleguen, les diré que te gusta violar a tu ayudante contratada.

—No lo hice. No lo haría. ¡No pasó nada! —farfulla.

—Podemos dejar que la policía decida. ¿Qué hay de tu esposa, Steven? ¿Sabe lo que te gusta hacer cuando no está en casa?

Su piel palidece. El color se le escapa. —Yo no… Una aventura no es un crimen. Lo que hago en mi propia casa es asunto mío.

—Quizá eso sería cierto si tu *asunto* no involucrara a mi mujer —me inclino en voz baja—. Desafortunadamente para ti, sé exactamente qué tipo de asunto estabas haciendo.

Finalmente, Rayne se mueve. Se levanta del mostrador y se acerca a mí con las piernas temblorosas. Mientras se mueve, agarra sus jeans y se los vuelve a subir alrededor de la cintura.

Verla hace que algo dentro de mí se rompa.

Antes de que Steven pueda decir otra palabra, cruzo la habitación y golpeo con el puño su ojo ya magullado. La cuenca de su ojo cruje bajo mis nudillos. Espero haberle roto huesos.

Él grita y se arroja hacia atrás, medio cayendo sobre el mostrador. —¿Qué… qué estás haciendo?

—Los violadores no deberían vivir en casas de cristal, Steven. Así el mundo puede ver lo que hacen.

Justo cuando se levanta, le lanzo un golpe de izquierda y lo atrapo en la mandíbula. Más mierda cruje.

Se siente bien durante unos segundos. Pero, cuando cae al suelo, con la sangre saliendo de su boca y nariz, retrocedo.

—A diferencia de ti, no me interesa dominar a una persona indefensa —lo escupo en la cara. Ni siquiera se molesta en levantar la mano y limpiarse—. ¿Eras duro cuando peleabas contra una mujer que confiaba en ti, pero ahora ni siquiera puedes defenderte? Eres un maldito cobarde.

Steven se cubre la cara con un brazo. Parece un niño pequeño, acurrucado sobre sí mismo. Indefenso. Lamentable.

Rayne está parada detrás de la encimera, de espaldas a la ventana rota y fuertemente abrazada a sí misma. Mira a Steven como si él todavía pudiera hacer un movimiento hacia ella.

Me muevo enfrente para bloquear su vista. Lentamente, sus ojos se elevan hacia los míos.

—Venga, Rayne —extiendo mi mano—. Vámonos.

La toma con dedos temblorosos, pero, cuando me mira, veo que el miedo se desvanece.

Su mano rodea la mía. Sus temblores son apenas perceptibles, pero siento como si me sacudieran hasta la médula. La conduzco a través del cristal roto y de regreso a mi auto.

KIRILL

Tan pronto como empiezo a conducir, me doy cuenta de que no sé a dónde voy. Presionar el pedal con fuerza se siente bien. El ronroneo del motor y el mundo pasando velozmente en una mancha de color es lo único que me impide darme la vuelta y acabar con la vida de Steven Linley.

Rayne permanece callada en el asiento de al lado. No estoy seguro de si es algo bueno o no.

Si habla, podría empezar a contarme exactamente lo que pasó. Eso podría significar el principio del fin para Steven.

Sin embargo, cuanto más permanece callada, más me preocupa que esté traumatizada. Que no llegué a ella a tiempo. Aunque estaba a unos pasos de distancia, ese hombre le hizo a Rayne algo que no puedo deshacer.

¿Cuánto peor habría sido si yo no hubiera estado allí? No quiero pensarlo, pero no puedo no hacerlo.

Ella apareció en mi playa hace una semana y le dije que se fuera. Le dije que no quería volver a verla nunca más.

Si le hubiera pasado algo hoy, habría sido culpa mía.

Aprieto mis manos sobre el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. El océano está justo delante, extendiéndose en una franja azul pálido que se mezcla con el horizonte. En el siguiente desvío tomo un giro brusco a la izquierda y empiezo a zigzaguear cuesta arriba.

Rayne mira aturdida a su alrededor, pero sigue sin decir nada. La carretera sube y se curva, pero ella no dice una palabra hasta que se nivela y detengo el auto en un mirador.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —su voz está áspera por los gritos. Cruje, a pesar de que apenas está susurrando.

La rabia late en mi pecho. —No matando a tu jefe. ¿Te parece bien?

Duda y luego se encoge ligeramente de hombros. —En realidad, estoy indecisa en este momento.

Eso me sorprende y me da risa, pero el sonido se corta un instante después. Nada de esto es gracioso.

Miro a Rayne, pero ella está mirando al frente. A través del parabrisas, puedo ver la parte superior de la valla de madera instalada para evitar que los turistas caigan por el acantilado hacia el océano. Más allá de eso, no es más que agua y cielo.

Sin decir palabra, Rayne alcanza la manija de la puerta y sale del auto. Me siento en el asiento del conductor y la veo avanzar hacia el borde.

El viento le echa el cabello hacia atrás en una cálida maraña castaña. Se envuelve fuertemente con sus brazos para alejar el frío. Sus dedos tamborilean sobre sus bíceps, y puedo ver que una de sus uñas está desconchada y ensangrentada.

Aprieto los dientes. Ojalá hubiera traído a Steven Linley aquí. Lo arrojaría al abismo sin pensarlo dos veces y saborearía cada hueso que se rompiera en su camino montaña abajo.

Para evitar girar el auto y hacer precisamente eso, apago el motor y salgo.

Rayne no mira mientras me muevo para pararme junto a ella. Se limita a mirar al frente, con un suspiro entre sus labios. —¿Por qué estás aquí, Kirill?

—No tenía un plan. Solo vi el desvío y lo tomé. Ahora que estoy aquí, creo que ofrece una buena perspectiva.

—No *aquí* aquí —espeta Rayne, con un tono sorprendentemente mordaz en su voz—. ¿Por qué estabas en la casa de los Linley, para empezar?

Meto las manos en los bolsillos. —Te estaba observando.

Ella se queda perfectamente quieta. Su mirada está fija en el horizonte, pero su atención está puesta en mí.

Su respiración es superficial y abre los labios con cada exhalación. No puedo distinguir sus pensamientos, pero puedo oírlos zumbando en su cabeza. Abejas enojadas, inquietas, inconsolables.

—¿Por qué? —finalmente pregunta.

No tiene sentido no decirle la verdad. No ahora.

—Porque quería.

Hay tantas cosas más importantes contenidas en esas dos pequeñas palabras.

Porque no podía dejar de pensar en ese hombre del bar tocándote mientras bailabas.

Porque saber que estabas a solo unos minutos de distancia pero no verte nunca me estaba volviendo jodidamente loco.

Porque nunca nadie me ha enfurecido e intrigado como tú, y he pasado cinco años tratando de sacarte de mi cabeza, de mi sistema, de mis sueños, pero no puedo, simplemente no puedo, joder, así que esto es lo único que me queda por hacer.

Su cabeza cae y su barbilla descansa contra su pecho. Mi nombre sale de su boca en un suave murmullo. —Kirill.

—De nada, por cierto.

—¿De verdad… estás esperando un agradecimiento?

Sonrío. —De hecho, espero un desfile. La llave de la ciudad podría estar bien. Pero un agradecimiento sería lo mínimo, sí.

—¿Se supone que debo arrodillarme en agradecimiento por la forma en que acabas de arruinar mi trabajo?

Lo que está diciendo es tan absurdo que me río. —¿Esa es tu interpretación de lo que acaba de pasar? ¿Crees que entré en la casa de tu jefe y le di una paliza para que te despidieran?

—Las intenciones y el impacto son cosas diferentes —dice—. Tal vez entraste con buenas intenciones, pero ahora estoy aquí sin trabajo y es tu…

—No te atrevas a terminar esa maldita frase, Rayne. No arruiné tu trabajo; tu jefe aspirante a violador lo hizo. Culpa a Steven Linley, no a mí.

Rayne ya no parece escucharme. Se pasa las manos por el cabello y se aleja de la cornisa. —Dios, ¿qué le dirá a Martha? Ese lugar es un desastre y… Su cara. Mierda. Podría acusarme de agresión.

—Tú no le pegaste. Yo lo hice.

—Podría acusarte *a ti* de agresión —dice sin perder el ritmo.

—Le reto a que lo intente.

—Podría decirle a Martha que mi novio matón apareció y lo golpeó hasta dejarlo muerto sin ningún motivo —presiona las manos contra su cara, asoman entre sus dedos—. Martha es abogada. Corporativa, pero estoy segura de que tiene conexiones. Alguien la ayudará a derrotarme.

—Estás siendo un poco dramática ahora.

Rayne camina hacia mí. Sacude la cabeza todo el tiempo. —Ni siquiera pensé en mi sueldo. Todavía no me han pagado esta semana. Por lo general, se deposita mañana. Lo cancelarán seguro. No sé si algo así estaba en mi contrato, pero hay un vacío legal en alguna parte. Rompí mi contrato y no me van a pagar ni un centavo.

Se da vuelta como si fuera a alejarse de mí otra vez, pero la agarro por los hombros y la giro para que me mire. Sus labios se abren en una adorable “O” de sorpresa.

—Rayne —digo, colocándole el cabello revuelto detrás de las orejas—, deja de preocuparte por toda esta mierda sin sentido. Casi te violan. ¿Entiendes eso?

Gira ligeramente la cara hacia mi mano, como un gato que busca que le rasquen la cabeza. Es instintivo. La atracción de nuestra sangre que nos une. Ninguno de los dos puede luchar contra ello, por mucho que lo intentemos.

Luego, de repente, se aleja. —¿Entiendes lo bien conectados que están Steven y Martha?

—Podría enterrarlos a ambos vivos antes de que termine la noche. No tengo miedo.

—Lo tuyo es tener demasiada confianza, pero eres un idiota si no estás preocupado también. Tienen un enorme sistema de seguridad instalado. Las cámaras exteriores debieron haberte captado espiando. Estoy segura de que hay una imagen clara de cuando caminaste hacia la casa. Podrían llevar eso a la policía.

—Excepto que no tendrá ninguna evidencia si apagó el sistema de seguridad.

Rayne frunce el ceño. —¿Por qué él…?

—Porque planeaba atacarte. No querría que las cámaras capturaran eso.

—¿Crees que él lo planeó?

Asiento. —Vi su cara cuando entró, Rayne. La única razón por la que llegué allí tan rápido es porque vi la sonrisa en su rostro. Ese bastardo llegó temprano a casa específicamente para encontrarte.

Incluso ahora, la idea de Steven desapareciendo en la despensa me hace hervir la sangre. Debí haber entrado a la casa en ese mismo segundo. Los minutos que estuve sentado allí, esperando que él o Rayne reaparecieran, fueron una tortura.

Debatí las posibilidades antes de seguir mis instintos y salir del auto. No quiero pensar en lo que habría pasado si no lo hubiera hecho.

Ella niega con la cabeza. —No lo sabes. Steven es… siempre fue amable conmigo.

—Claro. Porque quería follarte.

Su mandíbula se aprieta. Un tinte verde aparece alrededor de su boca. La entiendo: la idea también me enferma.

—Algo le pasó. Tuvo un mal día o no sé qué. Esa persona allá atrás no era él.

Agito una mano entre nosotros para detenerla. —Necesito que entiendas que nunca más volverás a esa casa. Necesito que me digas que lo entiendes, Rayne.

Sus ojos azul océano se estrechan hasta convertirse en rendijas. —No puedes decirme cómo vivir mi vida. Necesito que *tú* entiendas eso.

—Por el amor de Dios, Rayne… sin mí, todavía estarías de vuelta en esa cocina. Estarías… —no puedo obligarme a decir las palabras. Ambos sabemos exactamente lo que habría pasado—. La única razón por la que ese hombre no te lastimó es por mí.

Su expresión se suaviza, pero no retrocede. —¿Qué estabas haciendo allí de todos modos? Dijiste que fuiste a vigilarme, pero… ¿por qué? Lo último que supe fue que no querías volver a verme nunca más. Ahora, ¿no solo quieres verme, sino que también quieres espiarme?

Resoplo. —La casa tiene ventanas de pared a pared. Ruegan que la gente eche un vistazo.

—¿Cómo supiste dónde trabajaba?

—Te lo dije: tengo mis propias conexiones.

Ella levanta las manos, enfadada. —¡Eres imposible! No puedo hablar contigo.

—Está bien. No necesito que hables. Necesito que escuches.

Rayne se acerca a mí, con los ojos y la boca muy abiertos. —Eres un… un…

—Gilipollas —terminamos ambos al mismo tiempo.

Cierra la boca de golpe y junta los labios hasta que quedan planos.

—Te conozco mejor de lo que piensas —digo—. Por ejemplo, ahora mismo sé que estás agradecida por haberte salvado hoy. Incluso si no sabes cómo demostrarlo.

—Vale. ¿Me alegro de que Steven no haya tenido la oportunidad de… de… hacer lo que fuera que iba a hacer? Sí. Obviamente. ¿Me sentí aliviada de verte cuando apareciste? Absolutamente. Pero es más complicado que eso.

—Estás aquí conmigo en lugar de con un violador. No estás herida. Es simple. Deberías estar emocionada.

Sus ojos están llorosos. —Para ti es fácil decir eso, porque no vives al día como yo. No hay ningún colchón para mí, Kirill. Lo que entra, sale. Y ahora que he perdido este trabajo, no va a entrar nada. ¿Cómo carajo voy a cuidar de…? —se interrumpe, mirándome rápidamente antes de que sus ojos se desvíen de nuevo—. Hay muchas cosas de las que ocuparme y no tengo idea de lo que voy a hacer.

—Otro de tus problemas que puedo resolver.

Rayne frunce el ceño. —¿Qué significa eso?

—Si estás tan desesperada por conseguir trabajo, vuelve a trabajar para mí.

RAYNE

Lo miro fijamente sin entender. No puede haber dicho lo que creo que acaba de decir.

Kirill es un hombre inteligente. No puede ser tan tonto como para pensar que yo, bajo cualquier circunstancia, volvería a trabajar para él.

Pero no importa cuánto tiempo mire, Kirill me mira a los ojos.

Los suyos son verdes y serios. Hay una arruga frustrada entre sus cejas, pero ¿cuándo no?

—Hablas en serio —digo finalmente—. ¿De verdad quieres que vuelva a trabajar para ti?

—*Querer* es una palabra fuerte.

—Entonces, ¿por qué ofrecerlo?

Él se encoge de hombros. —Crees que te costé un trabajo. Te ofrezco uno para compensarlo. Llámalo equilibrio.

Arqueo una ceja. He aprendido que siempre es mejor desconfiar de la generosidad de Kirill. —¿Eso es todo lo que es? ¿Estás intentando corregir un error?

—No tengo ningún error que corregir. En lo que a mí respecta, he hecho más que suficiente por ti.

Resoplo. —Vaya. El epítome de la generosidad.

—Nunca he pretendido ser algo así —dice—. Pero amas tus rencores. Si no te hiciera la oferta, andarías por ahí bailando tu pequeño baile de víctima.

Mi puño se aprieta a mi costado, la necesidad de golpearlo como a Steven aumenta a cada palabra que sale de su boca. —¿Qué demonios significa eso?

Sus labios carnosos se tuercen en las comisuras, y el más mínimo indicio de diversión se infiltra en sus rasgos. —Significa que te gusta convertirme en el lobo feroz en la historia de tu vida. No importa cuántas veces te salve de ti misma, siempre seré el villano.

—¡No creo que seas un villano! O al menos no mi villano. O sea, eres un criminal, pero…

—Nunca intenté violarte —interrumpe—. Sin embargo, te paraste aquí y pusiste excusas para Steven Linley. *Tuvo un mal día. Ese no es él*. Pero te digo una vez que salgas de mi propiedad y,

de repente, soy el azote de tu maldita existencia.

—¡Porque siempre espero lo peor de ti!

Las palabras salen de mi boca antes de poder detenerlas.

Kirill sonríe, pero no hay nada de humor en ello. Es una desviación. Una forma de fingir que nada de lo que digo le molesta, aunque ambos sabemos que eso no es cierto.

Yo suspiro. —No quise decir… Es solo que fuiste un idiota la noche que nos conocimos. También fuiste un idiota al día siguiente, cuando me presenté en tu casa. Supe desde el principio que no ibas a ser un jefe normal. Steven, él… Supongo que me engañó.

—Entonces, estás enojada conmigo porque he sido honesto desde el principio. Tiene sentido.

—La honestidad no es el problema —resoplo—. Tiene más que ver con el hecho de que, cada vez que eras honesto conmigo, corrías en la otra dirección.

Se mueve hacia mí, obligándome a inclinarme hacia atrás para mirarlo a los ojos. —Hoy corrí *hacia* ti. Te busqué. Te ayudé cuando el supuestamente "buen jefe" para el que trabajabas decidió mostrar sus verdaderos colores. Dime otra vez que eso es una acusación contra mí.

—No estoy enojada contigo por rescatarme. Estoy agradecida, realmente lo estoy. Es solo que ya hemos estado aquí antes.

Quiero parar. No quiero abrir esta parte de mi corazón y dejar entrar a Kirill, pero ya es demasiado tarde. Soy vulnerable y ahora más que nunca quiero romper con nuestros malos hábitos. Esto debe terminar y no parará hasta que lo ventilemos. Todo.

—Me llamas "tu mujer" y me defiendes. Luego, tan pronto como bajo la guardia, retrocedes. Sucede una y otra vez. Y estoy cansada, Kirill. No quiero hacerlo más. Me ofreces un trabajo, pero no es por la bondad de tu inexistente corazón… solo quieres que esté bajo tu control para poder vigilarme. Quieres tener control sobre mí para que las cosas salgan como tú quieres.

Su mandíbula vibra por la tensión. —Tienes tendencia a tomar decisiones equivocadas.

He hecho muchas cosas mal en mi vida, pero todo lo que he hecho me ha llevado a Yuliana. Me cuesta mucho ver eso como un error.

—Al menos fui libre de hacerlo —respondo—. Sé que mi vida es mía. Deberías saber mejor que nadie que no puedes mantener a la gente encerrada para siempre.

La cabeza de Kirill se inclina hacia un lado. La luz del final de la tarde lo dibuja en silueta. Un halo brillante alrededor de una sombra gris. Incluso su silueta es devastadora.

—Si estás hablando de Ilya —gruñe con frialdad—, te sugiero que no lo hagas.

Estoy al borde de las lágrimas. —¿Con quién más se supone que debo hablar de él? Te aseguraste de que esa no fuera una opción. Te aseguraste de que no hubiera nadie más. Me dijiste que no le contara a nadie sobre Ilya. Así que… no lo hice.

Incluso cuando deseaba desesperadamente hablar de lo dulce y amable que era.

Incluso cuando me quedé dormida llorando, deseando haber hecho algo diferente, la culpa

comiéndome viva.

El silencio entre nosotros se extiende. Al final, miro hacia arriba y encuentro a Kirill mirándome. Tiene el ceño fruncido y sus ojos exploran mi rostro como si me viera por primera vez.

—De todos modos, no hay nada de qué hablar —gruñe finalmente—. Le diste ideas. Eso hizo que lo mataran.

—Esperanza, querrás decir. Le di esperanza.

—¿Qué tan buena es la esperanza cuando termina matándote?

—La esperanza no es lo que mató a Ilya. Fue la represión.

—Represión —resopla Kirill burlonamente—. No es como si hubiera estado en una puta prisión.

—¡El apartamento no era muy diferente! No podía irse, Kirill. Le construiste una bonita jaula dorada y luego lo abandonaste a…

—¡Nunca abandoné a mi hermano! —ruge.

—¡Patrañas! —grito de vuelta. Levanto la voz aún más alto—. Se sentía sofocado, así que encontró una manera de salir solo. Ilya no murió porque tuviera esperanza. ¡Murió porque tú no!

En el momento en que la última palabra sale de mis labios, toda la intensidad que se ha ido acumulando se desinfla. Mi cuerpo ha estado funcionando con adrenalina e ira durante demasiado tiempo. Ni siquiera puedo sentir miedo por cómo responderá Kirill.

Lo miro fijo. Espero su refutación. Esperando a que me agarre y me inmovilice contra la valla de madera, o quizá simplemente me arroje por encima.

Honestamente, no lo culparía. No solo crucé la línea; bailé por encima.

En cambio, Kirill mira hacia el agua durante unos segundos… y luego se gira hacia el auto.

Da unos cuantos pasos antes de que pueda poner mi cerebro en marcha y preguntarle qué está haciendo. —¿Eso es todo? ¿Te vas?

—No tenemos nada más de qué hablar.

—Tenemos mucho de qué hablar —argumento. Para mí no hay nada arreglado. Acaba de desenterrar años de culpa, vergüenza y resentimiento. No puedo reprimir todo eso de nuevo.

No responde. En silencio, saca las llaves del auto del bolsillo y alcanza la puerta del lado del conductor.

Antes de poder cuestionar lo que estoy haciendo, corro alrededor del auto y le quito las llaves de las manos. —No vas a huir de mí.

Aparentemente, he recuperado las energías.

Sus ojos se estrechan al ver las llaves tiradas en el suelo. Luego, me mira. —Nunca he huido un día en mi puta vida. Ahora, súbete al auto para que pueda llevarte a casa. Antes de que cambie de opinión.

Sacudo la cabeza. —Esto es de lo que hablo. Te desconectas. No te gusta lo que estoy diciendo, así que te retiras. Si dejo que me lleves a casa, ¿cuántos días pasarán antes de que vuelva a saber de ti?

—Ah, ¿esperabas una segunda cita? —el sarcasmo es espeso en el profundo estruendo de su voz.

—No importa lo que yo quiera… aparecerás cuando tú quieras. Probablemente cuando decida bailar con otro chico, ¿no? Tan pronto como piense en superarte, aparecerás el tiempo suficiente para arruinar mi noche y recordarme que existes. Luego desaparecerás de nuevo.

Se inclina y levanta las llaves del suelo. Cuando se levanta, ni siquiera me mira. Sus ojos verdes están fijos en un punto sobre mi cabeza, con el ceño fruncido en los labios. —Baila con quien quieras, Rayne. Pero cuando te encuentres inclinada sobre otro mostrador, no esperes a que rompa el cristal y te saque de allí.

Mi corazón tartamudea ante sus palabras, se niega a aceptarlas.

No lo dice en serio. No puede.

—No me sorprende. Nunca has estado ahí para mí cuando realmente te necesitaba —respondo, apenas creyendo lo que estoy diciendo.

Él no estaba allí cuando casi me sentí aplastada por la culpa después de la muerte de Ilya.

Él no estaba allí cuando regresé al trabajo dos semanas después del nacimiento de Yuliana, luchando por pagar el alquiler.

Cuando crie sola a nuestra hija durante los últimos cuatro años. Cuando lloré hasta quedarme dormida por la noche.

Quiero contárselo todo. Pero no puedo.

Así que, en lugar de eso, paso a su lado y me dirijo hacia el sendero que baja de la montaña.

—¿A dónde carajo vas? —llama.

—No necesito que me lleves. Caminaré a casa.

Oigo sus pasos sobre la grava detrás de mí y acelero. —Apenas te mantienes de pie, Rayne. No puedes caminar cuesta abajo. Te matarás.

—¿Qué te importa? Te haría la vida más fácil, estoy segura.

—Recoger partes de tu cuerpo no parece un trabajo fácil. Métete en el maldito auto.

Me está alcanzando y tiene razón, apenas me mantengo en pie. Tengo que obligarme a levantar los pies del suelo y poner un pie delante del otro. Si sigo adelante, terminaré cayendo exhausta antes de llegar a la mitad del camino principal.

El orgullo es lo único que me empuja hacia adelante. No puedo parar. No puedo dejar que Kirill sepa cuánto lo necesito.

—Rayne —gruñe, moviéndose rápidamente detrás de mí—. Deja de pelear.

Sé que me está alcanzando. Tan pronto como ponga su mano alrededor de mi brazo, me arrastrará de regreso al auto. Así que me aparto de su alcance.

Al instante, todo sale mal.

Mi pie resbala sobre la grava y me lanzo de lado. Estoy peligrosamente cerca del borde del mirador. Si me caigo, me deslizaré unos cuantos metros sobre roca rota, al menos. Quizás más lejos, si no me choco primero contra un árbol.

Grito y extiendo un brazo para detenerme, pero mis pies ya no tocan el suelo. Es demasiado tarde.

Busco el agarre. El tiempo avanza increíblemente lento, pero el mundo sigue siendo una masa borrosa de movimiento. No sé hacia dónde está arriba.

Una piedra atraviesa mi palma y llega hasta mi antebrazo; una rama me raspa el cuello y la mejilla. Estoy desapareciendo entre la maleza…

Cuando siento una mano fuerte alrededor de mi tobillo.

Cuando el mundo vuelve a enfocarse, estoy boca arriba, inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Pero estoy quieta. Ya no me caigo.

Y, cuando miro a lo largo de mi cuerpo, Kirill está arrodillado en el borde del mirador, recortado por un cielo azul grisáceo cegador.

Él me sostiene.

No me dejará caer.

KIRILL

Cuando Rayne tropezó con el borde, no dudé. No fui capaz.

En el momento en que perdió el equilibrio, fue como si yo estuviera dando vueltas por el aire, no ella. Todo en mi vida fue incierto durante esos dos segundos. El eje de la tierra se desplazó.

Luego la atrapé.

Ahora, Rayne está apretada contra mi pecho, mientras la llevo a través del umbral de mi casa. Finalmente puedo respirar de nuevo.

—Muéstrame tu mano.

—¿Qué? —ella parpadea y me preocupa que se haya golpeado la cabeza. Le pregunté por el corte en el auto y parecía bastante coherente. Ahora menos.

—Tu mano. Muéstramela.

Levanta el brazo, echa un vistazo y retrocede sorprendida. No la culpo precisamente. Hay mucha sangre.

—Cierra los ojos —le instruyo—. Me haré cargo de ello.

—¿Ahora también eres médico?

—He curado una buena cantidad de heridas. La sangre no me hace sentir aprensivo. Lo último que necesita esta situación es vómito.

—No siento que vaya a vomitar.

—Mantengámoslo así.

No hay señales de Natalia ni de nadie más del personal mientras subo las escaleras hacia mi habitación. Cuando enciendo las luces, mi cama está hecha y puedo oler el desinfectante que irradia el baño. Alguien estuvo aquí hoy. Estarán confundidos cuando vean la sangre en mi lavabo mañana.

Llevo a Rayne al baño y la siento en el borde del lavabo. Ella se tambalea por un segundo, así que paso un brazo alrededor de su espalda baja para estabilizarla. —¿Estás bien?

—Sí —ella cierra los ojos y respira profundamente—. Solo… déjà vu.

Vuelve en un instante: la noche que la cargué aquí después de que Viktoria casi la saca de la carretera. El vapor de la ducha empañó las ventanas y se acumuló en gotas de diamantes sobre su piel. Me arrodillé frente a ella en la ducha hasta que cayó por un precipicio muy diferente.

Me trago el recuerdo y me agacho para coger el botiquín de primeros auxilios de debajo del lavabo.

—Esto arderá —le advierto antes de verter peróxido de hidrógeno sobre su corte.

—¡Hijo de puta! —intenta apartar la mano—. La amputación podría haber sido menos dolorosa. ¿Qué diablos hay en esa botella?

Reprimo una sonrisa. —Ácido. Estoy planeando deshacerme de ti miembro por miembro durante los próximos días.

Ella hace una mueca cuando le pongo otro chorro en el corte. —Duele tanto que casi te creo. Pero nunca lo harías.

—¿No?

—No —dice, mirándome de reojo—. Tu vida sería demasiado aburrida sin mí.

Resoplo. —Mi vida es muy interesante sin ti. ¿Qué crees que estuve haciendo los últimos cinco años?

—Probablemente llorando en una botella todas las noches, deseando que estuviera contigo mientras rechazabas a todas las demás mujeres que llamaban a tu puerta. ¿Acerté bien?

—Bebo de un vaso, no de una botella. Y ninguna mujer se atrevería a presentarse en mi puerta sin avisar —me río suavemente—. Excepto tú, supongo.

Se encoge de hombros. —Me gusta mantenerte alerta. Eres insoportable cuando crees que lo tienes todo resuelto.

Ella no está del todo equivocada. Mi vida es ciertamente más interesante con ella cerca.

—¿Qué hay de ti? —sostengo su brazo sin apretar en mi mano y empiezo a colocarle una venda alrededor de la muñeca. Puedo sentir su pulso zumbando contra mis dedos—. ¿Qué has estado haciendo en los últimos cinco años? ¿O debería adivinarlo?

—Créeme, nunca acertarás —dice con una risa entrecortada. Luego, de repente, se pone rígida —. Mierda.

—¿Qué?

—*Mierda* —intenta soltar su brazo de mi agarre, pero lo aguanto.

Ella me mira con los ojos desenfocados. Está a un millón de millas de distancia ahora mismo, perdida en algún lugar de esa desconcertante cabeza suya.

—Yo solo… necesito mi teléfono —se gira de un lado a otro y desliza las manos por la encimera del baño, pero no encuentra nada—. ¿Lo traje conmigo? Mierda, creo que lo dejé en tu auto. Necesito ir a buscar mi teléfono.

Comienza a deslizarse fuera del mostrador, pero yo me muevo frente a ella. Sin quererlo, mi cuerpo se desliza entre sus muslos. Ambos nos quedamos perfectamente quietos.

—Muévete —suspira.

—No hasta que me digas qué está pasando.

Rayne se muerde el labio inferior. Su cuerpo está tenso. No estoy seguro si es por lo cerca que estamos o por algo más.

—Rayne.

Suspira. —Necesito llamar a Natalia. Necesito… un favor.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —insiste—. ¿Puedo ir a buscar mi teléfono ahora?

—No.

Ella resopla. —Kirill, muchas cosas han cambiado desde la última vez que me viste. No puedo simplemente desaparecer de la faz de la tierra. Tengo cosas que necesito hacer. Necesito llamar a Natalia y…

Busco en mi bolsillo y le ofrezco mi teléfono.

Ella lo mira fijamente. Parpadea. —¿Qué estás haciendo?

—Esto es un teléfono celular —lo coloco en su mano—. Úsalo. Llama a Natalia. Su número está ahí.

Sus cejas se disparan. —Tienes el número de Natalia.

—Ella trabaja para mí.

—Ah. Sí. Cierto. Lo olvidé.

Rayne marca el número de Natalia y se mueve como si fuera a deslizarse del mostrador, pero yo todavía estoy entre sus piernas. Podría moverme, lo sé… pero no quiero.

Rayne no se resiste mucho, así que a ella tampoco debe importarle.

El teléfono suena tres veces antes de que Natalia conteste. Puedo escuchar su voz, distante y metálica al otro lado de la línea.

—¿Es esto una trampa? —pregunta Natalia—. Se supone que no debo tener mi teléfono mientras trabajo, pero ahora me llamas como prueba o algo así, ¿verdad?

—Hola —dice Rayne con timidez.

Hay una larga pausa antes de que la voz de Natalia llegue, alta y clara. —Mierda. ¿Qué estás haciendo con el teléfono de Kirill?

—Es una larga historia. Solo llamé porque…

—Ay, Dios mío. ¿Me estás llamando desde la cama? —pregunta Natalia—. ¿Estás desnuda ahora?

La cara de Rayne se sonroja de un rojo intenso. El calor de sus muslos de repente es abrasador y empapa mis jeans.

—¡No! ¿Por qué estaría…? No estoy desnuda. Eres asquerosa.

—¿Como si fuera una idea tan descabellada que ustedes dos volvieran a estar juntos? O sea, hay historia ahí. Y química. Probablemente también biología. ¿Qué rama de la ciencia es la genética? —pregunta Natalia, claramente divagando—. Biología, ¿verdad? No sé. El caso es que no es una idea tan descabellada. Él…

—Está parado justo a mi lado —dice Rayne bruscamente, interrumpiendo a Natalia—. Kirill está parado justo a mi lado. Puede escuchar todo lo que dices.

Rayne me mira entrecerrando los ojos y se aleja. Todo lo que hace es envolver sus piernas aún más fuertemente alrededor de mis caderas. Sé que se da cuenta de eso, porque el rubor de sus mejillas baja por su cuello hasta su pecho.

—Ah, lo siento —dice Natalia, bajando la voz un poco—. No estaba pensando. Eso podría haber sido malo. Podría haber dicho algo prohibido o…

—Necesito un favor —interrumpe Rayne de nuevo. Sus ojos recorren la habitación, mirando a todos lados excepto a mí.

—Lo que sea. ¿Qué sucede?

—Necesito que… te ocupes de las cosas por mí esta tarde.

Hay una breve pausa. —¿Ocuparme de las cosas?

—Sí —dice Rayne, moviendo los labios entre los dientes—. Tuve un accidente. Estoy bien, Kirill me ayudó. Pero no tengo mi auto y se me hace tarde para… recoger un paquete. Es a las cuatro de esta tarde. ¿Podrías recogerlo y llevarlo a mi casa?

—¿Un paquete? ¿De qué estás hablando? ¿Quién te envió un paquete? ¿Por qué no se puede entregar en tu casa? Esto no tienen ningún… Ah —jadea—. Ah, cierto. Tu *paquete*.

Rayne se hunde, evidentemente aliviada. —Sí.

—Cierto. Por supuesto que puedo recogerlo por ti. Olvidé por completo que tenías un paquete —Natalia se ríe de algún chiste interno que claramente no entiendo—. Supongo que, como llamas del teléfono de Kirill, está de acuerdo con que salga temprano hoy.

Rayne me mira. —A él le parece bien —dice sin preguntar—. Gracias de nuevo, Nat.

—Cualquier cosa por mi bebita —dice Natalia. Luego, vuelve a reír—. Tómate el tiempo que necesites. Tu paquete está ahora en mis competentes manos.

Rayne pone los ojos en blanco. —Gracias, Nat.

Cuando finaliza la llamada, Rayne desliza su pierna hacia arriba y alrededor de mi cadera y salta del mostrador. Con los pies firmes en el suelo, me tiende el teléfono. —Gracias por eso.

—Un paquete, ¿eh?

—Es un paquete importante. Caro —se vuelve hacia el espejo para evaluar su apariencia, pero puedo notar que está tratando de evitar la pregunta.

—Podría haberte llevado a recogerlo.

Se saca una ramita del cabello y pasa los dedos por los mechones. Es más corto de lo que solía ser. El corte aterriza en la parte superior de los omóplatos en lugar de llegar hasta la mitad de la espalda. La hace parecer mayor, más madura.

—Ya has hecho suficiente.

—Eso casi suena como algo malo.

—Solo quiero decir… no quiero molestarte más —dice—. Me salvaste de Steven y luego de caer por un acantilado. Creo que puedo encargarme de recoger un paquete por mi cuenta.

—Con tu historial, no estaría tan seguro.

Ella revisa su vendaje y luego se inclina para limpiar la suciedad y los restos de la parte inferior de sus jeans. Es una distracción.

Rayne ha engordado de la mejor manera. Sus caderas son más anchas, lo que hace que su cuerpo sea aún más suave y atractivo. Quiero encajar contra su trasero como una pieza de rompecabezas.

—No tienes que salir corriendo. Quédate. Toma una copa conmigo.

Rayne se pone de pie y me mira a los ojos en el reflejo del espejo. Sé que ella ve a través de la débil invitación a la verdad que hay debajo.

La deseo.

—No puedo. Tengo que tomar un autobús e ir a buscar mi auto.

—Yo te llevaré.

—¡No! —espeta. Ella traga, obligándose a reducir la velocidad—. De todos modos, tengo que volver pronto.

—A tu paquete.

—A mi… Sí. Y otras cosas.

Me giro alrededor suyo, apoyándome contra la pared frente a la puerta del baño. —Por teléfono, Natalia estaba preocupada de haber dicho “algo malo”, “algo prohibido”. ¿Eso qué significa?

Rayne deja escapar una risa rápida y aguda. —¿Quién sabe con Natalia? Probablemente solo estaba preocupada por decir algo que pudiera hacer que la despidieran.

—Teniendo en cuenta la conversación que ella y yo tuvimos esta mañana, dudo que esa fuera su preocupación.

—¿Qué conversación? —Rayne palidece. Es como si alguien hubiera bajado la saturación de su

piel. Un segundo, es rosa y sonrojada; al siguiente, es blanca como la nieve—. ¿Qué dijo?

—Estoy mucho más interesado en lo que *crees* que dijo —entrecierro los ojos—. Tienes miedo de que ella me haya dicho algo.

Ella niega con la cabeza tan rápido que sus mejillas tiemblan. —No, no es así. No tengo nada que esconder.

—Estás mintiendo.

—¡No, no lo estoy! —está casi histérica mientras camina frente a mí, tratando de llegar a la puerta del baño—. Ahora, ¿puedes moverte? Tengo que irme.

—Espera —doy un paso adelante y coloco un dedo debajo de la barbilla de Rayne. Se queda quieta, su cuerpo se pone rígido mientras me mira a los ojos—. Sé lo que estás ocultando.

Su boca se abre. —Tú… No, no lo sabes.

Sonrío. —Pensé que no estabas ocultando nada.

—No lo estoy —se apresura a corregir su error—. Quise decir que no sabes nada porque no hay nada que saber. No tengo un secreto. Pero tengo que irme así que…

—Me amas.

Sus palabras se desvanecen y sus cejas se juntan. —¿Qué?

—Es por eso que apareciste en la playa la primera noche que regresé. Claramente habías estado observando la casa para ver cuándo regresaba.

—¡Doy paseos aquí! Es por el océano, no por ti —espeta.

La ignoro y continúo. —Luego bailaste con ese perdedor en el bar esa noche. Claramente estabas tratando de ponerme celoso.

—¿No puedo bailar ahora sin que tenga algo que ver contigo? ¡Por cierto, primero estábamos nosotras en el bar!

—Luego enviaste a Natalia a mi casa para espiarme.

—¡No lo hice! —argumenta—. Ni siquiera quería que viniera a trabajar para ti porque no quería que ella…

Me inclino más cerca, con la ceja arqueada. —¿No quería que ella hiciera qué? Tal vez no querías que me dijera que todavía me amas después de todos estos años.

El color está volviendo a sus mejillas ahora. Sus ojos son brillantes y relucientes, rebosantes de vida. No se parece en nada a la mujer de ojos muertos que cargué en mi auto después de que salimos de la casa de los Linley. Me siento silenciosamente aliviado de verla recuperarse tan rápido.

—¡Estás delirando! Celebré el día que te fuiste —sisea—. Estaba jodidamente eufórica porque te habías ido. Fue pacífico.

—Sabes, Sonya me dijo que visitaste la casa unas semanas después de que yo me fui.

La tensión entre nosotros crepita a medida que el silencio se prolonga.

—Dijo que te veías como una mierda —continúo después de una pausa—. Ojos inyectados en sangre, ojeras, mejillas hundidas. La preocupaba que estuvieras enferma.

Rayne intenta mirar hacia abajo, pero vuelvo a agarrar su barbilla y fuerzo sus ojos hacia los míos.

—Suéltame —dice débilmente.

—No.

—¿Por qué no?

Paso mi pulgar sobre la pequeña cicatriz en su mejilla. —Porque no quiero. Porque dejaste claro que crees que todo lo que hago es correr y retirarme. Así que esta vez tendrás que ser tú quien se aleje.

Sus ojos se agrandan. Rayne no tiene idea de cuánto de sí misma revela así. Esos azules del océano son una ventana a su alma. Veo cada esperanza de niña, cada sueño fantástico.

Independientemente de lo que diga Rayne cuando tenga un mejor control de sus rasgos, ella quiere esto.

Ella me quiere.

Ella nos quiere *a nosotros*.

Luego, entre un parpadeo y el siguiente, esa ventana se cierra de golpe.

—No te amo —ella aparta la cara y retrocede unos pasos medidos—. No he estado sentada suspirando por ti, Kirill. He estado viviendo una vida. Una vida feliz y plena.

—¿Es así?

—Lo es.

—Vale.

—Vale —dice, cruzándose de brazos y levantando la barbilla desafiante.

Me inclino hacia adelante, en voz baja. —Entonces, demuéstralo.

Frunce el ceño. —¿Cómo podría…?

—Acepta el trabajo que te ofrezco. Si realmente me has superado como dices, entonces aceptar el trabajo tiene sentido. La única razón para negarte es porque aún sientes algo por mí.

—¿Qué tal porque no quiero trabajar para un criminal?

—Ya has demostrado dos veces que eso no es un factor decisivo para ti. Y, a diferencia de tu jefe anterior, yo mantengo mis crímenes fuera de casa. Estoy a muchos pasos de él, si me preguntas.

Me mira fijamente, su mente gira y trabaja para conseguir una respuesta. —No necesito demostrarte nada.

—No tienes que —admito—. Pero ya te dije que no voy a ser yo quien se vaya esta vez. Así que, incluso si no aceptas el trabajo, me verás por ahí.

Sus ojos se agrandan. —¿Qué significa eso?

—Significa que he decidido que estaré en la ciudad indefinidamente. Nos encontraremos. Me aseguraré de ello. Bares, lugares de trabajo. También estoy pensando en visitas a domicilio. Sin previo aviso, como es tu estilo. Pasaré y veré dónde vives estos días, me aseguraré de que no sientas la necesidad de tirarme en tu cama y hacer lo que quieras…

—¡Vale!

—¿Vale qué?

Su mandíbula chasquea hacia adelante y hacia atrás mientras intenta forzar la salida de las palabras. —Acepto el trabajo. Volveré a trabajar para ti.

—¿Estás segura? Podría ser incómodo si sientes algo por mí —tengo que reprimir una sonrisa ante la rabia que hierve bajo su superficie.

—Siento algo por ti —dice—. Pero nada que se parezca al amor. En realidad, todo lo contrario.

—Excelente. Entonces, podrás empezar mañana.

Si las miradas mataran, la mirada que Rayne me lanza cuando sale de mi baño me tendría dos metros bajo tierra.

En el momento en que sale de mi habitación, entra German. —Vale. Todavía estás vestido —observa, mirando alrededor de la habitación—. ¿Eso es algo bueno?

—Depende a quién le preguntes.

—Te estoy preguntando a ti.

—Rayne vuelve a trabajar para mí, así que probablemente sea bueno que hayamos mantenido las cosas profesionales.

Profesional. El término es casi ridículo. Nada entre Rayne y yo ha sido jamás profesional.

German se pasa una mano por la cara. —¿La contrataste de nuevo? ¿Y aceptó de buena gana?

—De buena gana… —me encojo de hombros—. De nuevo, depende a quién le preguntes.

—¿Pero por qué? Ustedes podrían estar juntos sin toda esta farsa de criada y amo.

—No es una farsa. Es simplemente lo que es.

German parece dudar, pero levanta las manos en señal de rendición. —Lo que tú digas. Pero, cuando la abeja reina se entere de esto, no le diré una mierda.

—Bien. No lo hagas —le digo—. Déjamela a mí.

RAYNE

Saco mi teléfono del auto de Kirill y empiezo a caminar hacia la parada de autobús. Será una larga noche de traslados en autobús para llegar desde aquí al vecindario de los Linley. Entonces, tendré que sacar mi auto de su casa sin que Steven o Martha me vean.

Hace doce horas, eran dos de mis personas favoritas. Me encantaba trabajar para ellos.

Ahora me encantaría no volver a verlos nunca más.

Luego noto las tres llamadas perdidas y dos mensajes de voz del preescolar de Yuliana en mi teléfono, y olvido por completo quiénes son los Linley.

—Hola, Rayne —dice Melissa Holliday. Es la recepcionista que saluda a todos en la puerta principal. Es ridículamente alegre, por lo que su tono sombrío envía una punzada de miedo a través de mi pecho—. Perdón por molestarte, pero Yuliana está teniendo un… bueno, llamémoslo un día difícil. Queríamos hacerte saber que tuvo que ser separada de su clase por la seguridad de los demás estudiantes. Llámame cuando tengas la oportunidad.

Estoy congelada en la acera, con el teléfono pegado a la oreja.

¿Yuliana fue separada de su clase? ¿Y eso que significa? La imagino sola en una habitación blanca y sin ventanas, envuelta en una camisa de fuerza, llorando histéricamente por su mamá.

—Estoy siendo dramática —me digo, pasando al otro mensaje de voz—. Es un preescolar, no un manicomio.

—Hola, Rayne, es Melissa otra vez. Creemos que sería mejor si pudieras recogerla temprano hoy. La maestra de Yuliana estará de baja durante las próximas dos semanas después de una cirugía de emergencia, y Yuliana está pasando por un momento difícil con la transición. La sustituta no puede hablar con ella y ahora Yuliana no está hablando con ninguno de nosotros. Creemos que ella realmente te necesita ahora mismo.

Miro la hora en los mensajes. Hace dos horas.

Durante dos horas, mi hija ha estado sentada en su escuela, confundida y molesta, necesitándome.

Mientras yo estaba con Kirill.

La culpa se hincha en mi pecho, amenazando con derribarme. Rápidamente la sacudo. No hay

tiempo para eso. Al menos, no ahora. Tengo que llegar a Yuliana. Mi hija me necesita.

Estoy a punto de presionar el botón para devolver la llamada a la escuela, pero, antes de que pueda, mi teléfono suena y el rostro de Natalia llena mi pantalla. Es una foto antigua de ella, de cuando nos conocimos. Su cabello es morado y rapado en un lado. Ella sigue pidiéndome que la actualice, pero me niego. Por lo general, verla me hace sonreír. Después del día que acabo de tener, no estoy segura de ser físicamente capaz de sonreír.

—Nat —digo con voz áspera, aferrándome a mi teléfono con ambas manos—. ¿Dónde está? ¿Qué está pasando…?

—La tengo. Toma un respiro.

Sigo su orden, inhalo y exhalo lentamente. El silencio me permite escuchar lo que suena como un llanto proveniente del otro lado de la línea de Natalia.

—Vale —dice Natalia. Su voz es demasiado tranquila—. Quería llamarte antes de que tuvieras la oportunidad de escuchar los mensajes que te envió la escuela. Obviamente, no llegué a tiempo.

—La recepción llamó. Yuliana fue separada de su clase. Me necesita. ¿Está… dónde…?

—Todo está bien. Yuliana está conmigo y ambas estamos bien. ¿No es así, cariño? —dice con voz dulce, claramente hablando ahora con Yuli.

—¿Qué pasó?

—La recepcionista no me dijo mucho porque no soy padre ni tutor, pero dijo que te enviaría el informe del incidente por correo electrónico.

Mis hombros se hunden. —¿Hay un informe de incidente? Eso no suena bien.

—Todos tenemos días difíciles —dice Natalia. Escucho sollozos de fondo. Me pican los brazos por abrazar a mi hija.

—Supongo que hoy corren días difíciles en la familia.

—Eso parece —dice Natalia—. Te veré en tu casa. Hablaremos y elaboraremos estrategias. Pero, hasta entonces, que no cunda el pánico. Ella está bien.

El nudo en mi pecho se afloja ligeramente. Saber que Yuliana está con alguien que la ama y se preocupa por ella es el único consuelo en este día de mierda.

—Vale —la única palabra se llena de lágrimas no derramadas. Me las trago—. Gracias.

—Nos vemos en unos minutos —dice.

Colgamos y me olvido de ir a buscar mi auto. Llegar a casa con Yuliana lo antes posible es lo único que importa ahora.

Normalmente, el viaje duraría veinte minutos, pero otro autobús se averió y el mío tiene que hacer algunas paradas más. En total, entro por la puerta de mi casa cuarenta minutos después de la llamada. Al instante, busco a Yuliana.

—¿Hola?

Mi casa es pequeña. ¿Dónde podrían estar?

—Aquí atrás —llama Nat.

Sigo su voz hasta la habitación de Yuliana. Lo que solía ser la habitación de Yuliana, al menos. Ahora, es un desastre de mantas y sábanas que cuelgan de la cama y del ventilador de techo para crear un fuerte de mantas verdaderamente épico.

—Vaya. ¿Qué diablos está pasando aquí?

—Los días malos requieren fiestas de pijamas —anuncia Nat, que sale gateando por la puerta del fuerte. Extiende una mano para que la ayude a levantarse. Tiro y ella se pone de pie y luego se inclina hacia mí, en voz baja—. La preocupa que te enojes con ella.

Le guiño un ojo a Nat y me pongo a cuatro patas. Me duele el corte en la mano, pero no es nada comparado con el dolor en mi pecho. Yuliana está luchando y yo no estuve ahí para ella.

Yo debí haberle construido este fuerte.

Yo debí haberla recogido de la escuela.

Me alegro mucho de que Nat pudiera estar allí para ayudarla, pero el hecho de que perdí las llamadas de la escuela y estaba en el baño de Kirill en lugar de con mi hija no es un error que olvidaré pronto.

—¿Hola? —llamo, atravesando las paredes de manta—. ¿Dónde está mi bebita?

Se oye un fuerte resoplido.

Yuliana está arropada en la esquina trasera del fuerte, con una manta de crochet púrpura sobre su cabeza. Puedo ver mechones de su cabello castaño dorado sobresaliendo de los agujeros.

Me acomodo en el espacio junto a ella, con cuidado de no derribar todo el fuerte de mantas conmigo. Cuando estoy lo suficientemente cerca, me inclino y beso su codo expuesto. —Hola, bollo de miel. ¿Cómo estás?

—Mal —ella se enrolla y forma una bola más apretada—. ¿Te llamó la Srta. Holliday?

—Lo hizo. Ella quería que supiera que estabas teniendo un día difícil. Lamento no haber estado allí para recogerte.

—¿Dónde estabas?

Es una pregunta simple, pero los niños tienen una manera de llegar hasta lo más profundo de ti. Son bisturís emocionales. —Lo siento, nena. Estaba trabajando. No tenía mi teléfono conmigo.

—Te quería allí —vuelve a sollozar—. La Srta. Albrecht se ha ido. Hay una señorita nueva, pero no la conozco. Ella es mala.

Le acaricio el cabello sobre la manta de crochet, deseando que saliera y me dejara abrazarla. Sin embargo, sé que no debo obligarla a salir antes de que esté lista. —Estoy segura de que ella no es mala. Solo es nueva. ¿Cómo se llama?

Yuliana niega con la cabeza.

—¿Aprendiste su nombre?

Vuelve a negar con la cabeza.

—Usa tus palabras, cariño.

Hay una breve pausa antes de que Yuliana sacuda la cabeza por tercera vez.

Nunca diría que el paso de Yuliana por retrasos del habla y la terapia fue un trauma para mí, pero incluso la más mínima regresión hace que mi corazón se acelere. Siento un pánico en mi pecho que no puedo describir.

El trabajo de los padres es garantizar que su hijo prospere y tenga éxito, pero ¿qué se hace si tienen más obstáculos de los que le corresponde? ¿Es mi culpa? ¿Es suya?

Cuidarla durante toda mi vida está lejos de ser el peor resultado posible, lo sé. Solo quiero hacer todo lo que pueda para asegurarme de tener éxito. Ahora mismo siento que estoy fracasando.

—Te daré algo de tiempo para pensar y podremos hablar cuando estés lista, ¿vale?

No quiero ver si Yuliana está de acuerdo. Porque yo también necesito algo de tiempo para pensar. Para calmarme.

Beso la parte superior de su cabeza y salgo del fuerte. Natalia está apoyada en la puerta. En el momento en que me levanto, me aprieta el brazo y me lleva al pasillo. —Deja de castigarte. No tenías ni idea de que Yuliana iba a tener un mal día. Eres una madre estupenda y estás haciendo lo mejor que puedes.

Se me llenan los ojos de lágrimas y las limpio. —Lo sé.

—No, no lo sabes —responde ella—. Por eso estoy aquí para recordártelo.

Natalia me lleva a la cocina y me empuja hacia uno de los taburetes. —Te estoy preparando té.

—No tienes que hacer nada. Has estado trabajando y luego recogiste a Yuliana por mí. Deberías irte a casa y relajarte.

—No me digas qué hacer —dice—. ¿Verde o descafeinado?

Natalia está usando su voz de negocios. No habrá ningún razonamiento con ella ahora.

—Descafeinado, por favor. Lo último que necesita mi ansiedad es cafeína.

Enciende el hervidor eléctrico y se vuelve hacia mí. —¿La ansiedad es por Yuliana o por cierto papá de bebé?

—Te encanta casi haber revelado ese secreto, ¿no? —siseo, mirando hacia el pasillo para asegurarme de que Yuliana no está escuchando.

—Yuli no sabe lo que es un papá de bebé.

—Tal vez no, pero no necesito que lo repita en la escuela. Si siquiera regresa a la escuela.

—Oye, no-no —Natalia chasquea los dedos delante de mi cara—. Nada de ese pensamiento pesimista. Sabes que Yuli lucha con gente nueva y con las transiciones. La escuela también

debería saber eso, ¿verdad?

Asiento. —Sí. Lo puse en su papeleo. Pero tienen muchos niños que cuidar. No pueden darle atención especial.

—¿Y por qué diablos no? Les pagas suficiente. Alguien debería haberte llamado para avisarte que su maestra iba a desaparecer durante dos semanas. Habrías sabido de inmediato que Yul no lo manejaría tan bien.

—Tienes razón. Ella ama a la Srta. Albrecht. Probablemente la habría sacado ese día. Esa también habría sido la decisión correcta para mí. El trabajo estuvo… —cierro los ojos con fuerza, superando la vergüenza fuera de lugar—. Bueno, ya no trabajo para los Linley.

—¿Qué? —se deja caer sobre los codos en el mostrador, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Es una historia muy, muy larga.

—No tengo nada más que tiempo, nena.

—Steven, em… Intentó violarme.

Natalia se pone de pie. Su rostro está pálido, pero su mandíbula está apretada. —Lo mataré.

—Está bien. Kirill casi lo hizo. Al menos le rompió la nariz. Quizás también le fracturó el cráneo —todavía puedo escuchar la forma en que el rostro de Steven se quebró bajo el primer golpe de Kirill. El recuerdo me hace estremecer—. No fue bonito.

—Espera. ¿Kirill estaba allí? —niega con la cabeza—. Tienes que empezar desde el principio.

—No puedo. Ahora no. Es muy…

—No, lo siento. No debería entrometerme.

Lanzo una risa sorprendida. —Naciste para entrometerte. Es tu estado natural. Y quiero contarte todo, solo… ¿Está bien la versión condensada por ahora? Son demasiados detalles.

Ella asiente rápidamente. —Sí, por favor.

Si una persona pudiera vivir solo de chismes, esa sería Natalia.

—Vale, entonces Kirill me salvó de Steven porque me estaba observando. En cualquier día normal, eso sería algo malo. Hoy funcionó a mi favor. Kirill vio a través de las ventanas lo que Steven intentaba hacer y lo detuvo.

—Gracias a Dios que esencialmente viven en un invernadero.

—Odiaba limpiar esas ventanas, pero hoy me salvaron —admito—. Así que eso sucedió. Luego casi me caigo por un precipicio, y así fue como me raspé la mano. Kirill me llevó de vuelta a su casa y luego te llamé y luego encontré mi teléfono y recibí las llamadas de la escuela y…

—Mierda —Natalia mueve las manos frente a su cara—. ¿Un precipicio? Sí, puedes parar ahora. Eso es demasiado para procesar.

—Te lo dije.

Suspira. —En pocas palabras, es posible que hayas tenido el peor día de la historia.

Me río. —Está ahí arriba. Aunque vuelve a preguntarme mañana. Ese podría ser el peor día de mi vida.

—¿Cómo es eso posible?

Dejo caer la cara entre mis manos y hablo a través de mis dedos. —Porque será mi primer día de regreso al personal de Kirill.

Natalia jadea tan fuerte que temo que se trague la lengua. —¡No puede ser! ¡Te ofreció un trabajo! ¿Y aceptaste? No estoy segura de qué es más sorprendente.

—De nuevo, una larga historia —murmuro.

Tan pronto como Kirill dijo que empezaría a hacer visitas a domicilio, me acorraló. Si Yuliana lidió tan mal con una maestra suplente, ¿cómo se sentirá al conocer a su papá por primera vez?

¿Y luego qué? ¿Cómo lo manejará Kirill si Yuliana no puede hablar con él? Yo casi no conocía Ilya, pero gran parte de Yuliana me recuerda a él. De la forma más extraña, alivia el dolor en mi corazón.

No estoy segura de que Kirill aprecie las similitudes.

Natalia vierte agua humeante sobre dos bolsitas de té y me desliza la taza. —Mi instinto es servirte un trago, pero es posible que estemos demasiado viejas para beber nuestros problemas.

—Probablemente. Sin mencionar que emborracharme no es la forma de recuperar los puntos perdidos de Mamá de hoy.

—Los puntos de Mamá no existen, Rayne. Estás haciendo un gran trabajo con ella. Ella solo está… —Natalia suspira—. La llevaste a terapia del habla, eso ayudó, pero ¿alguna vez pensaste que quizá Yuliana necesita otro tipo de ayuda?

Sí. Constantemente.

Se abruma fácilmente. Tiene arrebatos emocionales que pueden ser autodestructivos e incluso violentos. En su rutina, ella está bien, pero si nos desviamos un poco de nuestros planes habituales, puede provocar una rabieta. Dedico la mayor parte de mi tiempo y energía a intentar ceñirme al guion tanto como sea posible.

—¿Qué clase de ayuda? —pregunto.

Antes de que Nat pueda decir algo, se oye una vocecita en el pasillo. —Estoy lista para hablar.

Me doy vuelta y Yuliana apenas se asoma por la esquina de la puerta del pasillo. Su cabello está rizado por estar debajo de las mantas, y su pequeño labio hace un puchero.

Prácticamente salto de mi silla y me arrodillo frente a ella. En el momento en que mis rodillas tocan el suelo, Yuliana estalla en lágrimas y me rodea el cuello con sus brazos.

Hace un segundo, pensé que teníamos que hablar de esto. Quería diseñar un plan sobre cómo

manejaría a la nueva maestra. Íbamos a escribirle una nota a Melissa en la oficina y disculparnos.

Sin embargo, con sus bracitos alrededor de mi cuello, me doy cuenta de que lo primero es lo primero.

Beso su mejilla. —Pizza y una película en el fuerte de las mantas. ¿Te anotas?

Se seca las lágrimas y su pecho tiene hipo mientras intenta dejar de llorar. —Me anoto.

Natalia grita desde la cocina. —Voy a pedir una pizza de postre también. Y palitos de pan. ¡Y panecillos de canela!

Por primera vez desde que llegué a casa, Yuliana sonríe.

RAYNE

—Muerte por carbohidratos —me doy palmaditas en el estómago y me dejo caer en el sofá—. Ese tercer palito de pan fue un gran error.

—Solo porque te comiste la mitad de los panecillos de canela tú sola entre el segundo y el tercer palito de pan. Ese fue tu verdadero error.

Miro a Natalia. —No me di cuenta de que eras la policía de las porciones.

—Aquí no avergüenza la comida. Solo no creo que debamos culpar erróneamente a los palitos de pan. El culpable para mí es la pizza de postre. ¿Manzanas con canela y queso crema rociadas sobre una pizza? Debería ser ilegal que un alimento sea tan bueno.

Por más repugnante que pueda sentirme ahora, la fiesta de pizza con mis chicas fue exactamente lo que necesitaba después de este día verdaderamente de mierda. Yuliana comió pizza y se rio de todas sus partes favoritas de la película. El regreso a la normalidad aflojó el control del día sobre mi pecho.

—¿Vas a dormir aquí en el sofá? —pregunta Natalia.

—Creo que tendré que hacerlo. Yuliana está tumbada en mi cama, roncando como un ñu.

Vimos la película en mi habitación y, en los últimos quince minutos, se desmayó con un trozo de pizza todavía en la mano. No quise despertarla. Necesita descansar.

—Eres una buena mamá. Yo la devolvería a patadas a su propia habitación. Necesito mi siesta de belleza.

—Un niño que se va a dormir solo es el caballo regalado al que no le miras los dientes. Prefiero dormir en el sofá antes que tener que pelear con ella para ponerle el pijama y convencerla de dormir en su propia habitación esta noche. Estoy demasiado cansada.

—¿Crees que despertarse en tu habitación la asustará?

Natalia conoce a Yuliana tan bien como yo. Sabe cómo los nuevos entornos y las nuevas personas pueden alterarla. La única razón por la que superé algunas de las primeras rabietas de Yuliana sin perder la cabeza fue porque Natalia estaba allí para apoyarme. Si soy una buena madre, al menos la mitad de eso se debe a su ayuda.

—Está acostumbrada a dormir en mi habitación. Honestamente, dormir en su habitación con la

manta todavía puesta podría haber sido más confuso para ella.

—Además, creo que es un riesgo de incendio —añade—. Lo siento.

Aparto su disculpa con un gesto. —Gracias por estar ahí para ella mientras yo… estaba ocupada.

Espero que Natalia me asegure que no fue un problema. Que sacuda la cabeza y me diga que fue un placer. Es lo que suele hacer. En cambio, se sienta y cruza las manos sobre el regazo.

Mi corazón salta.

—Rayne —dice suavemente—. No quiero excederme…

—Imposible. Eres familia, Nat.

Sonríe. —Sé que dices eso. Pero es diferente con los niños. Yuliana es tuya y tú eres de ella. Las quiero mucho, pero tengo mi lugar, ¿sabes? La tía genial. Divertida compañera mejor amiga. Las grandes decisiones… Las tomas tú. Siempre lo has hecho.

Trago. El rostro de Kirill de repente aparece en mi mente. En este punto, no puedo imaginar cómo sería tener a alguien tan involucrado en Yuliana como yo. En cierto modo, es más fácil hacerlo sola. Yo tomo las decisiones y no hay refutación.

Claro. Si tomo la decisión equivocada, igual cargo con la culpa de ambos padres.

—Eres una buena mamá —dice—. De hecho, la mejor que he visto en mi vida. Eres gentil y paciente con Yuli. Trabajas muy duro, pero nunca la dejas ver lo agotada que estás. Lo agotadora que puede ser la crianza de los hijos. Es admirable.

—¿Pero…? —me protejo, haciendo una mueca mientras me preparo para el impacto.

—Sin peros —objeta—. No hay ningún calificativo para esa frase. Eres una mamá increíble. Es por eso que quiero sugerir de la manera más gentil posible que quizá sea hora de que Yuliana vea a alguien.

—¿A… alguien?

Sus manos se aprietan en su regazo y sus nudillos se ponen blancos. —Sí. Un médico o un terapeuta. No estoy segura de quién exactamente. Alguien que se especialice en niños con obstáculos únicos por superar.

—¿Crees que tiene algo?

—Creo que es perfecta —dice Nat con la mayor seriedad posible—. Yuliana es maravillosa. Y a veces niños maravillosos, brillantes y hermosos necesitan un poco de ayuda extra. La has ayudado a superar muchas cosas, pero no siempre puedes estar ahí con ella para hacer trucos de respiración o utilizar técnicas especiales.

La voz furiosa de Kirill gruñe en mi memoria, de hace cinco años, pero aún tan fresca como si hubiera sucedido hace un momento. *¿Crees que puedes eliminar décadas de trauma, Rayne? ¿Crees que puedes eliminar una lesión cerebral? Ha visto a todos y cada uno de los mejores neurocirujanos del mundo y tú eres una jodida camarera, pero bueno, quizá sepas algo que ellos no saben.*

Quizás él tenía razón.

—¿Qué hará otra persona que yo no haya hecho? —suena a la defensiva, pero es una pregunta genuina. Parece que no quedan opciones.

—Como dije, has hecho mucho. Tanto como pudiste. Alguien más podría venir con experiencia real —afirma—. Cuando Yuliana se encuentre en un entorno nuevo o conozca a una persona nueva, necesitará aprender a manejar ese tipo de cosas por sí misma. Podría ser con medicación o terapia. O ambas. Simplemente creo que vale la pena investigarlo.

Sé que Natalia tiene razón. Yo misma lo he pensado muchas veces durante los últimos años. Pero nunca pude apretar el gatillo, porque…

—Se siente como una traición —digo en voz baja—. O sea, si admito que necesita acudir a un especialista, entonces significa que creo que algo anda mal con ella.

Las cejas de Natalia se juntan en señal de simpatía. —Rayne, eso no significa eso en absoluto.

—En cierto modo sí. Quiero decir, se supone que las mamás deben mirar a sus hijos y ver la perfección, ¿no es así? No debería estar analizándola y tratando de decidir dónde no está a la altura. Una parte de mí piensa que, si la llevo al médico, significará que no la amo lo suficiente.

—Rayne, eso es… —Natalia se desliza por el sofá y toma mi mano, apretándola con fuerza—. Si alguien piensa que no amas a Yuliana con todo tu corazón, está loco. Buscar ayuda externa si la necesita es solo otra expresión de eso. Es otra forma de demostrarle tu amor. Eso no significa que haya nada malo con…

Un repentino grito desgarrador atraviesa la casa.

Me pongo de pie y corro hacia mi habitación antes de poder procesar lo que acabo de escuchar. Mis instintos son más rápidos que mi cerebro.

—¿Yuli? —entro por la puerta y encuentro a mi hija sentada en medio de la cama. Tiene los ojos muy abiertos y la frente cubierta de sudor. Todavía está gritando. Me dejo caer en la cama y paso una mano por su rostro—. ¿Qué pasa, cariño?

Sus ojos verdes miran fijamente al frente, las lágrimas ruedan por sus redondas mejillas mientras llora. —¡Mamá!

—Estoy aquí, bebé. Estoy contigo. Estoy justo aquí.

Yuliana no muestra ninguna señal de poder oírme.

—¿Qué diablos está pasando? —sisea Natalia.

Agito una mano frente a la cara de Yuliana, pero ella no responde. —Creo que es un terror nocturno.

—¿Como una pesadilla?

—Algo así. Ella todavía está durmiendo.

—¿Debería llamar a alguien? —pregunta—. Puedo… no lo sé. ¿Puedo traerte algo?

—No se puede consolar en este momento. Solo tenemos que esperar a que se vuelva a dormir.

Natalia se tapa los oídos con las manos cuando Yuliana vuelve a gritar. —¿Quién te dijo eso?

—La llevé a un médico hace poco más de un año. Tenía terrores nocturnos y pensaron que se debía a la ansiedad. Me recomendaron un medicamento, pero yo… —atraigo a Yuliana contra mi pecho y le acaricio el cabello mientras sus gritos se convierten en llantos—. No quise seguir ese camino. Pensé que podría manejarlo.

Natalia se acerca al borde de la cama y me agarra la mano. —Hay más de una manera de manejar algo como esto, Rayne. Cambiar de rumbo puede ser una forma de manejarlo.

Asiento, la decisión se anida en mi mente. —Haré algunas llamadas mañana. No hay nada de malo en obtener algunas opiniones.

De repente, Yuliana se relaja contra mi pecho. La habitación está pesada por el repentino silencio.

Le inclino la cabeza hacia atrás para comprobar y está profundamente dormida.

Pero no creo que yo pueda dormir esta noche.

KIRILL

Rayne se mueve por la casa como un fantasma. No solo porque está tratando de evitar llamar mi atención… una tarea imposible, pero ella insiste en intentarlo… sino también porque ya hemos hecho esto antes. Hemos bailado este baile. Actuamos estos roles.

En la superficie, se siente igual.

Es todo lo contrario.

No consideré que verla haciendo eso me recordaría a Ilya. Algunas veces la veo y pienso: *Él está justo arriba. Debería ir visitarlo.*

—¿Es este realmente el único lugar en toda la casa donde puedes leer? —espeta Rayne—. Estoy tratando de pasar la aspiradora.

Levanto mis pies cruzados del suelo y le hago un gesto para que siga. —Adelante.

—Tienes toda la casa. No es necesario que estés aquí.

—Este es la sala de estar. Es donde me gusta estar.

Ella murmura algo que estoy seguro es insubordinado y enciende la aspiradora para que no pueda entenderlo.

Yo finjo leer y ella finge trabajar y ambos fingimos que no nos damos cuenta de que la otra persona existe. Es mejor así. Más seguro.

Suceden cosas malas cuando nos reconocemos el uno al otro.

Después de un rato, suena mi teléfono y Rayne apaga instantáneamente la aspiradora. Podría estar siendo educada, pero la conozco. Está escuchando a escondidas. Igual atiendo.

—Kirill, vengo con buenas noticias —trina Leonid. Está entusiasmado con algo, lo que significa que no son buenas noticias en absoluto. Por lo menos, no para mí.

—Dímelo y decidiré por mí mismo.

—Hablé con Sasha —continúa sin perder el ritmo—. Fue una conversación larga, pero aceptó venir a mi fiesta y hablar contigo.

—Acepté asistir para escuchar a Sasha humillarse. Hablar con ese hijo de puta no era parte del

acuerdo.

Rayne vuelve la cabeza hacia mí, incapaz de ocultar su interés en mi conversación. Al parecer, recuerda a Sasha.

—¿Cómo esperabas hacer las paces con él sin hablar?

—Conoces a Sasha tan bien como yo —arrastro las palabras—. Hacer las paces será mucho más fácil si él no dice una palabra.

Leonid se echa a reír. —Me encanta ese sentido del humor, pero no sirve exactamente para tender puentes. Unas cuantas horas es todo lo que te pido, Kirill.

—Una hora.

—Dos —responde Leonid—. Los sentaré en extremos opuestos de las mesas. Pero, con suerte, mi diplomacia hábil nos permitirá compartir una copa antes de que termine la noche.

—A menos que "diplomacia hábil" sea el nombre de un licor de cien grados, no me ilusionaría.

De nuevo, Leonid se ríe demasiado. Está tratando de halagarme, pero es inútil. La única razón por la que acepto ir a su estúpida fiesta es porque fortalecer mi alianza con la mafia de Sasha es un negocio inteligente. Si no fuera así, les diría a Leonid y Sasha que se fueran a la mierda.

—Envía tus solicitudes de bebidas ahora y haré que mi organizador de fiestas lo haga realidad. Lo que sea necesario para que atravieses la puerta.

—Dije que estaría allí. No seas condescendiente.

—Lo dijiste —dice Leonid—. Y eres un hombre de palabra.

Cuelgo y tiro mi teléfono sobre el cojín a mi lado.

—¿Era Leonid? —pregunta Rayne.

—Cuidado, criada. Podría empezar a pensar que estás escuchando a escondidas.

Si me capta siendo un gilipollas, finge lo contrario. —¿Qué quería?

Inclino mi cabeza hacia atrás en el sofá y miro hacia el techo abovedado. —Charlar. A los chicos nos encanta ponernos al día con nuestros chismes.

Suspira, frustrada. —Te escuché mencionar a Sasha.

—¿Te gustaría una estrella dorada por tu percepción?

—¡Dios! Eres tan…

Miro hacia arriba y Rayne inhala lentamente, con los ojos cerrados. Su pecho se eleva a medida que sus pulmones se llenan, luchando contra la fina tela de su camisa. Luego suelta el aliento a través de sus labios carnosos y deja que sus ojos se abran una vez más.

—¿Soy tan qué? —insisto.

Ella me da una sonrisa serena y completamente falsa. —Eres tan irritante. Tuve que emplear

algunas respiraciones limpiadoras para sacarte de mi sistema.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Su sonrisa se convierte en un ceño fruncido. —No tienes idea. Me llevó años.

Se da vuelta y vuelve al trabajo. Pero hay cierta fragilidad en sus movimientos. Frenética. La veo quitar el polvo de las mesas auxiliares con tanta violencia que casi parte el plumero por la mitad.

De repente, me mira con el plumero y apunta con el extremo esponjoso en mi dirección. —No voy a trabajar en esta casa mientras Sasha Lenin esté aquí.

—¿Qué te hace pensar que tienes algún control sobre cuándo trabajas?

Deja el plumero en la mesa auxiliar, liberando sus manos. Es el equivalente a que alguien se quite los aretes antes de una pelea.

—Él. Me. Atacó. —dice, pronunciando cada palabra—. En tu casa.

—Y yo lo manejé. Problema resuelto.

Dejo de lado la parte sobre cómo resolver realmente el problema de la forma en que me hubiera gustado haberlo hecho habría implicado mucha más sangre y gritos en nombre de Sasha. Rayne no necesita saber cuán profunda es esa sed de sangre. Lo tan dentro de mi sistema que está ella.

—Lo sé —suspira—. Lo manejaste. Respondiste casi como si fueras… como si tú y yo fuéramos… —suspira de nuevo y levanta sus ojos para encontrarse con los míos—. Como si fueras mi novio o algo así. Pero yo era solo una criada. *Soy* solo una criada.

Respiro lentamente y la miro. Que me condenen… realmente lo dice en serio. Después de todo este maldito tiempo, ella todavía piensa que es solamente…

—Déjame aclarar esto —digo—. Estás molesta porque no crees que yo hubiera respondido de la misma manera si él hubiera atacado a otra de las criadas que trabajaba esa noche. Como Natalia, por ejemplo.

Rayne parpadea y la sospecha arde en sus ojos azules. Asiente.

—Entonces, tienes razón.

Frunce el ceño. —¿Tengo razón?

—Sí —digo mientras dejo caer el libro al suelo y me levanto—, tienes razón. Porque no solo tocó a “una de mis criadas”. Si lo hubiera hecho, habría intervenido, pero no habría habido una escena. No habría habido una disputa de ningún tipo, y mucho menos una que haya durado cinco años. Pero no solo tocó a “una de mis criadas”, Rayne. Él te tocó *a ti*. El hecho de que todavía esté respirando es lo más generoso que he hecho en toda mi puta vida. Si vuelve a estar a tu alcance, no puedo garantizar que esa generosidad continúe.

Ella traga saliva y su garganta sube y baja. —Pero todo eso pasó cuando tú y yo éramos… cuando estábamos…

Se muerde el labio inferior. Quiero pasar el pulgar por su superficie. Quiero besar su boca hasta que se hinche por mi tacto. Doy unos pasos hacia ella, deteniéndome en el borde de la alfombra.

Mi límite.

—¿Cuando estábamos follando? —termino.

—Cuando existía la posibilidad de que estuviéramos juntos —corrige, entrecerrando los ojos—. No quiero ponerme en una situación peligrosa si no puedo garantizar que estaré a salvo.

—Te garantizo que estarás a salvo. No hay ningún lugar en el mundo donde no lo estarás. No eres solo una criada, Rayne. Eres *mía*.

Cierro la distancia entre nosotros y coloco mi mano bajo su barbilla. Sus labios se abren con sorpresa mientras me mira, demasiado sorprendida para alejarse todavía. Uso su vacilación a mi favor, envolviendo un brazo alrededor de su cintura y acercándola.

—Desde el momento en que te conocí, no fuiste solo una camarera. No eras solo una criada. Siempre íbamos a terminar aquí, juntos. Nos guste o no a cualquiera de los dos.

Tiembla. Su respiración se entrecorta en su pecho y la siento exhalar sobre mi piel. —Ya te dije que no te amo.

Los pocos centímetros que quedaban entre nosotros se cerraron mientras nuestras caderas se unían. Deslizo mi mano por su columna y alrededor de la curva de su trasero. Ella se arquea, atraída hacia mí por una fuerza que ninguno de los dos puede combatir.

—¿Sí? Bueno, mentiste.

Presiono mi boca contra la suya y es como respirar. No estoy seguro de cómo sobreviví sin esto.

Mía. Ella es mía.

El pensamiento pasa por mi mente una y otra vez mientras su lengua se sumerge en mi boca. Mientras nuestras caderas se balancean juntas, la fuerza del beso casi nos arroja a ambos al sofá.

Ella hace un sonido suave en el fondo de su garganta antes de que sus manos se deslicen por mi cuello y tiren de mi cabello. —Kirill —gime. Su cabeza se gira, pero no me detengo. Mi boca abre un camino por su barbilla y por su cuello. Siento los latidos de su corazón contra mis labios, su sangre zumba por mí.

Cojo el dobladillo de su camisa y lo levanto. —Quítate esto. Ahora.

Espero que discuta, pero cuando me mira, sus ojos azules están negros de deseo. Rayne se quita la camisa por la cabeza sin pensarlo dos veces. Su cabello es un desastre. Lo aliso hacia atrás y reclamo su boca con la mía.

Se desabrocha el sujetador y se lo desliza por los brazos. Mis palmas acarician sus pezones puntiagudos y creo que voy a romper mi cremallera.

—Dios, Rayne. Fuiste hecha para encajar conmigo. Mira esto.

Ella mira hacia donde la estoy tocando y quiero que vea la verdad.

No hay forma de huir de esto. Han pasado cinco años, pero cinco minutos juntos es suficiente para que todo vuelva a fluir. El calor, la intensidad, la pasión. La certeza de que esto es correcto.

—Siénteme —gruño, empujando suavemente contra su muslo—. Siente cuánto te deseo.

Desliza su mano entre nosotros y me desabrocha la cremallera. Cada diente que se deshace es la tortura más deliciosa. Cuando finalmente desliza su mano dentro de mis pantalones, gruño.

—Te extrañé —se inclina hacia adelante, su frente presionada contra mi pecho mientras me acaricia a través de mis boxers—. Una parte de mí siempre estuvo esperando esto… a ti. No es así con nadie más.

Agarro su barbilla y levanto su rostro hacia el mío. Tiene la boca rosada e hinchada y el cabello enredado. Está despeinada y perfecta, y nunca he visto nada más hermoso en mi vida. —Quítate los pantalones.

Su boca forma una sonrisa y alcanza sus jeans.

Justo antes de que pueda deslizarlos por sus caderas, escucho mi nombre resonando por el pasillo. La voz es estridente, más fuerte de lo necesario.

—¿Quién está…? —Rayne se pone rígida. Me mira a los ojos y está claro. Ella sabe—. *Ay, Dios mío.*

En un abrir y cerrar de ojos, me aparta y se abalanza sobre su ropa. —Puto gilipollas —sisea, cubriendo su suave piel—. Puto cerdo asqueroso y malo. Te odio.

Lentamente, subo mi cremallera. Mi lengua se desliza por mis labios. Todavía puedo saborearla allí, incluso cuando me susurra obscenidades.

—¡Kirill! —la voz vuelve a llamar desde el pasillo—. ¿Dónde estás?

Me dejo caer en el sofá, frustrado y completamente insatisfecho. —Aquí —devuelvo su llamada.

Rayne gira su cabeza hacia mí. —¿Qué demonios estás…?

Abandona la pregunta para terminar de colocarse el sujetador. Se pone la camisa y, en el momento en que sus pechos perfectos están escondidos, la puerta corrediza de la sala de estar se abre…

Y entra Viktoria Kozlov.

Lleva un vestido suéter naranja atrozmente moderno con botas blancas hasta la rodilla. Parece un trozo de maíz dulce que camina y habla. Un bolso ridículamente pequeño cuelga de su codo.

—Ahí estás. Supuse que estarías en tu oficina, pues es mitad de semana. ¿Qué estás haciendo en…? —su voz se corta. Ha visto a Rayne.

—Viktoria, Rayne —digo casualmente, reintroduciendo a las dos mujeres—. Rayne, Viktoria. Ustedes dos se conocen.

La sonrisa falsa en el rostro de Viktoria se desvanece. Es una serpiente enroscada en la hierba, con la boca abierta y los colmillos expuestos. Está lista para atacar.

—Rayne —su ceja se arquea, increíblemente alta—. ¿Qué carajo crees que estás haciendo a solas con mi prometido?

KIRILL

Hay que reconocer que Rayne no reacciona. Ni siquiera pierde el ritmo. Simplemente se vuelve hacia mí, con expresión neutral, y dice—: No me dijiste que estabas comprometido, Kirill. Felicitaciones a la feliz pareja.

Con eso, le ofrece a Viktoria una sonrisa tensa y sale de la habitación.

Si no estuviera aquí después de su comentario, aplaudiría. Fue un golpe maestro. Aterriza exactamente como pretendía Rayne.

Viktoria se vuelve hacia mí. El vapor prácticamente sale de sus oídos. —¿Qué acabo de interrumpir?

Decido ahorrarle los detalles horripilantes. —Rayne está trabajando para mí otra vez.

—¿Por qué?

—Porque este bonito estilo de vida que disfrutas requiere que la gente lo opere. ¿Quién crees que mantiene las cosas limpias mientras compras y bebes vino con tus amigas?

Su labio superior se curva hacia atrás. —Preferiblemente, alguien que no te hayas follado.

—Si eso no es posible, deberías llevar una lista. Hay muchos nombres que rastrear.

No es verdad. Rayne sigue siendo la única criada que he tocado. Ella nunca lo creería, pero trato de mantener algo de profesionalismo con las personas a mi cargo.

Rayne siempre ha sido una excepción.

—No eres gracioso, Kirill.

—Porque no estoy bromeando.

—¡Kirill! —grita—. ¿Qué diablos estaba haciendo ella aquí?

—Mi personal es asunto mío, Viktoria.

—Mi prometido es asunto *mío* —argumenta—. Debería saber con quién estás. Especialmente cuando esa persona es una mujer. Especialmente cuando esa persona es una mujer con la que has follado en el pasado. ¿Por qué no le dijiste que estábamos comprometidos?

Me encojo de hombros. —No surgió.

He prolongado el compromiso durante los últimos cinco años. En la bruma después de la muerte de Ilya, acepté formalizar la alianza entre Leonid y yo. ¿Por qué carajo no?

Por *esto* es que no.

Porque algún día tendría que seguir adelante y casarme con Viktoria. Nunca volveré a tocarla mientras vivamos, pero siempre fue ineludible que ella usara mi anillo.

Al menos, eso es lo que solía pensar.

Pero ahora Rayne ha vuelto.

Las cosas han cambiado.

Sus fosas nasales se dilatan. —No volveré a pasar por esto contigo. No después de todo lo que ya he soportado. Me niego.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tienes que elegir —ella alza la barbilla, injustificadamente altiva—. Te doy un ultimátum: ella o yo.

Estoy seguro de que Viktoria esperaba que fuera una decisión difícil, una decisión sobre la que tendría que reflexionar. O quizá es arrogante y esperaba que la eligiera sin pensarlo ni un momento.

En este momento, solo hay una opción clara frente a mí. Solo un camino posible.

Le doy a Viktoria una sonrisa comprensiva. —Creo que querrás sentarte para esto, cariño.

RAYNE

—Soy la mujer más tonta del mundo.

—No eres tonta —regaña Harmony—. Él solo es un gilipollas engañoso.

Dejo caer mi teléfono en el portavasos mientras esquivo un Volvo que va diez por debajo del límite de velocidad. —Yo también sabía eso. Desde el día que lo conocí supe exactamente quién era. Sin embargo, me dejé enamorar por él.

Hay un momento de vacilación. —¿Te refieres a enamorarte de él, como… amor?

Me estremezco. —¿Qué tan patético es si digo que sí?

—¿Puedes dejar eso? ¡No eres patética ni tonta! —de repente, la llamada tiene mucho ruido y escucho a Harmony disculparse con alguien—. Me estás haciendo gritar en el trabajo. Parezco loca delante de mis compañeros de trabajo.

—Lo esperé durante años, Harm. Él nunca se acercó ni me llamó para ver cómo estaba, pero en el fondo, estaba esperando que volviera. Definitivamente, eso es patético.

Ni siquiera le he contado lo peor: que le *dije* a Kirill que lo esperaba. En el calor del momento, con su boca sobre la mía, sentí que era lo correcto. Quería que supiera que lo que estábamos haciendo no era solo sexo sin sentido.

Significaba algo para mí.

Él significa algo para mí.

Mi cara arde de vergüenza.

—El amor nos vuelve tontos a todos.

—No te volvió a ti tonta —me quejo—. Estás en Italia con un hombre guapo y pasta deliciosa y una cultura real.

—Sin embargo, pensaste que era una tonta cuando me mudé aquí. ¿Recuerdas?

Ella no se equivoca. Cuando me dijo que quería cruzar el mundo para estar con un chico, le dije que prepararía mi colchón de aire para su inevitable y desastroso regreso.

—Parecía una locura —admito.

—¡El amor siempre lo parece! Asumiendo un riesgo loco es como vas a encontrar a tu propio hombre guapo.

—¿Qué hay con la pasta y la cultura? ¿Encontraré eso también?

—No puedo prometer eso —se ríe—. Pero sé que encontrarás tu final feliz, cariño. Estás haciendo la parte difícil ahora mismo. Tener fe en que Kirill podría ser una persona decente no era una estupidez; era esperanza. Esa es una parte esencial de la ecuación de Felices por Siempre. Así que, me encanta eso para ti.

Resoplo. —¿Te encanta que la bruja absoluta de su prometida casi me encontró media desnuda con mi lengua en su garganta?

—Bueno, no amo el adulterio específicamente. Pero ¿las motivaciones detrás del adulterio accidental? Sí, me encantan —dice.

Se siente como si Harmony acabara de clavar una letra escarlata en mi pecho. *Adulterio. Infiel. Puta*. Me estremezco más.

—Tuve una aventura con un hombre en una relación —susurro. Decirlo en voz alta le da a la afirmación un peso nauseabundo. Lo hace real—. Yo soy la amante y Viktoria es la mujer despreciada. Dios. Quizás me parezco más a mi mamá de lo que pensaba.

Que me comparen con mi mamá siempre ha sido algo bueno. Era divertida, vibrante e independiente. En los últimos años, también me enteré de que ella torpedeó a su familia con una relación extramatrimonial.

Nunca pensé que yo haría algo así.

—Él no te dijo que estaba comprometido. No *hiciste* nada. La culpa y la vergüenza recaen firmemente sobre él.

—No estoy segura de que él sea capaz de ninguna de esas emociones —resoplo—. Debí haberlo sabido. Debí haberle preguntado inmediatamente. Yo solo…

—Pensaste que tal vez él también te estaba esperando —dice en voz baja.

Sollozo miserablemente. —Sueno patética. ¿Por qué esperé eso de él? Nunca me hizo ninguna promesa. Se fue sin despedirse. Los últimos cinco años han sido un silencio. ¿Por qué pensé que todavía podría preocuparse por mí?

—Porque eres una buena persona y ves lo mejor de la gente, Ray. Eso no es un delito.

—Tal vez no, pero es ingenuo —dejo escapar un suspiro, tratando de aligerar el peso sobre mis hombros. Simplemente me deja sintiéndome vacía—. Ya no puedo darme el lujo de estar tan ciega. Tengo que pensar en Yuliana.

—¿Qué significa eso?

Considero la pregunta. Durante los últimos cinco años, no he pensado en más de un par de meses como máximo. La vida ha consistido en pasar una semana, un día, un minuto a la vez. Puedo pensar en el presente sin caer en un pánico que me paraliza el corazón.

¿Pero el futuro? Lo he evitado como la peste.

Ya no puedo evitarlo. No hay ningún caballero blanco sobre un noble corcel que venga a salvarme. Mi futuro no implica tropezar con una fortuna repentina y ver desaparecer todos mis problemas.

Incluso Natalia me ha estado preparando para un día en el que quizá no esté tan disponible para ayudarme. Ha llegado el momento de pensar seriamente en cómo cuidar de Yuliana y de mí… por mi cuenta.

—Significa que necesito empezar a afrontar mis problemas de frente y encontrar soluciones. No más agachar la cabeza y enturbiarme. Es hora de afrontar la realidad.

—¿Qué es la realidad? —pregunta Harmony.

—La realidad es… que soy la única persona que me va a salvar.

Kirill Zaitsev ya no es una opción.

RAYNE

—Estamos luchando en este momento.

La Sra. Wilkens, la canosa y corpulenta directora de la escuela de Yuliana, sigue diciendo cosas como "*estamos* luchando" y "*nuestros* problemas se están convirtiendo en una distracción". Lo que quiere decir es Yuliana.

Yuliana está luchando.

Yuliana se está convirtiendo en una distracción.

Nadie me llamó hoy, pero en el momento en que entré por la puerta, la Srta. Holliday estaba esperando detrás del escritorio con Yuliana. Había huellas de lágrimas en el rostro de mi hija. Claramente, las cosas no salieron mejor que el primer día con la maestra sustituta.

—¿Cuándo volverá la Srta. Albrecht? —pregunto, mirando por la ventana hacia donde Yuliana está sentada en el pasillo. Ella sostiene mi teléfono, jugando un juego. La Srta. Holliday le lanza miradas nerviosas, como si fuera a explotar en cualquier segundo.

La Sra. Wilkens suspira. —Se suponía que serían dos semanas, pero ella presentó la solicitud de incapacidad temporal. Podrían ser noventa días.

—¿*Noventa días*? ¿La atropelló un autobús o algo así? ¿Por qué tiene que ausentarse tanto tiempo?

—Realmente no puedo discutir la información de salud privada de un maestro con…

—No, no, claro que no —le hago un gesto para que lo olvide—. Lo siento. Simplemente estoy frustrada.

Salí de mi auto después de la conversación con Harmony sintiéndome un poco animada. Puedo ser mi propio héroe. Puedo recoger y seguir y cuidar de Yuliana. Tomé nota en mi teléfono para volver a llamar a los médicos y *exigir* respuestas. Nos defenderé a Yuli y a mí. Lo resolveré.

Han pasado cinco minutos desde entonces, y la cosa ya parece estar fuera de control.

—Sé que esto es frustrante para ti.

—Por decir lo menos. Llevé a Yuliana al programa de verano para conocer a la Srta. Albrecht y acostumbrarla antes del año escolar. Me senté con ella en la sala de juegos durante una hora

todos los días, ayudándola a adaptarse al entorno. Tuve que ausentarme del trabajo. Me costó mucho dinero, pero pensé que valdría la pena. Y ahora, apenas ha comenzado el año y su maestra se ha ido. No puedo darme el lujo de volver a hacer eso con una nueva maestra.

—Nadie te lo pide —dice la Sra. Wilkens—. De todos modos, ese no es un procedimiento operativo estándar para nosotros. Hicimos una excepción para el verano.

Había tantas miradas en blanco y sonrisas incómodas cuando aparecía con Yuliana todos los días. Sabía que algunas personas pensaban que estaba siendo ridícula. Otros juzgaban a Yuliana. Lo ignoré todo. Me senté cerca, lista para ayudarla con lo que surgiera. Le susurré al oído cuando se sentía abrumada. Le hablé durante las rabietas. Pasó un mes antes de que pudiera mirar a la Srta. Albrecht a los ojos y hablar con ella.

Debería haber sabido entonces que las cosas eran demasiado serias para poder manejarlas por mi cuenta. Podría haber pospuesto un año la escuela y haber buscado más ayuda, pero no quería que ella se quedara atrás. Pensé que si podía llevarla a la escuela aprendería a adaptarse. Me quité la carga para afrontarla más tarde.

Bueno, más tarde es ahora. ¿Qué diablos voy a hacer?

—Vale, ¿cuáles son mis opciones? —pregunto, dándole a la Sra. Wilkens la versión más educada de esa pregunta.

La Sra. Wilkens me dedica una sonrisa comprensiva, que hace que mi corazón se desplome a través de mi caja torácica y aterrice a mis pies. —No hay mucho. Haremos todo lo posible para ayudar a Yuliana a superar esta transición. Pero si sigue luchando, no tendremos otra opción que sacarla de la clase.

Hago una mueca como si acabara de escupirme en la cara. —¿Eso es todo? ¿Justo así?

—Lo siento, Rayne. Realmente. Otros padres también pagan la matrícula. No puedo permitir que sus hijos tengan una experiencia peor por culpa de otro niño. No es justo. Y, si Yuliana no está prosperando, no sería justo que yo la mantenga aquí.

Lo reformula como si le estuviera haciendo un favor a Yuliana. Veo directamente a través de eso.

Aun así, la Sra. Wilkens no es la villana. Nadie lo es.

—Espero que puedas entender —añade.

—Entiendo —miento, levantándome sobre mis piernas temblorosas—. Lo resolveré.



EL MAL DÍA se cierne sobre Yuliana como nubes oscuras que amenazan lluvia. Incluso cuando volvemos a casa y seguimos nuestra rutina normal, ella se siente incómoda e inquieta.

Ella grita en la cena porque le “rompí” el plátano pelándolo. A la hora del baño se niega a dejarme tocarla con el jabón, lo que termina con ella sucia y el baño cubierto de agua. Y, a la hora de dormir, se aferra a mí con ambas manos como si fuera lo único que me sujeta a la tierra,

aterrorizada de que me vaya flotando.

Me lleva cuarenta minutos cantarle para que se duerma y así poder salir de la habitación.

La crianza de los hijos no puede ser tan difícil para todos. Si así fuera, los padres estarían advirtiendo a otras personas que nunca tengan hijos. Habría anuncios de servicio público sobre el agotamiento emocional, físico y mental que experimentarás con los niños.

¿Fue así para mis padres?

No es la primera vez que desearía que Mamá estuviera viva para poder preguntarle. Nadie más que conozca tiene hijos. Natalia todavía tiene citas y declara regularmente que no fue hecha para la maternidad. Harmony quiere que el período de recién casados se alargue lo más posible. Podría preguntarle a Lana, pero, incluso con el divorcio, Mitchell paga una niñera y tutores privados. Su experiencia no se parece en nada a la mía y nunca lo ha sido.

Solo hay una persona a la que podría pedirle consejo.

Es una señal de lo desesperada que estoy que solo considere la opción durante diez segundos antes de sacar mi teléfono y marcar su número.

Contesta al segundo timbre, lo que solo me hace sentir peor. Debería llamar más seguido.

—Hola, Papá —digo en voz baja.

—¡Día de Rayne! ¿Cómo estás?

Suena feliz. Siempre suena feliz cuando lo llamo. Optimista y cálido. Me pregunto cuánto de esto es forzado.

Lana y Alexis me dijeron que Papá nunca me guardó rencor por elegir a mi mamá antes que a él. Él siempre quiso una relación, pero no quería obligarme. Aun así, no puedo evitar preguntarme si en secreto le gusto menos que mis hermanas. No lo culparía exactamente.

—Estoy bien —intento mentir, pero sueno tan desinflada como me siento—. Bueno, estoy.

—Ay, no. ¿Qué pasa?

—Nada. Estoy realmente bien. Solo llamaba para… —mi voz se apaga. *Llamaba para hablar con un padre. Para intentar obtener algún consejo de alguien que pueda entenderlo*. Decir eso en voz alta me hace sentir como si lo usara, y solo lo llamara cuando necesito algo.

—Rayne —dice Papá—, no deberías sentirte mal en absoluto, pero la verdad es que no llamas a menudo. Sospecho que tienes una razón. Sea lo que sea, puedes decírmelo.

Dejo caer mi frente en mi palma. —No debí haber llamado. Estoy perdiendo tu tiempo.

—Hablar contigo nunca será una pérdida de tiempo. ¿Qué tiene que hacer un viejo como yo, de todos modos?

—Estás retirado, no muerto —le digo—. Tienes una vida con cosas emocionantes.

Murmura algo que suena como un descarte antes de aclararse la garganta. —Bueno, independientemente… No importa lo que haya pasado entre nosotros, tú eres mi hija. ¿Me

escuchas? Haría cualquier cosa por ti.

La emoción obstruye mi garganta. Trago saliva y recupero la compostura. —Gracias, Papá.

—No me agradezcas. No he hecho nada todavía. Ahora dime qué pasa.

Por mucho que intenté no decir nada, la verdad sale a borbotones de mí en un torrente incesante de información.

Le cuento a Papá los problemas de Yuliana con su habla y su fijación en la rutina. Le explico todos los pasos que tomé para ayudarla a tener un buen primer año en preescolar, y cómo los últimos días nos han estallado en la cara.

—Está interrumpiendo la clase y teniendo dificultades para conectar con los profesores, incluso con los que conoce —le digo—. Se siente como si estuviera retrocediendo. No sé qué hacer para detenerlo. Lo que lo empeora es que no tengo idea de si algo de esto es remotamente normal.

Tararea, pensando. —¿Has hablado con tu médico?

—Lo he hecho en el pasado. Dijeron que algunos retrasos en el habla pueden ser normales, y el de Yuliana pareció revertirse en su mayor parte en el último año. A ella no le gusta hablar, pero puede hacerlo.

—¿Qué pasa con los terrores nocturnos y todo lo demás?

—¿Ansiedad, tal vez? —me encojo de hombros—. El último médico con el que hablé sugirió un medicamento para la ansiedad, pero parece demasiado joven para eso. No la volví a llevar en mucho tiempo. Los terrores nocturnos podrían ser normales. Hereditarios, incluso. ¿Sabes si yo los tenía?

Hay una larga pausa. —No sabría mucho sobre eso. Tu mamá y yo… Bueno, no estábamos de acuerdo en ese momento. Yo entré y salí de la casa a su discreción la mayor parte de cuando eras joven.

Arrugo la frente. —¿En serio? Pensé que simplemente… te habías ido.

—No tenemos que hablar de esto, Rayne. Sé que llamaste por Yuliana y quiero intentar ayudar.

—Está bien —digo—. Yo… quiero saber.

Deja escapar un suspiro. —Seguí regresando y tratando de hacer que las cosas funcionaran. Ya sabes cómo era tu mamá. Decirle adiós no fue la primera opción de nadie. Ella era el tipo de mujer que querías en tu vida. Además —añade—, estaban ustedes. Quería estar ahí para ustedes.

Me seco una lágrima.

—Hasta donde puedo decir, la crianza de los hijos nunca es lo que uno cree que será —continúa —. Es toda una vida haciendo lo mejor que puedes y fallando la mayor parte del tiempo. Nadie es perfecto, pero lo mejor que puedes hacer es amarlos pase lo que pase.

—Suena fácil cuando lo dices así.

Él resopla. —Es el trabajo más duro del mundo. Por eso se necesita un pueblo para criar a un niño. ¿Tienes un pueblo, Rayne?

—Tengo gente que ayuda… —pienso en Natalia y hago una mueca—. Tengo una *persona* que ayuda.

—Hm. Sé que no puede ser permanente, pero ¿y si vinieras a visitarme? Solo por un fin de semana, o una semana. ¡O un mes! Lo que quieras —afirma—. Nos encantaría pasar tiempo contigo y Yuliana. Puedo darte un pequeño descanso como madre. Puedes tomar un respiro y luego volverás a casa recargada.

Eso suena increíblemente tentador. Tener a otra persona a cargo del millón de diferentes tareas tediosas que hay que hacer en un solo día como padre suena increíble. Dios sabe que me vendría bien el descanso.

—Yuliana está luchando con la rutina en este momento, así que no creo que sea buena idea sacarla de su ritmo —digo—. Y no puedo darme el lujo de perder el dinero. Acabo de empezar un nuevo trabajo, así que…

—¿En serio? ¿Dónde?

Papá no sabe todo sobre Kirill, pero quizás reconozca su nombre. Decido no abrir esa caja de pandora.

—Es solo otro trabajo de criada. El otro fracasó, así que me inscribí en una nueva casa. No debería irme tan pronto después de empezar. No quedaría bien —Kirill no lo toleraría, más bien —. Gracias por la oferta igualmente.

Llevo años queriendo visitar a Papá. Lo vi en una cena en casa de Lana hace un par de años. Charlamos por vídeo de vez en cuando. Pero, en términos de tiempo real de calidad que pasamos juntos, no ha habido mucho.

Parte de esto es práctica, una cuestión de tiempo y dinero y de nunca tener suficiente de ninguno. La otra parte es que no importa cuántas veces Papá diga que lo soy, no me siento bienvenida. Es difícil imaginarnos a Yuliana y a mí durmiendo con él como algo más que una intrusión no deseada.

—Tiene sentido. Siempre que quieras dormir en un lugar, sabes a quién llamar —dice—. Puede que no sea útil cuando se trata de consejos, pero puedo darte una cama y comida caliente. Además, puedo jugar un *Monopoly* con Yuliana.

Me río entre dientes. —Ese podría estar un poco por encima de su cabeza en este momento. ¿Qué tal *Uno* o *Candyland*?

—Puedo aprender las reglas. Cualquier cosa para ustedes dos. Tú lo sabes.

Intento asimilar sus palabras. Intento permitirme creerle. Pero, mientras me acuesto para pasar la noche, me asaltan las mismas viejas dudas.

Quizá, por mucho que lo intente, simplemente no soy capaz de tener relaciones sanas. Algo en mí es disfuncional y siempre lo será. La única solución es acostumbrarse.

O eso, o rendirse por completo.

KIRILL

German y Avel están discutiendo sobre cómo vamos a afrontar las últimas tonterías de Stefano, pero no puedo quitar los ojos de la puerta.

—Stefano siempre ha sido y sigue siendo una amenaza de bajo nivel —afirma German—. Ninguno de nuestros aliados va a cambiar de bando, así que, ¿por qué debería importarnos?

—Tú no estás en la calle como yo, German —responde Avel—. Puede que Stefano no tenga el poder o el dinero que tenemos nosotros, pero todavía le agrada a la gente.

Gente estúpida, pienso.

Stefano Corleone es muchas cosas, pero sí que no es una amenaza. Es una pequeña molestia. Todavía está intentando vengarse de mí por haber roto sus vínculos con los principales clubes de motociclistas de la ciudad, hace años.

Fue mi aliado tentativo por un corto período, pero fue tras Rayne en el momento en que supo que yo estaba interesado en ella. Quiso fingir que era más poderoso que yo, así que lo corté a la altura de las rodillas. El hijo de puta tiene suerte de que no lo haya hecho literalmente.

Podría decirle lo mismo a mis Vors, pero de nuevo… estoy mirando la puerta. Esperando.

—Que te guste alguien no es razón suficiente para arruinar tu vida y perder dinero —dice German.

—¡Que alguien te guste fue una razón suficiente para que Kirill arruinara su alianza con Stefano en primer lugar!

El comentario de Avel es recibido por un silencio atónito por parte de German. Podemos discutir si dejaría que incluso German me hablara de esa manera. Avel está lo suficientemente abajo en la cadena alimentaria como para saberlo mejor.

Antes de que pueda recordárselo, ella cruza la puerta.

Rayne entra con una bandeja con el almuerzo y una jarra de agua. Lleva unos jeans holgados y una camisa ajustada de manga larga. Tengo que preguntarme si cubrirse desde el cuello hasta los tobillos fue a propósito. Como si una capa de ropa sin forma pudiera acabar con el anhelo que siento en mi pecho.

—El almuerzo ya está aquí —dice German en voz demasiado alta—. Por fin. Necesitamos un

descanso.

Está tratando de distraerme antes de que pueda recordar lo que dijo Avel. Supongo que simplemente no tiene ganas de limpiar la sangre de Avel de la alfombra.

—¿Qué piensas, Avel? —pregunto, mirando a Rayne. Ella me mira como si fuera una pared—. ¿Que me guste alguien es razón suficiente para ignorar tu último comentario?

—No quise decir eso… solo quise decir… —él resopla—. Sí. Es una razón suficientemente buena.

Supongo que es una respuesta suficientemente buena.

Después de cómo se fue Rayne ayer sin decirle una palabra a Sonya ni a nadie más, no esperaba verla esta mañana. Pensé que tendría que encontrarla en su casa o en cualquier nuevo trabajo que consiguiera.

Luego, cruzó la puerta con la barbilla en alto y los hombros hacia atrás.

Hay una razón por la que esta mujer ocupa tanto espacio en mi cerebro desde que nos conocimos: está llena de sorpresas.

—Gracias por el almuerzo, Rayne —entono.

Sus labios se fruncen cuando me mira a los ojos, con cara de piedra. Luego, se vuelve hacia German y Avel con una sonrisa brillante. —De nada. ¿Hay algo más que pueda traerles?

—Café, por favor.

Su mandíbula hace tictac ante el sonido de mi voz. Claramente requiere toda su energía estar en esta habitación conmigo y ser fríamente cortés.

—¿Ustedes también quieren café? —les pregunta a mis hombres, negándose a girar en mi dirección.

German me mira. El bastardo lucha contra una sonrisa alegre mientras asiente. —Me encantaría.

—Nada para mí, gracias —dice Avel. Sabe que todavía está en problemas, así que ni siquiera mira a Rayne.

Cuando Rayne sale de la habitación, German se estremece. —Aquí hace muchísimo frío. ¿Qué diablos pasó entre ustedes dos?

—Nada que no pueda arreglar.

—Ella ni siquiera te mira. ¿Viste la forma en que agarraba con fuerza la jarra de agua? Pensé que rompería la manija de inmediato.

A decir verdad, verla romper algo habría sido una buena señal. Esta ambivalencia contenida es mucho más preocupante.

Sacude la cabeza y murmura algo sobre nuestra *dinámica retorcida*, pero lo ignoro y prefiero mirar la puerta de nuevo. Espero a que la sombra de Rayne se derrame en el marco de la puerta antes de empezar a hablar.

—Deberíamos contratar bailarinas para la fiesta —digo en voz alta.

Rayne titubea ligeramente mientras cruza la puerta. Sé que me escuchó. Lo puedo notar, porque su cara se sonroja.

Avel frunce el ceño. —¿Bailarinas? Espera… ¿de qué fiesta estás…?

—¿Cómo se sentirá tu mujer al respecto? —pregunta German.

Es mi segundo al mando por una razón. German sabe cuándo seguir el juego.

—Ella no tiene voz ni voto.

Rayne coloca la taza de café de Avel frente a él con los nudillos blancos. —¿Crema o azúcar?

Avel parpadea hacia ella y luego hacia mí. Está completamente perdido, pero sacude la cabeza y toma un largo sorbo de su taza humeante.

German toma la otra taza de la bandeja de Rayne, pero sigue hablándome. —¿Por qué no se hablan ustedes dos?

—¿Crema o azúcar? —pregunta Rayne, con los dientes apretados. Los tendones de su cuello están tensos y sobresalen. A la pobre mujer le va a dar un infarto.

German señala el plato de crema en su bandeja sin decir palabra.

—Bueno, está enojada porque descubrió que tuve una aventura sin sentido —le explico—. Ni siquiera follamos, así que no es que ella tenga nada por lo que enfadarse. Simplemente está enojada porque no le hablé de la otra mujer.

German se ríe. —No puede ser. ¿Cómo le fue cuando se enteró?

—Mal. No ayuda que la otra mujer sea una perra rencorosa.

Las mejillas de Rayne son cortes rojos enojados. Está tan perdida escuchándome que accidentalmente vierte una cantidad excesiva de crema en la taza de German. El café es casi blanco.

German lo levanta, con el labio hacia atrás en una mueca mientras mira su taza. —¿No lo son todas?

—No todas —digo—. Mi mujer es buena. Tiene el temperamento adecuado para esta vida. Sabe lo que quiere y no tiene miedo de pedirlo.

—¿Estás hablando de la vida o de la cama? —German mueve las cejas.

—Lo creas o no, German, no estoy en esto solo por el sexo.

Él resopla. —Parece que el don está azotado. ¿Qué opinas, Avel?

Inteligentemente, Avel se niega a responder.

—Cuando encuentras a una mujer que está en una relación por algo más que dinero y poder, te aferras a ella —digo—. Definitivamente, no lo desperdicias todo en una cazafortunas común y corriente que…

Sin previo aviso, Rayne arroja la última taza de café al suelo.

La cerámica se hace añicos y el café forma un arco por la habitación, salpicando el suelo y la pared.

Rayne está de pie sobre el desorden, con los hombros tensos y la respiración entrecortada. —Ups.

Ah, sí. *Ahí está.*

—Aún eres torpe, después de todos estos años —digo.

Rayne tiembla de ira. —No importa. Tienes dinero para comprar un millón de tazas, como nos recuerdas a todos constantemente. Pero me importa una mierda cuánto dinero tengas.

—¿Ah?

—No soy una cazafortunas, gilipollas engreído y adúltero —sisea—. ¿Cómo te atreves a sentarte aquí y hablar de mí con tus amigos como si no pudiera oírte? ¿Como si no fuera lo suficientemente inteligente como para seguir una simple conversación? Me presenté hoy porque, a diferencia de ti, mi palabra significa algo. Dije que trabajaría para ti, así que estoy aquí. Pero, si vas a tratarme así, entonces…

—Hombres —hago un gesto a German y Avel—. Déjennos a mí y a *mi mujer* solos por unos minutos.

German se levanta al instante. Avel duda, todavía tratando de entender lo que está pasando, pero German lo agarra por el cuello y lo arrastra fuera.

Segundos después, Rayne y yo estamos solos.

Me giro hacia ella y una sonrisa levanta las comisuras de mi boca. —¿Decías…?

Rayne mira hacia la puerta y luego vuelve a mirarme. Sus ojos recorren cada centímetro de la habitación como si buscara una trampa explosiva. Cuando no encuentra ninguna, continúa su diatriba. —Limpiaré lo que ensucies y cobraré mi sueldo, pero, si crees que soportaré este abuso tuyo y de tu prometida, estás loco. No lo haré. Merezco algo mejor que eso.

—Tienes razón.

Tiene la boca abierta. Más palabras están a punto de salir, pero ella parece no poder encontrar la voz. —¿La tengo?

Asiento. —Por supuesto. Además, no tengo prometida.

Su cuerpo se inclina hacia adelante, cualquier fuerza de voluntad que la mantuviera flaquea momentáneamente. —¿Intentarás alegar locura temporal, o algo así? ¿Se trata de una pérdida de memoria a corto plazo? Olvidas quién es Viktoria a menos que esté parada justo frente a ti. Es cierto que sería un buen truco. También me encantaría olvidar que ella existe. Pero dudo que eso sea lo que está pasando aquí.

—Sé quién es Viktoria. Simplemente, no estoy comprometido con ella.

Rayne se pellizca la frente con el pulgar y el índice. —No tiene ningún sentido.

—Entonces escúchame. Es simple: no estoy comprometido.

Niega con la cabeza. —Yo no… —alcanzo sus manos, pero Rayne retrocede. Tiene los ojos entrecerrados y un dedo señala en mi dirección—. No me toques, Kirill. *No*.

—¿Por qué no?

—Porque lo intentamos ayer. Te dejé tocarme y luego… —su voz se rompe en un sollozo. Se recompone pronto—. Te dejé tocarme y luego apareció tu prometida. Me mentiste, Kirill. Fui honesta contigo sobre… bueno, sobre muchas cosas. Pero tú no me hablaste de ella.

—No lo hice —admito.

Fue una elección consciente. Podría haber mencionado a Viktoria varias veces, pero ¿de qué me habría servido? Se sentía como seguir el cambio de marea cuando se vive en un estado sin salida al mar. No era muy pertinente.

—No tiene ningún sentido. ¿Por qué me seguirías por la ciudad, me vendarías la mano y ahuyentarías a mi cita si estuvieras comprometido?

—Ese maldito *mudak* no era tu cita —gruño—. Era un imbécil que conociste en un bar. No actúes como si fuera el destino.

—Nunca lo sabré ahora, ¿verdad? —responde bruscamente—. No puedes seguir entrometiéndote en mi vida y actuando como si te perteneciera cuando tú perteneces a otra.

—Pero tú me perteneces, Rayne. Tú. Eres. Mía. ¿Cuántas veces necesito decirlo? ¿Qué tan alto? Desde la noche que nos conocimos, nunca hubo otra opción. Solo has sido tú.

Mi pulgar roza el interior de su muñeca. Ella mira fijamente la conexión y su garganta se mueve.

Lentamente, a regañadientes, se aleja. —No.

—No está en discusión.

—No puedes decidir mi destino por mí, Kirill. No después de que me mentiste.

—No mentí.

—Si ese es el tipo de cuerda floja moral por la que quieres caminar para poder dormir por la noche, hazlo. Pero no me lo creo. Me mentiste.

Sacudo la cabeza. —Siempre fui honesto contigo. Demasiado honesto.

—¡Excepto por tu maldita prometida!

—La prometida de la que me olvidaba por completo cada vez que estábamos juntos —agrego—. Acepté el compromiso con Viktoria después de la muerte de Ilya. Yo era un desastre. No pensé que jamás tendría la energía o el deseo de estar con otra persona. Así que hice lo que pensé que era correcto para mi Bratva. Viktoria ha estado intentando hacer las cosas aún más oficiales desde entonces, pero nunca fue más allá del acuerdo. Dios sabe que nunca le puse un puto dedo encima. Pensé que podría manejarlo si lo presentaba como un trato comercial, nada más. Pero luego volví aquí… y te vi.

Rayne pone los ojos en blanco. —Claro. Me viste por primera vez en cinco años en tu playa y lo primero que hiciste fue decirme que saliera de tu propiedad. Dijiste que no querías volver a verme nunca más. No actúes como si fuera un gran momento romántico. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Yo sé la verdad.

—No sabes lo que está pasando dentro de mi cabeza. Nunca lo has hecho.

Sus labios se juntan. —Tal vez no. Pero eso es solo porque no dejas entrar a nadie. Mantienes a todos, incluido yo, especialmente, a distancia. Yo no hago eso. Estoy aquí para decirte lo que quiero. ¿Sabes lo que quiero ahora?

Espero a que termine.

—Quiero que me dejes en paz. Ve a estar con la insípida y desalmada Viktoria y ten hijos insípidos y desalmados con ella. Vivan juntos sus vidas insípidas y desalmadas. Eso quiero.

—Mentirosa.

Ella cruza los brazos sobre el pecho. —No me importa lo que pienses.

—Yo fui quien rompió con Viktoria —enuncio cada palabra con claridad—. Le dije que nunca podría estar con ella si mi corazón pertenece a otra persona.

—¿Qué corazón? —balbucea—. ¿Quién diablos te crees que eres? He estado derrumbada durante cinco años, ¿y ahora se supone que debo creer que estás reformado?

—Soy la misma persona que siempre he sido.

—El mismo hombre que me alejó una y otra vez —se seca los ojos, lo que me enfurece. Quiero ser yo quien le seque las lágrimas. Quiero ser quien mate a la gente por molestarla, no quien la molesta—. ¿Cómo puedo confiar en que mañana no te darás la vuelta y cambiarás de opinión, Kirill? ¿Qué diablos es diferente esta vez? —presiona—. Tengo más que perder ahora. No puedo dejar que todo mi futuro dependa de tu promesa.

—La diferencia es que Ilya está muerto.

Ella frunce el ceño. —¿Qué tiene eso que…?

—Vivía para mi hermano. Cada decisión que tomé fue para mantenerlo a salvo, para asegurarme de que pudiera vivir una vida cómoda. Estaba comprometido con una mujer que no amaba para asegurarme de tener aliados fuertes que cuidarían de mi hermano si yo moría. Me aislé para mantener a salvo el secreto de Ilya. Sacrifiqué todo por él. Y ahora se ha ido.

—Entonces, ¿estás desesperado por llenar ese vacío en tu vida? No voy a sustituir a…

—No estoy desesperado. Estoy libre —cierro la brecha entre nosotros, parándome de modo que solo haya un soplo de espacio entre nuestros cuerpos—. Soy libre de perseguir lo que quiero. Y te quiero a ti, Rayne.

RAYNE

—*Te quiero a ti, Rayne.*

¿Cuántas veces me he imaginado a Kirill diciéndome exactamente esas palabras? ¿Cuántas veces he soñado con este momento exacto?

Durante cinco años he vivido mi vida y cuidado a Yuliana. Ha estado bien. Yuliana es maravillosa. He vivido y hecho lo mejor que he podido.

Sin embargo, debajo de todo esto, existía una tonta esperanza. Esperanza de que Kirill regresara. Que atravesara la puerta, me abrazara, amara a Yuliana y nos cuidara a las dos.

Como una niña pequeña aferrada a cuentos de hadas y magia, me aferré a Kirill.

Pero este es el problema: ahora que realmente está ocurriendo, no puedo aceptar la fantasía.

—No —sacudo la cabeza y retrocedo—. No, Kirill. No me quieres.

—No me digas lo que quiero —gruñe.

—No me des esperanza cuando no la hay —respondo—. No me quieres. Quieres tener sexo conmigo. Hay una diferencia.

—¿Crees que eso es todo?

—La química entre nosotros es real. Siempre lo ha sido. Pero eso no significa que quieras ser parte de mi vida.

Sus ojos son peligrosos. —¿Por qué carajo no?

—¡Porque no sabes ni una puta cosa de mi vida! —las palabras arrancan de mi pecho y de mi corazón, bailando peligrosamente cerca de la verdad. Demasiado cerca.

—¿Qué significa eso?

Fuerzo que el aire entre en mis pulmones constreñidos. —Significa… Significa que somos de mundos diferentes. No existe un mundo en el que estemos juntos.

—Por supuesto que sí.

Habla con una confianza que nunca he sentido en toda mi existencia. Por un segundo, lo odio. El

mundo se inclina a los pies de Kirill y él lo sabe. La vida nunca ha sido así para mí.

Luego, el sentimiento pasa y simplemente estoy exhausta más allá de las palabras. No quiero convencer al hombre con el que he pasado los últimos cinco años soñando de que no podemos estar juntos. Duele mucho.

Mentirme a mí misma duele peor.

—¿Dónde? —pregunto—. ¿En qué mundo de fantasía vives en el que tengamos sentido?

Vuelve a cerrar la distancia entre nosotros y pasa un brazo alrededor de mi cintura. Quiero alejarlo, pero quiero que me acerque más. Quiero este consuelo humano. Dios, cómo lo necesito.

Agarra mi mano y se la lleva a la boca. Sus labios carnosos presionan mis nudillos. —Si este no nos queda bien, lo derribaré.

Pongo los ojos en blanco, incluso mientras mi corazón se acelera. A medida que crece el dolor entre mis piernas.

—No puedes destruir el mundo entero, Kirill.

—¿Quién me detendrá? —pregunta—. Lo quemaré todo hasta convertirlo en cenizas y reconstruiré uno nuevo si es necesario. Sé lo que quiero ahora. Nada me alejará de ti.

Miro fijamente sus ojos verdes y no veo ninguna señal de duda. No se está burlando de mí, ni está trabajando en un ángulo.

Kirill Zaitsev habla en serio.

Desde el momento en que lo conocí, supe que era intenso. Sin embargo, esa intensidad siempre estuvo canalizada hacia Ilya. A su Bratva. No para mí. *Nunca* para mí.

Así que tener todo ese fuego y devoción, lealtad y amor enfocados en la pequeña Rayne Garner, es… mucho.

El deseo de apoyarme en él y aceptar todo lo que me dice es fuerte. Casi abrumador, en realidad.

Pero Kirill no sabe a qué se está anotando. No sabe nada de Yuliana. Cuando se entere, cambiará de opinión. No aceptará que le mintiera. Quizás no acepte a Yuliana.

No sobreviviría a ese tipo de rechazo. Así que es mejor no abrirme a ello en primer lugar.

—No entiendes todo, Kirill —pongo mi mano sobre su pecho. Puedo sentir su corazón latiendo rápido y constante contra mi palma—. Alguien como Viktoria sería una mejor opción para ti. Ella es más dura que yo.

Él suelta una carcajada. —Viktoria es una flor que se cultiva en un invernadero. Ella está a salvo mientras permanezca donde pertenece, pero no es dura en lo que importa. Tú eres todo lo contrario, Rayne. Eres una flor que brota del cemento y sobrevive para fastidiar a todos los demás. Eres la persona que quiero a mi lado.

Las lágrimas me queman los ojos y la garganta. Es como si estuviera tomando una página de los rincones más profundos y oscuros de mi corazón. Está leyendo líneas de la obra que soñé mil veces.

—Kirill, yo… —mi garganta se atasca por la emoción. No puedo decir lo que necesito decir.

No podemos estar juntos.

Encuentra a alguien más.

Déjame ir.

Porque lo que realmente quiero decir está saliendo a la superficie.

Yo también quiero estar a tu lado.

Me coge la barbilla y acerca mi cara a la suya. La luz de ambiente entra a través de las ventanas, dándole un suave relieve. Piel resplandeciente, todos sus bordes afilados hechos suaves y atractivos. Todo en este momento se siente como un sueño. Estoy empezando a perder la noción de la realidad por completo.

—Sé que sientes lo mismo, Rayne. No luches contra eso.

Cuando Kirill se acerca a mí y sus largas pestañas se cierran, no me resisto.

Cierro los ojos y caigo en él.

RAYNE

Besarlo es como llegar finalmente a la superficie del océano después de toda una vida de patadas. Mi cuerpo cobra vida y el cansancio se desvanece a medida que el deseo puro se apodera de mí.

Enrosco mis dedos en su cabello oscuro y lo acerco a mi boca. Muerde mi labio inferior y mete su lengua en mi boca. A cada roce de piel con piel, siento que mi pecho se abre. Las puertas alrededor de mi corazón se abren. La vulnerabilidad que me he esforzado tanto en ocultar está asomando la cabeza.

Lo quiero.

Dios, cuánto lo quiero.

—Kirill —suspiro, diciendo su nombre solo para saber que es real.

Su nombre en mis labios lo golpea como un rayo de electricidad. Se pone rígido por un segundo y un gruñido resuena en su pecho.

Entonces, de repente, engancha sus manos alrededor de mis muslos y me levanta en sus brazos.

Sin dudarlo, giro mis tobillos detrás de su espalda y me aferro a él. Si quiere que me vaya, tendrá que arrancarme a la fuerza.

Kirill me coloca en la larga mesa rectangular en el medio de la habitación. Mueve el brazo y oigo el ruido de las tazas de café y el líquido goteando en el suelo. Puede que sea criada de profesión, pero no puedo encontrar la fuerza para preocuparme por el desorden.

Destruirá el mundo por mí y lo construirá de nuevo, así que sé que también destruirá una sala de juntas. Ahora mismo, espero que lo haga.

Me arqueo hacia él, tratando de disipar cualquier espacio de aire entre nosotros. Siento la dura longitud de su deseo contra mi muslo. Él exhala bruscamente, así que lo hago de nuevo.

—Rayne —gruñe, alejándose de mí—. Quítate la ropa.

Llego tan lejos como para alcanzar el dobladillo de mi camisa antes de que me desabroche los jeans y los baje por mi cuerpo. Grito de sorpresa cuando mis muslos golpean la fría mesa, pero entonces la palma de Kirill acaricia la parte delantera de mis bragas y estoy en llamas.

Toma mi centro y se inclina hacia adelante, besando una línea desde el hueso de mi cadera hasta

mi ombligo. Su lengua se arrastra por el centro de mi cuerpo y creo que podría arder.

Agarro su cabello y lo atraigo hacia mí, junto nuestros labios con la escasa cantidad de gracia y moderación que me queda. Mientras hago girar mi lengua en su boca, él desliza su dedo dentro de mis bragas.

—Ya estás mojada —susurra contra mi mejilla.

Sus dedos se sumergen en mi humedad y se arrastran más arriba. Él gira alrededor de mi ápice. El toque es suave, pero casi me salto de la mesa.

—Calma —su otra mano está firme contra mi cadera. Me inmoviliza mientras me masajea—. No tienes que pelear siempre, Rayne. Puedes recostarte y dejar que me encargue de ti.

Músculo a músculo, hueso a hueso, me relajo en la mesa.

Kirill me sube la camisa hasta la clavícula con los dientes y besa la curvatura de mis pechos. Mientras tanto, masajea el dulce calor entre mis muslos.

Cuando sus dedos avanzan lentamente hacia abajo y presionan mi abertura, dejo que mis piernas se separen.

—Buena chica —sus dientes tiran de mi pezón. Mis sentidos se debaten entre la presión, el dolor y el placer. Es abrumador—. Ábrete completamente para mí.

Un dedo y luego dos. Gimo mientras él penetra en mí con golpes profundos y uniformes.

—Kirill. Se siente… —aprieto los puños en su cabello y las palabras se me escapan.

Besa mi barbilla y hace girar su pulgar sobre mi clítoris, eliminando efectivamente la posibilidad de que algo coherente salga de mi boca nuevamente.

—Si me dejas, puedo hacerte sentir bien —dice, curvando sus dedos dentro de mí—. Pero tienes que dejarme. Tienes que entregarte a mí.

De repente, envuelve su mano alrededor de mis muñecas y las fija a la mesa sobre mi cabeza. Arqueo la espalda, luchando contra su agarre incluso mientras espero que nunca me suelte.

El empuje entre mis muslos es cada vez más rápido. Con cada tirón, acaricia lugares dentro de mí que apenas sabía que existían. La presión en mi cuerpo aumenta, pide liberarse.

—Entrégate a mí —ordena—. Libérate.

Justo así: *pum.*

El orgasmo me atraviesa como si respondiera a Kirill. Antes de poder prepararme, mi cuerpo late alrededor de sus dedos, lo arrastra más profundamente mientras grito hacia el techo.

—Buena chica —dice de nuevo, acariciándome de regreso a la tierra. Libera mis muñecas y pasa un dedo por mi mejilla—. Eres tan hermosa cuando te corres.

Debería estar flácida y agotada, pero, en el momento en que mi cuerpo vuelve a estar bajo control, me siento y abrazo a Kirill. Le muerdo el cuello y el pecho.

Mientras mis dedos juguetean con los botones de su camisa, él inclina la cabeza hacia atrás y se ríe. —¿Eso no fue suficiente?

—Nunca —me quejo—. Nunca será suficiente.

Deslizo mi mano dentro de su cinturón y acaricio su erección a través de sus boxers… justo cuando suena mi teléfono.

Me congelo, pero Kirill niega con la cabeza. —Ignóralo.

Quiero. Más que nada.

Pero cuando mi teléfono vuelve a sonar, el rostro de Yuliana aparece en mi mente. Es como si las luces se encendieran en medio de una película, rompiendo la magia. Nada importa más que comprobar quién llama.

—Lo siento —saco mi mano y salto de la mesa para sacar mi teléfono de mis jeans—. Solo tengo que ver quién es y luego…

Mi corazón se detiene. Respondo la llamada y me alejo de Kirill. —¿Hola?

—¿Rayne? Es la Srta. Holliday.

Como si no escuchara su voz en mis pesadillas.

Ya estoy a mitad de ponerme los jeans cuando pregunto—: ¿Qué sucede?

—Yuliana está bien —dice, claramente tratando de convencerme de bajar del abismo en el que estoy—. Está a salvo, pero… está pasando por un momento difícil. Estamos tratando de calmarla, pero…

—Estaré ahí pronto.

Cuelgo antes de que pueda decir algo más. ¿Qué más hay que decir? Mi hija me necesita. Voy.

—¿Quién era?

Cuando escucho la voz de Kirill, me congelo. Estaba tan concentrada en chequear a Yuliana que no pensé en el hecho de que él estaba en la habitación conmigo.

¿Qué escuchó?

¿Qué debería decir?

—Nadie —es una mentira estúpida, pero no estoy exactamente en la cima de mi juego en este momento. Ni siquiera tengo los pantalones puestos.

—Pensé que te había advertido que no me mintieras.

Me levanto mis jeans sueltos y los abrocho, todavía de espaldas a él. —Es algo con lo que tengo que lidiar. ¿Está bien si me tomo el día libre?

Incluso si él dice que no está bien, renunciaré en el acto. Nada me aleja de mi hija.

Suavizo mi expresión lo más rápido que puedo, pero Kirill lo ve. Él ve todo.

—Es… algo de lo que tengo que ocuparme —le hago un gesto para descartarlo—. No tengo tiempo para esto. Necesito irme.

—Puedes explicarlo en el camino. Voy contigo.

Mis ojos se agrandan. —¡No!

Kirill da un paso hacia mí y me toma la mano. Mis dedos tiemblan contra su palma. —Estás temblando. No dejaré que te vayas así.

—No puedes obligarme a quedarme —escupo—. Tengo que ir.

Hace un gesto con la mano hacia la puerta. —Lidera el camino.

Quiero discutir con él. Que Kirill venga es la peor idea posible. Pero, cuanto más discuta, más querrá venir. Además, estoy perdiendo el tiempo. La idea de Yuliana sentada en la oficina principal de la escuela, llorando y asustada… Me parte el corazón.

Giro sobre mis talones y corro hacia la puerta. Kirill está justo detrás de mí.

Dijo que nunca me dejará ir.

Parece que lo decía en serio.

RAYNE

—¿Tuviste que salir corriendo para ir a una escuela? —Kirill se inclina hacia delante y entrecierra los ojos a través del parabrisas para ver el cartel que cuelga encima de la puerta. Es un dibujo con palitos de dos niños tomados de la mano, con un sol amarillo colgando en el cielo detrás de ellos.

Llegó a la escuela más rápido de lo que esperaba. Entre eso y el flujo constante de los peores escenarios que pasaban por mi cabeza, nunca logré explicar por qué debería dejarme aquí e irse.

O cómo explicarle lo que estoy haciendo aquí para empezar.

—Sí. Solo tengo… Hay negocios. Es un negocio —balbuceo, buscando alguna razón fundamental—. Trabajo aquí. Limpio. A veces.

Él arquea una ceja oscura. —Patrañas.

Tarareo sin comprometerme, una especie de sonido estrangulado e intermedio que termina alojado en mi garganta.

Odio mentirle. Pero, después de todo lo que me dijo en su casa, ahora no puedo decirle la verdad. Quizás nunca. Definitivamente, no así.

Si se lo digo, tengo que hacerlo con cuidado, lentamente, durante una buena comida, quizá… con muchos testigos alrededor en caso de que reaccione mal.

—¿Qué pasó? ¿Tuvieron una serie de emergencias en el baño que requería tu experiencia? —pregunta.

El tono burlón me pone los pelos de punta. —¿Y si lo hicieran? Alguien como tú no se levantará y se encargará de ello. Tienen que traer a *la ayuda*.

Se acerca a la consola y me agarra la barbilla. Sus ojos verdes tienen motas doradas. —Dime qué está pasando, Rayne.

Sacudo la cabeza. —No puedo. Me tengo que ir.

Él busca mi mano, pero ya estoy saliendo del auto y cerrando la puerta de golpe detrás de mí. Dejé que Kirill tomara lo mejor de mi sentido común en su casa, pero, cuando Yuliana entra en escena, nada más importa.

Camino por el sendero, resistiendo la tentación de mirar atrás. No puede estar aquí cuando regrese. No puede creer que necesita esperarme.

Cuando finalmente entro y volteo, el auto de Kirill ya no está.

Un peso se levanta de mi pecho, solo para ser reemplazado por otro del doble de tamaño cuando entro a la oficina principal.

La Sra. Wilkens y la Srta. Holliday están inclinadas juntas, susurrando. Cuando se dan cuenta de que estoy allí, se separan. No tengo que preguntarme de quién estaban hablando.

—Ah, Rayne —la Sra. Wilkens tiene una sonrisa triste en su rostro—. Lamento mucho haberte llamado de nuevo.

Esta gente no es mi enemigo. Sé que están haciendo lo mejor que pueden. Pero son las últimas personas que quiero ver ahora.

—¿Dónde está? —grazno.

Se da vuelta y avanza hacia su oficina. La Srta. Holliday levanta la mano en un pequeño saludo que yo no devuelvo.

Se siente como si me llevaran a una habitación de hospital. Como si estuviera esperando que un médico me siente y me dé una noticia devastadora.

La puerta de la oficina de la Sra. Wilkens está entreabierta, pero ella se detiene justo afuera. —Ella no quería hablar con ninguno de nosotros. Mi oficina era el único lugar donde parecía relativamente tranquila, así que la dejé aquí. Normalmente no dejaría a un niño solo, pero no estaba segura de qué más hacer. Estaba rompiendo cosas. Me preocupaba que se lastimara.

—Entiendo —digo, en parte solo para hacer que se detenga.

Escuchar a otra persona describir una de las rabietas de Yuliana es más difícil de soportar de lo que hubiera imaginado. Cuando le hablo a alguien sobre su comportamiento, lo hago desde un lugar de preocupación e inquietud. No hay nada que ella pueda hacer para cambiar mi amor por ella o lo maravillosa que creo que es.

La Sra. Wilkens, sin embargo, dirige una escuela entera. Sus niños favoritos son probablemente los niños sencillos. Los niños que están tranquilos en clase, se dejan llevar y traer sin ningún problema.

No puedo imaginar que Yuliana ocupe un lugar destacado en la lista.

Estoy empezando a entender por qué Kirill era tan protector con Ilya. Es difícil ver a una persona que amas a través de los ojos de otra persona.

—Gracias —agrego—. Sé que estos han sido unos días estresantes. Se lo agradezco, estoy tratando de ayudarla a superar esto.

—Nosotros también —dice—. Estamos de tu lado. Solo queremos lo mejor para Yuliana.

Absorbo sus palabras y trato de creerlas. Sería bueno si hablara en serio. Me encantaría no hacer esto sola.

Hace un gesto hacia la puerta y retrocede. La abro y asomo mi cabeza dentro. —¿Yuli?

Antes de que pueda entrar del todo por la puerta, Yuliana está envuelta alrededor de mis piernas.

Le doy unas palmaditas en la espalda y paso mis dedos por los rizos revueltos de su cabello. —¿Qué sucede, cariño? Escuché que estás teniendo un día difícil.

Ella entierra su cara con más fuerza contra mi muslo.

—¿Puedes mirarme? —pregunto.

Ella baja la barbilla, retrocede aún más. Si ella es así conmigo, solo puedo imaginar cómo sería con todos los demás.

—¿Está todo bien aquí? —pregunta la Sra. Wilkens.

Yuliana se estremece ante el sonido de su voz. Ella rodea mi pierna con sus brazos, como si esperara que alguien intentara alejarla de un tirón.

—Estamos bien.

—La Srta. García es realmente amable —dice, asomándose por encima de mi pierna para mirar a Yuliana—. Está encantada de ser tu sustituta hasta que regrese la Srta. Albrecht.

Yuli niega con la cabeza y murmura algo contra mi pierna.

—¿Qué, cariño? —le froto un círculo en la espalda—. Tienes que hablar.

Ella vuelve a negar con la cabeza, pero no se repite.

—El resto de la clase está leyendo cuentos en este momento —dice la Sra. Wilkens—. Hay títeres y canciones. Es realmente divertido.

Yuli se aferra con más fuerza a mí.

Sé lo que la Sra. Wilkens intenta hacer, pero no es que Yuliana no quiera participar. Quiere. Realmente quiere. Incluso en los días difíciles, llega a casa llena de historias sobre lo que hablaron los otros niños y las historias que leyeron y los juegos que jugaron.

Ella absorbe cada detalle. No hay nada que quiera más que unirse a la diversión.

Ella simplemente… no puede.

Parada aquí con la directora a un lado y Yuliana a mis pies, me siento impotente. No puedo explicarle a la Sra. Wilkens algo que yo misma apenas entiendo. Y no puedo hacer que Yuliana se una a sus compañeros.

—Creo que nos iremos a casa por hoy. Lo intentaremos de nuevo mañana.

La Sra. Wilkens sonríe, pero es débil. Ella siente lo mismo que yo. *¿Qué bien hará eso? Mañana volveremos a terminar en la misma posición.*

—Vamos, Yuli —desenrosco sus brazos alrededor de mi pierna y la llevo hacia la puerta—. Hora de irse.

Durante todo el recorrido por la oficina y por el pasillo principal hasta las puertas de entrada, Yuliana mantiene los ojos clavados en el suelo. Está encorvada y derrotada. Me rompe el corazón.

—¿Tuviste un día difícil? —mi voz se quiebra ante la pregunta. Me aclaro la garganta para ocultarlo.

Ella asiente.

—Usa tus palabras, por favor.

Ella solloza y me mira. —Sí.

Le aparto el cabello de la frente, pero ella lo vuelve a sacudir hasta cubrirle los ojos.

Qué no daría por poder quemar el mundo y reconstruirlo para ella. Si tuviera el tipo de poder que tiene Kirill a mi disposición, Yuliana tendría los mejores médicos y tutores. Tendría terapeutas y psiquiatras y todo lo que pudiera necesitar.

Cruzamos las puertas principales y caminamos hasta la mitad de la acera cuando recuerdo que no tengo mi auto aquí.

Entonces, recuerdo por qué no tengo mi auto.

El pánico me recorre mientras miro hacia donde Kirill me dejó. El espacio está vacío. Su auto no está ahí. Por primera vez en su vida, siguió las instrucciones de otra persona. Es un milagro.

Busco en mi bolsillo mi teléfono para pedir un aventón. Normalmente no desperdiciaría el dinero, pero ha sido un día largo y Yuliana no necesita el estímulo de un autobús público.

—Será solo un minuto. Mamá no tiene auto hoy —le digo—. Voy a conseguir un aventón.

Yuliana no responde, lo cual no sorprende. Pero está mirando hacia la calle, cautivada. Sigo su mirada y mis dedos se congelan sobre mi teléfono. Mi corazón se detiene.

El auto negro está estacionado en doble fila al lado de una camioneta en movimiento, solo se ven el maletero y las luces traseras. Pero Kirill está de pie en medio de la acera, mirando fijamente.

No a mí…

Sino a Yuliana.

—Mierda —agarro a Yuliana y la pongo detrás de mí como si pudiera ocultarla de la vista. Como si hubiera alguna posibilidad de que pueda recuperar la ventaja en esta situación.

¿Por qué no revisé para asegurarme de que se había ido? ¿Por qué no pedí un auto desde dentro? ¿Por qué dejé que Kirill viniera conmigo en primer lugar?

La respuesta a todas las preguntas es la misma: no estaba pensando.

Kirill avanza hacia nosotras con un propósito, e incluso ahora mi mente está en blanco. Completa y absolutamente en blanco. No tengo un plan. Ni excusas. Ni explicación.

Simplemente me quedo en la acera, con mi mano alrededor de la de Yuliana, y espero.

Kirill se detiene a unos pasos de distancia. Él mira de mí a Yuliana y viceversa, en silencio.

Él lo descubrirá. Sé que lo hará. Estamos hablando de Kirill Zaitsev. Él ve todo, todo lo cataloga, todo lo comprende.

Y Yuliana se parece exactamente a él.

—Pensé que te habías ido —digo débilmente.

Su mandíbula se aprieta. —Di la vuelta a la manzana.

No debería haber esperado menos de Kirill. Él nunca me dejaría atrás. No con tan poca información.

Abre la boca para decir algo más, pero, antes de que pueda, Yuliana tira de mi brazo.

Miro hacia abajo y ella mira a Kirill con ojos verdes muy abiertos. *Sus* ojos verdes. —Mamá —susurra, agachando la barbilla y hablando en mi pierna—, ¿quién es él?

KIRILL

Mamá.

La niña lo dijo en voz baja, pero sé lo que escuché.

—¿Mamá? —repito, mirando a Rayne.

Es imposible creer que, hace menos de una hora, ella estaba tendida desnuda en la mesa de mi sala de juntas. Ha pasado toda una vida desde entonces.

Rayne ni siquiera me mira ahora. Se inclina para hablar con la niña. —Este es Kirill —dice—. Él es un… un amigo. Me trajo para venir a buscarte.

Tiene sentido que Rayne haya entrado en pánico cuando recibió la llamada. Se trataba de su hija. Algo andaba mal y tenía que venir.

Sería admirable si no estuviera tan conmocionado. Por primera vez en mucho tiempo, no lo vi venir.

Cuando di la vuelta a la manzana, esperaba ver a Rayne escabulléndose del edificio para tomar un autobús a otra parte de la ciudad. Pensé que detenerse en la escuela podría ser una artimaña para llegar a otro lugar. Para ver a *alguien* más.

Una hija secreta no estaba en mi cartón de bingo.

—Pensé que Natalia era tu amiga —la niña tiene el cabello castaño dorado que cae en ondas desordenadas sobre sus pequeños hombros. Su cara está pegada al muslo de Rayne y sus brazos alrededor de sus piernas.

Ahora siento que siempre supe que esta niña era de Rayne. Nunca antes había visto la luz del sol emanar así del cabello de otra persona.

—Tengo muchos amigos —le dice Rayne—. Kirill es uno de ellos. Él es agradable.

—No parece agradable —gime su vocecita.

Me sacan de mis pensamientos y me doy cuenta de que mi cara está arrugada por la frustración. Alivio la tensión en mi frente y aplano mi boca en una línea neutral. Soy muchas cosas para mucha gente, pero generalmente no tengo el hábito de aterrorizar niños.

Me arrodillo y hago un pequeño saludo. —Hola.

La niña hunde su rostro aún más en Rayne, alejándose de mí. No me sorprende. Por lo general, a los niños no les gusto mucho. Nunca ha sido así. Ilya fue la única excepción.

Rayne se muerde el labio hasta el punto que me sorprende que no esté sangrando. Está plagada de nervios. ¿Es por eso que intentó alejarme antes?

¡No sabes ni una puta cosa de mi vida! ella dijo. ¿Realmente pensó que mis sentimientos por ella desaparecerían en el momento en que supiera que tenía una hija? Claramente, no tiene idea de lo que siento por ella.

Una niña no cambia nada.

—Perdón si te asusté, pequeña —le digo, haciendo lo mejor que puedo para sonar amable—. Sé que parezco malo, pero te prometo que seré amable contigo.

La niña me mira. Su cabello le da sombra a la cara, por lo que parece una niña salvaje.

Extiendo mi mano para estrecharla. —Mi nombre es Kirill. ¿Cuál es el tuyo?

Hay un momento de vacilación. Estoy seguro de que romperá a llorar. Entonces, la niña me sorprende y toma mi mano.

—Soy Yuliana.

Rayne nos mira fijamente, con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que ve. No estoy seguro de si está sorprendida por mi comportamiento o el de Yuliana.

—Yuliana —repito—. Ese es un hermoso nombre.

La niña retira su mano y la usa para echarse el cabello hacia atrás. Por fin puedo ver su rostro.

Y, cuando lo hago, me congelo.

Los siguientes segundos pasan increíblemente lentos. Parpadea y sus largas pestañas rozan la parte superior de sus mejillas regordetas. Pero estoy obsesionado con sus ojos. Son tan verdes como la hierba primaveral después de una tormenta. Son esmeralda con motas doradas a la luz del sol.

Son los ojos de Ilya.

Son los ojos de nuestro padre.

Son *mis* ojos.

La similitud me golpea de inmediato, pero la comprensión total requiere un segundo más. Esta niña tiene el cabello de Rayne y mis ojos.

Según mis cálculos, tiene entre cuatro y cinco años.

Ella es mía.

Miro a Rayne y la palidez de su rostro me dice que sabe que lo he descubierto.

Todo encaja en su lugar. La forma en que no quería que pasara por su casa. Cuando Rayne llamó a Natalia para recogerle un "paquete". Todas las pistas estaban ahí frente a mi cara. Simplemente nunca intenté unirlas.

—Tu nombre suena a krill —me informa Yuliana con total naturalidad.

Parpadeo y la miro. A mi hija. El shock hace difícil procesar cualquier cosa. —¿Qué?

—Krill —repite—. Las cosas que comen las ballenas. Tu nombre suena así.

—Eso no es amable, Yuli —Rayne le da un codazo a su hija… *nuestra* hija… en el brazo—. Discúlpate.

Ella hace puchero con el labio inferior. —Lo siento.

Sacudo la cabeza. —Está bien. Es… —otra sacudida—. ¿Necesitan que las lleve?

Rayne comienza a negarse, pero la miro fijo. Si cree que la dejaré alejarse de mí sin una larga explicación, está loca.

Sus hombros se hunden. —Sí. Vale. Gracias.

Caminamos hacia mi auto y sigo girando para asegurarme de que Yuliana todavía está detrás de mí. Apareció tan de golpe que siento que podría desaparecer entre un segundo y otro.

Incluso en el auto, miro por el espejo retrovisor para asegurarme de que ella y Rayne todavía están atadas al asiento trasero.

Trazo las líneas de su rostro en el espejo, memorizando cada parte de ella. Esta es la primera vez que veo a esta niña, pero siento que la he visto antes.

En cierto modo, lo he hecho.

Se parece a Ilya.

Cuando mi madre se sentó conmigo cuando tenía seis para decirme que estaba embarazada, quedé exultante. Quería un hermanito más que nada. Entonces, nació Ilya y solo se quedaba acostado. No sabía lanzar una pelota. No se reía de los programas que veía en la televisión. Era un inútil.

—Es mucho más joven que tú —dijo cuando me quejé con ella—. Tendrás que enseñarle a hacer todas las cosas que te gustan.

—Está creciendo. Algún día será grande —le dije con el tipo de confianza que solo un niño pequeño puede tener.

Ella asintió. —Claro. Será grande. Pero tú siempre serás más grande. Así es ser un hermano mayor.

—¿Él siempre será más pequeño que yo?

—Durante mucho tiempo, sí —me atrajo hacia ella y me besó en la frente—. Por eso tienes que prometerme que siempre cuidarás de él.

Ilya era poco más que un montón de mantas en ese momento. Sus ojos verdes parpadeaban hacia mí de vez en cuando. Sin embargo, cuando mi madre dijo eso, sentí una oleada que nunca antes había sentido. Un propósito.

Solo tenía seis años, pero asentí solemnemente. —Siempre cuidaré de él.

Vuelvo a la realidad. Yuliana está sentada detrás de mí, con los pies colgando sobre el asiento mientras mira por la ventana.

Le fallé a Ilya, pero la vida me está dando otra oportunidad.

No volveré a fallar.

KIRILL

La casa de Rayne es terriblemente pequeña. Si no la hubiera señalado dos veces mientras conducía por la calle, me la habría perdido.

El bungalow cuadrado está ubicado entre un conjunto de casas de dos pisos a cada lado. Se elevan sobre su pequeño lote, bloqueando el sol. Aun así, es obvio que ha hecho todo lo posible para que el alquiler fuera agradable. Hay un jardín de rocas con algunas plantas resistentes a la sequía por todas partes. No ganará ningún premio de paisajismo, pero es algo. Sin duda, más esfuerzo del que están poniendo sus vecinos.

Las casas a ambos lados de la de Rayne son grandes, pero están destrozadas. La mayoría de las ventanas están cubiertas de tablas, los porches se están pudriendo y reconozco una calcomanía en la ventana trasera de uno de los tres autos en el camino de entrada. Están con una pandilla local con la que trabajé en el pasado. Son más alborotadores que verdaderos delincuentes, pero aun así no son el tipo de personas que quiero que vivan al lado de mi hija.

Me giro en mi asiento y le sonrío a Yuliana. Ella lo devuelve con timidez, inclinándose más hacia el costado de Rayne.

—¿Te importa si entro y veo tu casa, Yuliana? —pregunto.

Su expresivo rostro se frunce, su barbilla con hoyuelos en confusión. —Puedes verla ahora mismo.

Me río entre dientes. —Me refiero adentro. ¿Tienes tu propia habitación?

—Por supuesto que tiene su propia habitación —espeta Rayne.

—Le estaba preguntando a Yuliana.

Rayne deja escapar un suspiro de frustración ante mi reprimenda, pero no tiene derecho a estar molesta en este momento.

—Mi habitación es morada —dice Yuliana en voz baja—. Tengo una luz de noche con estrellas.

—Muéstrame.

Sus ojos verdes miran dentro de mi alma. Nunca antes había sentido este tipo de conexión instantánea con un niño. Ella es… ella es jodidamente perfecta.

—No tienes que hacerlo —le susurra Rayne al oído—. Es tu habitación, así que puedes dar permiso o no, ¿vale?

Me gusta que Rayne le esté enseñando a Yuliana a ser asertiva, pero desprecio ser un extraño. Debería estar en el asiento trasero con ellas. Ya debería saber cómo es el dormitorio de mi hija. Qué comidas le encantan, qué colores odia. Debería conocerla.

No soporto no hacerlo.

Yuliana lo considera por un segundo, con la boca torcida hacia un lado. Luego, asiente. —Vale. Pero no toques nada.

Empiezo a reír, pero me mira con una mirada muy seria. No tengo ninguna duda de que dijo en serio lo que dijo, así que reprimo mi sonrisa. —Claro. Manos fuera. Tienes mi palabra.

Bajamos del auto y avanzamos por la acera agrietada hasta la puerta principal. Rayne abre el camino con los hombros rígidos y encorvados alrededor de las orejas.

Desliza la llave y juguetea con el pomo. Parece a punto de caerse de la puerta. Después de empujarla un poco y darle una buena patada a la base de la puerta, la abre.

—Parece que alguien debería venir a revisar eso.

Si es posible, sus hombros se deslizan aún más hacia arriba. —Puedo apañarme yo misma.

Sé que piensa eso, pero una mirada a esa puerta y sé que no es segura. No hay cerrojo, solo una cerradura de manija endeble. Si quisiera, podría reducirlo todo a putas cerillas sin sudar.

No es lo suficientemente bueno para mi hija y su madre.

Yuliana atraviesa la estrecha sala de estar con pasos decididos. Hay fotografías de Rayne y Yuliana colgadas en las paredes, una pila de zapatos al lado de la puerta y pinturas de dedos pegadas en la puerta del refrigerador.

Evidencia de toda una vida que han compartido juntas.

Una vida de la que fui excluido.

Agacho la cabeza para entrar al pasillo bajo. La rabia dentro de mí se arremolina y se intensifica, pero hago lo mejor que puedo para controlarla. Entonces, veo a Yuliana parada en medio de su habitación morada, con un dinosaurio rosa brillante atrapado debajo del brazo.

—Esta es mi habitación —ella gira nerviosamente los cuernos de peluche del dinosaurio. Sus ojos nunca me abandonan.

Siento que estoy en una audición sin mis líneas. —Muy morado —observo. Hay una tira de luces LED moradas alrededor del techo, un edredón morado cubierto de lentejuelas en la cama individual y una montaña de animales de peluche, en su mayoría morados, en la esquina—. ¿Es el morado tu color favorito?

—Arcoíris, en realidad —dice—. Pero Mamá dijo que era demasiado osh… ¿Cuál era esa palabra, Mamá?

—Ostentoso.

La voz de Rayne está justo por encima de mi hombro. Siento el cosquilleo de su presencia en la nuca y necesito todo lo que tengo para no arrastrarla afuera y exigir cinco años de jodidas respuestas atrasadas.

Como si pudiera leer mi mente, Rayne dice—: Necesito hablar con Kirill durante unos minutos. ¿Puedes encontrar algo que hacer en tu habitación?

—¿Yo sola? —pregunta Yuliana.

—¿Qué tal si le haces un dibujo? —sugiere Rayne—. Una imagen con todos tus colores favoritos.

Por primera vez, una sonrisa genuina se dibuja en su rostro. La alegría sin censura brota de ella como un arcoíris real. De repente, mi corazón es tres veces más grande.

Yuliana se mete debajo de la cama, saca un contenedor de plástico con papel, marcadores y pegatinas y se pone a trabajar.

Podría quedarme en la puerta y mirarla todo el día. Mucho tiempo perdido por recuperar.

Algo que debería comentar con la responsable.

Me doy vuelta, agarro el codo de Rayne con fuerza y la empujo por el pasillo delante de mí.

—Hablar fue idea mía —sisea.

—Es mi idea asegurarme de que no intentes escapar de esto.

La empujo a través de la sala de estar hacia la puerta principal y ella se clava en sus talones. —Podemos hablar en la cocina.

—No, no podemos. Lo que planeo decir no debería ser escuchado por oídos jóvenes.

El pomo de la puerta parece una lata de aluminio. Podría aplastarlo en mi palma si lo intentara. Tomo nota mental de reemplazar toda la maldita cosa con una puta puerta de bóveda. También podría poner un foso con caimanes alrededor de la propiedad. Lo que sea necesario para mantener al mundo alejado de la niña inocente de la habitación morada.

Empujo a Rayne sobre la losa de cemento del porche y ella cae a la acera. —Relájate, Kirill. Estás exagerando.

—No estoy seguro de que exista una reacción estándar cuando descubres que tienes una hija secreta de cinco años —mi voz se eleva con cada palabra, así que al final estoy gritando. El control que he mantenido sobre mi ira se está escapando rápidamente—. Esta es la parte en la que empiezas a explicarte, Rayne.

—¿Qué te hace pensar que es tuya? Yo nunca dije eso.

Sus mejillas están manchadas de rosa y sus ojos azules muy abiertos. “Culpable” bien podría estar estampado con tinta en su frente.

—Ese es el problema. Nunca dijiste una maldita cosa.

—¡Ella no es tuya!

—No me mientas —gruño—. No me mientas, joder.

—No lo hice. Bueno, lo hice. Mentí acerca de tener una hija —se corrige—. No te dije que tenía una hija porque no sabía cómo reaccionarías. Tenía miedo, pero… sí, tengo una hija. Es mía.

—No me digas. Pero si realmente me mirarás a los ojos y dirás que esa niña no me pertenece, entonces…

—Ella me *pertenece* a mí —corrige con saña—. Puede que tengas dinero para comprar lo que quieras, pero no eres su dueño. La acabas de conocer hace quince minutos.

—¿De quién es la culpa de eso?

—¡Ella no es tuya! —vuelve a gritar Rayne.

Sin duda estamos llamando la atención de los vecinos. Suponiendo que no estén demasiado drogados como para notarlo. O quizá peleas a los gritos como esta son comunes por aquí. No me sorprendería.

—Vale. Cuéntame la historia.

Frunce el ceño. —¿Qué historia?

—Esa niña tiene cinco años, Rayne. Puedo hacer los cálculos; ¿puedes tú? ¿A cuántos hombres te follabas mientras estábamos juntos?

—Nunca estuvimos juntos —responde—. Lo que sea que estuviera pasando entre nosotros, no era una relación.

—Es curioso, porque recuerdo claramente que fue un gran problema para ti el no estar con nadie más mientras te estaba follando. Parecía ser un gran problema cuando Viktoria apareció ayer también.

Su mandíbula se mueve hacia adelante y hacia atrás mientras inventa cualquier mentira que esté a punto de decir. —Me enojé después de que te fuiste de la ciudad. Quería sacarte de mi sistema —mira por encima de mi hombro, incapaz de mirarme a los ojos—. Así que fui a un bar y tuve sexo con otra persona.

—Patrañas.

—¡Lo hice! —insiste con los dientes apretados—. Era un tío cualquiera. Ni siquiera sé su nombre. Tres semanas después, descubrí que estaba embarazada.

Asiento lentamente. —Vaya. Entonces realmente debes tener un tipo.

—¿Qué significa eso? —espeta.

Me inclino hacia adelante, obligando a sus ojos a mirarme. —Significa que tengo ojos. Esa niña se parece a mí, Rayne. Su papá debe ser mi gemelo.

Rayne se aleja de mí y se cruza de brazos.

La sigo, con el aliento caliente en la cara. —Es ridículo pretender que esa niña no es mía. Lo supe en el momento en que la vi.

Los ojos de Rayne están fijos en la calle, pero de perfil puedo ver su barbilla tambalearse.

La rabia en mí hierve a fuego lento, apaciguada por el momento al ver a Rayne al borde de las lágrimas. Me muevo frente a ella y le alzo la barbilla para mirarme. —Rayne… dime la verdad.

Sus ojos azules se vuelven vidriosos. Ella se seca una lágrima perdida.

—Ya no tienes que mentir más —le digo—. Solo dilo.

Ella asiente lentamente. Las lágrimas se acumulan en sus largas pestañas. Hay un silencio que dura una eternidad. Entonces, por fin, ella finalmente dice la verdad.

—Por supuesto que es tuya, Kirill. No hay nadie más.

RAYNE

Decir la verdad no es un alivio. No es un alivio como esperaba. Porque, en lugar de cargar con el secreto, ahora llevo cinco años de culpa y vergüenza.

—Lo siento —continúo, secándome mis lágrimas de frustración—. Debí habértelo dicho. De hecho, iba a hacerlo.

—¿Cuándo?

La voz de Kirill es firme, pero es firme como el ojo de una tormenta. Es un momento de paz antes de que los cimientos de su mundo sean destrozados.

—Tres semanas después de que te fuiste —respondo sin mirarlo—. Cuando fui a tu casa y hablé con Sonya.

Maldice en voz baja. —¿Pensaste que dejaría a mi hija sin un padre?

Respiro hondo para calmarme. —La noche en que murió Ilya dejaste claro que no me querías cerca. Pensé que era solo el dolor. Esperaba que pudiéramos resolver las cosas. Luego solo… te habías ido. No tenía ninguna razón para creer que te importaría que estuviera embarazada. O, peor aún, pensé que te importaría demasiado.

—Ah, perdóname: ¿pensaste que arrancaría a un bebé de los brazos de su madre? —resopla—. Mucho jodidamente mejor.

—Tenía miedo, ¿vale? Lo… lo siento. No sabía qué hacer. Mi mundo se estaba desmoronando.

—Bueno, el mío iba a las mil maravillas. Me encantó enterrar a mi hermano en la playa al amparo de la noche —sisea—. Estaba pasando el mejor momento de mi maldita vida.

Se me revuelve el estómago al pensar que Kirill tuviera que enterrar a su propio hermano. Si no hubiera tenido a Yuliana en quien concentrarme durante esos primeros meses… en realidad, el primer año… después de la muerte de Ilya, no estoy segura de cómo habría sobrevivido.

El hecho de que Kirill lo hiciera solo… no puedo comprenderlo.

—¡Quería estar ahí para ti! *Tú* me alejaste *a mí*, ¿recuerdas? No pensé que mis noticias serían bienvenidas. Así que me lo guardé para mí.

—Claramente no. Natalia obviamente sabe que Yuliana es mía.

Asiento. —No es posible que estés enojado conmigo por eso. Estaba sola con esto y me estaba ahogando. Necesitaba apoyo.

—Yo podría haber sido ese apoyo, Rayne —se pasa una mano enojada por el cabello, y los mechones oscuros sobresalen en una corona salvaje—. No habrías vivido en una casa de huéspedes ni trabajado como empleada doméstica si hubieras venido a verme. Yo te habría cuidado. A las *dos*.

Kirill y yo necesitábamos más apoyo del que recibimos. En un mundo perfecto, podríamos haber estado ahí el uno para el otro.

Sé mejor que nadie que este mundo está lejos de ser perfecto.

—Dices eso ahora, pero…

—Habría dicho lo mismo entonces.

—No, no lo habrías hecho. Porque aún no habrías conocido a Yuliana. Habrías estado tan confundido como yo. En los primeros meses, consideré interrumpir el embarazo. No sabía si… —un aliento tembloroso sale de mis pulmones. Hago una pausa para volver a calmarme—. No sabía si podría cuidar a un bebé yo sola. Sentí como si mi vida hubiera terminado. Cuidarla, trabajar y pagar mis cuentas iba a ser imposible.

—¿Qué cambió?

—La conocí —digo con una sonrisa aturdida, recordando el momento en que vi por primera vez su cara de querubín—. Todo lo que temía se hizo realidad. Comí fideos instantáneos durante meses y vendí todo lo que tenía en mi armario para comprarle ropa. Tuve que pedirle dinero prestado a mi hermana para comprar una cuna y algunos juguetes. Fue muy, muy difícil. Pero, después de que la conocí, no hubo vuelta atrás. Supe que ella valía cada sacrificio.

La expresión de Kirill es lejana y sé que él también lo siente. Es imposible no hacerlo. Yuliana es nuestra. Una hermosa niña que hicimos juntos. Dejando a un lado toda la mierda entre nosotros, hay algo hermoso en eso.

—Antes de conocerla, no sabes cómo habrías reaccionado —continúo—. Yo no sabía cómo habrías reaccionado. Así que, como dije, me lo guardé para mí. No pensé que volvería a verte.

—Deja de mentirme.

—No estoy mintiendo. Realmente no pensé…

—German me dijo que tu hermana se mudó.

No estoy segura de qué tiene que ver eso con nada, pero agradezco el cambio de tema. —Ella y Mitchell se divorciaron y vendieron la casa. Ya no podía quedarme en la casa de huéspedes. ¿Qué tiene eso que ver con todo esto?

—Te mudaste a la ciudad para estar más cerca suyo en primer lugar, ¿no? Entonces, podrías haberte ido cuando ella lo hizo. No tenías ningún motivo para quedarte.

—Tenía muchas razones para quedarme —respondo con el ceño fruncido—. Yuliana nació aquí. Tenía una vida aquí y…

—Sí, el círculo social de una niña de dos años es de vital importancia —se burla—. Contéstame con honestidad. ¿Por qué te quedaste, Rayne?

—Porque tenía un trabajo.

Se acerca a mí y sus ojos verdes me inmovilizan. —¿Por qué alquilaste una casa de mierda tan cerca de la mía?

—¡Era todo lo que podía costearme!

Mentiras. Podría haberme alojado en mil apartamentos diferentes en el lado opuesto de la ciudad. Podría haberme mudado con Natalia. Tenía opciones, pero elegí *esta* casa.

—¿Por qué te encontré en mi playa el día que regresé a la ciudad?

Ahora estoy nerviosa, las palabras florecen y se marchitan en mi lengua antes de poder encadenarlas en oraciones. —Es… camino hasta allí y… ¡Maldita sea, Kirill, no eres dueño del océano!

Levanta la mano y recorre mi mandíbula. —Me estabas esperando, Rayne. Admítelo.

Sacudo la cabeza como una niña testaruda. —No, no lo estaba.

—Querías verme de nuevo.

—Quería ver el océano —digo—. No tuvo nada que ver contigo.

Su mano se desliza por mi brazo y agarra mi muñeca. Siento fuego tras su toque. —Esperabas que volviera por ti. Adivina qué: estoy aquí.

Todo esto me explotará en la cara. Cualquier placer que sienta ahora se desvanecerá. Este sueño se convertirá en polvo en mis manos, y prefiero dejarlo antes que dejar que eso suceda.

—Vete —la única palabra surge de mi pecho en una especie de gruñido primario. Saco mi mano de su agarre—. Tú no… Hay demasiadas cosas que no sabes. No es bueno para Yuliana que estés aquí. Tienes que irte.

La forma en que Yuliana respondió a él, especialmente después del duro día que tuvo en la escuela, fue impactante. Todavía no puedo creer que ella lo aceptara tan fácilmente.

Un montaje de ellos dos cada vez más cerca, de mí desapareciendo en el fondo, pasa ante mis ojos. Luego pasa a mí acunando a Yuliana, consolándola, secándole las lágrimas después de que Kirill desaparece de nuestras vidas y nos deja en ruinas.

Los malos resultados son innumerables, pero solo hay un camino para un final feliz. Puedo hacer esos cálculos. Las probabilidades no están a nuestro favor.

—No me digas que no soy bueno para mi hija —gruñe.

—¡No puedes entrar en su vida y convertirte en su papá, Kirill! No es así como funciona. *Ella es mía.*

—Por tu acción. Ahora que sé de ella, no le daré la espalda.

—No hables tan pronto —le digo, rodeándolo para abrir la puerta—. Darle la espalda a la gente es lo que mejor sabes hacer. Me lo hiciste hace cinco años.

Cierro la puerta de golpe, como si eso realmente importara. Kirill podría atravesarla si realmente quisiera.

Pero no lo hará. No con Yuliana adentro.

Puede que Kirill me odie ahora mismo, pero no se arriesgará a traumatizar a su hija. Porque, aunque solo lleva una hora como papá, ya es uno bueno.

Odio eso.

También odio lo mucho que lo amo.

Me deslizo por la puerta y me agacho en el suelo con la cara entre las manos. En ese momento, por supuesto, es cuando Yuliana grita—: ¡Ya terminé! —desde su dormitorio. Escucho sus pasos avanzando por el pasillo y levanto la cara. Entra en la sala con los ojos muy abiertos y una sonrisa que se desvanece cuando no ve a Kirill—. ¿A dónde se fue?

El dibujo que coloreó cae a su lado. Puedo ver un cielo lleno de arcoíris con tres personas paradas en el suelo rojo brillante debajo.

Me encantaría tener un minuto para recomponerme. Para lamentarme. Para llorar.

Sin embargo, ser padre no funciona de esa manera. Yuliana siempre es lo primero.

Le ofrezco una sonrisa triste. —Tuvo que irse. Él… él no tenía otra opción.

No está lejos de la verdad. Le robé la elección a Kirill. También robé la de Yuliana.

Ella se hunde, decepcionada. —Pero le hice un dibujo. Pensé que quería uno.

—Sí quiere. Lo guardaremos para la próxima vez que lo veamos, ¿vale?

Su rostro se ilumina. —¿Lo veremos de nuevo?

—¿Te gustaría verlo de nuevo? —no importa cómo responda, sé que Kirill volverá a aparecer. Él no va a dejar pasar esto. Al menos, no de inmediato.

—Quiero mostrarle mi dibujo —responde—. Lo pondré en el refrigerador.

Me obligo a ponerme de pie y veo a mi hija correr hacia el refrigerador y fijar allí su último dibujo. Tres personas, una claramente más alta, más ancha y masculina, sin lugar a dudas Kirill, de pie bajo un mágico cielo de arcoíris.

Nuestro primer retrato familiar.

RAYNE

Todavía estoy mirando imagen foto cuando llamo a Lana después de acostar a Yuliana. Intenté con Natalia, pero estaba en una cita. Harmony estaba dormida… otro golpe contra el cambio de hora de ocho horas.

Tengo un peso de plomo sobre mi pecho y un yunque colgando sobre mi cabeza. Necesito desahogarme más que nunca en mi vida.

—Estaba a punto de llamarte —dice Lana ni bien atiende.

—Supongo que te adelanté.

—Estoy en shock.

Arrugo la frente. —¿Por qué?

Lana se ríe sin humor. —Vamos, Rayne. Nunca me llamas.

—¡Hablamos mucho! —discuto—. Hablé contigo hace apenas un par de días.

—Sí, porque te llamé. Nunca me llamas primera. Salvo que tengas algo para decirme. Incluso entonces, sueles hablar con Harmony o Natalia antes que yo. ¿Están ocupadas esta noche o algo así?

—No sé. No las llamé —la mentira me sabe amarga en la boca, pero es mejor que admitir que Lana tiene razón. Ella era mi último recurso, y solo la llamé porque tenía noticias que compartir. ¿La culpa nunca terminará hoy?—. Te llamaré más a menudo, ¿vale?

Lana suspira. —Lo siento. No quise hacerte sentir culpable. Ha sido un día largo.

—Maldita sea, cuéntamelo —gruño. Luego me detengo. Solo han pasado unos segundos y ya estoy intentando meter mi drama en la conversación—. ¿Por qué tuviste un día largo?

—En realidad, es por eso que te estaba llamando. Quería hablar sobre lo que está pasando.

Una oscura nube de temor se cierne sobre mí. No estoy segura de poder lidiar con nada más en mi vida en este momento.

Tampoco puedo decirle eso a mi hermana. Así que, en lugar de eso, digo—: ¿Qué sucede?

—¿Hablaste con Papá recientemente?

—En realidad, justo el otro día. Por primera vez en mucho tiempo. ¿Por qué?

—¿Dijo algo? —pregunta—. ¿Cómo sonaba?

—Bien. Normal —me acerco al borde del sofá—. Lana, ¿qué está pasando? ¿Qué le pasa a Papá? ¿Le pasó algo?

Incluso mientras hago las preguntas, espero que me tranquilice. *No seas tan dramática, Rayne. Papá está bien. Relájate.*

Pero ella no dice eso. No dice nada.

—¿Lana? —compruebo para asegurarme de que la línea todavía esté conectada. Entonces, la oigo sollozar al otro lado de la línea—. Ay, Dios mío, ¿está… está… muerto?

—Está vivo —vuelve a sollozar—. Está vivo, pero… no sé por cuánto tiempo más.

KIRILL

Cuando se abre la puerta de mi oficina, la última persona a la que quiero ver parada en la entrada es Leonid Kozlov.

—Ya acepté ir a tu pequeña fiesta, Leonid. No hay necesidad de hacer una visita a domicilio.

Cierra la puerta y se vuelve hacia mí, con las manos cruzadas detrás de la chaqueta del traje azul. —No habría sido necesaria la visita a domicilio si te hubieras molestado en contestar cuando te llamé.

Después de que salí de casa de Rayne ayer, no estaba de humor para hablar. No a menos que de repente Rayne se sintiera conversadora.

Incluso ahora, con Leonid frente a mí, lo único en lo que puedo pensar es en que tengo una hija. Una hija.

Durante cinco años, un humano con mis ojos, el cabello de Rayne y toda una personalidad ha estado deambulando por el mundo.

Y yo no tenía ni puta idea.

—He estado ocupado. Las visitas sociales no programadas no ayudan con ese hecho.

—Soy yo el que ha sido perjudicado aquí, Kirill —dice Leonid. Su voz es sorprendentemente afable, incluso cuando sus delgados labios se aplanan casi hasta desaparecer—. Con todo respeto, soy yo quien ha sido molestado. Soy yo quien cuyos planes han sido interrumpidos.

Lo miro fijamente antes de indicarle que se siente en la silla de cuero frente a mi escritorio. —Por supuesto, siéntate y presenta tu queja.

Él frunce el ceño y se deja caer lentamente en la silla. Leonid lleva bien su edad, pero está desacelerando. Con solo una hija como su sucesora, no puedo culparlo exactamente por presentarse hoy en su nombre. Su legado está en juego.

—Viktoria vino y habló conmigo el otro día. Estaba hecha un desastre, llorando y lloriqueando incoherentemente. Ya sabes cómo pueden ser las mujeres —suspira—. Cuando finalmente le saqué la explicación, me dijo que de repente se había quedado sin prometido.

Dado que el matrimonio fue concertado originalmente entre mi padre y Leonid, probablemente debería haber acudido a él primero cuando decidí ponerle fin. Pensé que Viktoria daría la noticia

tan bien como pudiera.

—Rompimos nuestro compromiso, sí.

Leonid me mira durante unos segundos. Quizás esté esperando que diga más sobre el tema, pero no hay mucho más para decir.

—Viktoria parece pensar que tuvo algo que ver con una de tus criadas.

—Hay otra mujer —le digo—. La conoces, en realidad.

Ante eso, levanta las cejas. —La misma mujer que conocí en la fiesta la noche en que…

La noche en que murió Ilya.

—La misma mujer —confirmo—. No pensé que fuera justo para tu hija casarme con ella cuando mi corazón pertenece a otra parte.

Leonid se ríe. —Kirill. Seamos hombres en esto. No necesitamos hablar de tu corazón.

—La última vez que lo comprobé, los hombres tienen corazón, Leonid. El de Arnov lo mató, ¿recuerdas?

—Los corazones son irrelevantes. Como lo es el placer de la compañía de una mujer. Los hombres como nosotros podemos tener sexo en cualquier lugar. Yo ciertamente lo hago.

—Eso está bien documentado.

Él se encoge de hombros, imperturbable. —Mi reputación me precede, pero, si buscas vergüenza, sigue buscando. No hay nada de malo en ser insaciable.

Suspiro y golpeo un bolígrafo contra mis nudillos. —¿Hay un punto en esto? Tengo trabajo que hacer.

—El punto es —se inclina hacia adelante—, no hay ninguna razón por la que no puedas casarte con mi Viktoria y estar con esta otra mujer.

—Has explicado esto antes. En detalle. La noche que conociste a Rayne.

—Pensé que valía la pena mencionarlo de nuevo. No pareció ser entendido la primera vez.

—Entendí bien —gruño—. Pero si sigues con esta mierda, lo único que recibirás será un cuchillo en la garganta, Leonid.

Levanta las manos en un silencioso mea culpa. —Si es porque no crees que Viktoria acepte el acuerdo, déjame hablar con ella. Mejor aún, haré que hable con su madre. Mi esposa ha comprendido su lugar en mi vida durante años. Tenemos un… acuerdo.

—Mi padre me contó todo sobre tu *acuerdo* con tu esposa —le gruño—. Ella entró en tu casa con una gran fortuna cuando la necesitabas desesperadamente. Alimentó tu imperio cuando eras incapaz de hacerlo por ti mismo. Ahora ella se queda en casa con las cosas bonitas que compró con su dinero mientras tú te follas a putas en todas las costas.

Su boca se aprieta. —Convertí su buena fortuna en una grandiosa. Ahora ella cosecha los

beneficios de eso. Fue mutuamente beneficioso.

—Estoy seguro de que está jodidamente emocionada.

Sus ojos son planos y sin vida. —Hemos hablado de que ella está insatisfecha de vez en cuando, pero luego le recuerdo lo rápido que puede ser reemplazada. Supongo que la idea de otra mujer con sus bonitos vestidos y empapada de joyas la mantiene en mi cama.

—Amor verdadero —digo.

Leonid se ríe demasiado. Sus amantes han sido un secreto a voces… y una broma constante… durante años, pero claramente no le gusta que me burle.

—No juzgues lo que no entiendes, Kirill. Ha habido mucho amor en mi vida. Amor por mi esposa, sí. Pero también por… otras.

—Debes amarlas mucho para dejarlas esparcidas por todo el país con alguna rara visita cuando tengas tiempo.

Sus ojos se estrechan. —Igual que con mi esposa, mis otras relaciones son mutuamente beneficiosas. Las mujeres entienden el acuerdo que tenemos. Eso no significa que todo vaya siempre bien. Tuve que dejar mujeres porque se apegaron demasiado. Y, en un caso, porque yo me apegué demasiado.

—¿Tú? —jadeo en falso shock—. Tan desalmado que pareces.

Leonid me señala con el dedo. —Tu padre no era tan divertido como tú. Me gusta nuestra dinámica, Kirill. Nos burlamos el uno del otro. Pero también nos entendemos.

—No estoy tan seguro de que eso sea cierto.

—Lo es —insiste—. Es muy cierto. Entendemos lo que significa renunciar a algo —apoya los codos sobre mi escritorio y se inclina incómodamente cerca—. Hubo una amante a la que quise más que a las demás. No lo habrías pensado: era una mujer cualquiera, en una noche cualquiera, en una ciudad cualquiera, en un bar cualquiera. Pero era exquisita. En otro mundo, habría dado cualquier cosa por estar con ella.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque no vivo en otro mundo —responde con dureza—. Vivo en este. Y en este tengo dinero y poder… demasiados para renunciar, incluso por amor —exhala y se recuesta como si el recuerdo lo agotara—. Le lancé una baratija para recordar nuestro tiempo juntos y la reemplacé. Pero todavía pienso en ella de vez en cuando.

—Estoy seguro de que algún día escribirán historias sobre tu romance —digo arrastrando las palabras.

Leonid se apoya las palmas en las rodillas y se levanta. —Búrlate de mí si quieres, Kirill, pero no seas tan orgulloso como para ignorar la sabiduría de lo que estoy diciendo. Si esta criada te impide alcanzar tus alturas, déjala a un lado y calma tu dolor con el siguiente coño vacío. O haz lo que yo hago… deja que Viktoria tenga un lugar y tu criada otro. No hay razón para limitarse. Puedes tener todo lo que quieras.

Me paro para igualar su línea de ojos. —¿Todo lo que *tú* quieras, quieres decir? No estás aquí para beneficiarme. Estás aquí para asegurarte de que nuestro acuerdo se lleve a cabo. No me trates con condescendencia.

Él niega con la cabeza. —*Todos* podemos tener todo lo que queremos. Estoy aquí para decirte que lo pienses bien.

Leonid tiene razón, aunque no de la manera que él cree. Todo lo que quiero está justo frente a mí.

Todo lo que tengo que hacer es ir a buscarlo.

KIRILL

La puerta de entrada de Rayne es aún más fácil de derribar de lo que anticipé antes. Una patada y la cerradura barata se abre. La puerta se abre de golpe y rebota en la pared.

—¡Rayne! —llamo, aunque sé que nadie responderá.

Su auto ya no está, las ventanas están oscuras y su teléfono va directamente al correo de voz. Después de toda la mierda que me dijo sobre huir, mira quién huye ahora.

Entro en la casa oscura y silenciosa y detesto sentirme como un intruso. Esta vida llena de fotografías sonrientes, mantas peludas y libros infantiles apilados en los rincones no me pertenece.

Pero desearía que sí.

—Rayne —mi voz resuena en las pequeñas habitaciones. No están aquí.

Antes incluso de terminar mi recorrido, saco mi teléfono. Natalia contesta al segundo timbrazo. —¿Hola?

—¿Dónde está?

—¿Kirill?

—Sabes quién soy, Natalia —gruño—. ¿Dónde está?

Suspira. Hay que reconocer que suena genuinamente exhausta. —Me dijo que no te dijera.

—Lo que Rayne te dijo que hicieras no importa. Soy yo quien te paga.

—Renunciaré, Kirill. De verdad, lo haré —gime—. Aunque realmente no quiero. Pero, si me vas a amenazar, renunciaré. Puedo encontrar trabajo en cualquier lugar, pero solo tengo una mejor amiga.

—Si Rayne es tu mejor amiga, deberías querer lo mejor para ella.

—¿Cómo sabes que no estoy haciendo lo mejor para ella en este momento? —pregunta.

—Porque la estás manteniendo alejada de alguien que quiere ocuparse de ella.

Hay una larga pausa. —¿Es esto una especie de doble sentido? ¿De verdad estás diciendo que

quieres *ocuparte de ella*?

—Ay, Dios —murmuro, pellizcando el puente de mi nariz—, no la voy a matar, joder.

—Tuve que preguntar —dice—. Contigo, nadie puede estar seguro.

Me dejo caer en el taburete del mostrador de Rayne. Hay correo apilado sobre la encimera, y una chequera en un plato junto a la puerta. No es que ella hizo las maletas y se mudó de la noche a la mañana. Esa es una buena señal.

—No voy a lastimar a Rayne. O a Yuliana. Yo nunca haría eso.

Natalia suspira. —Lo sé, maldita sea, lo sé. Aunque desearía no saberlo. Sería más fácil cumplir la promesa que le hice a Rayne.

A pesar de todo, sonrío. —¿Estás secretamente de mi lado?

—Nunca se lo digas a Rayne —sisea—. Te he estado haciendo algunos favores detrás de escena. Puede que haya presionado a Rayne para que bailara con ese tío en el bar la noche que nos encontramos contigo y con German.

—No me jactaría de eso. No terminó tan bien.

—El camino hacia un final feliz está lleno de curvas. Rayne estaba convencida de que no te preocupabas por ella, así que le demostré que estaba equivocada.

—La sumergí en el océano.

—Te preocupaste lo suficiente como para sumergirla en el océano —corrige—. Fue una buena señal. Incluso estaba tratando de convencerla de que te contara sobre Yuliana antes de que esa parte se desarrollara por sí sola, pero yo estaba en tu equipo.

—¿Y ahora? —pregunto.

Suspira. —Si no te digo dónde está, ¿qué vas a hacer?

—Probablemente le pague a alguien de la compañía de telefonía celular para que haga un ping a su ubicación. O localizar a su familia y visitarlos uno por uno.

—Dios, eres tan dramático. ¿Sabes que existe la opción de esperar a que regrese a casa?

—Conoces a Rayne tan bien como yo. Cuanto más tiempo le dé para sentarse y cocerse, más terca se volverá.

—Ay, no. ¿A alguien le preocupa ser rechazado?

Resoplo. —¿Tengo que recordarte que sigo siendo tu jefe?

—¿Tengo que recordarte que soy la persona que está a punto de darte la información que necesitas para que no tengas que entrar por la fuerza bruta en la casa de su padre? Simplemente responda la pregunta y te la entregaré.

Yo espero. Ella descubrirá lo que dijo en…

—Maldita sea —gime Natalia—. Que me jodan a mí y a mi bocaza.

—Ahí va tu ventaja.

Murmura una serie de maldiciones en voz baja. —Vale, pero todavía tengo la dirección. Te llevará tiempo localizarlo. Podría facilitártelo.

Aunque a German se le pasó por alto el elefante en la habitación que era la existencia de Yuliana, confiaría en que localizaría la dirección del padre de Rayne en una hora. Probablemente treinta minutos.

Pero mantener una alianza con Natalia aún podría resultar ventajoso en el futuro.

—Mi preocupación no es el rechazo —le digo—. Mi preocupación es la terquedad de Rayne. Ella se meterá en su propia cabeza y tomará la decisión equivocada para ella y Yuliana. Ella decidirá tratar de cuidar de sí misma y dejarme fuera.

—No dejarás que ella te excluya.

—Es cierto —digo—. Pero será más fácil si ella está a bordo.

Hay un largo suspiro desde el otro lado del teléfono de Natalia. —No le digas a Rayne que te dije dónde está.

—Este será nuestro pequeño secreto.

—Solo hago esto porque creo que realmente quieres lo mejor para ella —reitera—. Porque estuve allí con ella después de que nació Yuliana. Vi lo difícil que fue para ella hacer las cosas sola. Nadie merece más una pareja y un descanso que Rayne. Así que será mejor que seas eso para ella.

—Necesito la dirección, no tu consejo.

—Gilipollas —murmura, pero la oigo hurgar en un cajón. Un segundo después, lee su dirección —. Está allí con sus hermanas. No sé toda la historia, solo que fue a visitar a su papá por primera vez en años. Yuliana está con ella. Por favor, no hagas una escena.

—¿Yo? ¿Hacer una escena? —cierro la puerta rota detrás de mí, que cuelga hecha jirones de bisagras que crujen—. Jamás.

RAYNE

—El emperador de todas las enfermedades —dice Papá, levantando su copa—. Si tengo que morir, al menos me eliminará el más grande y el más malo de todos.

—Papá, no vamos a brindar por tu cáncer —espeta Lana. Ella extiende la mano y le empuja el brazo hacia abajo.

—Además, no te va a "eliminar" —interviene Alexis—. Todavía tienes esa cita con el oncólogo mañana.

De todas, Alexis parece ser la que peor se está tomando la noticia. Ella rompió a llorar varias veces hoy, y cada vez, lo único en lo que podía pensar era en cómo ni siquiera podía molestarse en venir a despedirse de Mamá. ¿Dónde estaban entonces esas lágrimas?

Papá le da una sonrisa triste y una suave palmada en la mano. —Es la cuarta opinión. No va a decir nada que los demás no hayan dicho. El tratamiento ya no funciona. Es hora de aceptar la idea de que este es el final para mí.

Imposible, pienso. *¿Cómo se supone que voy a sentirme cómoda con la muerte de mi papá, si ni siquiera puedo sentirme cómoda con él cuando está vivo?*

Yuliana y yo llegamos justo después del desayuno y todavía siento que me colé accidentalmente en la fiesta de cumpleaños de otra persona. Como si todos nos miraran y se preguntaran qué hacemos aquí.

Sinceramente, me pregunto lo mismo.

No habría aceptado venir a visitar tan fácilmente si no se hubiese armado la podrida con Kirill. No podía simplemente sentarme en casa y esperar a que derribara la puerta.

—Me alegro de tener a todas mis hijas conmigo —Papá me lanza una mirada especial y me guiña un ojo.

Está tratando de hacerme sentir aún más bienvenida, pero tiene el efecto contrario. Escondo mi mueca detrás de un trago de agua helada, pero incluso ese truco se está volviendo viejo. He consumido tres vasos desde que empezó la cena.

—Y mis nietos también, por supuesto —añade.

Los nietos en cuestión están demasiado ocupados escondiendo sus verduras al vapor debajo de

las servilletas. Lily le está enseñando a Yuliana cómo raspar con cuidado la comida hasta el borde de su plato y luego deslizarla discretamente fuera del plato con su servilleta. De vez en cuando uno de ellos se lanza al cubo de la basura para tirar su servilleta llena y coger una nueva.

Yo diría que son una mala influencia para ella si no se estuviera divirtiendo tanto.

—Se están haciendo amigos rápidamente, ¿no? —Lana me susurra al oído.

—Realmente. Considerando lo difíciles que han sido los últimos días, me sorprende lo bien que Yuliana está manejando todo esto.

Lana frunce el ceño. —¿Qué ha estado pasando?

—Solo, eh, solo un problema en la escuela. No es nada.

Nadie, aparte de Natalia, sabe hasta qué punto pueden ponerse mal las cosas con las rabietas de Yuliana. Lana ha menospreciado mis elecciones de vida lo suficiente como para no necesitar que también menosprecie a mi hija.

—¿De qué están hablando ustedes dos? —pregunta Papá—. El viejo no puede oírlas.

—Tal vez no era para tus oídos, querido. —Pat, la esposa de mi papá, es una mujer callada. Es difícil imaginar cómo pudo pasar de estar casado con una mujer tan ruidosa y descarada como mi mamá a terminar con alguien tan callada y considerada como Pat.

O tal vez tenga mucho sentido. La mujer extrovertida lo engañó y destruyó a su familia. Unirse a alguien como Pat probablemente era una apuesta más segura.

—Somos familia. La familia no tiene secretos —protesta.

—Sí —asiente Alexis, entrecerrándonos los ojos juguetonamente—. ¡Sin secretos!

—Estábamos hablando de cómo a los niños les gusta la escuela —completa Lana.

Papá se vuelve hacia los nietos. —¿Qué tal la escuela?

—Terrible —se queja Lily.

—Vamos, tiene que haber una parte buena.

—Recreo —se encoge de hombros—. Eso es todo.

Brady se sienta erguido. —Me gusta la ciencia.

—Tiene que gustarte algo más que el recreo —le responde Papá a Lily. Brady se deja caer en su silla. Él y Lily son morochos, pero ella siempre ha llamado la atención entre los dos—. ¿Qué hay de la clase de arte? ¿Todavía tienen educación física?

—Deporte —explica Lana cuando Lily se vuelve hacia ella con una expresión en blanco.

Lily arruga la nariz. —El deporte es lo peor. Los chicos se enojan si soy más rápida que ellos, y el entrenador Darnum nunca me deja ser capitana para elegir equipos.

—Porque solo eliges a tus amigos y eso hace que los equipos sean injustos —se queja Brady.

—Bueno, eso no parece justo —dice Papá—. Todo el mundo debería tener la oportunidad de ser capitán.

—Ella ha tenido muchas oportunidades. Yo nunca he sido capitán —dice Brady.

Básicamente está hablando al vacío en este momento. Papá está concentrado en Lily. Es posible que Yuliana y Brady ni siquiera existan.

—¿Qué es un capitán? —Yuliana le susurra a Brady.

Él se lo explica sin burlarse de ella por no saberlo, y mi corazón se hincha. Mientras tanto, Papá y Lily pasaron a hablar sobre sus deportes favoritos.

—Voy a jugar softbol cuando sea mayor —anuncia Lily—. En este momento, estoy en un equipo de entrenadores de lanzamiento, pero, tan pronto como pueda, seré lanzadora.

—Tendrás que practicar mucho. Podemos ir a jugar a la pelota después de cenar. Tengo una por aquí en alguna parte.

Los ojos de Lily se agrandan. —¿En serio?

—Claro —dice—. Brady, ¿y tú? ¿Tienes tu guante contigo?

Lana resopla suavemente. —Él piensa que estamos en la década de 1950. Como si los niños todavía llevaran guantes de béisbol en sus bolsillos traseros.

Incluso si todavía estuviéramos en la década de 1950, Brady no tendría un guante de béisbol a mano. Es el niño menos orientado a los deportes que he conocido.

—Ah, em… no —Brady mira hacia su regazo—. Yo no… no tengo uno. Realmente no me gusta…

—A Brady le gusta la ciencia —interrumpo, incapaz de contenerme—. No lo escuchaste, pero lo dijo antes. Los deportes no son realmente lo suyo. ¿Verdad, amiguito?

—Probablemente no hayas encontrado el juego adecuado. A todos los niños les encantan los deportes —dice Papá.

Paso mi lengua por mis dientes. Sé que debería quedarme callada, pero nunca he sido buena en eso. Supongo que siempre seré la hija de mi madre.

—No todos los niños, claramente —le hago un gesto a Brady, que agacha la barbilla. Por mucho que quisiera atención hace un segundo, el momento ya pasó. Ahora le gustaría volver a mezclarse con el papel tapiz.

Yuliana se anima. —¿El hula-hula es un deporte?

Papá niega con la cabeza. —No.

Ella se desinfla ligeramente y los instintos defensivos de Mamá Osa que hay en mí salen a la luz. —Sí, lo es. Hay campeonatos mundiales de hula-hula.

—También hay campeonatos mundiales de videojuegos. Lo vi en el canal de deportes el fin de semana pasado —Papá resopla—. Eso no la convierte en una habilidad atlética.

Lucho contra poner los ojos en blanco y le sonrío a Yuliana. —El hula-hula es totalmente un deporte.

—No hay necesidad de mentirle. Le puede gustar sin que sea un deporte —dice Papá—. Lily puede mostrarle cómo practicar algunos deportes reales y ella puede elegir uno de ellos.

—¡No es necesario elegir un nieto favorito de la misma manera que eliges a tus hijas favoritas!

Tan pronto como las palabras salen de mi boca, me arrepiento. No porque no sean ciertas… lo son. Sino porque ahora no es el momento de sacar a relucir el resentimiento que todavía llevo de toda mi vida. Definitivamente, no delante de los niños.

Las cejas de Papá se juntan. Su expresión oscila entre la sorpresa y la ira. —Nunca elegí favoritas…

—Solo quise decir que a todos les puede gustar lo que quieran —interrumpo rápidamente—. Hay muchos pasatiempos. Los niños pueden tener muchos diferentes.

—Por supuesto que pueden —dice—. Nunca dije que no pudieran. Pero no puedes acusarme de…

Lana se acerca y le da una palmadita en el hombro a Papá. —No se hicieron acusaciones. Rayne se retractó. ¿Verdad, Rayne?

Miro a mi hermana y puedo ver la súplica en sus ojos. Quiere que retracte lo que dije, que lo vuelva a meter en la caja de la que salió. *Dejemos eso a un lado y no volvamos a lidiar con eso nunca más.*

—Lamento haber dicho algo —digo en su lugar—. Solo tengamos una buena cena.

Esa no es la revocación que nadie quería. La tensión en la habitación es espesa. Olvídese de un cuchillo… necesitaríamos un pico para atravesarlo.

Ni siquiera lo intento. Me quedo en silencio el resto de la cena.



DESPUÉS, en la cocina, estoy lavando platos en el fregadero cuando Lana se acerca a mí. —Ese fue un verdadero espectáculo de mierda.

Suspiro. —Lo siento. Debí haber estado mejor preparada para lidiar con comentarios como los de Papá.

—No estaba hablando de lo que dijo Papá. Estaba hablando de lo que dijiste tú —Lana se vuelve hacia mí, con la cadera presionada contra el borde de la encimera—. Convertiste un pequeño comentario en esta gran prueba. No tenía por qué ser tan dramático.

Me quedo momentáneamente desconcertada. Sabía que Lana se enfadaría conmigo por haber discutido con Papá, pero nunca pensé que diría que es injustificado.

—¡Estaba ignorando a Brady! ¿Viste la cara de tu hijo? Se veía tan molesto porque Papá solo quiera hablar con Lily.

—Ese es mi asunto —dice—. Iba a hablar con Brady sobre esto más tarde. Si fuera un problema lo suficientemente grande, también hablaría con Papá.

—¿*Si* fuera un problema? ¿Realmente dejarías que Papá ignorara a tu hijo?

Lana deja escapar un suspiro de frustración. —Se está muriendo, Rayne.

—Lo sé. ¿Por qué diablos crees que estoy aquí?

—¿Porque estás huyendo de algo en casa? —adivina. Intento mantener mi expresión neutral, pero ella chasquea los dedos y señala mi cara—. Sí. Estoy en lo cierto. Lo sabía.

Me aprieto los ojos con fuerza. Maldigo mi cara expresiva. —No, no lo estás. Estoy aquí por Papá.

—Parcialmente, tal vez. Pero tienes tus propios motivos egoístas para estar aquí. Por cierto, está bien. No me importa por qué estás aquí. Solo me alegra.

—Vaya, gracias —murmuro.

—Sin embargo, dejaré de alegrarme si entras y tratas de resolver todo tu drama con Papá mientras está en su lecho de muerte.

—¡No es por eso que estoy aquí!

Ella alza las manos en señal de rendición. —Bien. Porque tuviste toda tu vida para lidiar con esa mierda. Sacar el tema ahora cuando Papá no puede hacer nada al respecto no sería genial. Es demasiado tarde.

Vuelvo al fregadero y trato de perderme fregando los platos. Hacer algo con las manos generalmente evita que mi boca hable demasiado. Sin embargo, cuanto más tiempo permanece Lana a mi lado, más me enojo.

Al final, no puedo contenerlo.

—No es demasiado tarde.

—¿Qué? —pregunta.

—Para hablar con Papá. No es demasiado tarde. Quiero decir, todavía no está muerto.

—¿Te escuchas ahora mismo, Rayne?

Me vuelvo hacia ella y el agua con jabón chapotea sobre la encimera. —¿Tú te escuchas a ti misma? Me estás diciendo que debería vivir el resto de mi vida con estas preguntas sin respuesta dentro de mí para que Papá pueda morir en paz. ¿Qué hay de mí? ¿Cuándo van a importar mis sentimientos?

Su frente se arruga y me doy cuenta de lo mucho que Lana se parece a Mamá. Cuando estaba casada con Mitchell y se sometía a sus tratamientos faciales y Botox programados regularmente, no me daba cuenta tanto. Ahora que su rostro se arruga naturalmente, comparte la frente comunicativa de Mamá, con arrugas y todo. En cierto modo, es una visión reconfortante. Una parte de ella sigue viva en sus hijas. Como si aún no se hubiera ido del todo.

—¿Qué significa eso?

—Papá hizo lo mejor para él cuando dejó a Mamá y se mudó, pero ¿y yo? —pregunto—. Crecí sin un papá.

—Tenías un papá. Muchos niños tienen papás que no viven con ellos. No es tan trágico.

Señalo con un dedo en su dirección. —No tienes idea de cómo fue porque tenías una relación con él. Se fue antes de que yo pudiera recordarlo. Las tarjetas de cumpleaños y las llamadas telefónicas breves no son lo mismo que tenerlo en casa como lo tuviste tú.

Ella se encoge de hombros bruscamente. —¡Entonces culpa a Mamá!

—¡Lo hago! —chasqueo—. Ella arruinó todo entre ellos engañándolo. Lo entiendo. Pero mi pregunta es: ¿por qué Papá no se esforzó más en verme?

Ella se acerca más. Puedo oír a Papá y a Pat jugando con los niños en la otra habitación. No quiero que nuestras voces se transmitan más allá de Lana, pero no me quedaré de brazos cruzados fingiendo que esto ya no sucede.

—Tú no querías hablar con él, Rayne. Te negabas a ir de visita. Te negabas…

—Cuando era adolescente —interrumpo—. Todo eso pasó cuando era adolescente, porque apenas lo conocía. No quería pasar mis vacaciones de verano con un hombre que no conocía. ¿Dónde estaba él cuando yo era una niña pequeña?

Ella tropieza y busca a tientas una explicación que no tiene. —Estoy segura de que intentó ponerse en contacto.

—Un buen papá haría cualquier cosa por estar con su hijo —contra mi voluntad, el rostro de Kirill aparece en mi mente. Solo conoce a Yuliana desde hace veinticuatro horas y ha jurado permanecer en su vida. Antes de que apagara mi teléfono, llamó diez veces—. El caso es que Papá las prefería a ti y a Alexis… y no sé por qué.

Lana inhala profundamente como si fuera a intentar defender a Papá. Luego, de repente, se desploma contra el mostrador. —Yo tampoco lo sé.

Giro la cabeza en su dirección. —¿Estás de acuerdo conmigo?

—Supongo —se encoge de hombros—. Quizás así sean todas las familias. Quiero decir, no es como si Mamá y yo alguna vez estuviéramos de acuerdo. Ella siempre te adoró, pero, incluso antes de que engañara a Papá, las dos nos peleábamos.

—No sabía eso. Pensé que todo se trataba del divorcio.

Niega con la cabeza. —No, fue la mayor parte de mi vida. Nunca entendí las decisiones de Mamá.

—¿Qué quieres decir?

—La forma en que se le ocurría una idea para redecorar la casa y, de repente, la mitad de la sala estaba en el césped y ella estaba pintando. O cuando quiso comprar este gimnasio en casa basándose en un comercial de televisión y llevó todas las cajas de almacenamiento del sótano al

basurero para hacer espacio. Sucedió en una tarde. Mis documentos escolares, ropa de bebé y juguetes… desaparecieron.

—Mamá podría ser impulsiva —admito—. Ella no siempre pensaba bien las cosas.

—Como engañar a Papá… Me encantaría saber qué estaba pensando cuando decidió hacer eso.

La verdad es que no sé si Mamá estaba pensando. Tenía tendencia a liderar con el corazón. En muchos sentidos, era lo que más amaba de ella. Ella era todo emoción, calidez y sentimientos. Estar con ella era como estar envuelto en un arcoíris.

Por otra parte, la otra cara de la moneda es que ella no siempre puso a su familia o a sus hijos como prioridad. Claramente.

—Todavía tenemos la caja de cartas, ¿no? —pregunto—. Creo que se la devolví a Alexis.

Lana y Alexis me dieron las cartas que Mamá guardaba de su amante secreto, incluidas copias de lo que le escribió, pero nunca me atreví a leerlas. No quería manchar el recuerdo que tengo de mi Mamá más de lo que ya lo había hecho. Leer las cartas no mejoraría nada para mí, así que pensé que era mejor dejarlas en paz. Pero si pudieran ayudar a Lana…

—Las he leído, pero ella no nos menciona ni a ti ni a mí ni a Alexis en ellas. Ni a Papá —dice—. Lo que sea que estuviera haciendo con ese tío, no tenía nada que ver con nosotros. No estoy segura de si eso me hace sentir mejor o peor.

—Sería bueno preguntarle sobre esto ahora.

Lana se vuelve hacia mí con un suspiro. —Sé a dónde vas con eso.

—Papá está justo en la otra habitación —digo en voz baja—. Ya no puedes resolver las cosas con Mamá, pero todas estas preguntas mías podrían tener respuestas a seis metros de distancia. Puede que no ocurra lo mismo si dentro de unos meses…

—Semanas, tal vez —la barbilla de Lana se forma hoyuelos mientras lucha contra las lágrimas —. Uno de los médicos dijo que podría ser cuestión de semanas.

—En unas pocas semanas, esas respuestas podrían estar muertas y desaparecidas. ¿No me debo a mí misma hablar con él sobre esto mientras pueda? ¿Incluso si es perturbador?

Lana se recoge el cabello detrás de las orejas y asiente con evidente resignación. —Haz lo que quieras, Rayne. Pero no esta noche. Van a tener una fiesta de pijamas.

—¿Quién?

—Papá, Pat y los niños —ella coloca un pulgar sobre su hombro—. Brady y Lily están construyendo un fuerte ahora. Yuliana pidió dormir bajo la manta morada que colgaba del respaldo del sofá.

Puedo escuchar a Yuliana y Lily cantando una canción tonta sobre los abejorros bebés. Papá está discutiendo los puntos más finos de la arquitectura de un fuerte con Brady mientras Pat coloca luces navideñas en los muebles para lograr el efecto de iluminación adecuado.

Es un lindo momento. No quiero tener que arruinarlo.

—Yuliana ha estado pasando por un momento difícil. No estoy segura de que sea buena idea que se quede aquí sin mí. El hotel probablemente sería…

—Papá me habló de Yuliana —espeta Lana.

Me congelo. —¿Qué?

—No te enojes con él. No estaba chismorreando, ni nada por el estilo. Él me preguntó si tenía algún consejo que pudiera compartir contigo. Quería ser él quien ayudara. Creo que esperaba que eso los acercara.

Viniendo del tío que dijo que *la familia no tiene secretos*, no sé por qué me sorprende que le haya contado a Lana sobre Yuliana.

—Me dijo que estás preocupada por su comportamiento y lo entiendo —dice Lana—. Sí. Pero estar encima de ella no mejorará las cosas. Quizás ambas necesitan algo de espacio.

Levanto las cejas. —¿Crees que Yuliana se porta mal porque soy una mamá helicóptero?

—No, eso no es lo que yo… Disfruta de la habitación del hotel —dice—. Eso es lo que estoy diciendo. Vuelve al hotel. Disfruta de la tranquilidad. Déjame a Yuliana por unas horas.

Me muerdo el labio inferior. Suena bien pasar una noche sola. Han pasado años desde que me sumergí ininterrumpidamente en una bañera.

Lana tararea. —Puedo verte reflexionando sobre ello. Quieres hacerlo.

—Por supuesto que sí. Eso no significa que deba hacerlo.

—Estás a diez minutos de distancia. Me quedaré aquí esta noche y llamaré si algo sale mal.

Como para hacer la decisión aún más difícil, la risa de Yuliana resuena desde la sala hasta la cocina. Está pasando el mejor momento con sus primos.

Lana me aprieta el brazo. —Te echaré por la puerta principal si es necesario.

Al final, cruzo la puerta principal por mi cuenta. Abrazo a Yuliana no menos de diez veces antes de hacerlo, haciéndole prometer que se portará lo mejor posible. Luego, abrazo a Lana tantas veces, recordándole lo que dijo.

—Llámame si algo sale mal. Cualquier cosa en absoluto.

—Lo haré.

—Lo digo en serio —le muevo un dedo en señal de advertencia—. Si parece molesta o algo no parece bien, llegaré inmediatamente. Incluso si es media noche. Ah, y a veces…

—Terrores nocturnos. Lo sé —asiente—. Lily también los tenía. Puedo manejarlo.

La ansiedad en mi pecho crece a cada paso que me alejo de Yuliana, pero me obligo a seguir adelante. Subo a mi auto, voy en reversa por el camino de entrada y me dirijo hacia el hotel.

Hablo en círculos todo el tiempo.

Lana ha criado a dos hijos. Ella sabe lo que está haciendo.

Pero Yuliana es diferente a Lily y Brady.

Ella podría asustarse y necesitarme y yo no estaré allí.

Es bueno para nosotras aprender a estar separadas. La socialización adecuada es importante.

Cuando me registro en mi habitación de hotel barato, estoy medio convencida de que sería mejor dormir en mi auto, en la entrada de la casa de Papá. Al menos así estaría cerca si algo saliera mal.

—Dúchate primero —digo, deslizando mi tarjeta de acceso en la puerta. Podré tomar una mejor decisión una vez que me haya duchado y terminado el día.

La habitación está oscura cuando entro. El olor químico de las sábanas blanqueadas y del spray limpiador flota en el aire.

Pero debajo hay algo más.

Algo familiar.

Huelo, tratando de ubicar el olor, pero no puedo. No hasta que enciendo las luces y veo una figura oscura sentada en el borde de la cama.

—Buenas noches, Rayne —dice Kirill—. Debiste haber corrido más lejos.

KIRILL

Rayne está congelada en shock frente a la puerta de la habitación del hotel. Ella parpadea, demasiado aturdida para gritar. Aunque sospecho que eso llegará muy pronto.

—Pareces sorprendida. No deberías.

Deja caer su bolso sobre la mesa a su lado, lo que hace que toda la asamblea se incline peligrosamente hacia la derecha.

—¿Dónde reservaste este hotel? ¿LugaresParaSerAsesinados.com? —pellizco la colcha entre mis dedos—. Esto está hecho de papel higiénico de una sola capa. Si me hubieras llamado, te habría conseguido una habitación de hotel mejor que esta.

—Si te hubiera llamado, nunca me habrías dejado ir.

Su voz suena débil. Delgada, de alguna manera, como té aguado. La Rayne que conozco está ahí, pero no está en toda su fuerza.

Desde ayer, parece haber envejecido una década. Su cabello está se retuerce en un desastre en forma de moño en la parte superior de su cabeza. Hay círculos oscuros debajo de sus ojos. No quiero nada más que abrazarla, presionarla contra mi pecho y dejarla dormir. Parece que lo necesita.

Pero ella tiene que *quererlo*.

Es por eso que estoy aquí.

—No estoy tratando de encarcelarte, Rayne.

—Entonces, ¿cómo explicas que irrumpiste en mi habitación de hotel? —desafía.

Pongo los ojos en blanco. —Lo que le hice a tu casa fue irrumpir. Esto fue solo entrar.

—Tú… —comienza a responder antes de registrar lo que dije. Sus ojos se estrechan—. Espera. ¿Qué le hiciste a mi casa?

—Secuestraste a mi hija y huiste de la ciudad. No me dejaste otra opción.

—Llevé a *mi* hija de viaje para visitar a mi papá. Las personas más cercanas a mí sabían exactamente dónde estaba.

Cruzo las manos sobre mi corazón. —Ay, Rayne. Eso duele mucho.

—Vete —ella lanza una mano hacia la puerta—. Llamaré a la policía.

—No, no lo harás.

—¿Cómo lo sabes?

Me levanto y veo cómo me siguen los ojos de Rayne. La forma en que se lame los labios mientras me acerco a ella. —Porque cuando entraste y me viste sentado aquí, ni siquiera gritaste.

—¿Qué significa eso? —pregunta.

Levanto un dedo. —Primero, significa que no estabas tan sorprendida de verme como fingiste —agrego un segundo y luego los enrollo debajo de su barbilla, disfrutando la forma en que se estremece ante mi toque—. Segundo, significa que, incluso una vez que supiste que era yo, no tuviste miedo. Incluso ahora me dejas tocarte, porque sabes que no te voy a lastimar.

De repente, Rayne se aleja y me rodea, moviéndose entre la cama y yo. —Estás haciendo muchas suposiciones.

—Son observaciones. Las correctas, supongo, considerando que te alejaste de tu única salida y te acercaste aún más a la cama —arqueo una ceja.

Sus mejillas arden de un rojo brillante. Quiero tomar su rostro entre mis manos y sentir el calor.

—No puedes irrumpir en mi vida de esta manera, Kirill. Tengo una hija. No puedo… no sacrificaré su infancia para jugar este juego contigo.

—Ya sacrificaste su infancia. La mantuviste alejada de su padre durante cinco años.

Una línea aparece entre sus cejas. Duda. Su debilidad.

La mía también, al parecer.

La ira se me escapa y me acerco a Rayne. —Ahora que sé que ella existe, no puedes huir de mí. No hay ningún lugar donde puedas llevarla donde no la encuentre. Estaré ahí para ella, Rayne. Te guste o no.

Ella me mira fijamente durante mucho tiempo. Prácticamente puedo ver los engranajes de su cabeza girando.

Finalmente, da un paso atrás y se deja caer en la cama. —Eres uno de esos idiotas que son buenos en todo.

—¿Disculpa?

—Incluso la paternidad —espeta—. Has sido padre durante veinticuatro horas y estás preparado para destrozar el mundo por estar con Yuliana.

Por ti también, pienso. *Destrozaría el mundo por las dos.*

—Debería estar agradecida, pero solo estoy un poco… celosa —deja caer su rostro entre las manos—. ¿Celosa de mi propia hija? Dios, eso es patético. Incluso para mí.

—Supongo que la visita a tu padre no fue exactamente digna de Norman Rockwell.

Ella deja escapar una risa amarga. —Sí, eso es correcto.

Me recuesto contra la cómoda, con los tobillos cruzados delante de mí. —Dime qué pasó.

—Lo mismo de siempre —arrastra los dedos por su rostro, tirando de sus ojos cansados—. Me doy cuenta de que no importa la edad que tenga, siempre me preguntaré por qué mi papá no me amó lo suficiente como para quedarse.

—No es necesario que te lo preguntes. Yo sé por qué.

Sus ojos azules se agrandan. —¿Por qué?

—Porque es un idiota.

Ella sonríe y pone los ojos en blanco. —No me habría sorprendido tanto si hubieras tenido una respuesta real. Si alguien pudiera hacer que mi papá admitiera la verdad, serías tú. Siempre sabes cómo manejar las cosas.

—Es mi trabajo.

—Se supone que también es el mío. Quiero decir, soy mamá. Se supone que las mamás tienen todas las respuestas. Se supone que siempre deben saber qué hacer —suelta un suspiro y un mechón de cabello se le cae de la frente—. Nunca sé qué es lo correcto. He estado inventándolo durante cinco años, enturbiándolo y esperando no destruir a Yuliana.

Pienso en el desorden de rizos castaños y grandes ojos verdes que conocí ayer y al instante sacudo la cabeza. —No la destruiste. Ella es perfecta tal como es.

—Sí, lo es —Rayne sonríe al suelo, sus ojos se ponen vidriosos al pensar en nuestra hija. Entonces su expresión se vuelve quebradiza. La luz en ella parpadea y se atenúa—. No te la oculté porque fuera fácil, Kirill.

—Obviamente no. Yo te habría facilitado muchísimo las cosas. Empezando por conseguirles a las dos una casa decente y poner a Yuliana en la mejor escuela.

—Lo sé —dice—. También lo supe entonces. Al principio me sentí herida. No estaba tratando de ser cruel, pero me dejaste atrás como si nada. Una pequeña parte de mí pensó que te merecías no saber nada de ella.

—Lo que pasó entre nosotros nunca debería haberse interpuesto entre mi hija y yo.

Asiente. —Lo sé. Sí. Solo… a medida que pasaba el tiempo, se hacía más difícil considerar decírtelo. Primero, no tenía idea de dónde estabas.

—Podrías haberme encontrado.

—Sí, pero ¿y si te buscaba y estabas muerto? —pregunta—. ¿O qué pasaría si vendías todo lo que tenías y te mudabas a Malasia?

—¿Crees que eso es algo que haría?

Me da una débil sonrisa. —No sé. No lo *sabía*. Así que era más fácil imaginar que estabas en

Nueva York, siguiendo adelante como siempre. Si realmente necesitara ponerme en contacto contigo, estarías allí. Esa fantasía parecía más segura que buscar la realidad y descubrir que nunca estarías en la escena —Rayne se acerca y toma mi mano. Sus dedos se entrelazan con los míos, moviéndose suavemente como si tuviera miedo de que un movimiento en falso destrozara todo el momento—. Es lo mismo que siento al hablar con mi papá. Quiero hacerlo, pero una parte de mí piensa que no saber por qué pudo dejarme atrás tan fácilmente es mejor que obtener respuestas.

—No preguntes hasta que estés lista entonces. Dale tiempo.

Ella me mira con sus ojos azules vidriosos. —No hay tiempo. De hecho, por eso vinimos de visita. Él está enfermo —su rostro cae—. Mañana verá a otro oncólogo, pero hasta ahora todos los médicos le han dado semanas como máximo. Es el final.

Aun sosteniendo mi mano, se deja caer en la cama y mira al techo. Su camisa se levanta, revelando un destello de su estómago. Veo las mismas cicatrices plateadas que noté la noche que estábamos en la pista de baile del bar. La comprensión me invade.

—Estrías —extiendo la mano y paso mi dedo por su cadera y alrededor de su cintura—. Me pregunté qué eran estos esa noche en el bar. Ahora tiene mucho más sentido.

—Las lociones que venden para frenar las estrías son una mierda —se queja—. Las usé tres veces al día e igual las tengo.

Ella se mueve para bajar su camisa y cubrirlas, pero aparto su mano. —Las obtuviste al llevar a mi hija. Son perfectas.

—Sí, vale —dice, claramente sin creerme—. Tu hija también me rascó la cara cuando tenía dos años y me dejó la otra cicatriz que notaste esa noche.

Tomo su mejilla con la mano y paso el pulgar por la hendidura de su mandíbula. —¿Yuliana hizo eso?

Rayne agacha la barbilla, todavía tratando de esconderse de mí. ¿Cuándo comprenderá que no hay ningún lugar donde esconderse? ¿Cuándo entenderá que no es necesario?

—Tenía un poco de mal genio. Me pregunto de dónde lo sacó —me mira con ojos acusadores.

—Eso podría haber venido de cualquiera de los dos, en realidad.

—Probablemente ambos —se ríe.

La tensión en la habitación está cambiando, pasando de la inquietud a algo expectante.

Entonces, Rayne me aprieta la mano. —¿Quieres saber la razón principal por la que nunca intenté encontrarte? Porque tenía miedo de que estarías casado. O comprometido —cierra los ojos—. No sabía cómo reaccionaría si descubría que estabas con otra persona.

—Entonces, cuando el otro día apareció Viktoria, ¿fue tu peor pesadilla?

—Sin exagerar —dice solemnemente—. Estabas comprometido con otra persona y era ella. Brutal.

Lentamente, me tumbo a su lado. Rayne todavía no abre los ojos, así que inclino su barbilla hacia mí y le paso el pulgar por las pestañas. Se abren. —Nunca hubo nadie más.

—Viktoria no estaría de acuerdo contigo.

—Eso no significa que sea cierto —le digo—. Las cosas con Viktoria siempre fueron negocios.

—¿Ya se terminó? ¿Lo que sea que tenían? —pregunta—. ¿Realmente se acabó?

—Se acabó. En primer lugar, nunca empezó realmente.

Me mira fijo durante mucho tiempo, sus ojos recorren mi cara. Extiende la mano y pasa sus dedos por mi cabello. —¿Qué tal una tregua?

—¿Qué significa eso?

—Una tregua —repite—. Solo por esta noche, todo entre nosotros puede… desaparecer.

Rayne rueda sobre su costado, la curvatura de su cadera hecha para mi mano. Agarro su cintura y le levanto la camisa, revelando más de su piel.

Y justo así, ella consigue lo que quiere.

Todo se desvanece.

RAYNE

Sueno más segura de lo que me siento. Mi cuerpo tiembla bajo su toque. Siento como si mi corazón fuera a salirse de mi pecho.

La mano de Kirill aprieta mi cintura. Se acerca más a mí, moldea su cuerpo al mío. —Sabes lo que quiero, Rayne.

Su voz es un estruendo delicioso. Lo siento en todas partes.

—Lo mismo que yo quiero —digo—. Sexo sin todas las complicaciones y expectativas. Una hora para olvidarse de todo lo demás y sentirse bien.

Kirill me pone boca arriba y se coloca entre mis muslos. Su frente se arquea alto. —¿Crees que una hora es todo lo que quiero? ¡Qué imaginación tan limitada tienes!

—Qué ego tan inflado tienes —bromeo.

Él coloca su peso encima de mí, su erección acurrucada entre nosotros. —De todos modos, algo está inflado.

Me río y la chispa de alegría que me recorre me deja sin aliento. ¿Cómo podría algo con Kirill carecer de sentido? Soy estúpida si creo que puedo tocarlo y saborearlo y luego dejarlo pasar. Cuando él decida irse, me desmoronaré.

Kirill presiona sus labios contra mi cuello y mi mandíbula. —¿A dónde fuiste?

Parpadeo. —¿Qué?

—Te distrajiste. ¿Qué estabas pensando?

—Nada —lo rodeo con mis brazos y paso mis manos por los músculos agrupados a ambos lados de su columna.

Se arrodilla encima de mí y agarra la cintura de mis pantalones. —¿Sigues mintiéndome después de todo lo que hemos discutido?

—No estoy mintien…

—Está bien. Te sacaré la verdad —desliza los pantalones por mis piernas, dejando que sus dedos susurren sobre mi piel febril—. De una manera u otra.

Ni siquiera empezamos y estoy electrizada. No me había sentido así desde… desde hace cinco años. Desde la última vez que Kirill y yo estuvimos juntos.

Presiona las palmas de sus manos sobre mis muslos, masajeándome con calidez y fricción, pero mi cuerpo bien podría ser de piedra. Estoy rígida, congelada por el miedo de no volver a tener esto nunca más. Esta será la última vez que me derretiré ante el toque de un hombre. La última vez viva con la necesidad y el deseo de una manera que hace que cada segundo sea más placentero que el anterior.

Se desliza por mi cuerpo, acariciando y besando cada pedacito de piel expuesta mientras expone aún más en el camino.

Sin embargo, lo único en lo que puedo pensar es en cuánto me dolerá cuando esté sola en la cama y Kirill esté de regreso en Nueva York.

Antes de que pueda besar el pulso en mi cuello, golpeo mi mano entre nosotros y tiro de la parte delantera de sus pantalones. —Quítate esto. Empecemos.

Él suelta una carcajada. —Eso es lo que estoy tratando de hacer aquí.

—Podrías haberme engañado. Siento que me están haciendo un examen físico.

Mentiras. Ridículas mentiras risibles. Quiero que la boca de Kirill se mueva sobre cada centímetro de mí. Él podría pasar horas haciendo solo esto y yo felizmente me quedaría aquí y lo dejaría. Mi cuerpo vibra de conciencia y Kirill está tocando todos los hilos correctos.

Se levanta sobre un brazo, su antebrazo y bíceps se ondulan con el movimiento. —Dime que no estás criticando mis juegos previos en este momento.

—Hemos tenido cinco años de juegos previos. Fóllame y acaba con esto de una vez.

El atisbo de diversión en su rostro desaparece. Me siento como un germen bajo el lente microscópico de su mirada.

—Que te folle… y acabe con esto de una vez —deja que las palabras tropiecen con sus labios, insistiendo en cada una de ellas para resaltar lo absurda que sueno.

Podría apartarlo de mí y volver a ponerme los jeans. Podría terminar esto antes de que comience y ahorrarme el dolor de cabeza, pero no soy lo suficientemente fuerte. Mi única salida es acabar con el éxtasis lo antes posible.

Debí haber sabido que no me dejaría libre tan fácilmente.

Deslizo mi mano dentro de sus pantalones y enrosco mis dedos alrededor de su caliente longitud. Es granito aterciopelado en mi mano.

Cuando lo acaricio, se queda sin aliento.

Lo acaricio de nuevo y él deja que sus ojos se cierren.

Nunca he tenido el control en lo que respecta a Kirill. Es como intentar controlar un huracán. Lo único que queda es prepararse y esperar lo mejor. Pero tal vez lo que está haciendo ahora sea una pequeña misericordia. Quizás, solo por esta vez, seré yo quien controle el ritmo.

Deslizo mi palma hacia arriba y hacia abajo unas cuantas veces más antes de aumentar el ritmo. Sus caderas se empujan hacia mi agarre. No podrá soportar mucho más de esto. Otro minuto más y lo llevaré dentro de mí y estaré más cerca del final.

Más cerca de él yéndose de nuevo.

Más cerca de la cruel privación que se producirá cuando eso suceda.

Pierdo la concentración por solo un segundo, pero es suficiente. Kirill me agarra la muñeca y sujeta mi brazo al colchón sobre mi cabeza.

—Oye. ¿Qué estás…?

—Podría hacerte la misma pregunta, pero sé lo que estás haciendo —desliza mi otro brazo hacia arriba para unirse al primero. Estoy indefensa debajo de él mientras se frota contra mí—. ¿Por qué intentas apresurarme, Rayne?

La verdad arde dentro de mí.

Porque nunca nadie más me ha hecho sentir así.

Porque tengo miedo de no sobrevivir cuando te vayas.

Mantengo la boca cerrada, sellando el secreto en su interior.

Kirill suelta mis muñecas y pasa sus manos por mis brazos. Por lo general, soy un desastre con cosquillas, pero él sabe exactamente cuánta presión aplicar para iluminar mis terminaciones nerviosas. Me agarra por la cintura y luego, con un movimiento fluido, me arrastra hasta el borde de la cama y cae de rodillas en el suelo.

Miro a lo largo de mi cuerpo y veo a Kirill allí, con sus ojos verdes enfocados en el centro de mí.

—Te follaré, pero no voy a apresurarme —engancha sus dedos en mis bragas y las desliza por mis piernas—. Voy a tomarme mi tiempo para hacerte gritar.

Me estremezco. Nadie debería verse tan bien cuando habla tan sucio.

Sus labios carnosos dibujan una sonrisa y el último rayo de luz del atardecer entra por la ventana, proyectándolo en un duro alivio. Él es luz y oscuridad, ángel y demonio. Él es ambas caras de la moneda. No importa cómo lo voltee, la respuesta es la misma.

Cuando sumerge su rostro entre mis piernas y desliza la parte plana de su lengua sobre mi abertura, la verdad dentro de mí sale corriendo en dos palabras.

—Por favor.

Presiona su mano contra mi estómago, inmovilizándome mientras su boca me destroza. Me provoca con su lengua, moviendo mi clítoris hasta que los dedos de mis pies se curvan.

Entonces, sus labios son el centro de mi mundo.

Deslizo mis manos por su cabello y lo acerco a mí. Mis muslos chocan contra sus oídos mientras pierdo el control de mi cuerpo, cada fibra de mí concentrada en perseguir la sensación de su trabajo entre mis piernas.

—No pares —me quejo—. Kirill. Por favor. No…

El grito todavía está en mis labios cuando Kirill se aleja.

Parpadeo y es como si saliera de una inmersión en aguas profundas. Estoy desorientada. Él se sienta y agarra el dobladillo de mi camisa, pasándola suavemente por encima de mi cabeza.

Levanto los brazos, confundida. —¿Qué estás haciendo?

Se echa la camisa por encima del hombro y me desabrocha el sujetador. —Quitándote el sujetador.

—Pero tú estabas… yo estaba…

—Cerca. Sí, lo sé —me da una sonrisa engreída—. Por eso me detuve.

—No creo que entiendas cómo funciona el sexo —basado en el implacable temblor entre mis muslos, es obvio que Kirill sabe más de lo que le corresponde sobre cómo funciona el sexo. Quiero devorarlo y apenas hemos comenzado.

—Entiendo el sexo… pero lo más importante es que te entiendo a ti —deja caer mi sujetador al suelo y toma mis senos en sus manos. Me palmea con un suspiro—. Estás tratando de construir un muro entre nosotros, Rayne. Te estás reteniendo de mí.

—Estoy completamente desnuda debajo de ti. ¿Cómo es esto retenerse?

Me pellizca el pezón y arquea una ceja. —Sabes cómo. Dejar que te corras en mi boca no habría derribado ese muro. Porque no te necesito satisfecha. Te necesito desesperada.

El pánico me atraviesa. —¿No dejarás que me corra?

—Lo haré. Pero todavía no.

Él baja la cabeza y toma mi pezón con su boca. Su lengua se arremolina a mi alrededor y me presiono contra él.

No puedo fingir que no quiero esto. Cualquier capacidad que tuviera para contenerme, para aceptar lo mínimo de Kirill, se ha ido. Lo quiero todo ahora mismo mientras él me lo permita.

Besa mi pecho y mi clavícula, y me retuerzo debajo de él. Cada roce de su piel sobre la mía es suficiente para hacerme gemir. Me provoca aún más placer y ni siquiera se ha quitado los pantalones todavía. Es brujería.

—¿Cómo se siente esto tan bien? —es más que nada una pregunta retórica, que le hago al techo mientras Kirill besa una línea a lo largo de mi cuello, sus manos agarrando mi cintura.

—Siempre ha sido así de bueno entre nosotros.

Nunca me había sentido así con nadie más. No es una cuestión de habilidad. Es algo intangible. La energía que vibra entre nosotros es física. Juro que los científicos podrían observar cambios en el aire cuando estamos juntos. Estar cerca de Kirill, sentir sus manos sobre mi cuerpo y su boca sobre la mía, es una fantasía. No quiero despertar nunca de esto. Quizá la tortura del placer retrasado valga la pena si la anticipación se siente tan bien.

Me deja quitarle los calzoncillos de las caderas, pero, cuando lo alcanzo de nuevo, me arrebata el brazo en el aire. Sus labios presionan el interior de mi muñeca.

—¿Tienes miedo de que termine todo demasiado pronto? —pregunto con una presunción que realmente no siento. Estar con Kirill es estar constantemente en desequilibrio. Es la emoción de colgarse de la parte delantera de una montaña rusa, esperando que la gravedad te agarre y te envíe una emoción por la columna. Está claro que no soy yo quien tiene el control.

—Ese debería tu miedo —sus ojos oscuros se estrechan—. No premio el mal comportamiento.

Él apoya su peso contra mí, su excitación presiona contra donde más la quiero. Me recorre una necesidad pulsante. Lentamente, retiro mi mano y enrosco mis dedos entre los sedosos mechones de su cabello oscuro.

—Entonces, enséñame a ser buena, Kirill.

Una sonrisa maliciosa juega en su boca. —Ábrete para mí.

Siento que sus palabras tienen un significado más profundo, pero las tomo literalmente. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y me coloco en su punta. Con una presión de mis caderas, él está dentro de mí.

—Estoy tan lista —susurro impotente contra su cuello.

Kirill deja escapar un suspiro y deja caer su frente sobre mi hombro. Entra y sale de mí con embestidas insoportablemente superficiales. Cada vez que intento arquearme para recibir más, él retrocede.

—Kirill —me quejo, rascando su espalda con las uñas. Todo su cuerpo tiembla por el control que necesita para no enfundarse dentro de mí—. Estás temblando.

—Tú también —jadea.

Mis muslos tiemblan alrededor de sus caderas. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, a punto de explotar con el más mínimo toque de él dentro de mí.

No sé qué espera.

Excepto que sí lo sé.

—Por favor —le ruego.

Muerde mi mandíbula y luego besa el dolor. —Dime.

—¿Que te diga qué?

—La verdad —gruñe.

Aprieto mis labios con fuerza y aprieto mis piernas alrededor de su cintura. Kirill no se mueve ni un centímetro más profundo de lo que quiere. Continúa tentándome con la promesa de más hasta que lágrimas de frustración me queman el fondo de los ojos.

—Necesito esto, Kirill. Por favor —lo intento de nuevo.

Lame una línea desde mi cuello hasta mi clavícula, saboreando el sudor que se acumula allí. Luego su boca se cierra alrededor de mi pezón. Su lengua golpea mi piel pedregosa, llevándome casi a la locura.

Cuando habla, sus palabras arden contra mi pecho. —Puedes conseguir sexo en cualquier lado. ¿Por qué necesitas esto?

—Porque… —resoplo—. Solo fóllame, Kirill. Por el amor de Dios. Esto no tiene por qué ser más de lo que es.

—¿Qué es esto, Rayne?

Su mano se desliza entre nosotros y su dedo rodea mi centro. Inmediatamente, se me llenan los ojos de lágrimas. Siento que una se desliza por mi mejilla. —Es sexo.

Su dedo se detiene. —Intenta de nuevo.

—Es sexo realmente bueno. Sexo increíble —su mano se mueve contra mí, pero permanece tercamente quieta—. El mejor sexo que he tenido en mi vida.

Continúa donde lo dejó y empuja un poco más profundamente dentro de mí. Una recompensa por mi honestidad, pero aún no es suficiente.

—¿Por qué el sexo es tan bueno? —sus labios están contra el caparazón de mi oreja ahora. Sin sus ojos verdes taladrando los míos, me siento menos vulnerable. La verdad se siente más a nuestro alcance—. Dime por qué no es así con nadie más. Dime qué hace que esto sea diferente y te daré todo lo que quieras.

¿Está hablando de un orgasmo? ¿O algo más?

Quiero un papá para Yuliana.

Quiero una unidad familiar que pueda llamar mía.

Quiero que alguien me cuide cuando esté enferma y recoja a Yuliana del colegio. Alguien que me haga sentir segura y amada. Alguien que me mire como si fuera especial, como si importara. Alguien que me pondrá primero pase lo que pase.

Pero no solo quiero a alguien.

Lo quiero a él.

La verdad es una bola de calor en mi núcleo, que crece en intensidad a cada segundo que pasa. Incluso si quisiera guardarla dentro, no estoy segura de poder. Me quemará y destruirá todo a su paso si no la suelto.

—Rayne —respira Kirill. Su voz suena como una súplica. Él también necesita esto. Tanto como yo.

—Esto es diferente porque… —me esfuerzo por liberarme, rezando de alguna manera poder llegar allí por mi cuenta. Que quizá esta versión limitada de su toque sea suficiente para llevarme allí. Cuando está claro que eso no funcionará, me rindo ante la derrota—. Esto es diferente porque eres tú, Kirill. Tú y yo. Porque tocarte nunca podría carecer de sentido. Es complicado e

increíble y es todo lo que siempre quise… ahora, ayer, hace cinco años. Te deseo tanto que podría morir de deseo si no me das lo que anhelo. Es diferente porque… porque te amo.

De una sola embestida, me llena. Mis palabras se pierden en un grito que resuena en el techo manchado de agua.

—Buena chica —gruñe.

Entonces, la conversación cesa. Kirill me embiste una y otra vez hasta que ambos jadeamos y nos retorcemos por liberarnos.

Cuando finalmente llega el orgasmo, estoy indefensa ante el ataque.

Mi cuerpo se aprieta alrededor de su longitud caliente y también me envuelvo alrededor de él. Quiero tenerlo contra mí y dejar que este sentimiento dure para siempre. Pero, después de solo unos pocos pulsos, siento que Kirill se pone rígido. Sus embestidas se vuelven decididas y luego mueve su éxtasis dentro de mí, los dos subiendo la montaña rusa hasta el fondo.

Cuando termina, Kirill sale de mí y entra al baño. Sin abrazos, sin conversación. La vulnerabilidad que se desvaneció con mi placer regresa con venganza.

Estoy alcanzando el edredón áspero para cubrirme con una especie de vergüenza acalorada cuando él regresa a la habitación con una toallita mojada y una toalla.

Sin decir palabra, Kirill me limpia. Pasa la tela por mi centro y mis muslos, como si fuera algo que hizo miles de veces antes. Estoy demasiado aturdida para discutir. Solo observo cómo sus músculos se tensan y relajan mientras trabaja.

Lo amo. El pensamiento permanece dentro de mí como un paquete sospechoso. Si tiro de los hilos y los suelto, ¿explotará este momento? La incertidumbre me hace apretar la boca para mantener esas palabras dentro.

Kirill se da vuelta y hurga en mi maleta. Me ayuda a ponerme ropa interior limpia y mi conjunto favorito de sudaderas grises a juego. Cuando termina, se pone su propia ropa y se sienta en la cama a mi lado.

Hemos estado en silencio durante tanto tiempo que me sobresalto cuando finalmente habla.

—Quiero conocer a Yuliana.

Parpadeo, tratando de encontrarle sentido a sus palabras. —Ya la conociste.

—Adecuadamente —dice—. Mañana. Quiero… llevarla a un parque. Quiero jugar con ella y conocerla.

¿Fue este su plan todo el tiempo? ¿Follarme hasta dejarme sin sentido para que acepte que conozca a su hija? Mi admisión impulsada por el sexo parece aún más ridícula ahora. Me manipuló. Me convenció de debilitarme ante él para poder atacar y conseguir lo que quería.

O… tal vez… no.

De nuevo, la incertidumbre me muerde la lengua.

—Esto no se trata de nosotros dos —continúa—. Ya no. Se trata de Yuliana. Mi hija y yo.

Dios, odio que tenga razón.

Cruzo los brazos sobre el pecho y asiento. —Vale.

Se acerca y me gira suavemente para mirarlo. Antes de darme cuenta de lo que está pasando, Kirill roza sus labios con los míos. Es un susurro de beso, pero el deseo cobra vida dentro de mí. Me presiono más contra él, lista para sacrificarme en su altar una vez más.

Luego, se aleja. Coge las llaves del tocador y se dirige a la puerta. —Vuelve a encender tu teléfono. Te enviaré un mensaje de texto con la ubicación.

Antes de que pueda aceptar, sale al pasillo y cierra la puerta detrás de él. Se va tan repentinamente como apareció.

KIRILL

Están atrasadas.

Estoy considerando patear la puerta de entrada del padre de Rayne tal como pateé la de ella. Derribaré a patadas todas las puertas de la familia Garner que existan si es necesario.

Impaciente y retorciéndome de energía, examino lo que me rodea. El parque que elegí para que nos reuniéramos está escondido en la parte trasera de un vecindario rico. Hay un lago detrás del colorido parque infantil y un sendero para caminar que parece servir principalmente a personas mayores de sesenta años. Las mujeres blancas ricas me miran nerviosamente al pasar. Temiendo lo que un hombre como yo, con asesinato en los ojos como los hay en los míos, podría hacerles. O tal vez esperándolo con ansias.

Rayne debería destacar entre esta multitud, pero no la veo por ningún lado. Miro mi reloj. Diez minutos de retraso. No… once.

Por otra parte, ella nunca accedió a reunirse conmigo aquí. Salí de la habitación del hotel antes de que pudiera hacerlo.

A decir verdad, me fui antes de que pudiera tirarla sobre la cama y hacerla gritar mi nombre otra vez. La primera vez logré lo que quería. Rayne admitió lo que sentía por mí. Hacerlo de nuevo habría sido jugar con el desastre.

Podría haber admitido yo lo que siento por ella.

Aun así, incluso el más mínimo roce de su boca contra la mía me tenía listo para la segunda ronda. Salí de ese hotel con una erección furiosa. Todavía estoy luchando solo contra el recuerdo.

Miro hacia arriba mientras una mujer mayor con un chándal granate pasa apresuradamente, con los ojos entrecerrados en mi dirección como si pudiera leer mis pensamientos sucios.

Estoy haciendo todo lo posible para no parecer un hombre excitado mientras estoy sentado cerca de un parque infantil cuando Rayne finalmente aparece en el camino a la derecha. Lleva unos jeans ajustados y una sudadera corta. Una Yuliana saltarina se aferra a su mano.

En el momento en que las veo a las dos juntas, puedo imaginarme perfectamente a mí mismo parado al otro lado de Yuliana. Le apretaría la mano y la balancearía entre nuestros brazos.

Es una linda imagen, aunque me da escalofríos. No es nada que me haya imaginado nunca, pero parece obviamente correcto.

Ahora me aseguraré de que Rayne también pueda verlo.

—Lamento llegar tarde —murmura Rayne, mirando a Yuliana en lugar de a mí.

Yuliana está mirando el lago, admirando a los gansos mientras aletean en el agua. Tan pronto como Rayne habla, se da vuelta. La sonrisa en su rostro desaparece cuando me nota. Ella se aleja y apoya la barbilla contra el pecho.

—Estaba a punto de enviar un grupo de búsqueda para localizarlas. Me alegro de que no haya llegado a eso.

La mayoría de la gente bromea cuando dice cosas así. Yo no. Habría tenido una docena de hombres peinando los rincones de la ciudad en busca de ella con un chasquido de dedos.

Rayne lo sabe también. Se muerde la comisura del labio inferior y continúa sin mirarme. Es lo mejor. La lujuria en mis ojos la haría correr de cabeza al lago.

Dirijo mi atención a nuestra hija. —Es bueno verte de nuevo, Yuliana —me arrodillo frente a ella—. Me gusta tu atuendo —lleva un vestido morado con medias moradas a juego y zapatos morados iluminados.

—Se vistió sola esta mañana —explica Rayne, reprimiendo una sonrisa cariñosa.

—Hiciste un gran trabajo. Toda tu ropa combina. Es mejor de lo que yo puedo hacer la mayor parte del tiempo.

Las mejillas de Yuliana se sonrojan. No puedo evitar mirar a su madre. Ese es un rasgo que comparten. Mete su cara sonrojada en la pierna de Rayne y me mira por el rabillo del ojo.

—Te acuerdas de Kirill —susurra Rayne, dándole palmaditas en el hombro—. Nos llevó el otro día. Tú le hiciste ese dibujo.

—Por cierto, todavía quiero verlo —intervengo—. No olvidé que me fui sin reclamar mi obra de arte original de Yuliana.

Sonríe, pero sigue sin mirarme. En cambio, mira hacia el patio de recreo. —¿Puedo ir, Mamá?

Rayne suspira y la empuja. —Ve y juega. Nosotros estaremos aquí si nos necesitas.

Nosotros. Nos. Sin pensarlo, Rayne se está agrupando conmigo. A simple vista no parece gran cosa, pero lo veo como lo que es: el principio del fin.

El fin de su resistencia.

El fin de su independencia autoimpuesta.

El fin de pretender que no somos nada más que destinados.

Yuliana da algunos pasos entrecortados que se convierten en un salto y luego en una carrera completa hacia el tobogán más alto. ¿Cuánto tiempo le llevó ganar este tipo de confianza? ¿Cuántas veces Rayne tuvo que sostener a Yuliana en su regazo y deslizarse por el tobogán con

ella antes de sentirse cómoda haciéndolo ella misma?

¿Cuánto me he perdido?

—Me perdí sus primeros pasos —susurro—. Gatear, sus primeras palabras, sus primeros alimentos. Todo.

Rayne se pone rígida a mi lado. —Ya me he disculpado.

—Sabes tan bien como yo que las disculpas no recuperan lo perdido.

Ilya se sienta entre nosotros como un fantasma. Una presencia tan palpable que juraría que podría extender la mano y tocarlo. Joder, como me gustaría poder hacerlo.

—Si te hace sentir mejor, no te perdiste por tanto sus primeras palabras.

—Tiene casi cinco años, ¿no?

Rayne asiente. —Tuvo que ir a terapia del habla antes de empezar a hablar.

De nuevo veo a Ilya. Pienso en los años inmediatamente posteriores a su lesión cerebral, en los que tuve que sonsacarle las sílabas más pequeñas. Hablar siempre fue difícil, incluso antes de que nuestro padre le estrellara la cabeza contra el azulejo. Nunca fue especialmente hablador. No como yo.

—Ahora está bien —añade Rayne apresuradamente—. Ella está bien. Excelente.

—Iré a hablar con ella y lo descubriré por mí mismo —doy un paso hacia el patio de recreo, pero entonces Rayne toma mi mano.

En el momento en que sus dedos tocan los míos, retrocede como si estuviera en llamas. Su mano se flexiona a su costado. Ella sintió la misma descarga eléctrica que yo.

—Yuli es tímida. La gente nueva la pone nerviosa.

—Entonces, ¿estás diciendo que sería una mala idea decirle que soy su papá perdido que vino a llevarla a casa?

La boca de Rayne cae. —No puedes… No está preparada para… ¡No le digas quién eres!

—Sorprendentemente, descubrí que era una mala idea por mi cuenta.

Ella deja escapar un suspiro de alivio. —Eso no es gracioso. Casi me das un infarto.

Riendo, entro al patio de juegos, justo cuando Yuliana sale disparada desde la parte inferior del tobogán y planta sus zapatos iluminados en el césped verde. Ella está sonriendo, su cabello ya se le pega a la frente por el sudor. Luego me mira y su sonrisa se desvanece.

Mi pecho se retuerce.

—Aterrizaste de maravilla. Diez sobre diez del juez ruso —levanto diez dedos, aunque estoy bastante seguro de que ella no entiende la referencia—. ¿Te gustan los toboganes?

Ella mira por encima de mi hombro en busca de Rayne. Sus ojos verdes envían silenciosos mensajes de emergencia a su mamá.

—Tu mamá dijo que podía venir a hablar contigo. ¿Está bien?

—Te fuiste.

De repente, Yuliana está mirando directamente a mi alma. Por un segundo, creo que habla de hace cinco años, cuando me fui de la ciudad y, sin saberlo, de Rayne embarazada. Entonces recuerdo…

—¿El otro día después de que las dejé en su casa? Sí, lamento eso. Tuve una emergencia.

Ella me mira de pies a cabeza, su mirada astuta. —¿Tienes un péndice?

—¿Un qué?

—Un péndice —repite—. Cuando tía Nat tuvo una emergencia, tenía pendixitus.

Una risa brota de mí inesperadamente. —Ese es definitivamente un tipo de emergencia, pero no la que yo tuve. Todavía tengo mi apéndice. Esta fue una emergencia no médica.

—Vale —se encoge de hombros—. Conservé tu dibujo. Está en mi habitación.

—Me aseguraré de conseguirlo la próxima vez que esté allí.

Sus ojos vuelven a los míos. —¿Volverás a mi casa?

—Tan a menudo como tu mamá me lo permita.

Lo digo principalmente para no asustarla, aunque Rayne no puede hacer nada para alejarme de esta niña. Patearé esa endeble puerta tantas veces como sea necesario.

Rápidamente, Yuliana se cansa de la charla y vuelve a jugar en el patio de recreo. La sigo, manteniendo la distancia, pero lo suficientemente cerca como para ofrecer mi opinión sobre las cosas y responder sus preguntas.

—Creo que podrías caerte y romperte la cabeza si intentas hacer una voltereta hacia atrás desde el puente.

—Probablemente se podrían cocinar dientes de león para hacer una sopa, pero yo no los comería crudos.

—No, las mariposas no pueden hacerte daño.

Yuliana formula sus preguntas con una sinceridad monótona que nunca podría imitar. Pregunta las cosas más absurdas como si tuvieran cien por ciento sentido. Para ella lo tienen.

Ha pasado mucho tiempo desde que vi el mundo a través de lentes tan optimistas. La parte loca de todo esto es… que no quiero quitármelos nunca.

Después de un rato, Yuliana señala con su dedo regordete la parte superior del patio de recreo. —Voy a subir allí para hacer un fuerte.

Tengo que entrecerrar los ojos contra el cielo brillante para ver el recinto enrejado en la parte superior. —Eso es alto.

Ella asiente solemnemente. —Los adultos no pueden venir.

Con eso, se agacha debajo de una barra de metal, sube un tramo de escaleras y sube por una escalera de cuerda. Cuando regreso al banco donde está sentada Rayne, lo único que puedo ver de Yuliana son sus zapatillas relucientes asomando debajo de las paredes de plástico del fuerte.

—A ella le gusta estar sola —comento, dejándome caer en el lugar junto a Rayne.

—A algunos niños les gusta estar solos. No es raro.

Arqueo una ceja ante el tono defensivo de su voz. —Yo nunca dije que lo era.

—Lo sé. Yo solo… yo también era introvertida cuando tenía su edad. Sin hermanos viviendo en casa y sin nadie más que mi mamá, me acostumbré al silencio.

—¿Es por eso que no me hablaste de ella? ¿Porque creciste sin un papá, entonces pensaste que ella tampoco lo necesitaba?

Suspira. —No quiero seguir hablando de esto. Ya te dije.

—Aparentemente vale la pena repetirlo.

Sus manos se aprietan en su regazo, tan enredadas que no estoy seguro de que alguna vez las deshaga. —No recibirás más confesiones de mi parte.

—A menos que te tenga al borde del orgasmo, ¿verdad? —susurro con complicidad—. Sabes, hay formas más sutiles de decirme que necesito pasar por tu habitación de hotel más tarde para un interrogatorio adecuado.

—Esa es mi manera de decirte que el pasado quedó en el pasado. No tiene sentido revivirlo. Ambos cometimos errores… muchos de ellos. Yuliana es lo único que importa ahora.

Puedo ver los zapatos de Yuli abriendo un camino de un lado al otro del fuerte. Una luciérnaga, preciosa y despreocupada.

—Ella importa muchísimo. Pero también importan otras cosas.

—¿Como qué? —pregunta Rayne.

Me inclino para que mi voz no sea más que un estruendo en su oído. Entonces puedo ver cómo se le pone la piel de gallina a lo largo del cuello y desaparece debajo del cuello de su suéter. —Como que te mueres de desearme tanto. Eso importa. Sería una pérdida trágica. Especialmente cuando el remedio está disponible.

Rayne me mira y sus ojos se posan momentáneamente en mi entrepierna. Podrían confundirla con una señal de alto en este momento, por lo roja que está.

—Esa confesión fue coaccionada.

—¿Qué hay de que te arqueabas en la cama mientras gritas mi nombre? ¿Eso también fue coaccionado?

Habla entre dientes. —Si me pides una evaluación de desempeño, puedo ser honesta. Eres bueno en la cama, Kirill. Genial, incluso. Lo mejor que he tenido. ¿Es eso lo que quieres saber?

Me recuesto en el banco, con las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos. —Podríamos hacer

picnics en el parque.

Rayne se gira hacia mí tan rápido que me sorprende que no se deslice del banco. —¿Qué?

—En realidad, hago un sándwich excelente —continúo—. Podríamos traer una canasta con comida y comer mientras Yuliana juega. O tal vez podamos inscribirla en fútbol. Serás la mamá del fútbol con la que todos los papás quieren follar.

—Kirill, ¿de qué estás hablando?

—Noches de cine los sábados con palomitas y dulces. Construiré una casa de árbol en su dormitorio. Guirnaldas de luces y cortinas de gasa, todo lo bueno.

Cuando miro, Rayne me mira con ojos del mismo tamaño y color que el cielo. Nunca antes la había visto tan desconcertada.

—Lo que quiero saber —continúo en voz baja—, es si eso suena como el tipo de vida que siempre has soñado.

La garganta de Rayne se agita mientras traga. Sus ojos azules se vuelven vidriosos y desenfocados.

Y ahí está.

La verdad.

Asiento con satisfacción. —Ves la misma imagen que yo, Rayne. No eres una mujer estúpida. Sabes que esto tiene sentido. Tú y yo y Yuliana. Deja de huir de eso.

De repente, Rayne se levanta del banco y se levanta. —Tenemos que irnos.

—No, no tienes que hacerlo.

—En realidad —espeta, girándose para mirarme—, sí tengo que. Tengo que ir a reunirme con mi papá.

—Te quedas en su casa; no es necesario que te reúnas. Lo que estás haciendo es huir porque sabes que tengo razón. Estás siendo terca como siempre.

Sacude la cabeza como si estuviera tratando de sacar mis palabras del aire. —Lo creas o no, esto no tiene nada que ver contigo, Kirill. Es hora de que nos vayamos.

Ella marcha hacia el patio de recreo, con los puños apretados con fuerza a sus costados.

La dejo ir. Rayne puede correr tan lejos como quiera.

Ella nunca llegará lo suficientemente lejos.

RAYNE

El restaurante está más lleno de lo que esperaba. No hay mucha gente, solo unas cuantas parejas mayores descansando alrededor de una mesa cerca de las ventanas y algunos estudiantes con los ojos llorosos bebiendo café mientras se inclinan sobre sus laptops en el centro de la sala.

Pero hay más personas aquí de las que invitaría a una sesión de terapia familiar. Después de todo, eso es lo que es esto.

Mi papá y Pat están tan cerca de las puertas de entrada que casi los pierdo en mi escaneo inicial del restaurante. Doy los cinco pasos más cerca de su mesa y me detengo.

Miro a mi alrededor, a las diez mesas vacías más cercanas. —¿Aquí quieres sentarte?

—Parece un lugar tan bueno como cualquier otro —dice Papá, acercándome un asiento.

Parece un buen lugar si estás pensando en hacer una escapada rápida. Honestamente, no lo culpo. Acabo de llegar y ya tengo muchas ganas de irme.

Cuando dejé a Yuliana en casa con Lana y Alexis, mis hermanas me dijeron que me lo tomara con calma con Papá.

—Esto no será un interrogatorio —les prometí—. Sin tortura de agua ni nada por el estilo, lo prometo.

—Es solo que puedes ser un poco… crítica —dijo Alexis.

Lana asintió con la cabeza y tuve que luchar contra el impulso de informarles que ellas eran quiénes para hablar en esta situación.

—Papá está enfermo y no quiero que se estrese más —dijo Lana—. La cita de hoy con el oncólogo no salió como esperábamos.

Pero salió exactamente como esperábamos. Papá tiene semanas. Quizás más. Probablemente menos.

Mirándolo ahora, con la piel cetrina y los ojos hundidos sobre las ojeras, supongo que menos. O sea que no puedo darme el lujo de posponer esta conversación por más tiempo. No importa lo mucho que mi encuentro con Kirill me hiciera querer volver corriendo a casa con el rabo metido entre las piernas.

—¿Hola? —dice Papá, agitando su mano frente a mi cara.

Parpadeo. —Disculpa. ¿Qué?

—Te pregunté si querías café. Pat irá al mostrador y hará el pedido por nosotros.

—Ah, disculpa. No, gracias —entonces, me doy cuenta de lo raro que es invitar a mi papá a un café y no tomar nada—. ¿O… un pastelito, tal vez? ¿Un croissant?

Pat alza las cejas como si esperara que siga enumerando cosas. —¿Algo más?

—Eso es todo. Gracias.

Pat saca su deslumbrante billetera y camina hacia el mostrador, lanzando miradas nerviosas en nuestra dirección todo el tiempo.

—No sabía que Pat estaría aquí.

—Ella es mi esposa. Por supuesto que está aquí.

El tono agudo de su voz me sorprende. Asiento rápidamente. —Lo sé. Está bien. Solo decía.

Él suspira. —Lo siento. Ha sido un largo día.

—Lana me habló de la cita de esta mañana. Lo siento.

Una parte de mí quiere alcanzarlo y tocar su mano, consolarlo de algún modo. Es lo que debería hacer una hija. Una gran parte de mí quiere permanecer en mi lado de la mesa. La inquietud se arrastra bajo mi piel como un cáncer en sí mismo, multiplicándose con cada segundo que pasa.

—¿Qué le vas a hacer, sabes? Supongo que tuve una buena vida —me da una débil sonrisa—. Nadie puede vivir para siempre.

—Supongo que no.

Paso el dedo por una costura de la mesa y miro a Pat en el mostrador. Está ordenando. Probablemente volverá a la mesa en unos minutos. Quiero arrancarle la curita a esta situación lo más rápido posible, pero ¿debería esperar a que Pat regrese antes? ¿Cuál es el protocolo para sacar a la luz cosas del pasado?

—¿Yuliana está con Lana? —pregunta.

—Sí. La dejé en mi camino hacia aquí.

—¿A dónde fueron esta mañana?

Pienso en hace un par de horas y veo a Kirill descansando en el banco del parque. Sus piernas cubiertas de mezclilla estiraas, los tobillos cruzados casualmente. No importa si es de mañana, de tarde o de un duro mediodía, el hombre no encuentra una mala iluminación ni para salvarle la vida. Tenía buen aspecto esta mañana. Violentamente bueno. Seductoramente bueno.

Lo que decía sonaba aún mejor. Hablando de nosotros tres… una familia. *Tú y yo y Yuliana.* Palabras que me emocionan y aterrorizan a partes iguales.

Parpadeo para salir de mi ensoñación y cruzo las manos. —Un parque. Pensé que a Yuliana le

gustaría salir de casa.

La frente de Papá se arruga ligeramente. —Ayer estaban jugando en el patio trasero. Y anoche mantuvimos a los niños ocupados.

—Ah, lo sé. No estaba diciendo… —suspiro—. Solo necesitaba un poco de tranquilidad. Fue para mí, más que nada.

—¿No hubo suficiente silencio en el hotel anoche?

De hecho, no. El dios del sexo que apareció y sacudió mi mundo hizo que fuera difícil descansar.

Me muerdo la verdad y me río sin humor. —Supongo que no. Soy introvertida en ese sentido.

—No aprendiste eso de tu madre —murmura.

—En realidad, siempre pensé que lo debía haber recibido de ti. Supongo que no, ¿eh?

Sus labios se presionan formando una mueca plana. —Supongo que no.

La conversación vuelve a caer en un silencio incómodo. Ambos sabemos que estamos aquí para discutir algo importante, pero ninguno de los dos está dispuesto a mencionarlo. Como si el elefante que ha estado en esta sala durante los últimos veintisiete años finalmente pudiera dar un paso adelante y anunciarse.

—Me alegra que nos hayas pedido que te visitemos —digo de repente—. Había pasado demasiado tiempo desde que vine aquí.

—No estaba seguro de que vendrías. Normalmente tienes trabajo y todo eso.

La forma en que lo dice me hace preguntarme si esperaba que yo no pudiera venir. Como si lo hubiera pedido solo por cortesía.

Dejo el pensamiento a un lado.

—Surgió algo con mi jefe, así que tuve un tiempo libre. Buen momento —hago una mueca—. Excepto por… bueno, el cáncer. Ese es un mal momento.

Olvídate de meterme un pie en la boca… estoy hasta la rodilla y sigo adelante.

Él asiente y mira hacia donde Pat espera en el mostrador por las bebidas.

—No tenemos que hacer esto —hago un gesto hacia la mesa y la carta de bebidas que cuelga en la pared—. Quería hablar contigo, pero no necesitamos convertir esto en algo grande.

—Creo que Pat ya hizo un pedido para ti —coloca un pulgar sobre su hombro—. Tal vez podríamos cancelarlo.

—No quiero decir… El croissant está bien. Pero podemos hablar de lo que vinimos a hablar aquí y luego irnos. No es necesario que sea tan grande si no quieres.

—No quiero que esto sea nada —dice exasperado—. No entiendo qué vinimos a hablar. ¿Por qué no podríamos haber hecho esto en casa?

—No quería hacer esto delante de todos.

—¿No querías hacer qué? —pregunta, con la voz cada vez más alta—. ¿Estás bien? ¿Se trata de algo serio?

No quería hacer nada de esto, quiero decir.

No quería causar una gran escena y que Lana y Alexis saltaran por mi garganta y Yuliana hiciera preguntas. No quería que esto se convirtiera en una discusión familiar cuando en realidad es entre mi papá y yo.

—¿Qué es tan serio? —Pat pone un café frente a mi papá y me entrega un croissant. Cuando empiezo a buscar mi billetera, ella dice—: Ay, no, querida, no te preocupes por devolverme el dinero. Nosotros invitamos.

Le doy una leve sonrisa. —Gracias, Pat.

—Rayne tiene algo serio de qué hablar —Papá responde a su pregunta—. Supongo que estamos aquí para tener una conversación muy importante.

Pat asiente al instante, como si entendiera completamente. —El testamento de tu padre lleva años redactado. Es con el abogado y todo se arreglará. No debería haber ninguna necesidad de pelear entre ustedes, chicas, cuando llegue el momento.

Mi cara arde. —No habrá peleas. Ni siquiera estaba preocupada por eso.

—Ah —ahora Pat parece confundida—. Supuse… Bueno, las cosas pueden ponerse tensas al final de la vida. Tu padre y yo hablamos mucho de eso, y queríamos que tú y Yuliana fueran tratadas como todos los demás. Supuse que esto se debía a eso.

Papá intenta empujar discretamente la silla de Pat, pero lo hace con demasiada fuerza. Su silla se mueve un centímetro hacia su izquierda y ella grita de sorpresa.

Mi pecho se aprieta. —No me di cuenta de que había dudas sobre si Yuliana y yo seríamos tratadas como todos los demás.

Pat parece darse cuenta de lo que dijo. Sus ojos se agrandan. —¡No las hubo! Dios santo, no. No. Por supuesto que Yuliana y tú son importantes. Son especiales. Ambas son…

—La familia es la familia —interrumpe Papá—. Nada puede cambiar eso.

Quiero olvidar la conversación, pero cada palabra es más extraña que la anterior. —¿Qué cambiaría que seamos familia?

—Nada. Eso es lo que acabo de decir.

—Lo sé, pero —sacudo la cabeza—, el hecho de que sintieras que necesitabas decir eso significa que algo podría haber cambiado lo que sentirías por mí. ¿Es Mamá?

Pat se ha puesto pálida. Ella mira directamente a su regazo y Papá agarra su taza de café con tanta fuerza que estoy esperando a que el papel se aplaste en su mano.

—No es tu mamá.

Mi estómago se retuerce y gira como si me lo estuvieran sacando. No podría comerme el croissant hojaldrado que tengo enfrente, aunque quisiera. Deslizo el plato lejos de mí.

—Sé lo que Mamá hizo para lastimarte, pero yo era una niña pequeña. No tuve nada que ver con eso —se me llenan los ojos de lágrimas y odio mi tendencia a llorar cuando estoy frustrada. Las aparto rápidamente, antes de que puedan caer—. Ni siquiera supe lo que pasó hasta hace cinco años, cuando Lana y Alexis finalmente me lo dijeron. Así que no sé por qué sigues descargando tu ira con…

—No estoy enojado —espeta, el tono desafía sus palabras—. No estoy enojado contigo, Rayne.

—Entonces, no entiendo.

—No hay nada que entender. Como dijo Pat, el testamento ya está resuelto. Todas reciben una parte justa. Deberías estar feliz.

Suelto una carcajada de pura incredulidad. —Sí, estoy encantada de que te estés muriendo. Solo estoy aquí para asegurarme de recibir una buena parte de tu dinero.

—Nadie dice que así es como te sientes —interrumpe Pat.

Al mismo tiempo, mi papá alza las manos. —Bueno, ¿para qué más podríamos estar aquí?

—Dios, ¿es eso realmente lo que piensas de mí? —me vuelvo a limpiar los ojos—. Vine a visitarte porque quería… no sé, ¡apoyarte! Quería estar aquí para ti y estar con mis hermanas.

—Y tú hiciste eso —dice—. ¿Cuál es el problema?

—Es el mismo problema de siempre, Papá. Amas a Lana y Alexis más que a mí.

Se congela. Su expresión es de incredulidad, pero está congelado como si no estuviera seguro de qué decir.

La negación sería un comienzo. *No, no, no, cariño. ¡Por supuesto que no las amo más que a ti! Eso es ridículo.*

En cambio, mi papá me mira fijamente durante lo que parecen minutos. Finalmente, Pat se aclara la garganta. —Eso no es cierto, Rayne. Créeme. Tu papá ama a todas sus hijas por igual.

—Claro que sí —ajusta su silla y se mueve nerviosamente. Sus manos rodean la taza de nuevo y luego pasa un brazo sobre el respaldo de su silla. Nunca lo había visto tan inquieto.

—Te quedaste para criar a Lana y Alexis —digo en voz baja.

Su cabeza se levanta de golpe. —Eso no es justo.

—Tienes razón. No fue justo. Al menos, no para mí. No tuve elección; tú sí.

—No entiendes lo que estás diciendo —nunca había oído su voz tan tensa y forzada.

—Lo que no entiendo es cómo pudiste abandonar a tu hija —espeto—. No lo entendía cuando era pequeña, pero ¿ahora que tengo una hija propia? Abandonar a Yuliana es insondable para mí.

Kirill conoce a Yuliana desde hace unos días y ha jurado estar ahí para ella. Él tampoco entendería a mi padre.

—Nunca abandonaría a mi hija —afirma—. ¡No lo hice! No entiendes toda la situación.

—¡Pero tú me abandonaste! —mi voz se alza. No es así como quería que fuera esta conversación. Íbamos a sentarnos y tener una discusión civilizada. Quizá llegaríamos a un acuerdo. Abrazarlo. Gritar en público nunca estuvo en mis planes—. Pasé toda mi infancia preguntándome qué hice mal para importarte menos. Sentí que te fuiste por mi culpa.

—¡*Sí* me fui por tu culpa! —suelta.

Sigue un silencio horrorizado.

Las palabras son como una aguja que pincha el globo que nos rodea. De repente, todo el aire de la habitación desaparece. No puedo respirar.

—Ken —suspira Pat. Ella extiende la mano y le acaricia la mano.

Papá respira con dificultad. Su pecho sube y baja y, en algún lugar muy profundo, me preocupa lo que esta conversación le provoque. No debería estresarse cuando ya está enfermo.

Sin embargo, en la superficie soy otra vez una niña pequeña. Tengo doce años, y me pregunto por qué mi papá solo envía tarjetas el día de mi cumpleaños y no viene a verme.

Tengo nueve años y me pregunto por qué hay fotos de Papá enseñándole a Lana y Alexis a andar en bicicleta, pero Mamá ni siquiera puede costearse comprarme una.

Tengo cuatro años y observo a mis padres discutir desde el pasillo fuera de mi habitación. Escucho a mi papá decir—: Quizá tu novio sea una figura paterna para Rayne. Él ya ha decidido asumir mi papel de marido. ¿Por qué no terminar el trabajo y dejarme obsoleto?

Aparto las lágrimas silenciosas que ruedan por mis mejillas. —¿Fue porque…? Digo, sé que no fui planeada. Lana y Alexis son mucho mayores. ¿Me tuviste resentimiento por haber nacido y tenerte como rehén allí?

Papá niega con la cabeza. —No, Rayne. Olvídate de lo que dije. Me enojé y no…

—Solo díselo —sisea Pat.

Dirijo mi atención hacia ella. —¿Decirme qué?

Pat me da una sonrisa triste, pero permanece en silencio. Su mano está alrededor del bíceps cada vez más pequeño de mi papá. Ha perdido mucho peso desde la última vez que lo vi. No tiene mucho más para dar.

—Nada —suspira Papá.

—¿Decirme qué? —pregunto, más insistente—. ¿Qué está pasando? ¿Qué no me estás diciendo?

—¡Nada!

—¡No me mientas!

Definitivamente estamos provocando una escena, pero no me importa. Estoy al borde de algo. Puedo sentirlo. No importa cuánto pueda doler este avance, quiero escucharlo.

—Hiciste que Lana y Alexis prometieran nunca decirme que Mamá te engañó —le recuerdo—. Pensé que tú habías engañado a Mamá. Es por eso que tú y yo nunca fuimos cercanos. Porque te

alejé. Ahora sé que eso fue tu culpa. *Tú* hiciste eso. Así que no me mientas ahora. Cualquiera que sea la verdad, quiero escucharla.

Él me mira. El cansancio escrito en las líneas de su rostro. —No era solo a ti a quien quería mantener en la oscuridad. Nunca quise que nadie supiera que tu mamá me engañó. Ni siquiera Lana o Alexis.

—¿Por qué no? No hiciste nada malo. Al menos, no al principio. Mamá fue quien destruyó la familia. ¿Por qué asumirías esa carga si…?

—Para protegerte —interrumpe—. Al principio pensé que podía mantener las cosas en secreto y tratarte como si fueras mía. Durante algunos años, hice lo mejor que pude para recoger los pedazos, pero… no pude.

La verdad zumba como una corriente eléctrica en el aire antes de una tormenta. No puedo verla todavía, pero la siento venir.

—¿No podías tratarme como si fuera tuya?

Él asiente. —Era demasiado doloroso. Eras un recordatorio constante de lo que hizo tu mamá.

—Lo que hizo Mamá —repito. Mi cerebro está lento, como si no quisiera juntar las piezas. Como si estuviera tratando de protegerme de la verdad incluso cuando empiezo a comprenderla —. ¿Te refieres a que ella te engañó?

Papá se hunde. Pat toma su mano y él se la aprieta. Sus nudillos se ponen blancos. Ojalá hubiera alguien aquí para tomar mi mano.

La aprieto en un puño, imaginando la calidez de cierto par de dedos grandes y callosos.

—Cuando tu mamá me engañó con ese otro hombre… quedó embarazada.

Estoy demasiado sorprendida para jadear. Demasiado conmocionada para llorar. Todo lo que puedo hacer es mirar al otro lado de la mesa, con el ceño fruncido. Mi cuerpo sabe lo que está sucediendo mucho antes de que mi cerebro finalmente lo acepte a regañadientes.

—¿Después de Alexis? —pregunto—. ¿Entre Alexis y yo?

Hace una mueca, la expresión llena de lástima. —No, no fue entre tú y Alexis.

Arrugo la frente. —Entonces, ¿cuándo fue…?

La comprensión me invade de repente.

—Me hice una vasectomía un poco antes. Al principio, tu mamá me dijo que debió haber fallado —sigue hablando, pero sus palabras se arremolinan en una densa niebla alrededor de mi cabeza —. Traté de creerle, pero tenía sospechas. Intenté dejarlo pasar, pero luego encontré sus cartas al hombre y… ella fue sincera. Me lo contó todo.

Aspiro aire, pero no es suficiente. Mis pulmones no pueden expandirse bajo el peso aplastante de toda una vida de mentiras.

—No soy tu padre biológico —dice el hombre que pensé que era mi papá—. Eres el producto de su aventura. Eres la hija de otro hombre.

RAYNE

No estoy segura de cómo termino de regreso en mi auto.

¿Me despedí de mi papá? ¿El hombre que pensé que era mi papá, más bien? No tengo forma de saberlo. Porque en el momento en que entendí lo que mi papá me decía, mi cerebro se apagó. Era como un mecanismo de seguridad que me impedía tomar un millón de direcciones peligrosas diferentes. Mi mente y mi cuerpo entraron en piloto automático.

¿Respirar? ¿Caminar? Eso está bien. Eso es seguro.

¿Pensar? ¿Hablar? Grandes luces rojas de advertencia acompañadas de sirenas de niebla.

No hagas eso.

Aun así, por instinto, tomo mi teléfono y marco el número de Natalia. Mientras suena la línea, no estoy segura de lo que voy a decir. Solo sé que me haría bien escuchar una voz familiar.

Y lo hago. Solo que lo que recibo es el mensaje de voz de Natalia.

Tal vez estoy ocupada o tal vez simplemente me estoy haciendo la difícil, dice con una risa coqueta. *Deja un mensaje y tal vez me comunique contigo.*

Cuelgo sin dejar mensaje. Dejar un mensaje de voz es para personas con cerebros en funcionamiento. En este momento, no soy una de esas personas.

Luego llamo a Harmony. Su teléfono apenas suena antes de contestar. Se oye un ruido estático y arrastrado antes de escuchar su voz en un susurro áspero. —Estoy en el bautizo del bebé de mi compañera de trabajo y tu llamada arruinó toda la ceremonia. Te llamo más tarde, ¿vale, tonta?

Ella cuelga sin respuesta de mi parte.

Miro por la ventana y veo a mi papá y a Pat saliendo del frente del café. El rayo de miedo que me atraviesa ante la idea de que me encontrarán abatida en el estacionamiento es suficiente para poner mi trasero en marcha. Pongo mi auto en reversa y salgo corriendo del estacionamiento.

La ciudad donde vive mi papá… no soporto referirme a él como “Kenneth”, así que supongo que sigue siendo “Papá” …es pequeña, pero todavía no sé dónde está nada. Así que termino de regreso en su casa sin quererlo.

Tengo que buscar a Yuliana, así que quizá no es tan mala idea. Luego podré regresar al hotel y

decidir cuál será mi próximo paso.

Pero, antes de que pueda descubrir cómo secuestrar a mi propia hija de la casa de su ya-no-abuelo, Lana mira a través de las persianas de la ventana delantera.

No puedo enfrentarla. No tengo idea de qué decir ni de cuál es mi plan. Además, si hablo con ella, durará demasiado y luego aparecerán mi papá y Pat. No quiero estar aquí cuando regresen. Solo necesito espacio. Distancia. Tiempo para respirar.

Lana sale al porche y me hace señas para que entre, con el ceño fruncido por la confusión. Saco mi teléfono y la llamo.

—¿Por qué me llamas desde el camino de entrada? —espeta, llevándose una mano a la frente para intentar verme a través del parabrisas—. Entra.

—No puedo. Estoy… enferma.

—¿Estás enferma? ¿Cómo?

—¿Cómo puede alguien enfermarse? No sé. Solo lo estoy.

Se encoge de hombros. —Vale. Todavía no sé por qué me llamas.

—Bueno, pensé que debería ponerme en cuarentena. Papá no debería estar cerca de mí en este momento. No con su sistema inmunológico comprometido. Así que llevaré a Yuliana de regreso al hotel y…

—Papá aún no está aquí. Pensé que estaba almorzando contigo.

—Sí, lo estaban. Me fui porque me sentía mal. Solo manda a Yuliana a salir y…

—Puede quedarse aquí si quieres —dice Lana—. Podemos cuidarla mientras descansas.

—¡No!

Lana arquea una ceja que puedo ver desde aquí.

—Lo siento —susurro—. Pero ella debería estar conmigo. Ella también podría estar contagiosa, ya que estuvimos juntas esta mañana. Será más seguro si ella viene conmigo. ¿Puedes empacar sus cosas y enviarla conmigo?

Lana duda. Por un segundo, creo que se dará cuenta de esta pequeña mentira y exigirá saber qué me tiene tan alterada. En lugar de eso, suspira. —Probablemente tengas razón. Sí, vale. Ella no tiene mucho, así que la empacaré y te la enviaré. Cuídate, ¿vale, Ray?

—Lo haré. Gracias, Lana.

Ella cuelga y levanta el pulgar en respuesta.

Todo el tiempo que Lana está dentro de la casa, miro hacia arriba y hacia abajo en la calle. Mi papá es un conductor notoriamente lento y espero que eso siga siendo así hoy. Si es así, tengo unos minutos de ventaja sobre él y Pat.

Justo cuando empiezo a inquietarme, la puerta se abre y Yuliana baja saltando las escaleras. Sus

zapatos morados brillan con cada paso.

Verla calma la furiosa tormenta en mi pecho. Las cosas no pueden ser tan malas si esta niña sigue siendo mía, ¿verdad?



LAS COSAS no podrían ser peores.

Cualquier fina apariencia de compostura que mantuve después del almuerzo ya no existe cuando regresamos a nuestra pequeña habitación de motel.

—Quería jugar con Lily y Brady —se queja Yuliana—. ¿Por qué no podemos volver a la casa del abuelo? No quiero estar aquí.

Yuliana me ha estado molestando desde el momento en que subió al auto. Lana me envió un mensaje de texto para advertirme que la fiesta de pijamas de anoche no incluyó dormir lo suficiente. Aparentemente, Lily les contó a los niños historias de fantasmas que tuvieron a Brady y Yuliana nerviosos toda la noche.

En realidad, no necesitaba el texto para saber eso. Ya lo podía notar.

—¿Por qué no te acuestas y tratas de descansar? —sugiero por décima vez—. Tu cuerpo necesita energía para crecer y divertirse. Creo que una siesta sería buena para ti.

A mí también me vendría bien.

Es difícil tratar de regular las emociones de una niña de cinco años cuando las mías están hirviendo dentro de mí como bombas a punto de explotar. Estoy repitiendo toda mi vida, cada interacción con el hombre que pensé que era mi papá, cada conversación con mi mamá.

¿Hubo señales de la verdad? ¿Me las perdí? ¿Quién es mi verdadero padre?

El grito de Yuliana atraviesa mi crisis existencial. —¡No! —golpea con el pie y una luz púrpura ondea sobre la alfombra descolorida.

Se da vuelta y agarra la manta raída, arrancándola de la cama con varios tirones torpes y arrojándola al suelo.

—Yuli —digo con calma—, está bien estar enojada, pero no está bien ser mala o destructiva.

Sus cejas se fruncen ferozmente y sus pequeños hombros se juntan alrededor de su cuello. —¡Llévame de regreso a la casa del abuelo! ¡Ahora!

—Estás cansada —le digo, como si eso de repente la hiciera entrar en razón—. Necesitas un poco de descanso. Métete en la cama y te leeré un cuento y…

De repente, Yuliana echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un grito espeluznante y ensordecedor.

En cualquier día normal, entendería que Yuliana esté pasando por un momento difícil. Ella no puede controlar sus emociones más de lo que yo puedo controlarla. Lo que haría es tratar de

consolarla durante la situación y luego todo lo posible para razonar con ella cuando esté tranquila.

No tengo paciencia para eso ahora. Estoy vacía, absolutamente vacía por este día horriblemente de mierda.

Yuliana sigue gritando cuando saco mi teléfono.

Kirill responde de inmediato. —Sabía que tú… ¿Qué sucede?

Quiero decirle que todo está bien y colgar el teléfono. Llamarlo fue un error. Puedo cuidar de Yuliana yo sola.

Pero la sola idea de que alguien intervenga para ayudarme ahora mismo, ya sea hablando con Yuliana o abrazándome entre sus fuertes brazos y dejándome acariciar su amplio pecho, es tan atractiva que podría llorar.

Sollozo y me doy cuenta de que ya estoy llorando.

—Rayne —gruñe Kirill—. Dime dónde estás. Dime qué necesitas.

—A ti —le digo con voz áspera—. Estamos en el hotel. ¿Puedes… por favor venir a buscarnos?

—Llegaré en cinco minutos.

RAYNE

Kirill irrumpe en la habitación del motel, con sus ojos verdes buscando peligro y su cuerpo musculoso listo para luchar. Cuando se da cuenta de que solo estamos yo y Yuliana llorando, se relaja.

Yuliana está envuelta en un montón de mantas que sacó de la cama. Cuando ve a Kirill, se cubre los hombros con una sábana y se queda en silencio. Sus ojos muy abiertos siguen sus movimientos a través de la habitación hasta donde estoy sentada en el sillón reclinable cubierto de plástico.

—Rayne —él alcanza mi mano. Sus dedos callosos se sienten tan reconfortantes alrededor de los míos como me imaginaba. Necesito todo mi autocontrol para no hundirme en el calor de su cuerpo y llorar.

—Lo siento. No sé por qué te llamé. Yo no… no debí haberlo hecho. No sé por qué yo…

Me pone de pie y me rodea la cintura con un brazo. —Nunca te disculpes por llamarme.

Asiento tontamente.

—Solo responde mis preguntas —continúa—. ¿Estás herida?

Sacudo la cabeza.

—¿Yuliana está herida? —pregunta en una voz aún más callada.

Sacudo la cabeza de nuevo.

Él deja escapar un suspiro. —Bien.

Estamos bien. Reaccioné exageradamente. Ardo de vergüenza porque me vea tan miserablemente desesperada.

—Puedes irte si quieres —le digo.

—La única manera de que me vaya de esta habitación ahora es si vienes conmigo.

La última hora ha sido una escena sacada de una mala película. Se siente como si hubiera estado atravesando una terrible pesadilla. Pero ahora, con sus cálidos brazos rodeándome, Kirill se siente notablemente real. Él es la primera cosa sólida y tangible que puedo tocar y en la que

puedo confiar. No estoy lista para dejarlo ir.

—Vale —digo, mirando su rostro injustamente hermoso—. Iré contigo.

Mira a Yuliana, que aún nos mira a los dos en silencio, demasiado aturdida para continuar con su berrinche. Luego se vuelve hacia mí. Su mirada se suaviza. —Agarra tus cosas.

Las palabras que no dice quedan en el aire.

Yo me ocuparé de ti.

Estás a salvo conmigo.

Vuelvo a guardar mi ropa en mi bolso de lona y Kirill se coloca la mochila de Yuliana alrededor de su brazo. Las correas son demasiado pequeñas para caber sobre sus bíceps, por lo que la brillante bolsa violeta cuelga alrededor de su codo mientras nos ayuda a cruzar el estacionamiento hacia su auto negro.

—Instalé una silla de auto esta mañana —dice, ofreciéndole a Yuliana una mano para ayudarla a sentarse.

—Tú… ¿En serio?

Él asiente. —Por si acaso.

El gesto es notablemente dulce, y no estoy segura de qué hacer con eso. Puedo manejar a un Kirill brusco y exigente. Incluso puedo manejar a un Kirill encantador y afable.

¿Pero el tierno y cariñoso Kirill? Dios, derríbame ahora. Quizás mi corazón no pueda soportarlo.

—Adelante —le digo a Yuliana cuando duda—. Kirill es seguro. Nos llevará a una aventura.

Agradezco que se suba al asiento trasero sin decir una palabra más, porque no tengo energía para convencerla. Apenas tengo energía para seguir de pie en la acera, con el sol cayendo sobre mi cabeza.

Mi mamá me mintió.

Mi papá me mintió.

Mis hermanas… no sé si mintieron. En realidad, no tengo idea de lo que saben Lana o Alexis. Si Papá fue a casa y les contó nuestra conversación, entonces estoy segura de que están intentando llamarme ahora mismo. Ya sea para explicarme por qué mantuvieron en secreto mi origen o para decirme que no tenían idea.

Pero no importa. Apagué mi teléfono después de llamar a Kirill. No quiero hablar más. No puedo.

—Vale. ¿Todas listas? —pregunta Kirill una vez que está en el asiento del conductor. Sonríe por el espejo retrovisor y hace contacto visual con Yuliana. Ella debe asentir, porque él le guiña un ojo. Luego, me alcanza y toma mi mano.

No dice nada. No presiona. Él simplemente toma mi mano y conduce.

Es exactamente lo que necesito.



DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, Kirill se detiene ante el edificio más alto de la calle principal de la pequeña ciudad. Vi habitaciones disponibles aquí cuando reservé mi motel en línea, pero todas estaban absurdamente fuera de mi presupuesto. Debí haber sabido que Kirill se quedaría aquí. Demonios, probablemente ya sea el dueño del lugar.

—La llevaré adentro si puedes con las bolsas —dice Kirill, quitando su mano de mí.

Me doy vuelta y me doy cuenta de que Yuliana está caída en su asiento. Tiene la boca abierta y un poquito de baba se acumula en la parte delantera de su camisa.

—Gracias a Dios. Estaba agotada.

—Ella puede dormir arriba.

Agarro las bolsas del maletero y me dirijo a la acera, pero ver a Kirill de pie en la acera con Yuliana dormitando en sus brazos es suficiente para detenerme en seco.

No es que sea extraño o inusual… es que no es ninguna de esas cosas en absoluto.

Es que los dos encajan perfectamente.

Al ver su cabeza apoyada en su hombro y sus fuertes brazos alrededor de sus piernas, me doy cuenta de cuántas veces imaginé esta misma vista. Cuántas veces me pregunté cómo sería si Kirill estuviera en nuestras vidas.

Las lágrimas inundan mi visión, haciendo que el mundo entero se vuelva lloroso. Intento alejarlas con un parpadeo, pero algunas se escapan por mis mejillas. Cuando vuelvo a mirar a Kirill, él me mira con evidente preocupación.

—Vamos —inclina la cabeza hacia las puertas de entrada—. Sígueme.

El vestíbulo es modesto pero agradable. Los árboles en macetas crecen cerca de las ventanas y los cálidos pisos de madera conducen al brillante ascensor en la parte trasera de la habitación. Kirill presiona el botón con el codo y me indica qué botón presionar adentro.

—Ático —dice.

—No sé por qué me sorprende —presiono el botón y las puertas se cierran.

Puedo ver su reflejo en las puertas doradas. Él me está mirando con una pequeña sonrisa en sus labios. —Solo lo mejor para mis chicas.

Otra oleada de ternura susurra sobre mí como un dedo por mi columna. Lo recuerdo arrodillado entre mis piernas con una toallita húmeda, limpiándome.

Toda nuestra relación ha sido una guerra. Un constante enredo de cuernos. Pero en el momento en que caigo de culo, Kirill está ahí para levantarme.

No puedo empezar a imaginar qué hacer con eso.

La habitación de Kirill es en realidad un conjunto de habitaciones. Hay una entrada con una mesa redonda y el ramo de rosas blancas más grande que he visto en mi vida. A la derecha hay una pequeña cocina con encimeras de mármol y una mini nevera. Al frente hay una sala de estar con vista a la calle principal y a la torre de agua de la ciudad. Un pequeño pasillo se divide a la izquierda con dos dormitorios y lo que sospecho es un baño.

—Acostaré a Yuliana en la habitación más pequeña —dice Kirill—. Siéntete como en casa.

Me paro en la entrada y lo veo desaparecer por una de las puertas oscuras a la izquierda. Debe quitarle los zapatos a Yuliana y tirarlos al suelo, porque veo un destello violeta contra la base de la puerta.

Mi mamá nunca podía levantarme y llevarme a la casa cuando me quedaba dormida en el auto. Cuando tuve la edad de Yuliana, ya era demasiado grande para que pudiera hacerlo. Siempre pensé: *Si tan solo Papá estuviera aquí, él podría cargarme.*

La emoción que apenas pude contener antes regresa, pero mis paredes están demasiado dañadas para contener el diluvio.

Lágrimas silenciosas corren por mi rostro, llevándose con ellas los restos de mi rímel. Y así me encuentra Kirill.

No lo veo salir de la habitación de Yuliana, ni cruzar la suite para pararse frente a mí. Solo siento sus cálidas palmas en mis mejillas, sus pulgares secando mis lágrimas.

Se inclina y besa las lágrimas en cada una de mis mejillas, primero la derecha, luego la izquierda.

—Déjame cuidarte, Rayne —susurra contra mi piel.

Dejo mis bolsas en el suelo y le rodeo el cuello con los brazos. Sin dudarlo, Kirill me toma en brazos y me lleva a la otra habitación.

Como una niña pequeña, me acuesta en la cama y me quita los zapatos. Este colchón es un millón de veces más cómodo que el del motel y me hundo en él con un suspiro profundo.

Kirill se acerca para apagar la lámpara, y yo levanto la mano y agarro su muñeca. —No me dejes.

Es lo más vulnerable que he sido jamás, pero no me importa. Necesito que esté conmigo ahora mismo. Lo necesito cerca.

Se aleja para apagar la luz, hundiendo la habitación en la oscuridad.

En las sombras, lo veo caminar alrededor de la cama. Entonces siento su peso moverse detrás de mí. Finalmente, su cuerpo se alinea con el mío. Sus piernas se curvan alrededor de mi trasero y su pecho presiona mi columna. Puedo sentir cada una de sus respiraciones y los latidos de su corazón.

—No voy a ninguna parte —susurra, sus labios perdidos en la maraña de mi cabello—. Duérmete.

Incluso con el lío de pensamientos enredados en mi mente, hago exactamente lo que dice.

KIRILL

La respiración de Rayne es constante y profunda. Su pecho sube y baja bajo mi antebrazo. Puedo sentir el cálido aliento de su exhalación contra mi muñeca.

Nunca he abrazado a alguien así. Al menos, no con la ropa puesta. Pero cuando Rayne me alcanzó y me pidió que me quedara, no había ningún otro lugar en el mundo en el que pudiera imaginarme estar.

Estoy más que feliz de quedarme aquí, ofreciéndole consuelo por lo que sea que la hizo correr de regreso a mis brazos. Pero escucho un grito agudo desde la otra habitación.

Yuliana.

Su nombre es un cosquilleo en la base de mi columna. Hay una conciencia profunda de que ella es mi responsabilidad. Tengo que ir con ella.

Suavemente, me alejo de Rayne y camino hacia la puerta. En el momento en que salgo al pasillo, el llanto se hace más fuerte.

La puerta de la habitación de Yuliana todavía está cerrada, pero puedo ver una luz brillando por debajo de la rendija de la puerta.

Golpeo la madera con los nudillos antes de abrirla. —¿Yuliana?

Ella se aleja de la puerta, salta hacia atrás tan rápido que golpea la cómoda. Los muebles suenan y un despertador decorativo se cae de lado y cae al suelo con estrépito.

Ella obtuvo la torpeza de Rayne, pienso con una sonrisa irónica jugando en mis labios.

—¿Dónde está Mamá? —pregunta, pasando la manga de su camisa por su nariz goteante—. ¡Quiero a Mamá!

Tiene los ojos rojos y llorosos, le gotea la nariz y su pequeño pecho tiene hipo por la fuerza del llanto. Todavía hay arrugas de la almohada en su mejilla donde la acosté a dormir.

—Te quedaste dormida en el auto, así que te cargué adentro. Necesitabas un poco de descanso.

Ella mira más allá de mí, hacia la puerta. —Quiero a mi mamá.

En otro mundo, yo sería suficiente consuelo. Yo sería *Papá* y Yuliana se sentiría aliviada de

verme. Quizá incluso me preferiría.

Ahora nunca lo sabré.

—Tu mamá está tomando una siesta en la otra habitación —le digo—. Ella también necesitaba descansar. Creo que deberíamos dejarla seguir durmiendo. ¿Qué piensas sobre eso?

La boca de Yuliana se vuelve hacia abajo en las comisuras. Está claro que no está de acuerdo, pero tiene demasiado miedo para discutir conmigo. Ella ni siquiera me mira a los ojos.

Soy el extraño aquí. El forastero.

—¿Tuviste un mal sueño?

Ella mira hacia el suelo. Los dedos de sus pies calzados con calcetines se hunden en la lujosa alfombra.

—¿O tal vez te da miedo despertarte en un lugar nuevo?

Por un momento, Yuliana se congela. Su barbilla se levanta ligeramente y me mira por debajo de sus largas pestañas. Es un breve momento de conexión antes de que vuelva a mirar el suelo.

—Lo entiendo. A veces, los lugares nuevos pueden dar miedo.

—¿Tú tienes miedo? —su voz es apenas audible, pero suena incrédula.

—No muy seguido. Sin embargo, tenía un hermano que tenía miedo de los lugares nuevos. Se parecía un poco a ti en ese sentido.

Ella todavía sospecha, pero puedo ver que la inquietud se va desvaneciendo poco a poco. Sus manos se retuercen detrás de su espalda, sus extremidades están demasiado llenas de energía para aguantar un segundo más. —¿Quién es tu hermano?

—Su nombre era Ilya.

La cabeza de Yuliana se levanta bruscamente. —Lo conozco.

Le acabo de decir a Yuliana que no me asusto a menudo, pero la forma en que mi corazón se aprieta ante sus palabras da miedo. Se siente como si estuviera sufriendo un ataque al corazón.

—¿Qué quieres decir? —digo, un poco bruscamente—. ¿Lo conoces?

—Mamá dijo su nombre. Vimos un barco. Un barco grande.

El Ilya.

El océano mató a mi hermano, pero él amaba muchísimo el agua. Cuando llegó el momento de ponerle nombre a mi yate, nada más sirvió.

—¿Tu mamá te habló de Ilya?

Ella se balancea y se mueve inquieta, sin tener ni idea de que un hombre adulto está pendiente de cada una de sus palabras. —Ella dijo que solía conocerlo. Y él es como yo.

—¿Cómo como tú?

—A él tampoco le gustaba hablar. Pero mejoró.

—¿Ella dijo eso? —pregunto.

Yuliana asiente. —Dijo que está mejor ahora, esté donde esté. Y yo también estaré mejor.

Estoy seguro de que se han perdido algunos puntos más finos en este juego telefónico de Rayne a Yuliana a mí, pero el meollo del asunto está ahí.

Rayne no se olvidó de Ilya.

Aunque no le habló a Yuliana de su padre, sí le habló de su tío. En cierto modo, eso es aún más significativo.

—Deberíamos comer un poco de helado —digo de pronto. Miro a Yuliana, muy serio—. ¿Quieres un helado?

La expresión de duda desaparece de su rostro y es reemplazada por alegría pura. —¿Podemos?

—Por supuesto que podemos. Te lo pregunté, ¿no? Podemos ir a comer un helado.

Su sonrisa se tambalea en las comisuras. —¿Mamá dijo que estaba bien?

Me arrodillo para ponerme al nivel de Yuliana. —Es bueno escuchar a tu mamá. Ella establece las reglas y te mantiene a salvo.

Yuliana asiente obedientemente.

—Pero —agrego—, en este momento, Mamá está dormida. Eso me deja a mí a cargo, y tenemos que salir de la habitación del hotel para no despertarla. ¿Sabes lo que eso significa?

Ella sonríe. —¡Helado!

Me levanto y recojo sus zapatos del suelo. Los sostengo con dos dedos de una mano y le ofrezco la otra para que ella los tome. —Exactamente. Eso significa helado.

Yuliana espera hasta estar en el ascensor para intentar ponerse los zapatos. Está sentada en el centro de la caja cuadrada con la lengua atrapada entre los dientes mientras lucha con las correas de velcro. Cuando el ascensor se abre en el nivel del vestíbulo, está saltando de un pie al otro, riéndose mientras las luces parpadeantes bailan en las paredes reflectantes del ascensor.

—¡Ay, Dios mío! —exclama una mujer parada afuera de los ascensores. Tiene el cabello largo y rubio y un transportador para perros en el brazo. El Yorkie más pequeño que he visto en mi vida está dormido dentro—. Mira esos zapatos fabulosos.

El entusiasmo de Yuliana se apaga ante la atención de la extraña. Se acerca sigilosamente a mí, sin tocarme. Sé que desearía que Rayne estuviera aquí para poder enterrar su cara contra la pierna de su madre.

Un día se sentirá así de cómoda conmigo. Todo en buen tiempo.

La mujer me mira, todavía sonriendo. —A mi sobrina y a mi sobrino también les encantan sus zapatos con luces. Creo que tienen más o menos la misma edad.

No tengo idea de por qué me dice esto. Normalmente, la gente no se siente cómoda acercándose a mí. German dice que tengo un "comportamiento desagradable", pero creo que es más bien que los instintos de las personas son lo suficientemente agudos como para saber cuándo están en presencia de un depredador.

Al parecer, Yuliana me ablanda.

Asiento y llevo a Yuliana a través de las puertas del ascensor hacia el vestíbulo. La mujer se lanza hacia delante con un brazo para mantener las puertas abiertas, rozando convenientemente mi brazo en el proceso.

—De hecho, estoy aquí visitándolos —continúa—. Solo estoy en la ciudad por unos días y no tengo idea de qué cosas divertidas hacer con ellos. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Yo tampoco soy de por aquí. De ahí la habitación de hotel.

Empiezo a girarme, pero la mujer no se deja disuadir. —Ah. Bueno, en ese caso, podríamos ayudarnos mutuamente.

Yuliana me ha puesto directamente entre ella y la extraña. Se inclina ligeramente a mi alrededor para ver a la mujer antes de retroceder detrás del escudo de mi cuerpo. Es una cosa pequeña, pero estoy feliz de ser su protector en este momento.

—¿Cómo? —suspiro.

La mujer me pestañea y junta sus labios anormalmente rojos. —Bueno, ¿y si nos reunimos y tenemos una cita para jugar? ¿Quizás un parque local o algo así? Los niños podrían jugar mientras tú y yo… hablamos.

El énfasis que pone en la palabra "hablar" deja claro que tiene en mente mucho más que hablar.

De repente, estalla en una risa nerviosa. —Sé que estoy siendo muy atrevida. Es solo que no hay muchos hombres que sean buenos con los niños, ¿sabes? Eres una especie de unicornio.

¿Esta mujer me ha visto treinta segundos en un ascensor con Yuliana y eso le basta para coquetear conmigo? Sabía que los niños podían usarse para ligar con mujeres, pero no tenía idea exactamente de cuán efectivo podría ser.

—Desafortunadamente, este unicornio ya no está en el mercado.

La mujer frunce el ceño y sus ojos miran mi mano izquierda desnuda.

La levanto en un gesto amistoso. —Mucha suerte para ti con tu sobrina y tu sobrino.

Vuelvo a tomar la mano de Yuliana y me dirijo hacia las puertas de entrada. Una vez que estamos en la acera, Yuliana tira de mis dedos. —¿Quién era esa señora? —pregunta, susurrando a pesar de que la mujer probablemente esté subiendo las escaleras con su perro taza de té en este momento.

Me encojo de hombros. —No tengo ni idea.

—¿Era ella tu esposa?

Suelto una carcajada, pero, cuando miro a Yuli, ella me mira tan seria como puede ser.

—No —le digo—. Esa mujer no era mi esposa. Pero ella quisiera.

Sus ojos se agrandan. —¿Lo hace?

—Muchas mujeres lo hacen —*tu madre más que nada*. Pero esa es una conversación para otro día.

Entro en la heladería convenientemente ubicada al lado. —Aquí estamos. Helado.

Yuliana jadea, olvidándose por completo de la conversación anterior.

El interior de la tienda huele a conos de gofre y azúcar. Una campana encima de la puerta anuncia nuestra entrada y una mujer pelirroja sale corriendo por detrás. Tiene un delantal rosa con volantes atado a su cintura.

—¡Hola! ¿Qué puedo ofrecerles hoy?

Yuliana retrocede y se mueve detrás de mí para esconderse.

—Ah —dice la mujer, con una sonrisa comprensiva jugando en sus labios—. ¿Alguien es un poco tímida?

Yuliana se retira aún más y de repente quiero tirar a esta amable mujer a la acera. En cambio, le devuelvo la sonrisa. —Ella no es tímida. Es inteligente. Nunca se sabe qué clase de psicópatas hay en el mundo.

La sonrisa de la pelirroja flaquea. Sabiamente, se aleja un paso de mí y me mira con una nueva sensación de cautela. —¿Sabes lo que quieres?

Me alejo de ella y me arrodillo frente a Yuliana. Puedo ver la emoción todavía rebosante en sus ojos, pero no la deja salir en presencia de la otra mujer.

—¿Qué sabor te gusta?

Sus ojos se dirigen al techo mientras piensa. —Em… cereza y chocolate y chispas.

—No creo que sea un sabor real, Yuli.

El ceño indignado que me lanza me dice que debe ser un sabor y que debería encontrar una manera de conseguírselo a toda prisa.

Alzo mis manos en señal de rendición. —Vale. Preguntaré.

Me vuelvo hacia la mujer detrás del mostrador, que ya ha vuelto a tener los ojos sombríos. Si así es como responden las mujeres ante un hombre que tiene un hijo, entonces los padres tienen que intensificar su juego. Estoy haciendo lo mínimo.

—Tengo un pedido de cereza y chocolate y chispas. ¿Tienes algo como eso?

Su sonrisa se convierte en una mueca de dolor. —Podría preparar una cucharada de Masa para Brownie de Chocolate y una cucharada de Muchas Bayas. Tiene bayas mixtas, pero no cerezas.

—Es una heladería. Tienes que tener algunas cerezas aquí en algún lugar para los helados.

—Pero esas no son para los helados. Son para los sundaes.

—¿Dice quién? —pregunto.

Ella frunce el ceño. —Dice… ¿la gerencia?

—¿Está la gerencia aquí? —me inclino sobre el mostrador para echar un vistazo a la trastienda. Por lo que sé, la mujer trabaja sola.

—No.

—Vale —le digo, convenciéndola de que siga mi forma de pensar—. Entonces, imaginemos un mundo en el que pones cerezas en un helado de brownie de chocolate y luego le echas algunas chispas encima. ¿Qué tan fácil sería eso?

Ella parpadea hacia mí. —No tenemos un precio para eso.

Reprimo una mueca y busco en mi billetera. Saco un billete de cien dólares y lo dejo encima de la vitrina. —Aquí está mi propina. ¿Tiene un precio ahora?

Sus ojos se agrandan. En un instante, quita el billete del cristal y asiente. —En realidad, es el precio de una bola de helado normal. Sin cargo adicional.

—Maravilloso —digo con frialdad—. Un placer hacer negocios contigo.

En cuestión de minutos, la mujer prepara una bola personalizada de helado de brownie de chocolate y cereza con chispas.

Comemos en un banco afuera, sentados en silencio mientras los autos pasan por la Calle Principal. Está lejos de ser bullicioso, pero hay suficiente gente afuera para mantenernos interesados hasta que Yuliana raspa con su cuchara el fondo de su plato de helado.

—Terminé —declara, empujando el cuenco en mi dirección.

Se lo quito y luego extiendo la mano por encima de su cabeza para tirarlo al bote de basura junto a ella. Había planeado dar un paseo o tal vez ir a un parque cercano, pero a Yuliana le tomó el doble de tiempo de lo que esperaba terminar su helado. El sol empieza a ponerse y probablemente deberíamos volver con Rayne antes de que despierte.

Saciada por el helado, Yuliana está dispuesta a cualquier cosa. Sugiero regresar a la habitación y ella salta del banco y entra pesadamente con sus pies parpadeantes. Afortunadamente, ninguna mujer desesperada nos aborda en el vestíbulo o en el ascensor.

Sin embargo, una vez que entramos en la habitación, es otra historia. En el momento en que abro la puerta de la habitación, escucho la voz de Rayne.

—Sé que soy su madre, Lana —dice Rayne—. Y tú eres su tía, por eso te llamo para ver si la has visto. Me acabo de despertar y ella ya no estaba.

Hay una pausa mientras Lana responde. Agarro el hombro de Yuli y presiono mi dedo contra mis labios. Ella sonríe, pensando que nos estamos acercando sigilosamente a su mamá. Lo estamos, en cierto modo. Principalmente, quiero escuchar lo que dirá Rayne cuando crea que nadie más está escuchando.

—Yo no lo invité aquí; vino por su cuenta. Y él no le hará daño. De hecho, seré yo quien haga el daño una vez que lo encuentre —suelta un largo suspiro—. Fui estúpida. Me acerqué a él después de ese almuerzo con Papá. Estaba desconcertada. Necesitaba que alguien me cuidara y… Sí, sé que podrías haberlo hecho, pero tampoco confiaba en ti. Necesitaba a alguien objetivo.

Sabía que su locura tenía algo que ver con su papá, pero ella no estaba en condiciones de darme detalles cuando la encontré. Quizá esté dispuesta a hacerlo más tarde. Entonces iré a matar a su padre por hacerla llorar. Podría esperar a que el cáncer lo hiciera por mí, pero la paciencia nunca ha sido una virtud mía.

Rayne deja escapar una risa amarga ante todo lo que dice Lana. —Sí, supongo que Kirill no es exactamente objetivo. Aun así, confío en él. Él me hace… no lo sé. ¡No importa! Necesito averiguar dónde está Yuliana antes de…

De repente, Yuliana se suelta de mi agarre e irrumpe en la sala de estar. —¡Boo!

Rayne grita y se da vuelta, con su teléfono colgando de su mano a mi lado. Sus ojos se ponen vidriosos al instante al ver a su hija. —¡Ay, gracias a Dios! ¿Dónde estabas?

Yuliana rechaza los intentos de Rayne de darle un fuerte abrazo y se aleja de ella. —Comí helado. Chocolate y cereza y chispas. Lo comí afuera y una señora quería casarse con Kirill.

—¿Qué? —Rayne se recuesta y la evalúa de pies a cabeza—. ¿Quién quería… qué?

Se oye una voz distante procedente del teléfono y Rayne se la acerca al oído. —La encontré, Lana. Está bien. Adiós.

Lana sigue hablando cuando Rayne cuelga el teléfono. Toda su atención está en Yuliana. —¿Qué pasó?

—Estabas dormida. No quería despertarte —le explico con brusquedad.

Rayne parpadea hacia mí como si me viera por primera vez. Para una mujer que acaba de amenazarme con violencia por teléfono, ahora no veo ninguna malicia en ella. Sus mejillas se sonrojan y mira hacia otro lado, ocupándose rápidamente de enderezar innecesariamente la camisa de Yuliana.

—Mamaaa —se queja Yuli, alejándose de ella hasta que Rayne finalmente suelta su agarre. Cuando está libre, salta hacia las ventanas y pega la cara al cristal. El vapor forma un círculo alrededor de su cara.

Rayne deja caer las manos y se levanta, negándose a mirarme a los ojos. —Entonces, ¿estás comprometido ahora? ¿O de nuevo, mejor dicho?

—Eso he oído.

—¿Quién es la afortunada? —los celos están grabados en la tensión de sus hombros.

Mientras paso junto a ella para unirme a Yuliana en las ventanas, me inclino y le susurro al oído. —La mujer que intentó coquetear conmigo diría que eres tú, considerando que eres la razón por la que ni siquiera le di una segunda mirada. La suerte que tengas depende de cuáles sean tus planes más tarde esta noche.

RAYNE

Escucho la voz de Kirill en mi oído mientras estoy afuera de la puerta de su habitación más tarde esa noche.

La suerte que tengas depende de cuáles sean tus planes más tarde esta noche.

Yuliana lleva horas dormida y le dije a Kirill que dormiría en el sofá. Intentó negarse, pero le dije que quería que Yuliana me viera si salía de su habitación en mitad de la noche.

Realmente, fue la idea de acostarme junto a él en la misma cama lo que me hizo querer mantener la distancia. Sentir su calor contra las sábanas. Escuchar su respiración y saber que está a mi alcance, pero no poder hacer nada al respecto sin arrancarme el corazón en el proceso.

Así que sí, pensé que el sofá sería mejor. Más seguro, al menos.

Pero después de dos horas de dar vueltas y vueltas, no podía apagar mi cerebro.

¿Quién es mi verdadero padre? ¿Es alguien que mi mamá conocía en la vida real? Quizás yo lo conocía. Quizás me cruzaba con él en el supermercado todas las semanas. Quizás trabajó en mi escuela.

Después de casi volverme loca, ahora estoy congelada frente a la puerta de Kirill… haciendo más de lo mismo.

Tocar o no tocar, esa es la pregunta.

Finalmente, antes de que pueda dudar de mí misma, levanto la mano y sello mi destino. *Toc-toc-toc.*

Escucho, pero no hay respuesta. Tampoco hay movimiento. La televisión no ha estado encendida en toda la noche y no lo he escuchado hablar por teléfono. Probablemente esté dormido. Debería volver al sofá e intentar…

Se abre la puerta y allí está Kirill. En frente de mí. Sin camisa.

De repente, todos los pensamientos que he estado luchando por sacar de mi cabeza desaparecen como si nada. Solo está él y su pecho desnudo y las hendiduras en V de sus abdominales que desaparecen debajo de la banda elástica de sus pantalones deportivos.

Él es hermoso. La interminable extensión de su piel bronceada y musculosa hace que me piquen

los dedos. Quiero trazar y mapear sus contornos, primero con mis manos, luego con mi lengua.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta, su voz baja tiene un tono seductor.

Arrastro mis ojos de mala gana hacia su rostro y me sonrojo de vergüenza. No estoy haciendo un gran trabajo ocultando mis pensamientos.

—No estoy aquí para tener sexo —espeto. Mi cara arde aún más.

Kirill se ríe. —Entendido.

—Lo que quise decir es, ¿puedo entrar? Quiero hablar contigo.

En respuesta, se vuelve de lado y me hace pasar a su habitación. Huelo su almizcle mientras paso.

Estuve en esta habitación antes. Dormí aquí, en esta cama, con el cuerpo de Kirill acurrucado a mi alrededor. Pero ahora no me permito estar al alcance de la mano de ese pequeño oasis de algodón egipcio. En cambio, me mantengo erguida y me recuesto contra un mueble.

—Ponte cómoda —Kirill se deja caer en la cama con una gracia que solo podría soñar con poseer. Levanta el brazo para apoyarlo contra la cabecera y sus abdominales se tensan. Es obsceno. Casi pornográfico.

—Me siento cómoda aquí mismo —murmuro.

Él se encoge de hombros. No dice nada.

Nos miramos fijamente hasta que queda claro que tendré que ser yo quien rompa este silencio. Cruzo los brazos sobre el pecho, quitándome los escalofríos que suben y bajan por mis brazos. —Pensé que debería explicar… todo. Hoy. Por qué te llamé.

—Me necesitabas. No es necesario que expliques eso.

Sus ojos verdes son increíblemente intensos. Mi corazón salta ante la posibilidad de que las cosas con Kirill puedan ser así de simples. Pero lo sé mejor. Hemos recorrido este camino. No terminó simple. Ni por asomo.

Me armo de valor contra su atracción y me lanzo hacia adelante. —Traté de llamar a Harmony y Natalia, pero no respondieron. No estaba segura de poder confiar en mis hermanas. Eras la única persona cercana que se me ocurrió.

—Claro, eso tiene sentido. Si no hubiera estado presente, probablemente habrías dejado que cualquier extraño de la calle te acostara en la cama, ¿verdad?

—Eso no es lo que estoy… simplemente no quiero que tengas una idea equivocada.

Él se burla. —Créeme, no tienes que preocuparte por eso. Entiendo nuestra relación perfectamente, Rayne.

—¿Por qué lo dices así? —chasqueo—. Parece que estás de acuerdo conmigo, pero *suenas* argumentativo.

—Eso no tiene ningún sentido.

—También suenas engreído.

—¿De verdad viniste a mi habitación en medio de la noche, definitivamente no para tener sexo, como mencionaste, sino para pelear?

—No, yo… —arrastro una mano por mi cara. Nunca me había sentido tan agotada en toda mi vida. Es imposible creer que tomé una siesta antes. Estoy a punto de colapsar—. ¿Por qué siempre terminamos peleando?

—Tensión, probablemente —responde Kirill rápidamente, como si hubiera pensado mucho en esto—. Hay demasiada tensión entre nosotros. Si no estamos follando, estamos peleando. Tiene que ser uno o el otro. Estas cosas necesitan una salida.

Junto las piernas, deseando poder deshacerme del temblor entre mis muslos. —Entonces, hagamos algo diferente. Esta noche no haremos ninguna de las dos.

Me saluda con la mano. —Por supuesto, lidera el camino.

Lo intento, pero los nervios me abruman. Me aclaro la garganta. —En el sofá, pensé que contarte todo podría hacerme sentir mejor. Ahora, creo que podría darte un atajo a cada uno de mis puntos de presión.

—Ya sé dónde están —dice, con esa presunción en su tono—. Detrás de tu oreja, en la base de tu garganta, en la curva interna de tu…

—Mis puntos de presión emocionales —especifico, poniendo los ojos en blanco incluso mientras me sonrojo más—. Pero si no te lo digo, bueno… no estoy segura de a quién puedo decírselo. Porque la familia es importante para ti. Siento que lo entenderás.

Kirill se sienta. —¿Qué pasa, Rayne? ¿Qué hizo él?

—Espera, ¿qué? ¿Quién?

Sus labios carnosos se presionan formando una línea plana. —Sé que fuiste a reunirte con tu padre. ¿Qué te dijo?

Pensé que ya había llorado todo, pero las lágrimas vuelven a llenar mis ojos. Me río de lo ridícula que estoy siendo. —No sé por qué lloro. Es tan… absurdo. No hay nada por qué llorar. De todos modos, no es que mi papá y yo tuviéramos una gran relación. Él nunca estuvo allí para mí. No intentó acercarse ni vincularse. Siempre fue más una formalidad. ¿Qué de mi vida cambió en realidad, sabes?

—Algo, parece —Kirill se gira de manera que sus piernas quedan colgando del borde de la cama. Da unas palmaditas en el lugar a su lado—. Ven aquí.

Me dije a mí misma que no me acercaría a la cama, pero, en el momento en que Kirill me hace señas para acercarme, estoy indefensa. Soy un insecto atraído por la luz, ajeno a la electrocución que me espera en el centro.

Me siento a su lado y coloco mis pies descalzos en el borde del marco. —¿Estás intentando seducirme?

Es un débil intento de romper la tensión. Fracasa, pero no importa, porque Kirill no cae en la

trampa de todos modos.

—Estoy tratando de entender qué pasó —murmura.

Dejo escapar un suspiro. —Mi papá me dijo que él no es mi papá.

—¿Qué? —Kirill ladra. De repente, se pone de pie y camina sobre la alfombra—. ¿Ese hijo de puta te abandonó durante toda tu infancia y ahora quiere repudiarte?

Sacudo la cabeza. —No, no es así…

—¿Cómo se atreve? —sisea—. ¿Ese bastardo entiende lo increíble que eres? Debería considerarse afortunado de que una serpiente como él haya producido a alguien tan hermosa y feroz como tú —gruñe. Un sonido profundo que retumba a través de su pecho—. Lo mataré.

—Ya está muriendo —le recuerdo.

—No lo suficientemente pronto.

Me levanto y presiono una mano contra su pecho. Su corazón late con fuerza contra su caja torácica. —¿Realmente estás tan alterado por mí?

La mano de Kirill se enrosca alrededor de mi nuca antes de que pueda registrar lo que está sucediendo. Un segundo, estoy parada frente a él, y al siguiente, mi cuerpo está inclinado hacia atrás y lo miro directamente a los ojos, a menos de una pulgada de los míos.

—No estoy alterado por ti —dice—. Estoy alterado por mí. Tu padre está insultando a mi familia.

Trago el nudo en mi garganta. —¿Soy tu familia?

Kirill parpadea. —Eres la madre de Yuliana. Yuliana es mi hija. Eso nos convierte en familia.

Sus palabras son un balde de agua fría sobre mi cabeza. —Claro. Eso tiene sentido.

Me suelta y me aliso la camisa de algodón del pijama. —No importa de todos modos. No es necesario matar. Mi papá… eh, sea quien sea ahora para mí… no estaba tratando de ser cruel. Estaba afirmando un hecho. Él no es mi padre biológico.

—Joder —suspira Kirill—. Te refieres que tu madre…

—El hombre con quien engañó a mi papá es… —asiento. Terminar la frase parece innecesario. Me dejo caer de nuevo en el borde de la cama—. Sí, hay mucho que procesar.

Se sienta al lado mío. —Joder.

—Mi mamá ciertamente lo hizo —digo secamente.

Hay una pausa antes de que Kirill se ría. —No esperaba que estuvieras de humor para bromear, dadas las circunstancias.

—Caer en pedazos y volverse catatónico no pareció ayudar. Tal vez fingir que estoy bien con eso lo hará.

—Me parece que son las siete etapas del duelo —dice, levantando la mano y contando los dedos

uno a la vez—. El shock es lo primero. Ahora pasamos a la negación. El siguiente paso es la ira.

Un peso se posa sobre mis hombros, lo que me dificulta mantenerme erguida. Se me hace difícil respirar. —No quiero estar enojada.

—Estar enojado es poderoso, Rayne. Especialmente, cuando está justificado. Tu madre te mintió, sobre todo. Deberías estar enojada.

—Ella no mintió sobre las cosas importantes —digo—. Ella me amaba. Eso fue real. Eso siempre será real.

Su mano aterriza en mi espalda baja y su pulgar acaricia la piel expuesta de arriba a abajo. Ondas de choque recorren mi cuerpo y trato de ignorarlas. —Por supuesto que te amaba. ¿Quién no lo haría?

Lo miro. ¿Es algún tipo de admisión? Pero su rostro es ilegible. —Mi papá, supongo. El verdadero, quiero decir —me apresuro a aclarar—. El biológico. El que se fue… aunque ambos se fueron en cierto modo, ¿no?

Puedo sentir las palabras llevándome de nuevo, pero parece que no puedo parar.

Entonces, Kirill se da vuelta para arrodillarse frente a mí. Es tan alto que incluso de rodillas me mira a los ojos. Su mano se curva alrededor de mi mejilla y pasa su pulgar por mi boca.

—¿Qué estás…?

Me agarra la barbilla y me silencia. —Silencio, Rayne.

Lo miro fijamente y él debe ver la pregunta en mis ojos, porque se inclina hacia adelante hasta que sus labios están a un aliento de los míos. —*Ahora* estoy tratando de seducirte.

La confusión se transforma en deseo, una lenta espiral de lujuria en lo profundo de mi núcleo. —No es por eso que vine aquí.

—Viniste aquí en busca de consuelo, ¿verdad? —pasa sus manos por mis muslos y agarra el pliegue de mis caderas—. Esto es eso.

Sus manos se deslizan más arriba, siguiendo mis costillas y rozando la parte inferior de mis senos. Cierro los ojos para contener un gemido. Mi cuerpo responde incluso cuando no puedo encontrar las palabras.

Suavemente, Kirill me empuja contra el colchón. Se arrastra sobre mí, apoyando su peso a cada lado de mi pecho.

—Si quieres que pare, dímelo ahora.

Su aliento calienta mi cuello. Presiona un beso en mi clavícula y en el hueco al lado, y mi mano instintivamente se curva en su cabello.

Lo acerco a mí y un gruñido bajo resuena en su pecho. —Rayne.

Si fuera más fuerte, tendría la voluntad de acabar con esto. En algún lugar dentro de mí debería haber algún sentido de autoconservación. Perder a Kirill me dolerá aún más con estos recuerdos palpitando en mi sangre.

Pero querer a Kirill *sí es* cuestión de autoconservación. ¿Cómo puedo sobrevivir sin esto?

—Tócame —le ruego—. Por favor. Hazme olvidar.

Sus manos se deslizan bajo el dobladillo de mi camisa y se encierran en mis costillas. Casi puede rodearme por completo con sus grandes manos y anhelo ser abrazado por él. Ser un pájaro frágil en los seguros confines de su toque.

Querer esto no significa nada. Por supuesto que quiero esto. ¿Quién no lo haría?

Escucho el eco de las palabras de Kirill en mis pensamientos, pero lo descarto. Él no me ama y no necesita hacerlo. Esto puede ser suficiente. Me encanta cuando mi estilista me lava el cabello, pero no quiero casarme con ella. Puedo recibir un masaje sin enamorarme de mi masajista.

Kirill está… brindando un servicio. Eso es todo. No hace falta que sea más que eso.

De repente, Kirill me toca los pechos y yo me arqueo hacia sus manos.

—Encajas perfectamente contra mí —se sienta para admirar la vista, así que agarro mi camisa y me la paso por la cabeza para ayudarlo. Sus ojos se oscurecen—. También te ves perfecta. Absolutamente impecable.

Paso mis uñas por el plano desnudo de sus abdominales y bajo, tirando suavemente de la línea de cabello que desaparece debajo de sus pantalones. Puedo sentir su erección contra mi muslo.

Puede que Kirill no me ame, pero me desea. Por ahora, ¿no puede ser suficiente?

No lo sé.

Pero tendrá que serlo.

Deslizo mi mano hacia abajo y lo rodeo con mis dedos. Se queda quieto y cierra los ojos con un suspiro. Cuando se abren, sigue mi cara. Su mirada es un toque físico. Es íntima.

Lo acaricio de nuevo simplemente para desviar su atención de mí. Mirándome así, casi podía creer que esto significa algo para él.

—Se supone que yo debo hacerte sentir bien —dice, empujando suavemente mi palma.

—Nada se siente mejor que esto.

Lo digo en serio también. Ver a un hombre como Kirill inclinarse ante mi tacto no se parece a nada que haya sentido jamás. Nunca me cansaré de ello.

Besa mi cuello y mi mandíbula. Sus dientes tiran del lóbulo de mi oreja antes de que sus labios choquen contra los míos. Sus movimientos se vuelven más febriles a cada golpe. Cuando me separo para tomar aire, su boca no se detiene. Besa mi pecho y toma mi pezón entre sus labios. Entonces, su mano se desliza entre mis piernas.

En cuestión de segundos, ambos estamos chocando contra las manos del otro, persiguiendo el creciente calor entre nosotros sin ningún sentimiento de vergüenza.

De mí salen sonidos que nunca antes había oído. Kirill se traga la mitad y me besa de una manera

que toca cada parte de mí. Lo siento en los dedos de mis pies.

Cuando se aleja de mí y desliza mis pantalones por mis piernas, no hay más dudas. No hay lugar para ello. Estoy llena de deseo por el hombre frente a mí.

Antes de que pueda quitarse los pantalones, me levanto y lo hago por él. Los arrastro hacia abajo, mis ojos fijos en los suyos todo el tiempo. Kirill me deja girarlo hacia la cama. Cuando empujo su pecho, se apoya en los codos y me arrastro sobre él.

—Eres tan jodidamente sexy —susurra, apretando mis caderas.

—¿Valió la pena rechazar a la mujer en el ascensor? —bromeo.

De repente, me agarra la barbilla y me mira. Sus ojos verdes son casi dorados a la luz de la lámpara. —Vale la pena rechazar a todas las mujeres del mundo.

Mi cara se sonroja y esquivo su toque. Antes de que él pueda discutir, lo coloco en mi abertura y me empalo en él de un solo golpe.

La sensación me dobla la espalda. Presiono mis palmas contra su pecho y me arqueo ante la sensación, rodando sobre su longitud.

La respiración de Kirill es errática. Sus manos se tensan y aprietan, ofreciendo solo una mínima dirección mientras yo tomo la iniciativa.

—Toma lo que necesitas —dice, pasando sus dedos por mis costillas y cubriendo mis senos. Me pellizca los pezones mientras me acerco a él. Luego su mano se desliza hacia abajo. Su pulgar presiona contra mi ápice, una fricción devastadora. Grito.

—Córrete, Rayne —ordena Kirill—. Córrete por mí.

Por primera vez en horas, mi cerebro está vacío. No existe nada excepto Kirill y esta calidez en mi interior. Quiero que dure el mayor tiempo posible.

Pero no puedo luchar contra la sensación que me quema.

Unos cuantos empujones más y estoy perdida. Me contraigo a su alrededor mientras el resto de mi cuerpo colapsa. Caigo sobre su pecho, gimiendo contra su cuello mientras el orgasmo me exprime.

—Te siento —gime Kirill, pasando una mano por mi columna—. Te estás corriendo tan fuertemente.

Y lo estoy. Muy fuertemente. Tan jodidamente fuerte.

Todavía me estoy contrayendo cuando Kirill me quita de encima, se mueve detrás de mí y me llena de nuevo.

No hay pausa entre orgasmos. El final del primero da paso directamente a la subida del siguiente.

—Fuiste hecha para tomarme —respira Kirill. Sus manos son marcas calientes en mis caderas mientras me golpea una y otra vez. Mis muslos tiemblan y siento la reverberación en todo mi cuerpo.

Solo quiero a Kirill. Quiero que se deshaga de todo lo que me atormenta… toda la mierda que no importa, la gente a la que no le importa, las mentiras. Quiero que todo desaparezca y sea reemplazado por esto.

Quizás la fuerza bruta sea el camino a seguir.

—Más fuerte —le ruego, con lágrimas en los ojos—. Más, Kirill.

Él escucha, acelera el paso hasta que estoy gritando y arañando el colchón. Y esta vez, cuando lo rodeo, Kirill también se libera. El cambio de la búsqueda frenética del placer a la pura felicidad con los ojos en blanco es simultáneo.

Él pulsa dentro de mí y me aferro a él. Me aferro fuertemente a este hombre y a este momento.

Es una de las pocas cosas que me quedan.

KIRILL

Rayne no me mira.

No me miró en toda la mañana, mientras empacaba sus cosas y las de Yuliana.

Nos detuvimos para desayunar a la salida de la ciudad y ella no me miró.

Ahora, sentada en el asiento del pasajero a mi lado, Rayne mantiene sus ojos en el paisaje que pasa por su ventana. Dirigido a cualquier lugar menos a mí. Su cuerpo está tan cerca de la puerta como es humanamente posible, con las manos encajadas entre los muslos como si no confiara en ellas. Como si accidentalmente pudieran alcanzarme sin su aprobación.

—¿Hay algo interesante ahí fuera? —pregunto.

Se estremece, pero no se da vuelta. En cambio, asiente. —Fascinante. Acabo de ver una bolsa de basura entera en la zanja.

Miro el espejo retrovisor. Yuliana está dormida en su silla de auto. Anoche se despertó gritando de nuevo. Rayne estaba en pijama y salió por la puerta antes de que pudiera abrir los ojos. Supuse que eran los rápidos instintos de una madre. Ahora, creo que pudo haber estado despierta, esperando una razón para salir de la habitación.

—¿Quieres hablar acerca de ello?

—¿Acerca de la basura? —pregunta, incrédula.

—Acerca de lo que sea que te tiene a segundos de tirarte de un auto en movimiento.

Se mueve en su asiento, deslizándose más hacia el centro. Aun así, mantiene el brazo alejado de la consola central. —Supongo que estoy cansada.

—Podemos hablar de eso también —digo—. Tu falta de sueño. O las actividades que hiciste durante esos períodos sin dormir.

Rayne se da vuelta para mirar el asiento trasero, alarmada.

—Yuliana está dormida —le aseguro con una sonrisa—. Ya lo comprobé.

Cuando se recuesta en su asiento, mantiene la vista al frente. —Te dije que no fui a tu habitación para… *eso*.

—Creo que importa menos para qué viniste y más para quién te viniste.

—¿Podemos ser maduros en esto?

—Estoy siendo maduro. Estoy tratando de tener una conversación abierta y honesta contigo. En realidad, es la primera vez para mí, así que diría que deberías aprovechar la oferta.

Nunca en mi vida me he sentado con una mujer la mañana después del sexo y he tratado de hablar sinceramente sobre ello, pero Rayne no parece apreciar la novedad de la situación.

Por fin, se gira hacia mí y mete una rodilla en su asiento. Nuevamente, comprueba que Yuliana esté dormida antes de hablar. —No veo de qué hay que hablar.

—Para empezar, podríamos explicar por qué pudiste montarte a horcajadas sobre mí completamente desnuda anoche pero ahora no te atreves a mirarme a los ojos.

Lentamente y con evidente esfuerzo, Rayne me mira. Su frente se arquea de una manera que dice: *¿Qué te parece eso?*

—Bien —digo—. Es un progreso. Ahora quizá puedas decirme por qué no volviste a la cama anoche.

Cualquier coraje que Rayne haya logrado reunir se desvanece. Se vuelve hacia el parabrisas y cruza los brazos sobre el pecho. —Yuliana me necesitaba. La oíste llorar.

—Dormiste en el sofá, no en su habitación.

—En caso de que me necesitara —espeta a la defensiva—. No puedo estar a tu entera disposición cuando necesites relajarte, Kirill. Tengo otras responsabilidades.

Lanzo una risa sin humor. —¿Es eso lo que crees que es todo este asunto? No te seguí a la ciudad natal de tu papá porque necesitaba una liberación. Joder, sabes que en casa podría encontrar una mujer con la que sea más fácil acostarse.

—¡Entonces ve a buscar a una de esas mujeres! ¡Nadie te detiene!

¡Exacto! Quiero rugir. *Nadie me detiene, pero igual sigo aquí. Contigo. ¿Qué diablos te dice eso?*

Pero me abstengo. La lógica no funciona con una mujer tan terca como Rayne.

—Dijiste que no fuiste a mi habitación anoche para tener sexo —le explico—. Tampoco te seguí a este maldito pueblo de mierda para tener sexo. Aunque fue una buena ventaja.

En realidad, fue más que buena; fue irreal. Nunca he deseado nada como deseo a Rayne. Incluso cuando estoy dentro de ella, quiero más. Piense lo que piense, no se trata de follar.

Esto entre nosotros es más grande que eso.

Ella resopla. —Es bueno saber que lo disfrutaste. Quizás debería montar una atracción en la carretera. Puedes ser mi primera reseña verificada.

—Por el amor de Dios —golpeo mi mano en el volante—. Para ser una mujer que dijo que quería sexo sin sentido, ahora estás enojada por eso.

—Lo que quiero es que me lleves a casa. En silencio —añade.

—No sabes lo que quieres, Rayne. Nunca lo has sabido.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que me ocultaste a mi hija, pero pasabas por delante de mi casa todos los días. Significa que me dices que quieres sexo sin sentido, pero te enojas cuando no me arrodillo a declararme porque me dejaste correrme dentro tuyo.

—Nunca me casaría contigo. Eres repulsivo —sisea—. Eres un cerdo asqueroso, que…

—Significa —continúo, alzando la voz para que me escuche por encima de sus insultos—, que dices que no quieres tener nada que ver conmigo, pero, una y otra vez, soy la persona a la que llamas cuando estás en un aprieto. Soy la persona con la que puedes contar.

Aprieta los dientes. —Te dije que llamé a Harmony y Natalia primero, pero…

—Has estado tratando de contactarlas sin parar desde entonces, ¿eh? —agarro su teléfono de la consola central. La pantalla está negra. No ha sido encendido desde ayer—. Tal vez estabas demasiado ocupada quejándote para acordarte de cargar tu teléfono.

Me quita el teléfono de la mano y lo deja caer en su regazo. —Eres un gilipollas.

—Ahí está esa tercera etapa del duelo que mencioné anoche. La ira.

Rayne me lanza el brazo por encima de la consola, pero le arrebato la mano en el aire. Mis dedos se aprietan alrededor de su muñeca.

—Suéltame —sisea.

—Pensé que querías que nos tomáramos de la mano.

Ella suelta un suspiro de frustración y tira de su mano. —Kirill, basta…

—Tu hija está en el asiento trasero y tú acabas de intentar golpear al conductor del vehículo que lo impulsa a setenta millas por hora por la carretera.

Ella se queda quieta, entiende.

—Uno de nosotros debería detenerse, pero no soy yo —giro mi mano para apretar sus dedos—. Ahora que tengo tu atención, me gustaría hablar sobre nuestros planes.

—Nos llevarás a casa —dice—. ¿Qué más hay que hablar?

—Ese es un gran punto de partida. Les conseguiré una casa.

La mano de Rayne se debilita en la mía y el shock le quita la lucha. —Tenemos una casa.

—Tienes una unidad de alquiler insegura, intercalada entre dos edificios deplorables ocupados por miembros de pandillas.

—Dios, eres tan condescendiente. Nunca antes tuvimos ningún problema.

—El hecho de que no haya sucedido nada… *aún*… no es razón suficiente para no tomar

precauciones. Especialmente porque Yuliana es mi hija.

—Ella siempre ha sido tu hija —responde—. ¿Qué cambia ahora que lo sabes?

—La diferencia es que planeo pasar tiempo con ella. Con el tiempo, la gente descubrirá que tengo una hija. Cuando llegue el momento, quiero que esté a salvo.

La mano de Rayne agarra la mía con más fuerza. —¿Estás diciendo que no está a salvo?

—Estoy diciendo que es posible que no siempre esté a salvo —solo pensar en que algo le pase a Yuliana me eleva la presión arterial. Tengo que luchar para no aplastar la mano de Rayne entre mis manos—. De todos modos, no en tu situación de vivienda actual. Por eso les conseguiré a ambas un lugar con cerraduras funcionales y un sistema de seguridad.

—Sí… vale —admite—. Probablemente sería una buena idea. Pero nada demasiado sofisticado. Y tiene que estar cerca de su escuela.

La despido con la mano. —Ella irá a una nueva escuela.

—No, no lo hará. Ella tiene una escuela. No necesita una nueva.

—Ella tiene una escuela que te llama a medio día para que vengas a recoger a tu hija. Me parece que necesitas una nueva escuela. Eso no es normal.

Rayne se estremece. —Es… Cosas así suceden todo el tiempo. A todos.

—La mayoría de las escuelas saben cómo manejar a los niños. Especialmente, niños tan dulces como Yuliana —vuelvo a mirar por el espejo retrovisor y veo que está dormida, con la barbilla apoyada en el pecho—. Si no pueden con alguien tan callada y tímida como ella, no pueden cuidar a ningún niño. Ella es perfecta.

De repente, Rayne quita la mano. —Ella no es tímida.

Miro y la cara de Rayne se sonroja de un rojo intenso. La mayor parte del tiempo, trabajo activamente para hacerla sonrojar. Esta vez, para variar, no tengo idea de qué lo está causando.

—Ella absolutamente lo es. Oculta su rostro cuando la gente intenta hablar con ella. Apenas me habló esta mañana porque había pasado toda la noche desde que me vio —no es una exageración. Tuve que sacarla de su caparazón con un vaso de leche con chocolate—. Ser tímido no es un problema. Es mejor eso que hacer un montón de rabietas. Prefiero tener un niño introvertido que un pequeño demonio.

—Las rabietas no convierten a un niño en un demonio.

—De acuerdo en estar en desacuerdo —digo.

De repente, Rayne levanta las manos. —¿Cómo podría olvidarlo? Todos deben doblarse a tu gusto, de lo contrario no merecen tu tiempo.

—Tengo estándares, sí.

—Estándares poco realistas —escupe, volviéndose hacia mí con los ojos entrecerrados—. Estándares que ninguna persona normal podría alcanzar jamás.

—Por eso no tengo el hábito de rodearme de gente “normal”. Prefiero gente extraordinaria.

Rayne deja escapar un suspiro de frustración y luego se presiona contra su asiento. Es casi como si quisiera desaparecer entre la tapicería.

Pongo los ojos en blanco. —¿Cuál es tu problema ahora?

—Nada.

—Dime.

—No —espeta.

—Dímelo antes de que detenga el auto y te obligue.

Me mira con el ceño fruncido por la preocupación. —¿Cómo piensas hacer eso?

Sonrío. —Usa tu imaginación.

Nos miramos brevemente antes de que Rayne se dé cuenta de que hablo en serio. —Vale. Podemos tener esta conversación ahora.

—Bien. Hagámoslo.

Resopla de nuevo y niega con la cabeza. —Está claro que tienes estándares increíblemente altos para las personas en tu vida, pero yo también tengo estándares para mí. No seré tu amante.

Parpadeo, intentando y fracasando en seguir su línea de pensamiento. —No me di cuenta de que te ofrecí el puesto.

Ella arruga la nariz con enojo. —Bueno, como sea que llames a una mujer con la que te follas y a la que también le compras una casa, no voy a hacer eso.

—Ya aceptaste la casa —le recuerdo—. No es que realmente tuvieras una opción en primer lugar. Y tampoco hay retorno por follar. Lo hecho, hecho está.

—¡No soy una muñeca con la que puedes posar y disfrazar! Soy capaz de tomar mis propias decisiones. Tomé la decisión de mantenerte fuera de la vida de Yuliana. Una decisión que está demostrando ser la correcta.

Agarro el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. Es más seguro así, tanto para mí como para Rayne. Porque ella no quiere decir en serio ni una palabra. Tengo que recordarlo.

—Tú me llamaste, Rayne. No lo olvides. Estamos juntos en este auto ahora mismo porque me llamaste.

—Te llamé cuando pensé… Eso fue antes de darme cuenta de que nunca seré lo suficientemente buena para ti.

—¿Según quién? —prácticamente grito.

Yuliana todavía está dormida en el asiento trasero, pero, a este paso, no lo estará por mucho más tiempo.

—¡Según tú! —grita Rayne—. Has dejado claro que soy la madre de tu hija y nada más.

¿Eso fue lo de anoche? ¿Yo adorando el cuerpo de Rayne como madre de mi hija? Cristo, es tan jodidamente terca que no puede ver los árboles como el bosque.

—La única razón por la que te has quedado es Yuliana —continúa—. Está bien. Genial, incluso. Me alegro de que quieras conocerla… es asombrosa y nada parecida a un demonio. Pero no actúes como si tuvieras voz y voto en mi vida gracias a ella. Y no actúes como si pudieras aparecer y hacernos sentir menos. Hemos estado bien sin ti.

—Nadie está diciendo que alguien es "menos".

Ella suelta una risa sin humor. —¿Bromeas? Acabas de decirme que mi casa no es lo suficientemente buena y que la escuela de Yuliana no es lo suficientemente buena.

—Porque ella merece más.

Rayne también merece más. Incluso si ella es la humana más frustrante que he conocido.

Su rostro está contorsionado por una docena de emociones diferentes. —Quieres cambiarnos. Esperas abalanzarte como Richard Gere y hacernos más elegantes, hacernos presentables ante tus amigos y las personas en tu vida. Esto es la vida real, no una película.

—Me importa un carajo lo que piensen los demás. Sobre mí o sobre ti.

—Te importará —Rayne asiente, segura de que su locura tiene mucho sentido—. Esta neblina de lujuria se desvanecerá y terminaré siendo tu pequeño y sucio secreto. Pero no lo haré. Me niego.

—¿Qué quieres ser, entonces?

Ella frunce el ceño. —¿Qué?

—Acabas de decir que no quieres ser una amante. Entonces, ¿qué quieres ser para mí?

Veo la verdad en el fondo azul profundo de sus ojos. La esperanza secreta a la que se aferró cada vez que pasaba por mi casa vacía. Puedo ver el deseo enterrado tan profundamente que ella no cree que sea posible, el futuro que está segura nunca podrá ser suyo.

Puedo impulsar a Rayne a tomar las decisiones correctas de muchas maneras. Puedo asegurarme de que esté en una casa segura y que no regrese a casa con un extraño de un bar.

Pero no puedo obligarla a darse cuenta de su propio potencial.

Tiene que encontrarlo ella misma.

Ella parpadea y la ventana de su alma se cierra. Su boca se curva hacia abajo en las comisuras, firmemente fijada. —Quiero ser tu criada.

—Hemos tenido esta conversación antes —le recuerdo—. Yuliana es la prueba de que ese arreglo no funciona.

Ella niega con la cabeza. —Eso fue el pasado. Las cosas son diferentes ahora. Tienen que serlo. Esto no se trata solo de ti y de mí. Se trata de ella.

Yuliana es una parte importante de todo esto. Lo sé. Puedo entenderlo.

Sin embargo, también sé que, en muchos sentidos, esto no tiene nada que ver con Yuliana. La existencia de Yuliana no cambia lo que siento por Rayne. No cambia el efecto físico en el aire cuando Rayne y yo estamos juntos.

Eso siempre ha existido.

—Pero *esto* —digo, haciéndome un gesto de ella a mí y viceversa—, no se trata de Yuliana en absoluto. Esto estaba sucediendo mucho antes de que ella apareciera.

—*Esto* —dice Rayne, imitando mi gesto—, existía junto con tu compromiso con Viktoria. Hace cinco años y ahora.

—No estoy comprometido con Viktoria.

—¡Pero lo estabas! —Rayne se pasa una mano por la mandíbula. Normalmente, quiero ser yo quien le toque la cara así. Ahora, quiero agarrar su cara y darle un poco de sentido común—. Me dejaste atrás, Kirill. Dejaste esta ciudad y te mudaste al otro lado del país. Aunque sabías que todavía estaba aquí, no soy la persona con la que volviste. Volviste a Viktoria.

—Ahórrame las patrañas, Rayne.

—¡No son patrañas! —insiste—. Al final del día, eres un hombre rico y poderoso que siente lo mismo que todos los hombres ricos y poderosos. Una criada es divertida para jugar, pero no es la mujer con la que te casas. Por mucho que digas odiarla, Viktoria es el tipo de mujer con la que sabes que deberías estar. No pasaré mi vida intentando ser ella.

La casa de Rayne aparece a la izquierda y sigo por la acera. Puedo ver la puerta colgando en un ángulo extraño desde donde la pateé. Hay música alta saliendo de la casa de crack cerrada y llena de grafitis de al lado.

Ella piensa que la menosprecio porque vive aquí. En realidad, menosprecio el lugar donde vive porque merece algo mejor. Tanto ella como Yuliana son demasiado buenas para esto.

No deberían estar en cualquier casa.

Deberían estar en la *mía*.

Sin embargo, decirle eso a Rayne no cambiará nada. ¿Quiere hacer esto de la manera más difícil? Vale. Podemos hacerlo de la manera más difícil.

Rayne se desabrocha el cinturón de seguridad, pero yo me acerco, lo agarro y lo aprieto para que quede cautiva en el asiento.

—¿Qué estás…?

—Espero verte mañana a primera hora —le digo—. ¿Quieres ser una criada? Entonces, preséntate mañana y sé una criada. No te pagaré por los últimos dos días. No enviaste una solicitud formal para tenerlos libres.

Dejo el cinturón, pero Rayne está perfectamente quieta. Su cara se pone roja. —Eres tan…

—No digas nada de lo que te arrepientas. Odiaría tener que despedirte por insubordinación.

Sus labios se cierran con fuerza. En silencio, sale del auto y desabrocha a Yuliana del asiento

trasero. La niña está somnolienta, pero me saluda con la mano mientras sale del auto.

Por su bien, esbozo una sonrisa y le devuelvo el saludo.

Observo a Rayne cargar sus maletas por el camino hasta la puerta principal rota y desaparecer dentro.

Mientras me alejo, envío mensajes de texto a German. ***Pon seguridad en la casa de Rayne de inmediato. Quiero a alguien apostado allí toda la noche.***

Ella puede ser imprudente si quiere.

Pero yo siempre voy a proteger lo que es mío.

RAYNE

—Sé que estás teniendo un día difícil, pero, si no mueves el trasero para que pueda trapear este piso e irme por el resto del día, te empujaré por esa ventana.

Me giro y veo a Natalia parada a mi lado con un trapeador a un pie de distancia de mí. El agua se acumula formando un círculo alrededor del cepillo.

—Lo siento —me alejo de la ventana y me dejo caer en el sofá—. No estoy siendo de ninguna ayuda en absoluto.

Natalia se encoge de hombros. —Lo entiendo. Acabas de descubrir que estás perdiendo a tu papá. Eh, bueno, no tu papá, pero… ¿Cómo categorizas exactamente la relación de Kenneth Garner contigo ahora?

—No he tenido el tiempo, la energía o las ganas de pensar en ello.

—Es bastante justo —dice—. En pocas palabras, perdiste a tu papá de múltiples maneras este fin de semana. Si alguien merece mirar fijamente por la ventana durante un rato, eres tú. Aunque, si alguna vez vuelves a apagar tu teléfono por tanto tiempo, tendré que ponerte un dispositivo de rastreo en el brazo mientras duermes.

Dejo escapar una risa ahogada y apoyo mi cabeza en el sofá. —Trato hecho.

Natalia y Harmony se turnaron para regañarme anoche. —*¿En qué diablos estabas pensando al desconectarte así?* —me regañó Natalia. Encendí mi teléfono y la llamé una vez que acosté a Yuliana. Atendió ya gritándome—. *Estaba a punto de llamar a la policía. ¿Entiendes eso? Lana no sabía dónde estabas. Cuando hablé con ella, me dijo que la habías llamado para buscar a Yuliana. ¿Qué diablos?*

—*Eso fue un malentendido. Yuliana estaba bien. Kirill la tenía.*

Natalia también estaba furiosa porque no la mantuve actualizada sobre el pronóstico de mi papá y todo el fiasco de “Rayne, no soy tu padre”, pero Harmony estaba obsesionada con Kirill.

—¡Nunca me dijiste que habías vuelto con Kirill! —gritó cuando ese pequeño detalle se me escapó.

—Porque no lo he hecho —le expliqué—. Él solo regresó a la ciudad. Eso es todo.

—¿Es así como llamas a tu vagina ahora? —preguntó—. ¿La Ciudad?

Solo Harmony haría una broma inapropiada en un momento como este.

—Eres repugnante… y, desafortunadamente, tienes razón.

Mis amigas dejaron muy claro que nunca más debía asustarlas así. Lo prometí, sobre todo porque si se invirtieran los roles, estaría tan molesta como ellas.

—Pero también —evita Natalia, haciendo girar el trapeador en el mismo lugar que ha estado trapeando durante los últimos sesenta segundos—, escúchame.

—No —espeto—. No quiero escuchar lo que sea que vayas a decir. Porque ya te dije que ya sabes quién está completamente fuera de límites.

—No es justo. No puedes reprimir mi opinión, Rayne.

—Puedo cuando tu opinión es incorrecta.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir —argumenta—. Estás haciendo suposiciones groseras y no dejas que tu mejor amiga diga libremente lo que piensa. Es desdeñoso y grosero. Especialmente, considerando lo que me hiciste pasar este fin de semana.

Joder. La culpa se retuerce en mis entrañas. No ayuda que Natalia tenga un puchero que podría ganar premios. Su labio inferior sobresale y su aspecto es más que lamentable.

Respiro hondo. —Vale. Adelante. Pero después de esto, no más. Soy una niña grande y tomo mis propias decisiones.

Natalia se gira hacia mí y se apoya en la parte superior del mango de su escoba. —Soy tu mejor amiga y quiero lo mejor para ti. Lo sabes bien, ¿no?

—Por supuesto.

—Vale —dice—. Entonces, tampoco hace falta decir que estuve contigo en cada paso de los últimos cinco años. Te vi luchar para comprar pañales y leche de fórmula. Recorrí contigo tiendas de segunda mano en busca de todas las necesidades de bebé y juguetes y libros. Criar a Yuliana nunca ha sido fácil. Has trabajado duro para sobrevivir, pero las cosas solo se volverán más caras a partir de aquí.

—¿Esto va a alguna parte o solo estás tratando de deprimirme? —pregunto.

—El punto es que Kirill es rico y poderoso. Tiene recursos más que suficientes para cuidar de ustedes. Además, una gran ventaja es que prácticamente está rogando estar en la vida de Yuli.

—Eso no es algo bueno. Ya sabes lo controlador que es.

—Claro —admite—. Él puede ser terco, pero adivina qué, tú también. ¿Sabes cuántas madres solteras matarían porque un hombre como él se preocupara tanto por su hijo?

—¿Y si le importa demasiado? —suelto.

Natalia frunce el ceño. —¿Y eso que significa?

—Él podría quitármela. Tú misma lo dijiste, es poderoso y rico. Si contrata abogados para conseguir la custodia, ¿qué voy a hacer al respecto?

—Eres su mamá. Él no haría eso.

Arqueo una ceja. —¿En serio? ¿No crees que sea capaz de hacerlo?

Sorprendentemente, Natalia considera la pregunta de verdad. Finalmente, niega con la cabeza. —No, no creo que lo sea.

—Estás loca. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Él es capaz de algo así, definitivamente. Pero no lo hará.

—¿Por qué?

—Si no te has dado cuenta de eso, entonces eres más incompetente de lo que pensé —ella debe ver la confusión todavía en mi cara, porque pone los ojos en blanco—. Él te ama, idiota.

La miro boquiabierta. —Si tuviera una bebida en la boca ahora mismo, la escupiría por todo el piso parcialmente trapeado. ¿Estás demente?

—¿Lo estás tú? —responde—. Ese hombre ha estado enamorado de ti desde el momento en que se conocieron. Eso es lo que he estado tratando de mostrarte. Quiero decir, solo mira lo que pasó esa noche en el bar. Te envié a bailar con el perdedor y a poner celoso a Kirill, y funcionó incluso mejor de lo que imaginaba. Él no podía soportar verte tocando a otro hombre, hasta el punto de que te levantó y…

—Espera —levanto una mano para detenerla—. ¿Me dijiste que fuera a bailar con ese chico porque querías poner celoso a Kirill? ¡Dijiste que era para ayudarme a superarlo!

Natalia tiene la decencia de parecer un poco culpable. —Estaba probando una teoría. La teoría era que Kirill todavía estaba enamorado de ti. La evidencia sugiere un firme “sí”.

—Bueno, eso lo resuelve. Eres una traidora.

Natalia me arroja el trapeador y yo agarro el mango antes de que pueda golpearme en el hombro. —¡Oye!

—“¡Oye!” tú —espeta—. Sabes que te amo, Rayne. Por eso voy a ser honesta contigo. Me resulta incomprensible que no te estés enganchado a Kirill Zaitsev.

Le devuelvo el trapeador y me levanto. De repente, demasiada energía zumba por mi cuerpo como para quedarme quieta. Me ocupo ordenando los libros y los posavasos de mármol sobre la mesa de café. Mientras tanto, siento que Natalia me mira fijamente.

Finalmente, me giro y la enfrento. —¿Recuerdas cuando nos conocimos y descubriste que me estaba acostando con Kirill?

Ella asiente. —Lo recuerdo.

—¿Recuerdas lo que me dijiste?

—Te dije que te mantuvieras alejada de él. Tiene muchos vínculos con negocios sucios y podría ser peligroso.

Pongo las manos en mis caderas. —Exactamente. ¿Qué ha cambiado desde entonces?

Ella se inclina hacia adelante, su voz baja y seria. —En aquel entonces, me preocupaba que usara su poder e influencia para hacerte daño. Ahora estoy segura de que usará su poder e influencia para lastimar a cualquiera que alguna vez intente lastimarte. Esa es la diferencia.

Se me pone la piel de gallina cuando la verdad de sus palabras viaja a través de mí.

Sé que tiene razón. Lo sé.

—Pero ¿por cuánto tiempo? —pregunto, reprimiendo el sollozo que sube por mi garganta—. ¿Cuándo cambiará de opinión?

—Rayne…

—¿Qué pasará cuando Yuliana haga un gran berrinche frente a él? —continúo—. Él se dará cuenta en algún momento de que no es como los otros niños. Ya lo hizo, un poco. ¿Luego qué?

Niega con la cabeza. —Él la amará tanto como nosotras dos, con defectos y todo. Eso es lo que haces con las personas que amas.

—No es amor. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros… química, biología, geometría… sea lo que sea, no puede ser amor. No creo que ninguno de los dos sea capaz de hacerlo. No el uno para el otro. Ya no.

—¡Eso no es cierto!

—Lo es —insisto—. En algún momento, se dará cuenta de que soy la chica que la gente deja. Mi papá… los dos. Mis hermanas se alejaron y me dejaron atrás. Incluso Kirill lo hizo sin pensarlo dos veces. Él volverá al tipo de mujeres que fueron hechas para esta vida y yo tendré que recoger los pedazos. Me niego a volver a hacer eso.

El rostro de Natalia está arrugado por una simpatía que no puedo soportar. Me hace sentir demasiado patética. Antes de que pueda decir algo, se abre la puerta principal.

Kirill ha estado fuera todo el día, así que, por supuesto, elegiría volver ahora. Me limpio rápidamente la lágrima perdida que rueda por mi mejilla. Natalia y yo nos apresuramos a hacer parecer que hemos estado trabajando todo este tiempo.

Luego, oigo voces débiles que aumentan junto con el sonido de tacones en el suelo.

—Dios, mira qué rayado está este suelo de mármol —sisea una voz familiar—. Las criadas de Kirill son una absoluta mierda. Debió haber dejado que yo las contrate.

Levanto la vista y la boca de Natalia se abre en evidente ofensa. Pasó una hora limpiando ese piso sobre manos y rodillas.

—¿Qué está haciendo esa perra aquí? —susurra.

—La contratación de personal es uno de tus puntos fuertes —canta una voz masculina.

Me doy vuelta justo cuando Viktoria Kozlov y su padre aparecen en la puerta.

Sus ojos se posan en los míos y recuerdo la última vez que la vi. Momentos después de saber que ella era la prometida de Kirill. Momentos después de que casi lo monté a media tarde.

Buenos tiempos.

—Ah, bien —dice Viktoria. Su expresión traiciona el tono alegre de su voz—. Esperaba encontrarme con un miembro del personal. Estoy sedienta.

—Feliz de ayudar —interviene Natalia, entregándome su trapeador—. ¿Qué puedo conseguirte? ¿Café? ¿Agua? ¿Algo un poco más fuerte?

Viktoria ni siquiera mira en su dirección. Sus ojos de serpiente permanecen fijos en mí. —No quiero nada de ti. Lo quiero de *ella*.

Ni siquiera puedo encontrar la energía para odiar a Viktoria. Estoy demasiado cansada. Emocionalmente. Mentalmente. Físicamente.

Recordarme mi lugar en el mundo es la forma en que Viktoria se excita, así que ¿por qué no dejar que se divierta? No me importa.

—Seguro —le devuelvo el trapeador a Natalia, que aprieta los dientes con tanta fuerza que creo que podrían romperse. Le doy unas palmaditas suaves en la mano antes de volverme hacia Viktoria y su padre—. ¿Qué le gustaría?

—Un brandy —Leonid está en su teléfono, escribiendo un mensaje e ignorándome por completo.

—Agua helada —dice Viktoria—. Quiero agua embotellada en un vaso con cuatro cubitos de hielo. También una rodaja de limón en el borde. No lo cortes demasiado grueso.

¿Qué cree ella que es esto, un puto restaurante?

Ella sonríe, plenamente consciente de lo irritante que es. —Tráelo a la sala de juntas. Allí nos reuniremos con Kirill.

Puedo llevarle una bebida a Viktoria. Pero ¿enfrentarme a Kirill? No estoy segura de estar a la altura de la tarea hoy. Además, los celos que me arañan la garganta hacen que sea muy probable que vacíe el contenido de mi estómago sobre la brillante mesa de madera.

—Solo me llevará un minuto —digo, ya retrocediendo hacia la cocina—. Si quieres esperar aquí, te serviré las bebidas y…

—Los tomaremos en la sala de juntas —dice Viktoria bruscamente.

Reprimo un gemido sufrido y asiento.

En el momento en que Viktoria y su padre caminan por el pasillo, Natalia se vuelve hacia mí. —¿Quién diablos se cree que es esa perra? No eres una esclava.

—Lo soy para ella —me encojo de hombros—. Quiere ponerme en mi lugar. Si eso logrará que me deje en paz, que así sea.

—O escúchame —dice Natalia de nuevo—. Podrías decirle a esa bruja engreída que eres la mamá del bebé de Kirill.

—¿Qué bien haría eso?

—Podría explotar espontáneamente por puros celos —sugiere Natalia con una sonrisa maliciosa.

Sacudo la cabeza mientras camino hacia la cocina. —Improbable.

—¡Una chica puede atreverse a soñar!

RAYNE

Hago lo mejor que puedo para apresurarme a preparar bebidas para Viktoria y Leonid y luego me apresuro hacia la sala de juntas. Cuanto más rápido me muevo, menos probable es que Kirill esté allí.

Sin embargo, cuando me acerco a las puertas dobles, mis esperanzas se estrellan contra las rocas de mi desafortunada vida.

Escucho la voz profunda de Kirill justo detrás de la puerta. En realidad, lo siento retumbando en mi pecho como un terremoto. Saber que está cerca es suficiente para hacer que mi estómago se revuelva.

La bandeja en mis manos tiembla. Los cuatro cubitos de hielo que pidió Viktoria resuenan contra el cristal. Siento la abrumadora necesidad de dejar caer la bandeja al suelo, darme la vuelta y correr a casa. Puedo encontrar un nuevo trabajo. No hay ninguna razón para someterme a esta exquisita tortura.

Entonces, pienso en Yuliana.

En el teléfono pesado en mi bolsillo, esperando otra llamada de la oficina principal de su escuela y la decisión de que ha sido expulsada.

Los preescolares privados no son baratos. No podré pagar el depósito en un lugar nuevo sin trabajo. Incluso la más mínima brecha en mi empleo podría arruinar todo su año.

Así que, con el rostro de mi hermosa hija en mi mente, respiro hondo y empujo las puertas dobles.

La habitación es excepcionalmente silenciosa. En el momento en que abro las puertas, puedo escuchar el sonido de mi corazón acelerado. Puedo escuchar las fibras individuales de la alfombra crujiendo debajo de cada uno de mis pasos. Puedo escuchar los tres pares de ojos en la habitación moviéndose hacia mí.

Pero lo más importante es que puedo sentir un par de ellos pegados a mí.

Quería entrar y salir desapercibida como debería hacer una buena criada, pero siento como si hubiera un foco en el techo brillando directamente hacia mí. El rayo se estrecha para lograr un efecto dramático adicional.

—Por fin —dice Viktoria. Su voz estridente corta la tensión—. Ahí estás. Pensé que lo habías olvidado.

—Solo me estaba asegurando de que todo fuera exactamente como me pediste —con una sonrisa plácida, dejo las bebidas en la mesa frente a ellos.

Viktoria y Leonid están sentados uno al lado del otro en sillas de respaldo alto. Kirill está enfrente, aunque todavía no me he atrevido a mirar ese lado de la habitación. El calor puro calienta el lado más cercano a él, como si hubiera un horno soplando aire directamente hacia mí. Tengo miedo de girarme en su dirección y quemarme las cejas.

—¿Cuándo pidieron bebidas? —su voz es un gruñido siniestro.

Si Leonid se da cuenta del peligro que corre, no lo deja ver. Simplemente sonríe. —Tu personal aquí es tan servicial que prácticamente nos recibieron en la puerta.

—Rayne estaba feliz de servir. ¿No es así, Rayne? —el labio superior de Viktoria está curvado hacia atrás. Disfruta esto mucho más de lo que debería cualquier persona en su sano juicio.

Soy una criada. Mi trabajo es limpiar la casa y atender a los invitados de Kirill. Sonreír. Asentir. Ser agradable.

—Siempre estoy feliz de hacer mi trabajo lo mejor que puedo —digo, imaginando que me han hecho una lobotomía para superarlo.

Les doy a todos, excepto a Kirill, un gesto de despedida y me vuelvo hacia las puertas.

Estoy apenas en la mitad de la habitación cuando Leonid vuelve a hablar.

—Hablando de eso, me falta personal para la fiesta de esta noche. Aparentemente, una misteriosa enfermedad arrasó la empresa de catering que iba a utilizar. Se ofrecieron a enviar a algunas de las mujeres que todavía están sanas, pero no seré responsable de enfermar a todo el inframundo.

—No serviría de mucho construir esos puentes —coincide rotundamente Kirill.

—¿A alguien de tu personal le gustaría el trabajo extra? —pregunta Leonid—. Pago justamente.

Viktoria jadea. —Ay, ¡qué maravilloso! A Rayne le encantaría, ¿verdad? Le encanta ser suplente cuando no hay otra mujer cerca.

Su analogía es demasiado obvia como para pasarla por alto, pero de nuevo, Leonid simplemente me sonríe. —¿Es así?

—No —dice Kirill con decisión—. Rayne tiene mejores cosas que hacer. Hay muchas camareras reales en esta ciudad.

Kirill en realidad no cree que tenga mejores cosas que hacer. Por lo que puedo ver, solo hay dos motivaciones posibles: una, no quiere que ande con sus amigos ricos y socios comerciales, o dos, no cree que pueda defenderme frente a personas como Viktoria.

En cualquier caso, no necesito su protección. Le dije que puedo defenderme y tengo la intención de hacerlo.

Alzo la barbilla y me giro para mirar a Leonid por completo, colocando a Kirill a mi espalda. —

En realidad, Sr. Kozlov, me encantaría colaborar con su fiesta. Siempre me viene bien el dinero extra.

—¿En serio? —Viktoria frunce los labios con duda—. Supuse que tenías una rotación de hombres que pagaban por tu tiempo y habilidades.

Una amante es una cosa, pero ¿Viktoria realmente está insinuando que soy una prostituta? Aprieto los dientes y soporto el insulto. Será mejor que me acostumbre si pasaré una noche entera en su compañía.

—Trabajar como empleada doméstica en la casa del Sr. Zaitsev es mi único puesto actualmente —digo con una sonrisa falsa en mis labios—. Tengo tiempo más que suficiente para ayudarlo, Sr. Kozlov.

Leonid junta las manos y las cruza sobre la mesa. —Maravilloso. Me estás haciendo un gran favor. Encontrar un personal completo el día de un evento no es para personas débiles de corazón. Tal vez fue eso lo que mató a Arnov Lenin, ¿no?

Él se ríe, pero nadie más se une. Luego, se vuelve hacia mí y me ofrece un guiño conspirador. —Gente sin humor. El tío murió hace semanas.

—Si crees que nosotros somos gente sin humor, intenta hacer esa broma delante de Sasha Lenin esta noche —dice Kirill.

Kirill pone un poco más de énfasis en el nombre del hombre. Sé que es para mi beneficio. Está tratando de dejar claro un punto.

¿Ves de qué estaba tratando de salvarte? Sal mientras puedas.

Puedo manejarme frente a Sasha Lenin tan bien como puedo con Viktoria… creo.

No he pensado en ese hombre en años, pero, de repente, puedo sentir la forma en que intentó arrastrarme en la oscuridad con él.

—Estoy seguro de que te encantaría que le hiciera esa broma —se ríe Leonid—. No finjas que estás tratando de cuidar de Sasha, Kirill. El objetivo de esta noche es resolver la pequeña disputa entre ustedes dos de… Bueno —él me mira y se encoge de hombros—. Será divertido tener a *todo* el conjunto reunido de nuevo, diré. Me encanta cuando las cosas son interesantes.

—¿Yo? —pregunto antes de que pueda detenerme.

—Tú —dice Leonid con evidente diversión—. La mujer que empezó todo. La disputa entre Kirill y Sasha continúa desde entonces. Bastante tonto, si lo piensas.

Recuerdo la mano de Sasha alrededor de mi brazo, la mirada oscura en sus ojos.

Miro por encima del hombro y Kirill mira fijamente a Leonid Kozlov. Cuando me mira, su expresión no se suaviza mucho.

Lo que fuera que Sasha hubiera planeado esa noche hace cinco años, no parecía una tontería. Kirill claramente tampoco lo cree así.

Pensé que ir a este evento le mostraría que puedo cuidar de mí misma. Pero ahora creo que

podría estar caminando directamente hacia la guarida de los leones.

KIRILL

—Faltarme el respeto a mí y a mi personal frente a mis aliados reunidos en mi propia casa no es "bastante tonto" —gruño—. Es un acto de guerra.

Leonid alza las manos en señal de rendición. —Me equivoqué, Kirill. No hace falta decir que el comportamiento de Sasha estuvo fuera de lugar. Pero una vez alguien mató a una criada mía y ese mismo día discutimos todo como caballeros. Creo que todos dejamos que esto se nos vaya un poco de las manos.

El rostro de Rayne se pone pálido. Sé lo que está pensando.

Ella es desechable.

Ella no vale nada.

Ella no está a salvo aquí.

Estoy listo para mostrarle a Leonid exactamente lo "tonto" que puedo ser. Pero, sorprendentemente, Viktoria da un paso adelante.

—Te sentirías diferente si tuvieras idea de cuántas veces Sasha Lenin intentó ponerme encima sus manitas sucias —dice—. Ser mujer en este mundo ya está lleno de suficientes gilipollas. No necesitamos esa actitud proveniente de arriba. Incluso si el ataque es contra alguien tan… inconsecuente.

Veo la esperanza subir y bajar en el rostro de Rayne. Por un segundo, pensó que tenía una aliada, por improbable que fuera. Esa fantasía no duró mucho.

—Hablando de "inconsecuentes" —digo, volviéndome hacia Viktoria por completo—, no estoy seguro de por qué vienes al evento. Según tengo entendido, esta fiesta era para líderes.

—Hace menos de una semana, yo era el puente entre dos familias —dice—. Me gané mi lugar en la mesa.

Tengo una respuesta sobre cómo lo único que Viktoria hace de puente es entre una polla y la siguiente, pero, antes de que pueda decirlo, Leonid se interpone entre nosotros. —Ya, ya, ustedes dos. Hemos llegado al gran día. ¿Podemos lograr algo de civismo? Una prohibición de veinticuatro horas de destriparnos unos a otros funcionaría para mí.

—Siempre soy tan civilizado como lo merece la compañía, Leonid.

La boca del hombre se aplana con disgusto, pero sabe jugar el juego tan bien como cualquiera. Su carácter implacablemente alegre es su marca registrada. Arnov lo llamaba “El Pato” por una razón. Parece tranquilo en la superficie, pero está remando como el infierno debajo.

Bebe un último sorbo de su bebida y luego empuja su silla, indicando que la reunión ha terminado. —Creo que compartimos más puntos en común de lo que todos piensan. Esta noche habrá buena comida y bebida en abundancia. Esta será una noche de reconciliación para todos nosotros de una forma u otra, estoy seguro.

Leonid toma a Viktoria del brazo y los dos salen tranquilamente de la habitación.

—¿Acaba de ofrecer a su hija como sacrificio sexual? —murmura Rayne en el momento en que se cierra la puerta.

Creo que habla principalmente para ella misma. Eso es bueno. No tengo la capacidad de tener una charla informal en este momento. Lo único que puedo hacer es caminar alrededor de esta maldita mesa entre nosotros. Tiene solo seis pies de ancho, pero bien podría ser un océano.

Ella retrocede cuando me acerco. —Sr. Zaitsev, ¿qué estás…?

—No me llames así —ladro—. No te atrevas a llamarme así.

—Es tu nombre.

Pero puedo ver en sus ojos que no lo cree. La formalidad se siente tan extraña en su lengua como en mi oído.

—Ah, claro. Eres mi criada. Supongo que convenientemente olvidaste ese pequeño hecho en medio del orgasmo. Deberías haber estado gritando “Sr. Zaitsev” al cielo. La próxima vez, asegúrate de recordarlo. Odiaría que no fueras profesional mientras te corres en mi cara.

Tiene las mejillas rojas, pero está rígida de pies a cabeza. —No habrá una próxima vez.

Sacudo la cabeza con incredulidad. La mujer testaruda realmente lo cree.

Una figura pasa por la puerta. Una criada entrometida que viene a ver qué interrumpió mi reunión tan temprano, sin duda.

—Nos vemos en mi oficina. Ahora.

Sus mejillas se sonrojan más mientras niega con la cabeza. —No —alcanzo su brazo, pero ella se aleja de mí—. No me toques.

—Entonces, sé una buena criada y sigue las órdenes —gruño—. No tendría que tocarte si obedecieras. Nos vemos en mi oficina. Ahora.

Rayne me considera por un momento. Me mira fijamente, tratando de descubrir mis intenciones. Buena puta suerte. Si algo he aprendido en esta vida es a poner cara de póquer.

Finalmente, se da vuelta y sale pisando fuerte por la salida trasera. La sigo, dispuesto a arrastrarla literalmente si se desvía del rumbo. Pero ella no lo hace.

Se detiene frente a la puerta de mi oficina, esperando que la abra. Lo hago en silencio, luego doy un paso atrás y la hago entrar.

Rayne pasa a mi lado. Su champú de vainilla se arrastra detrás de ella como un velo de novia que solo yo puedo ver. Siento el calor de su cuerpo calentando el aire y quiero presionarlo contra mí.

Joder, en qué desastre se ha convertido esto. No existe el profesionalismo cuando todo lo relacionado con esta mujer me atrae. Cuando se trata de Rayne, yo soy el pato. Calmado en la superficie, pero lleno de anhelo crudo en el fondo.

Cierro la puerta y me giro para mirarla.

Está parada junto a mi escritorio, con las manos cruzadas frente a ella. Está haciendo todo lo posible para hacerse pequeña, como si eso pudiera ayudar de alguna manera. Como si eso no empeorara todo.

Rayne no puede ser pequeña. No puede pasar desapercibida. No puede ser inconsecuente.

Verla encorvarse y tratar de desaparecer es como intentar esconder una vela en una habitación a oscuras. La yuxtaposición solo la hace brillar más.

—¿En qué carajo estabas pensando al aceptar la oferta de Leonid? —pregunto.

—Estaba pensando que lo que hago con mi tiempo personal no es asunto tuyo. La fiesta es fuera de mi horario laboral normal. No afectará en absoluto mis deberes aquí.

—Yo estaré allí —le recuerdo—. Tú lo sabes.

—¿Me equivoqué al pensar que podías comportarte? —me mira fijamente y quiero quitarle la mueca de desprecio de su cara con un beso.

Mantengo mi propia cara tranquila. —Puedo comportarme muy bien. El verdadero problema es si todos los demás pueden comportarse bien.

—Ese es *tu* problema —espeta—. Siempre estás preocupándote por los demás. Yo, Leonid, Viktoria e incluso Sasha. Parece que no entiendes que tú no gobiernas el mundo, Kirill.

—Estás equivocada. Y soy el Sr. Zaitsev para ti.

Ella exhala bruscamente y juro que sale vapor de sus oídos. —Lo que digo es que soy totalmente capaz de cuidar de mí misma.

—Joder, ya hemos estado aquí antes, Rayne. Tuvimos exactamente esta conversación horas antes de que Sasha Lenin intentara agredirte hace cinco años. ¿Qué cambió desde entonces?

—Entiendo lo depravadas que pueden ser las personas como tú —responde—. Esa es la diferencia.

Me río. —Sí, mi depravación no tiene límites. Te recogí cuando sufrías un ataque de pánico y te metí en la cama. Qué horror. Anoche envié seguridad a vigilar tu casa y tengo a alguien reparando la puerta de entrada y añadiendo un cerrojo mientras hablamos. Soy verdaderamente un monstruo.

—¡Basta! ¡Deja de intentar cuidarme! —sus manos se cierran en puños a los costados—. ¡No eres mi dueño!

Señalo con el dedo hacia la sala de juntas. —Puede que no lo creas, pero ellos sí. Saben que trabajas para mí, pero lo más importante es que saben que significas algo para mí.

—¡Entonces diles que no lo hago!

—Es demasiado tarde. Yuliana es un faro brillante de lo importante que eres. Esa conexión conmigo te convierte en un objetivo. Especialmente, para alguien como Sasha. Él es un tiburón. ¿Ustedes dos? Son sangre en el agua.

Gruñe de frustración. —Estás exagerando. Solo dices esto para asustarme y así poder…

—¿Así poder qué? —le pregunto, avanzando hacia ella—. ¿Poder seguir peleando contigo por cada puta decisión que tomo para mantenerte a salvo? ¿Qué gano manteniéndote cerca, Rayne? Quizás nadie te haya dicho esto antes, pero no eres exactamente un rayito de sol todo el tiempo.

Ella abre la boca para responder, pero la despido.

—No. Tu jefe está hablando ahora. ¿Estás lista para ser profesional, Rayne? ¿Estás lista para escuchar?

Ella responde a mi pregunta entrecerrando los ojos, su rostro de un tono rojo que rara vez había visto antes.

Asiento. —Bien. Las reglas para esta noche son las siguientes: No hables con nadie más allá del mínimo indispensable. Sin charlas ni conversaciones coquetas. *¿Puedo tomar su orden? Aquí está su comida, señor. ¿Puedo rellenar su bebida?* Ahí tienes tu guion para la noche. Si surge algo más, finge que eres muda.

—Ah, te olvidaste una —Rayne extiende los brazos—. *Límpiese los pies en mí, señor, ya soy un felpudo.*

Hago un gesto hacia su cuerpo. —Eso me recuerda. Tu uniforme debe ser al menos una talla demasiado grande. Nada ajustado.

—Que me vista como un saco de patatas —sisea, imitando una marca de verificación en el aire. Sus labios se fruncen mientras habla—. Entendido.

—Mantén la cabeza baja también. No hay necesidad de contacto visual. Cuanto menos se fije la gente en ti, más posibilidades habrá de que pueda pasar la noche sin cometer un asesinato. ¿Estamos claros?

—Claro —dice—. *Claramente*, estás trastornado si crees que voy a dejarte dictar lo que me pongo, con quién hablo y cómo me comporto. *Claramente*, estás en un viaje de poder si crees que tienes ese tipo de autoridad. Jodidamente claro.

—Sí tengo esa autoridad, Rayne. Porque en cualquier momento podría hacer que Leonid te despida de su personal esta noche. Podría asegurarme de que nunca más consigas otro trabajo de empleada doméstica en esta ciudad. Podría excluirte de todas las escuelas, de todos los apartamentos, de todos los empleadores del maldito país. No me jodas, Rayne Garner. Por el amor de Dios, estoy tratando de ayudarte.

El miedo real inunda su expresión por primera vez. *Ya era hora.*

—No eres mi dueño, Kirill. Puede que tengamos una hija juntos, pero eso no te da derecho a darme órdenes como si fuera…

—¿Como si fueras mi criada? —termino por ella—. Noticia de última hora, Rayne: eres mi criada. Por elección propia, debo añadir.

Suelta una carcajada. —Elección propia. La deliciosa elección entre ser tu amante o tu criada. Entre pagar mi camino por la vida con citas sexuales secretas o con trabajo duro real. Qué elección.

Paso mis manos por mi cabello con suficiente fuerza para liberar algunos mechones. —Tú creaste esas opciones. Esa es la realidad en la que elegiste vivir.

—Tomaré mi realidad frente a tu fantasía, Kirill. Al menos en mi realidad, estoy protegida.

—¿Protegida de qué? ¿Mi depravación? A eso se le llamaba cuidar de ti.

Sus ojos brillan con lágrimas y agita ambas manos frente a su cara. —No, eso se llamaba *culpa*. Te sientes mal por no haber estado ahí para Yuliana, así que quieres intentar compensarlo. Pero esta racha de altruismo pasará. Con el tiempo, volveré a ser esa mujer que una vez conociste y no querrás tener nada que ver con ninguna de las dos. Sé cómo es este tipo de cosas.

Parpadeo hacia ella, genuinamente desconcertado por cada palabra que dice. —Entonces, en tu mundo, ¿te ofrecí a cuidar de ti y de Yuliana de por vida porque me siento culpable de que *tú* me hayas ocultado a mi hija? Por favor, dime que estás escuchando la locura que sale de tu boca.

—¡Por favor, dime que no te engañas tanto como para pensar que pasarías tu vida con alguien como yo! —vuelve a abrir los brazos como si quizá mirarla más de cerca pudiera hacerme cambiar de opinión. Como si tal vez aún no hubiera visto todo lo que hay de ella.

La miro de pies a cabeza, ignorando el dolor en mi pecho que me ruega que cierre la brecha entre nosotros y la acerque.

—¿Alguien… como… tú?

—No juegues conmigo, Kirill —espeta, aunque su voz falla al final—. Sé por qué, incluso después de todos estos años, soy yo la que lleva uniforme de criada y tú eres el que lleva un reloj que pagaría el alquiler por el resto de mi vida.

—Eso demuestra que necesitas mudarte a un lugar mejor. Este reloj debería permitirte pagar seis meses de alquiler como máximo.

—Eso —dice furiosa, señalándome con un dedo—. Esa mierda. Por eso nunca funcionaríamos. No soy lo suficientemente buena para ti. Nunca he sido lo suficientemente buena para ti. Hace cinco años, casi me pediste que regresara a la ciudad de Nueva York contigo. ¿Te acuerdas? Porque yo sí —ella se ríe amargamente—. Por un segundo, pensé que me querías. Pero entonces llegó la sorpresa. Solo querías que siguiera siendo tu criada.

Por supuesto que lo recuerdo. En ese momento, estaba desesperado por mantenerla cerca por cualquier motivo. Cualquier excusa para tener más tiempo con ella.

—Ahora aquí estamos, cinco años después —se encoge de hombros—. ¿Qué cambió realmente?

—Bueno, sigues siendo la mujer más terca que he conocido, así que eso sigue igual.

Ella me da una sonrisa desagradable. —¿Estás tratando de hablarme dulcemente?

La frustración crece dentro de mí, presionando contra las costuras de mi frío exterior. Me lo trago. —Aun así, no puedes pedir ayuda incluso cuando la necesitas desesperadamente.

—Vale. Sigo siendo un caso de caridad. Entendido. Continúa.

Me sorprende no estar silbando como una tetera en este momento, la presión en mí saliendo a través de las grietas.

—Aún sobreestimas tus propios conocimientos y habilidades, así que eso sigue igual.

Ahora cuenta cosas con los dedos. —Un caso de caridad terco y estúpido. ¿Algo más?

Hay sarcasmo en su tono, pero puedo ver en sus ojos que cree lo que dice. ¿Cómo puedo convencerla de que es digna cuando ella es su peor enemiga?

Solo hay una respuesta.

Con la verdad.

Antes de que pueda detenerme, mis manos hacen lo que anhelaban hacer desde el momento en que cerré la puerta de mi oficina. Se envuelven alrededor de la cintura de Rayne y la arrastran contra mi cuerpo.

Ella grita sorprendida, pero, antes de que pueda orientarse, me giro y presiono su espalda contra la pared. Está enjaulada entre la pared y mi cuerpo, y su piel sobre la mía es como una válvula de liberación para el vapor que se acumula dentro de mí.

De prisa, todo sale a borbotones.

—La otra cosa que no ha cambiado ni un ápice desde que nos conocimos hace cinco años —digo. Mi voz es un susurro áspero en el mínimo espacio entre nosotros—, es que ahora estoy tan enamorado de ti como lo estaba entonces.

Rayne está demasiado conmocionada para respirar. No jadea ni se hunde de incredulidad. Solo está congelada. Sus grandes ojos azules me miran y un rubor se extiende por sus mejillas.

Levanto la mano y paso el pulgar por su delicada estructura ósea. —Tú no eres una criada —le digo—. O una amante. No eres solo la mujer que dejé embarazada accidentalmente. Eres más que eso, Rayne. Siempre has sido más que eso.

Puedo sentir que me desacelero y que la admisión agota todas mis reservas de claridad emocional. He llegado hasta aquí, así que bien podría seguir adelante.

—Tú eres la madre de mi hija —agarro su barbilla y levanto sus ojos hacia los míos—. Eres la mujer que amo. Te amo, Rayne. Te amo, joder.

Ella parpadea y prácticamente puedo ver las palabras rebotando en el campo de fuerza que la rodea. No estoy seguro de que nada de lo que digo penetre. Eso sería normal con Rayne.

—No lo has puesto fácil ni un solo segundo —continúo—. Pero eso no cambia nada. Te amo

aunque me desgarre por dentro. A pesar de que me mantuve alejado durante años y me comprometí con una mujer que no podía soportar. Todo el tiempo te amé. Te amé entonces, te amo ahora, y a pesar de que me ha hecho la vida casi imposible durante cinco años seguidos, no creo que el sentimiento vaya a ninguna parte.

Termino y, finalmente, Rayne deja escapar un suspiro.

No responde. No reacciona. Simplemente exhala y continúa mirándome.

Y así, la ventana de la esperanza se cierra de golpe. Esperanza para nosotros, para un futuro, para un camino diferente al que me dieron. Está cerrada. No hay vuelta atrás.

El momento llegó y se fue, y no me quedaré aquí y que me miren boquiabierto como a una criatura en una jaula. Aparto mis brazos de su cintura y me alejo.

Por un segundo, ella se tambalea, sorprendida por mi ausencia. Yo también siento ese impulso. De extender la mano de nuevo y juntar nuestros cuerpos. Tocarla siempre se ha sentido más como mi estado natural que cualquier otra cosa.

Justo cuando ella se endereza, me doy vuelta y me voy.

—Recuerda mis reglas —llamo fríamente por encima del hombro—. Te veré esta noche.

RAYNE

Me repito las palabras una y otra vez, pero no tienen sentido. Es como una cerilla húmeda que se niega a encenderse por muchas veces que la enciendas.

Te amo.

Te amo, joder.

Te amé entonces. Te amo ahora.

—No —suspiro, sacudiendo la cabeza mientras salgo de mi auto y agarro mi bolso—. No, no lo hace. Él no me ama. Él… está confundido.

Intento imaginar un mundo en el que Kirill no esté seguro de lo que siente y, literalmente, no puedo hacerlo. Siempre tiene confianza y está absolutamente seguro de que tiene razón. Por mucho que desearía que no fuera cierto, normalmente lo es.

Salgo de su casa aturdida. Estoy a medio camino de la escuela de Yuliana para recogerla cuando Natalia me envía un mensaje de texto y me recuerda que hoy recogió a Yuliana porque tenía el día libre. Tontamente, aturdida, me doy la vuelta y pongo toda mi energía en obedecer las leyes de tránsito. Incluso eso es una lucha.

Natalia me recibe en el porche cuando llego a casa veinte minutos tarde.

—Ahí estás —dice, abrazándome brevemente y luego girando a mi alrededor para salir del porche—. Lo siento, no puedo charlar. Recibí una llamada de Sonya diciendo que Leonid Kozlov está contratando para su evento de esta noche. ¿Vas a hacerlo?

—Sí —me las arreglo. Mi cerebro lucha por el control de mi cuerpo—. Sí, estaré allí. Iba a pedirte que cuidaras a Yuli.

Veo la salida de esto como un letrero de neón parpadeante frente a mí. *Mi niñera se ausentó. Lo siento, no puedo hacerlo.*

Es todo. Lo cancelaré. Por un lado, parecería que Kirill ganó. Como si me acobardara y no pudiera presentarme.

Por otro lado, podría esconderme y tratar de aclarar lo que siento por su admisión.

Él me ama. *Él me ama.*

Sacudo la cabeza, haciendo a un lado el incesante monólogo interno.

—Ya llamé a la niñera que usábamos para nuestras noches de chicas —dice Natalia—. Espero que esté bien. Esta noche ganarás mucho más de lo que costará, así que pensé que valía la pena.

—Ah —debería estar muy agradecida por su consideración, pero hoy no hay ningún suspiro de alivio. Solo otro peso sobre mis hombros.

Natalia suele ser muy consciente de mis estados de ánimo. Ni siquiera puedo tener síndrome premenstrual en paz con ella cerca. *¿Estás por iniciar tu ciclo? Estás saltando por mi garganta por nada*, dice a mitad de mes. *Además, tienes un grano en la barbilla.*

Hoy, sin embargo, está tan concentrada en salir por la puerta y llegar a su auto que apenas me mira. —De nada. ¡Ni siquiera lo menciones! Ahora tengo que ir a buscar algo que ponerme.

—Pantalones negros y camisas con botones, ¿verdad? ¿Lo de siempre?

—¡Nos quiere con vestidos de cóctel! —grita—. ¿Puedes creerlo? Al fin, un evento en el que no tengo que usar pantalones de poliéster. Los dioses han sonreído en todas las horas que he pasado en la escalera del gimnasio. Esos gilipollas ricos no sabrán qué les golpeó. ¡Nos vemos esta noche!

Natalia se aleja de la acera antes de que yo entre. Tan pronto como lo hago, Yuliana está ahí para rodear mis piernas con sus bracitos.

—¡La tía Nat y yo te encontramos un vestido hermoso! —chilla, vibrando de emoción—. Ella me dejó jugar en tu armario. No te preocupes, no le puse yogur a nada.

Dejo caer mi bolso y atraigo a mi niña para darle un abrazo apropiado. Verla hace más que cualquier otra cosa para despejar la niebla dentro de mi cabeza. —¿Por qué eso me hace pensar que le pusiste yogur a algo?

Ella baja la cabeza tímidamente. —Fue solo un poquito. La tía Nat lo limpió por mí.

Supongo que no tiene sentido llorar por yogur derramado. Especialmente, teniendo en cuenta el día que he tenido. En términos de cosas de qué preocuparse, ni siquiera se encuentra entre los cincuenta primeros.

—Gracias por decirme la verdad —beso su mejilla—. ¿Tuviste un buen día?

Tuve mi teléfono en mi bolsillo todo el día y lo tomé más veces de las que podía contar. A medida que pasaban los minutos y las horas, anticipaba la llamada de que Yuliana había tenido otro colapso. Pero nunca llegó.

—Estuvo bien —se encoge de hombros con desdén y alcanza el vestido color burdeos que cuelga sobre el respaldo del sofá. Se arrastra por el suelo cuando lo levanta, pero se esfuerza por sostenerlo lo más alto que puede—. ¡Mira esto, Mamá! Es un vestido de princesa.

—Lo es —esbozo una sonrisa—. Mamá no ha usado este vestido de princesa desde antes de que nacieras. Puede que ya ni siquiera me quede.

Incluso si me quedara bien, no sería una talla o dos demasiado grande, según las reglas de Kirill. Tendré suerte si puedo meter a mis chicas en la parte de arriba.

Yuliana no escucha la incertidumbre en mi voz. Me pone el vestido en las manos y corre hacia el mostrador. —¡También encontré esto en el armario!

Pellizca algo entre sus deditos y regresa sosteniendo un collar con un medallón de oro. El collar de mi madre.

—Estarás hermosa —proclama Yuliana. Sus ojos verdes están muy abiertos por el asombro. Es la inocencia infantil lo que siempre derrite mi corazón. La inocencia a la que espero que se aferre tanto como pueda.

Le quito el collar y lo miro fijamente en mi palma. —Tampoco uso esto regularmente desde antes de que nacieras —murmuro.

—¿Por qué? Yo lo usaría todos los días. Es un collar de princesa.

Le sonrío y reprimo la emoción que crece dentro de mí. —Supongo… porque a veces me hace recordar cosas tristes.

Mi mamá engañó a mi papá con el hombre que le regaló este collar. Luego, me mintió al respecto toda mi vida. Ahora sé que es muy probable que el mismo hombre sea mi padre.

Durante mucho tiempo, sentí que usar el collar sería perdonar todo lo que hizo mi mamá. Sería tolerar sus mentiras y engaños.

Por otra parte, mi mundo entero dio un vuelco hace una hora.

Kirill me ama.

Ocurrió algo que nunca pensé que fuera posible. Quizá también me equivoque en otras cosas.

Quizás haya una buena razón por la que Mamá engañó a Papá. Quizás haya una buena razón por la que no me dijo quién era mi verdadero padre.

No estoy segura de tener alguna vez las respuestas a estas preguntas, pero si algo he aprendido hoy es que la vida puede sorprenderte.

—¿Te pone triste ahora? —pregunta Yuliana, su vocecita llena de preocupación.

Tomo su mano y sonrío. —No, cariño. No lo hace.

—¿Entonces lo usarás?

Levanto el vestido y me estremezco al pensar en lo enojado que estará Kirill porque rompí dos de sus tres reglas. No habrá manera de pasar desapercibida con este atuendo.

Pero el mundo ya está patas arriba. Bien podría unirme.

—Tú lo elegiste por mí, ¿no? —extiendo la mano y acaricio su mejilla redonda—. Por supuesto que lo usaré.

RAYNE

No puedo decidir si este vestido fue el mayor error que he cometido en mi vida o simplemente un error de talla normal.

De cualquier manera, el vestido en sí no es grande ni de talla normal. Es pequeño. Chiquitín. Ajustado. Todo lo que Kirill juró que no quería.

El lugar de celebración de la fiesta de Leonid es un hotel boutique de alta categoría en el centro. Leonid alquiló todo el edificio, por lo que todas las habitaciones de arriba están disponibles y solo los invitados a la fiesta y los camareros pueden ingresar a la propiedad.

Viendo el flujo de invitadas, los vestidos de cóctel cobran sentido. Es evidente que Leonid tiene una atmósfera que le gustaría mantener. Tanto es así que aparentemente incluso quiere que las camareras se mezclen.

Los hombres van ataviados con esmoquin y zapatos lo suficientemente brillantes como para cegar. Las mujeres que van de brazos llevan vestidos de fiesta, pieles y joyas. Siento que estoy codeándome con la realeza. Mi vestido color burdeos, aunque no es de diseñador, parece un camuflaje.

La falda del vestido está tan ajustada ahora que la abertura a la altura del muslo se estira al máximo alrededor de mi pierna. Pero, aun así, es mejor que aparecer con mi ropa de pingüino.

El mensaje de texto que recibí con los detalles del lugar procedía de un número desconocido y no incluía una entrada separada para el personal. Después de rodear el edificio una vez y encontrar todas las entradas laterales cerradas, finalmente me uno al flujo de invitados y cruzo las puertas principales antes de que llegue tarde.

—¿Nombre, señora? —pregunta un miembro del personal del hotel con una amplia sonrisa. Hace todo lo posible por ser profesional y mirarme a la cara, pero prácticamente puedo ver sus ojos luchando por bajar hasta mi escote.

Dios, ¿por qué dejé que una niña de cinco años me convenciera de usar esto?

—Rayne Garner —digo en voz tan baja que tiene que acercarse más para escuchar—. Soy una camarera.

La sonrisa del hombre se marchita y se inclina para que nadie más en la fila pueda leer sus labios. —Gire a la derecha y a la izquierda y encontrará la cocina. No vuelva al frente a menos

que el Sr. Kozlov te lo ordene específicamente.

Antes de que me vaya de mal humor, finalmente deja que sus ojos se desvíen hacia el sur, con una ceja levantada en señal de agradecimiento. Ahora que sabe que no soy una invitada rica a la fiesta, parece que mi escote es un blanco justo. Quizás Kirill tenía razón al usar un uniforme al menos una talla más grande.

Sigo las instrucciones del hombre y termino en la cocina. Inmediatamente, me sorprende lo extraño que es ver mujeres con vestidos elegantes corriendo por la cocina. Puedes quitarle el uniforme a la camarera, pero no puedes quitarle el ajetreo.

Natalia me saluda mientras lleva una bandeja de entremeses al comedor. Lleva un vestido azul zafiro de largo medio que combina con los reflejos azules de su cabello oscuro. Su escote es más modesto. Envuelve su cuello pero deja sus hombros expuestos. Tal como prometió, se puede ver decentemente sus piernas tonificadas. Ella luce increíble.

Sin embargo, no hay tiempo para decirle eso. Antes de que pueda orientarme en la cocina, una mujer con pantalones me pone una bandeja en las manos y me lleva apresuradamente hacia la puerta.

—Sonríe, camina y empuja los pasteles de cangrejo. Tenemos muchos cangrejos —ladra.

Apenas logro agarrar a la bandeja y asiento. —Vale.

Luego, me empuja hacia el comedor.

Es como si fuera Alicia cayendo por un agujero al País de las Maravillas. Los candelabros del techo están atenuados. Cadenas de luces que cuelgan del techo y las paredes iluminan todo, así como innumerables velas en las mesas circulares situadas alrededor de la habitación. Los manteles son blancos y ribeteados en oro. Pequeños marcos dorados con el nombre de cada invitado se encuentran frente a sillas de madera.

Leonid no bromeaba antes. Realmente quiere que todos se mezclen y se reconcilien en esta fiesta. Casi todos los invitados están de pie, circulando de mesa en mesa, charlando y riendo.

Paso junto a un hombre y una mujer apoyados muy juntos contra la pared al lado de la cocina. ¿La fiesta acaba de empezar y ya se han emparejado? Apostaría dinero a que reclamarán una de las habitaciones vacías de arriba antes de que sirvan el primer plato.

Dejo escapar un suspiro nervioso y mantengo la barbilla en alto. *Sonríe. Camina. Empuja los pasteles de cangrejo*. De hecho, es bueno tener algo tan simple y directo de hacer.

Un grupo de hombres vestidos de esmoquin se ríen a un metro y medio a mi derecha. Me giro hacia ellos con una sonrisa. —¿Caballeros, les gustaría un pastel de cangrejo?

—¿Viene con un poco de ti? —pregunta una voz masculina.

Me toma un segundo darme cuenta de que la voz en realidad no proviene de los hombres frente a mí. Viene desde mi izquierda.

Me giro y luego me quedo inmóvil…

Mientras Sasha Lenin avanza hacia mí.

Los últimos cinco años no han hecho nada por su vello facial irregular, aunque ha crecido en los hombros. Sus ojos oscuros, fríos como los de una serpiente, también son exactamente iguales. Camina hacia mí con una sonrisa fácil en su rostro y saluda con la cabeza a los hombres detrás de mí. Cuando toma un pastel de cangrejo de la bandeja, está demasiado ocupado mirando mi pecho para mirarme a los ojos.

¿Me reconoce? Sinceramente no puedo decirlo. No estoy segura de si eso es mejor o peor.

Las voces a mi alrededor son un fuerte zumbido en mis oídos mientras el pánico hace que sea imposible procesar algo más allá de darme cuenta de que necesito salir de aquí. Ahora.

De manera molesta, me encuentro obedeciendo una de las reglas de Kirill: mantengo la cabeza gacha y miro la comida que aún está en mi bandeja mientras navego alrededor de él.

—Quizá nos volvamos a conectar más tarde —me llama Sasha a mi espalda. Un coro de risas masculinas se une a su voz, ahogándola.

—No si puedo evitarlo —murmuro.

RAYNE

Sabía que trabajar en esta fiesta sería tenso. No tenía idea de que sería un juego de Buscaminas de la vida real. Estoy esquivando el desastre a diestra y siniestra, mientras intento equilibrar las bandejas de bebidas y aperitivos. Y con tacones, nada menos. De repente, extraño mis pantalones negros y mis zapatos sensiblemente planos.

Kirill está estacionado en un lado de la habitación, de espaldas a una esquina para poder mirar completamente al resto del espacio. Es estratégico, estoy segura. Una forma de vigilar a todos y a todo. Dios no permita que se relaje ni un solo segundo.

Realmente, estoy molesta porque él puede verme tan a menudo como quiera, pero yo estoy demasiado nerviosa para siquiera mirar en su dirección general. No quiero que me pille mirándolo.

No es que tenga mucho tiempo para pensar en él cuando estoy ocupada moviéndome en la dirección opuesta a donde esté Sasha. El hombre está jugando Aplasta al Topo, desapareciendo por un momento solo para aparecer de repente a unos metros de mí.

Luego, por último, está Viktoria. Está en el centro de la acción, obedientemente de pie junto a su padre mientras saluda a todos sus invitados. Se ve preciosa con un vestido color champán que cae ingeniosamente hasta el suelo y se arrastra un poco detrás de ella.

La observo empapada de admiración por parte de dos hombres diferentes mientras refresco la mesa de bebidas.

—Debería ser más fea —susurra una voz familiar en mi oído—. La gente así necesita un exterior que combine con su interior despreciable.

Contengo una risa y le doy un suave codazo a Natalia. —Cuidado con ese tipo de charla. Esa es la hija del jefe.

—Leonid Kozlov *no* es mi jefe.

—Esta noche lo es.

—Nunca —insiste Natalia—. Solo estoy aquí porque Kirill me lo pidió.

Busco a tientas la pala para hielo que tengo en la mano y el utensilio de metal cae ruidosamente sobre la mesa. Por suerte, el murmullo de la conversación es lo suficientemente fuerte como para

disimular el ruido. Solo las personas más cercanas a nosotros se dan cuenta.

—¿Qué?

Natalia saluda con la mano a modo de disculpa a los invitados más cercanos y recoge la pala de hielo, terminando la tarea que he abandonado. —Mierda. En realidad, se suponía que no debía decir nada sobre eso. Pero ¿a quién engañaba Kirill? Tiene que saber que te lo cuento todo.

Sacudo la cabeza, sin seguir nada de lo que dice. —¡Claramente no es así! Me dijiste que recibiste un mensaje de texto sobre el trabajo.

—Lo hice. Luego, recibí un mensaje de seguimiento de Kirill. Lo siento, nena. Debí habértelo dicho, pero me pareció una forma inofensiva de recibir dos cheques esta noche. Además, fue dulce.

—¿Qué fue dulce? ¿Qué decía el texto?

—Kirill dijo que debería aceptar la oferta de trabajo de Leonid y se ofreció a igualar lo que Leonid me ofrecía si yo decía que sí.

—Eso no… —resoplo con frustración—. Básicamente amenazó con incluirme en la lista negra si yo aparecía esta noche, pero ¿a ti te sobornó? Haz que tenga sentido.

Miro al otro lado de la habitación y veo a Kirill charlando con un hombre de cabello gris. No sonríe, pero todo en su postura y en la bebida que sostiene casualmente en su mano habla de una indiferencia natural. El hombre, por mucho que yo intente negarlo, es genial.

¿Cómo puede manejar esta fachada casual cuando en realidad está intrigando bajo la superficie? ¿Y con qué fin?

—Deja de pensar demasiado, Rayne. Estoy empezando a oler el humo que sale de tus oídos —Natalia me acaricia la cabeza con cariño.

—No lo entiendo.

—Entonces, déjame ayudarte. Él… —dice Natalia, señalando con el dedo a Kirill. Presa del pánico, le saco la mano del aire, pero ella no se inmuta y empieza de nuevo—. Te ama.

Kirill me ama. El estribillo al que mi corazón ha vuelto una y otra vez desde esta tarde. Todavía no me atrevo a decirlo en voz alta.

—No, él… Él está confundido —le digo—. Él piensa eso, pero…

Natalia levanta una mano para hacerme callar. —¡Espera! ¿Él te *dijo* que te ama?

No tiene sentido mentir. La verdad está escrita en toda mi cara.

Natalia chilla de alegría. —¡Cállate la boca! Entonces, ¿por qué carajo estás aquí trabajando y no allí, en su brazo grande y grueso? O en su grande y grueso…

—¡Suficiente! —digo, estremeciéndome de horror—. No estoy allí porque no pertenezco allí. Soy la criada de Kirill. Soy una camarera. Soy…

—Digna y maravillosa y la mejor persona que conozco —Natalia rodea mi antebrazo con su

mano y lo aprieta con ternura—. Kirill también lo ve claramente. Por eso me pidió que viniera a intervenir.

—¿Intervenir?

Inclina la cabeza en dirección a los invitados a la fiesta. —Estoy segura de que has notado que esta noche nadaremos con pirañas. Y tú, encantadora Rayne, eres carnada.

—He estado pensando en ello más como Buscaminas, pero eso también funciona.

Natalia frunce el ceño. —¿Ese viejo juego de computadora con las pequeñas bombas? De ninguna manera. Mi analogía es mejor.

—El punto sigue siendo que hay tensión ahí fuera.

—¡Exactamente! Es por eso que estoy aquí para distraer a Sasha Lenin y manejar el cuadrante de la sala donde Viktoria está en la corte. Kirill quiere que los mantenga a ambos lo más lejos posible de ti.

La ansiedad en mi pecho se libera ligeramente al saber que no estoy tan sola como pensaba. Aunque ofrecer a Natalia como sacrificio en mi lugar no es exactamente un alivio.

—Ten cuidado —le advierto—. En serio. Sasha Lenin es… Él es peligroso. Además, ya me lo encontré una vez y no creo que me haya reconocido. No ha hecho ningún movimiento para hablar conmigo desde entonces. No quiero que te pase nada, especialmente sin ningún motivo.

Natalia levanta la barbilla y sonríe. —¿Sabes qué come pirañas?

—En realidad, no. ¿Tú?

—No —frunce el ceño—. Esperaba que tú lo hicieras. Pero no importa. Yo soy ese animal. El devorador de pirañas. Estaré bien.

A medida que avanza la noche, empiezo a notar que Natalia hace exactamente lo que Kirill le pidió. Aleja a Sasha cada vez que él se mueve en mi dirección. En la cocina, alterna tomando una bandeja de bebidas y una bandeja de comida, dependiendo de lo último que les sirvió a Viktoria y Sasha. Se interpone de todas las formas posibles entre la incomodidad y yo, y no podría estar más agradecida con ella. Y, tangencialmente, con Kirill, supongo.

Pero ningún plan es perfecto.

Una vez más, estoy refrescando el hielo en la mesa de bebidas y rellenando las botellas de agua de vidrio que van en cada mesa cuando una figura se mueve frente a mí. Antes de que pueda siquiera mirar hacia arriba, Viktoria se aclara la garganta.

—No pensé que tendrías las agallas para mostrar tu cara aquí.

Me estremezco ante el sonido chirriante de su voz, pero sigo trabajando. —No estoy segura de por qué. Tú me invitaste.

—Fue menos una invitación y más un desafío. Un desafío que aceptaste estúpidamente. ¿Qué estás haciendo aquí?

Dejo la jarra de agua y la miro a la cara. De cerca, el brillo de su sombra de ojos ha caído sobre

la parte superior de sus mejillas y puedo ver que su base se vuelve pastosa alrededor de su nariz. Nada es tan perfecto como parece de cerca.

Por otra parte, cuanto más me acerco a Kirill, más difícil es culparlo por cualquier cosa que haya sucedido entre nosotros.

Él me ama.

Kirill me ama.

Suspiro. —Estoy trabajando, Viktoria. Sé que has hecho tan poco que tal vez no lo reconozcas en la naturaleza, pero así es como se ve realizar un trabajo por un sueldo.

—Por supuesto. En tu mundo soy una perra porque nunca he trabajado por el salario mínimo. Mi riqueza me convierte en una persona mala y moralmente repugnante.

—No, tus elecciones, tu actitud y tu comportamiento general te convierten en una persona mala y moralmente repugnante —le digo—. Tu riqueza simplemente te hace insoportable.

Los ojos de Viktoria se estrechan. —Tráeme una bebida.

—El bar está por ahí —digo, señalando el bar abierto en la esquina—. También hay muchas copas de champán flotando por ahí.

Me ignora. —Quiero agua con cuatro cubitos de hielo y una rodajita de limón en el borde.

Nuevamente quiero señalarle el bar, pero no hay razón. A veces, es más seguro dejarse llevar por la corriente que intentar luchar contra ella. Guardaré mi energía para algo más espantoso si se presenta. Con suerte, no sucederá.

Me levanto y le doy una sonrisa repugnantemente dulce. —Vale. Incluso prometo no escupir en él esta vez.

El asco frunce su labio superior y comienza a decir algo, pero luego sus ojos se fijan en mi cuello. Sus cejas se juntan y su boca se afloja. —¿De dónde sacaste eso?

Alcanzo el relicario de mi madre que llevo colgado del cuello. —Es solo un collar.

—No pregunté qué era. Te pregunté dónde lo conseguiste —su voz cruje con veneno.

—Era de mi madre. Ella me lo dio cuando murió.

—¿De quién lo obtuvo?

Yuliana cree que el relicario es un collar de princesa, pero la mitad de las joyas que usa están hechas de dulces, así que no estoy segura de que podamos explicar el gusto en lo que a ella respecta. Viktoria está llena de joyas que valen diez veces más que mi collar, así que, ¿qué le importa a ella un viejo relicario?

—¿Por qué te importa? —pregunto, genuinamente curiosa.

Viktoria parpadea y la niebla parece aclararse. Ella da un paso atrás y niega con la cabeza. —No importa. Tráeme mi bebida inmediatamente. Estaré esperando.

Luego, gira sobre sus talones y se aleja pisando fuerte.

—Qué extraño —murmuro.

Probablemente solo esté tratando de despistarme antes de que entre al centro de la fiesta para servirle. Estoy segura de que tiene algún truco planeado… alguna bebida que derramar o un aperitivo que estrellar contra mi vestido.

Realmente voy a llevarle a Viktoria su bebida, pero necesito un minuto para… bueno, solo necesito un minuto.

Me dirijo hacia la cocina, pero en el último segundo, giro a la derecha y atravieso un conjunto de puertas francesas dobles. Cortinas oscuras cuelgan sobre el cristal. La habitación es uno de los muchos espacios privados que Leonid mencionó anteriormente ese día. Afortunadamente, ahora está vacío, así que me recuesto contra la pared y respiro.

Debería haber preguntado cuándo terminaría esto. Le dije a la niñera que estaría en casa a medianoche, pero llevamos aquí más de una hora y todavía estamos en la parte de cócteles y aperitivos. Además, mi vestido parece cada vez más ajustado. A este paso, explotaré de aquí antes del postre.

Me inclino y agarro la parte inferior del vestido, deslizándolo lo mejor que puedo por mis muslos. La hendidura que recorre mi pierna se abre aún más y la gravedad está ayudando a que mis senos caigan aún más de la parte superior.

—Si optas por la modestia, lo estás empeorando.

No escuché a nadie entrar a la habitación, así que me sobresalto ante la voz de sorpresa. Luego, miro al dueño de la voz y me sobresalto de nuevo.

Debí haber sabido que me encontraría aquí.

RAYNE

Sasha Lenin está parado en la puerta con una bebida y una sonrisa que me dice que sabe exactamente quién soy.

—Típico de Leonid camuflar a los camareros entre los invitados —pone los ojos en blanco, adentrándose aún más en la pequeña habitación—. Se rumorea que una de sus cuatro amantes actuales solía ser camarera. Si te hace una oferta, te sugiero que la rechaces. Un hombre tan viejo no puede ser bueno en la cama, por mucho dinero que tenga.

Asiento tontamente y miro al suelo entre nosotros.

La voz de Kirill es un estruendo siniestro en el fondo de mi cabeza. *Mantén tu cabeza baja.*

—Puedes mirar al suelo todo lo que quieras, cariño. Te recuerdo.

Miro hacia arriba y la expresión de Sasha es siniestra. Sus ojos recorren mi cuerpo, deteniéndose en todos los lugares donde se ve piel. Siento su mirada clavándome como puntadas de aguja, agudas e incómodas.

—¿Nos hemos conocido antes?

Suelta una carcajada. —No te hagas la tonta conmigo. Tú eres la razón por la que estamos aquí en primer lugar.

—Es la fiesta del Sr. Kozlov, no mía.

Sasha continúa como si yo no hubiera dicho nada. —De hecho, no podía creerlo cuando te vi antes. No puedo creer que Kirill te haya traído aquí la noche en que se supone que debemos darnos la mano y ser amables. ¿Qué carajo estaba pensando?

—Fue idea de Leonid —repito.

No estoy segura de si eso ayuda, pero no me gusta la forma en que Sasha dice el nombre de Kirill. No me gusta la ira que parece emanar de él en oleadas como el calor de una carretera asfaltada.

Sasha me estudia con ojos depredadores. —¿Ya eres una de las amantes de Leonid? ¿Estoy a punto de pisar los pies de dos aliados diferentes al mismo tiempo?

—Una conversación sencilla y educada no pisará los pies de nadie —mi voz vacila mientras trato

de tragar mi pánico—. Pero no, no soy nada suyo. Leonid estuvo hoy en casa de Kirill y dijo que tenía poco personal. Me pidió que…

—¿Qué hacías en la casa de Kirill?

Tengo la sensación de que la forma en que responda a su pregunta determinará cómo se desarrollará esta interacción, pero no estoy segura de qué respuesta me protegerá. Al final, aterrizo en la verdad.

—Soy su criada —admito.

La sonrisa que se extiende por el rostro de Sasha me dice todo lo que necesito saber.

Respuesta incorrecta.

—¿Sigues siendo su criada? —empuja la puerta casi cerrada detrás de él.

La única luz proviene de una pequeña lámpara en la esquina con una tela violeta cubriendo la parte superior de la pantalla. Proyecta las cuencas de sus mejillas con espeluznantes sombras azules.

En la oscuridad, sus ojos brillan. —Después de la forma en que actuó en la última fiesta, todo protector y posesivo, habría pensado que al menos conseguirías un ascenso.

—No tuve sexo con él para conseguir un ascenso —espeto.

Hay diversión en sus ojos. Está disfrutando esto demasiado. —No, lo hiciste porque tenías sentimientos reales y genuinos por él, estoy seguro. Pareces ese tipo de chica.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Deberías —dice Sasha—. Cualquier insulto va dirigido a Kirill. Debería haberse dado cuenta de lo que tenía cuando lo tuvo. Si quería que fueras su brillante trofeo en el estante, debió haberte puesto en un lugar muy alto, fuera de alcance.

Él está acechando hacia mí paso a paso y no hay ningún otro lugar al que pueda escapar. Estoy contra la pared del fondo y la luz violeta de la lámpara hace que mi vestido rojo parezca un moretón de hace un día.

—Pensé que todos estaban aquí para reconciliarse. A Leonid no le gustará que te metas en problemas. ¿No esperaría tu papá algo mejor de ti como su heredero?

Busco palabras, lanzo absolutamente cualquier cosa y todo lo que puedo contra la pared para ver qué se pega. Para ver qué atravesará el duro caparazón de Sasha hacia la pequeña y palpitante humanidad que espero esté escondida en algún lugar de su pecho.

Porque cada vez es más dolorosamente obvio lo solos que estamos. Lo sola que *yo* estoy.

Nadie vendrá a salvarme.

Solo puedo salvarme yo misma.

Las fosas nasales de Sasha se dilatan y cruza la distancia entre nosotros a doble velocidad. De repente, él está en mi espacio, el amargo olor a alcohol espeso entre nosotros.

—Mi padre era un acompañante patético y acicalado que adoró el altar de Kirill Zaitsev durante demasiado tiempo —sisea—. Se negó a reclamar el poder para evitar pisar los pies de Kirill. "*No podemos empezar una guerra con los Zaitsev, Sasha. Kirill es un aliado. Su padre era un aliado.*" ¿Qué tipo de aliado te obliga a permanecer pequeño para agradarle?

—Del tipo que no quiere que un hijo psicópata tome las riendas cuando su papá muera y destruya las frágiles alianzas —sugiero encogiéndome de hombros—. Solo una suposición.

No quiero hostigarlo, pero ser dulce e inocente tampoco me salvará. Si tengo que caer, no lo haré sin luchar.

La sonrisa de Sasha es falsa e inquietante, casi como si alguien estuviera levantando manualmente las esquinas con un gancho y una cuerda. Él extiende la mano y pellizca un mechón de mi cabello entre sus dedos. —Quizá sea hora de que le demuestre mi lealtad a Kirill. ¿Qué opinas?

La esperanza parpadea dentro de mí. —La lealtad es algo bueno.

—Lo es —asiente—. También lo es la dedicación. La determinación. Todas las cualidades admirables las poseo. Después de todo, no me gustaría que Kirill pensara que no tengo objetivos. Odiaría que pensara que dejo los proyectos a medio terminar.

—Puedo decirle que tú… ¿te disculpaste conmigo? —ofrezco con cautela—. Puedo decirle que solucionamos todo.

Deja caer mi cabello y deja que su mano se deslice sobre mi hombro y baje por mi brazo. Su agarre se aprieta incómodamente alrededor de mi codo. —¿Qué tal si, en cambio, le dices que soy el tipo de hombre que siempre termina lo que empieza?

No estoy segura de lo que quiere decir hasta que me empuja contra su cuerpo con tanta fuerza que me deja sin aliento.

Todavía estoy tratando de llenar mis pulmones con aire fresco cuando él choca su boca contra la mía. Sus movimientos son torpes y dolorosos. Mis ojos lloran y puedo saborear el sabor de la sangre en mi boca.

Apenas puedo oír el zumbido de la fiesta desde aquí. Es casi como si estuviéramos en otro mundo.

—No grites —jadea Sasha una vez que se retira. Su dedo se clava en mi carne—. Nadie te escuchará de todos modos, y odiaría amordazarte con tus propias bragas, pero lo haré —debe ver el miedo en mis ojos porque su mirada se vuelve más brillante. Casi como si se alimentase del miedo—. ¿Quizás te gustaría eso, en realidad? ¿Tú y Kirill juegan en la cama? ¿Te ata como a una víctima indefensa y finge ser el lobo feroz que se esconde en tu armario? —Sasha me clava los dientes en el cuello y jadeo de dolor.

Su boca en mi cuerpo me hace sentir mal, pero supero las náuseas. —Kirill nunca necesitó demostrar que era más duro que yo.

—Tiene sentido —resopla—. Es un tipo aburrido de posición de misionero típico, ¿no? Siempre son los que menos esperas.

Aparto sus manos por un segundo para poder pensar con claridad. —No. Kirill no necesitaba asustarme porque… porque me amaba.

La admisión es un rayo de sol en el día más oscuro. Por un segundo, siento que puedo volver a respirar.

Sasha resopla. —¿Te amó lo suficiente como para mantenerte como su criada durante cinco años?

Ya no puedo escuchar las palabras del gilipollas. No existe nada más excepto el estribillo que me ha costado aceptar.

Kirill me ama.

Sasha es el tipo de hombre depravado que quiere usarme para un polvo rápido y desagradable… cuanto más doloroso para mí, mejor será para él. Es el tipo de hombre que no me ve más que como un cuerpo cálido para conquistar y arruinar.

Fiel a su forma, empuja contra mis hombros y me inmoviliza contra la pared. Sus rodillas luchan por separar mis muslos. —Vamos, bebé. Sigue el juego y lo haré agradable para ti.

Kirill nunca me trató así. Jamás. Ni siquiera para fingir.

Porque él me *ama*.

Finalmente lo creo.

Finalmente, eso es suficiente.

KIRILL

—Estoy harto de esta maldita fiesta —hago una mueca.

German murmura algo incoherente a mi lado, pero estoy demasiado ocupado observando a la multitud como para mirarlo.

—Si no fuera por… —me interrumpo y dejo escapar un suspiro.

Ella no está aquí.

Vuelvo a escanear la habitación, pero todavía no veo a Rayne. Debe estar escondida en la cocina. A pesar de su gran proclamación de que es totalmente capaz de cuidar de sí misma, ha hecho todo lo posible para evitar problemas durante toda la noche.

Por supuesto, parte de eso es obra mía. Natalia ha estado manteniendo a Sasha inundado de bebidas y pasteles de cangrejo desde que llegó aquí, asegurándose de que no tenga tiempo de molestar a Rayne.

Aunque, en otro vistazo rápido, me doy cuenta de que ya no veo a Sasha tampoco.

Le doy un codazo a German. —¿A dónde fue el pequeño Lenin?

—He estado un poco ocupado por aquí —sisea German. La hija de un primo de algún jefe de la mafia tiene la corbata de German alrededor de la palma de la mano y la pierna sobre su cadera. No tuve el valor de decirle a German que la mujer está tratando de ponerme celoso. Ella me coqueteó en el momento en que entré por la puerta y no tomó bien mi rápido rechazo.

Por otra parte, no creo que a German le importe. No es que tenga planes a largo plazo con la chica. Según mis estimaciones, terminará con ella en media hora.

—Sasha ha estado dando vueltas toda la noche, pero ahora se ha ido —le digo—. Rayne también.

Elegí el rincón más alejado de la habitación para tener una buena línea de visión de todo lo que sucedía. Pero Leonid arrastró al nuevo líder del club de motociclistas para hablar conmigo hace quince minutos. Estuvo despotricando sobre sus sueños para su pequeño club durante tanto tiempo que debí haberme distraído.

Acepté reunirme con él la próxima semana solo para quitármelo de encima. Como German no está siendo de gran ayuda en este momento, lo enviaré a él en mi lugar. Le encantará eso.

Empiezo a escanear a la multitud nuevamente justo cuando Viktoria se separa del grupo y se dirige directamente hacia mí.

—Bueno, ¿no estás tímido esta noche? —comenta, moviendo demasiado sus caderas para que sea natural—. No has salido de este rincón desde que llegaste aquí. Estoy sorprendida. Me imaginé que estarías siguiendo a tu novia como un cachorrito triste.

—Lo haría, pero puedo evitarte mucho mejor desde aquí.

Miro a su alrededor cuando se abre la puerta de la cocina. Una camarera sale con más champán.

—¿Cielo despejado? —pregunta Viktoria.

Me giro hacia ella con un suspiro. —¿Qué?

—No se ve a Rayne. ¿Entiendes? —ella se ríe de su propio chiste estúpido.

—¿Qué quieres, Viktoria?

Se lleva una mano a la cadera y ladea la cabeza hacia mí. —Quiero que niegues que esa lamentable criatura con un vestido demasiado ajustado es tu novia. Te acabo de dar dos oportunidades y las ignoraste. ¿Entonces es cierto?

—¿Qué es cierto?

—Dios, estás lento esta noche. ¿Cuánto has bebido?

—Estoy completamente sobrio —le digo con sinceridad—. Estoy ocupado imaginando ese vestido demasiado ajustado que acabas de mencionar. Me pareció muy bien.

Eso es quedarse corto.

En el momento en que Rayne salió de la cocina con ese vestido rojo oscuro, quise echarla sobre mi hombro y alejarla de todos estos lobos rechinantes que nos rodean. El único debate que quedaba era si sería lo suficientemente paciente como para llevarla hasta la cama antes de tener que probarla.

Viktoria resopla. —Ustedes los hombres son todos unos cerdos. Honestamente. Muestra un pequeño muslo y una pequeña teta y pierden la cabeza.

—Para la mujer adecuada, tal vez.

Su mirada se agudiza. —No hay necesidad de ponerte desagradable, Kirill.

—No estoy siendo desagradable. Estoy diciendo la verdad.

—¿Es algo nuevo que estás intentando? ¿La verdad?

Lo que le confesé a Rayne esta tarde fue cierto. Crudo y sin filtrar. Por más estúpido que me sentí inmediatamente después, no me arrepiento ahora. Me alegro de que lo sepa.

Cuando no respondo, Viktoria chasquea los dientes. —Seguro que habría sido genial si lo hubieras probado hace unos años. Me habría ahorrado muchísimo tiempo.

—No necesitaba confesarte nada, Viktoria.

—¡Y una mierda! Estuviste enamorado de una criada repugnante todo el tiempo que estuvimos comprometidos.

Sacudo la cabeza. —No estoy hablando de Rayne. Me refiero al hecho de que supiste que no te amaba todo el tiempo. Solo esperabas que no me diera cuenta.

Frunce sus labios rosados. Por un segundo, creo que discutirá conmigo. Luego, sorprendentemente, asiente. —Nunca me miraste de la forma en que la mirabas. Me di cuenta. Todavía puedo notarlo. La amas.

Ser honesto puede ser algo que estoy intentando, pero no siento la obligación de confesarle ningún sentimiento a Viktoria. No muerdo su anzuelo.

—¿Hay alguna razón por la que viniste aquí? —pregunto de nuevo.

—Ah, claro —dice, haciendo como si recordara algo que sé que nunca olvidó—. Vine a decir que sé dónde está Rayne.

Mi estómago toca fondo. A pesar de que estoy en la fiesta de su padre y hay suficientes guardaespaldas de Kozlov aquí para hacerme la vida incómoda por un tiempo, agarro el brazo de Viktoria.

Ni siquiera se inmuta. —Relájate, yo no hice nada. Solo fui testigo. Aunque Sasha no puede decir lo mismo.

—¿Dónde está? —gruño—. No tengo tiempo para tus juegos.

Viktoria se gira de lado y señala el único conjunto de puertas francesas cerradas en la pared opuesta. —Sasha la siguió hasta allí hace unos minutos. Será mejor que te apresures si quieres…

No escucho el resto de lo que dice porque ya estoy empujando entre la multitud. Escucho a la gente quejarse de lo rudo que estoy siendo, pero no podría importarme menos.

Tengo que llegar a Rayne.

—¡Kirill! —llama Leonid—. ¿Dónde está el fuego? Ven a tomar una copa con nosotros.

No miro para ver quiénes son “nosotros”. No importa. Solo una persona me importa.

Rayne.

KIRILL

Rayne.

Rayne.

Rayne.

Su nombre es el tambor constante de los latidos de mi corazón. Es la sangre que corre por mis venas ahora mismo.

Si algo le sucede, yo… bueno, no estoy seguro de qué haré. O a quién mataré.

Me dirijo hacia la puerta, evitando por poco un encontronazo con Natalia cuando sale de la cocina cargando otra bandeja de comida. La bandeja se le escapa de las manos y cae ruidosamente al suelo, lanzando restos de comida en todas direcciones. Camino a través del desorden y golpeo la palma de mi mano en la estrecha abertura entre las dos puertas.

Se abren de golpe, golpean las paredes oscuras del interior y rebotan con tanta fuerza que casi se cierran de nuevo, pero mi cuerpo evita que eso suceda.

Estoy en la puerta, dejando que mis ojos se acostumbren a la oscuridad del interior. Una orden para que Sasha quite sus putas manos de mi mujer está en la punta de mi lengua…

Justo cuando Rayne agarra una lámpara que está en la mesa junto a ella y la estrella en la nuca de Sasha.

—¡Quítate de encima, pervertido! —grita Rayne y baja la lámpara por segunda vez.

Creo que veo sangre esparcirse por el aire, pero luego la lámpara se apaga y es difícil saberlo.

Lo que no es difícil es ver la imagen grabada en mi cerebro. Solo tuve un segundo para ver lo que Sasha le estaba haciendo a Rayne antes de que ella lo rechazara, pero nunca lo olvidaré.

El cuerpo presionado contra el de ella. Las manos sujetando sus brazos hacia abajo. La boca en su cuello.

—¡*Mudak*! —rujo, irrumpiendo en la pequeña habitación.

Está inclinado con ambas manos presionadas en la parte posterior de su cabeza, una serie de maldiciones incoherentes saliendo de su boca. Lo agarro por la parte de atrás de su traje y lo

lanzo a través de las puertas con el poder de la adrenalina pura.

Sus pies se levantan del suelo y aterriza en la habitación principal hecho un ovillo.

La charla en el salón de baile cesa de inmediato.

Pero no me importan los mirones. Ni uno solo.

Me giro y encuentro a Rayne con mis manos. Enrosco mi palma contra su mejilla. —¿Te lastimó?

Hemos estado aquí antes. Una parte de mí espera que todo se desarrolle como hace cinco años. Rayne me dice que puede arreglárselas sola y se enoja conmigo por intervenir.

Esta vez, sin embargo, su mano fría acaricia la mía. Pasa su pulgar por mis nudillos y gira su rostro para depositar un beso en el centro de mi palma.

—Estoy bien, Kirill. Estoy bien.

El nudo en mi pecho se afloja ligeramente.

—No vi a dónde fuiste. No sabía… —dejo escapar un suspiro y la preocupación rápidamente se convierte en rabia—. No lo vi seguirte hasta aquí. Habría estado aquí antes.

Rayne se acerca y presiona una mano sobre mi corazón. Estoy seguro de que puede sentir lo fuerte que late. —Estás aquí ahora. Eso es todo lo que importa. Es suficiente.

Miro hacia abajo y sus ojos azules están vidriosos. No con miedo ni angustia… sino con felicidad.

Hay tantas cosas que quiero desempacar aquí, pero puedo escuchar algunas voces valientes desde la otra habitación llamando a Sasha, y no dejaré que ese pequeño idiota salga ileso de esta fiesta.

Me inclino y le doy un beso en los labios a Rayne. Es suave y rápido, pero siento la forma en que se estira hacia mí. Algo cambió desde esta tarde y tengo toda la intención de descubrir qué.

Pero después.

Después de terminar algo que debí haberse hecho hace mucho tiempo.

Me alejo de ella y me dirijo directamente hacia Sasha. Se puso de rodillas y un hombre de la multitud da un paso adelante, con la mano extendida como si planeara ayudarlo a levantarse.

—Si quieres conservar esa mano, darás un paso atrás —gruño.

El hombre retrocede entre la multitud y deja a Sasha solo en el centro.

—Ya te divertiste —tose Sasha mientras se limpia los labios con el dorso de la mano—. Tu criada también. Creo que ya has sentado bastante tu punto, ¿no crees?

—Aún estás respirando. Así que no, diría que me queda trabajo por hacer.

Sasha resopla, pero el efecto de confianza se pierde cuando la sangre gotea por su frente. —Aquí estamos de nuevo. Peleando por una criada. Algunas cosas nunca cambian, ¿no, Kirill?

—No estamos peleando —le digo—. Una pelea es justa, y el diablo sabe que una pelea entre nosotros dos nunca será justa. Te patearé el trasero porque eres un pedazo de mierda sin valor al que le gusta agredir a mujeres que no le pertenecen.

—No agredí a nadie —dice, lo suficientemente alto como para que su voz resuene en la pared del fondo—. Solo estás enojado porque toqué a tu criada.

Él mira más allá de mí, hacia donde supongo que está Rayne. Rápidamente me muevo a su línea de visión para bloquearla de su vista. —No la mires a ella. Mírame a mí.

—¿Estás tratando de seducirme, Kirill?

Se oye una risita baja desde algún lugar entre la multitud. Sasha mira hacia el sonido con una sonrisa desafiante en su rostro. Cree que tener amigos aquí lo salvará.

No.

Mi mandíbula rechina con fuerza y mis molares rechinan. —Estás acostumbrado a que tu padre intervenga para protegerte, Sasha. Estás acostumbrado a ser el niño pequeño detrás de su papi grande y fuerte. Bueno, Papi ya no está aquí.

—¡Nunca necesité la protección de mi papá! —escupe.

—Excepto la última vez que tocaste a mi mujer y casi te mato —le recuerdo—. El respeto que tenía por tu padre es la única razón por la que te dejé escapar entonces.

El cuello de Sasha se pone rojo. Puedo ver venas sobresaliendo de su piel. —"Tu mujer" es una maldita criada. Una camarera. Todos estamos aquí para construir alianzas, ¿no? ¿Por qué no puedes relajarte y dejarme divertirme? Sería de gran ayuda para suavizar las cosas entre nosotros. En cambio, eliges a una sirvienta en lugar de a mí.

Es repugnante, pero Sasha no está tan lejos de la realidad de cómo funcionan las cosas en nuestro mundo. Leonid Kozlov me ofreció a su única hija para mantener fuerte nuestra alianza, a pesar de que sabía que yo nunca la amaría. Los hombres como ellos ven a las mujeres como algo desechable. Objetos para ser utilizados y comercializados por negocios o placer.

Me niego a ser como ellos. Quizás alguna vez lo fui. Aunque ya no. Y nunca más.

Por Rayne.

—No estoy eligiendo a una sirvienta antes que a ti —pronuncio—. Aunque lo haría. Con alegría. Muchas veces. Cualquier miembro de mi personal vale más que miles de ti.

Sasha suelta una risa amarga. —Hasta aquí las alianzas. Parece que Kirill va en contra del espíritu del evento, Leonid. Qué piensas acerca de…

—No he terminado —ladro.

Se hace el silencio en la habitación. Lentamente, Sasha se gira hacia mí y se pasa el brazo por la frente, untándose la sangre en la línea del cabello.

—Elegiría a cualquier sirviente antes que a ti, pero eso no es lo que sucedió aquí hoy — ciegamente, alcanzo una mano abierta detrás de mí, sabiendo lo que encontraré. Efectivamente,

un segundo después, siento el calor familiar de los dedos de Rayne deslizándose en mi palma. La acerco para que se pare a mi lado—. Elegí a la madre de mi hija antes que a ti.

Un grito ahogado susurra entre la multitud. Sasha mira de mí a Rayne y viceversa. Esta vez, sus ojos puestos en Rayne no me molestan. Porque esta vez veo el miedo en ellos.

—Rayne no es mi criada ni mi camarera —me vuelvo hacia Leonid con intención—. Tampoco es mi amante. Es la mujer que amo y la madre de mi hija. A partir de este momento, será tratada con el respeto que merecen esos títulos.

Su mano aprieta la mía. Le devuelvo el apretón con la misma firmeza.

Sasha chupa sus mejillas y me mira fijamente. Está tratando de descubrir cómo puede responder y salvar las apariencias, pero solo hay una solución.

Afortunadamente, Leonid lo reconoce.

—Discúlpate, Sasha —dice, se acerca a Sasha en silencio. Le da una palmada en la espalda al niño—. Discúlpate y cómete tus palabras antes de que Kirill te alimente tu propio culo.

Esta vez, la risa silenciosa que se mueve entre la multitud no me molesta.

Todo el cuerpo de Sasha está rojo mientras me mira a los ojos. —Lo lamento.

—Es un buen comienzo —digo—. Ahora mantén esa postura de disculpa durante los próximos veinte años, más o menos. Quizá perdone a tu hijo cuando venga. Es decir, si puedes encontrar una mujer dispuesta a soportar tu tipo particular de veneno.

Aprieta la mandíbula, pero antes de que pueda decir algo estúpido, Leonid lo empuja hacia la puerta. —Vamos afuera. Tu padre me perseguirá desde la tumba si no te doy algo de sentido común —agita una mano sobre su cabeza, señalando al resto del grupo—. Comed, bebed y alegraos. ¡Su anfitrión volverá!

Todos fingen volver a sus asuntos, pero siento su atención sobre nosotros. Empujo a Rayne hacia atrás a través de las puertas dobles detrás de nosotros. Sin embargo, tan pronto como estamos en el espacio pequeño, me doy cuenta del error.

La lámpara está hecha añicos en el suelo, fragmentos de cerámica esparcidos por la alfombra. El sofá está en un ángulo incómodo. ¿Sasha lo hizo a un lado para llegar a Rayne? ¿Lucharon? ¿Llegué demasiado tarde?

—Oye —Rayne se mueve a mi alrededor y me agarra la cara. Por la forma en que sus ojos se clavan en los míos, sé que puede leer mi mente—. Estoy bien. Luché contra él.

Dejo escapar un suspiro entre dientes apretados. —Debí haber estado aquí.

—No puedes estar en todas partes. Había mucha gente en esa habitación. Todo sucedió en unos segundos.

—Debí haber estado *aquí* —llevo nuestras manos unidas al espacio entre nosotros—. No debiste haber estado al otro lado de la habitación sirviendo bebidas; debiste haber estado a mi lado.

—Lo estoy ahora —se pone de puntillas y me besa. Esta vez, no es nada gentil. Paso un brazo

alrededor de su cintura y la atraigo hacia mí. Derramo toda mi frustración en el beso. Le muerdo el labio inferior y me trago su gemido de pasión como si pudiera marcarla con algún sello invisible para que todos sepan que es *mía*.

No tenía intención de dejar que este momento me llevara, pero, con Rayne en mis brazos así, no estoy seguro de poder parar. Paso la mano por su cadera hasta la piel expuesta de su muslo. —Este vestido es mortal. ¿En qué estabas pensando usando esto?

Sonríe contra mi boca. —Pensaba que usarlo sería una buena manera de terminar exactamente así.

Sus caderas se amoldan a las mías y agarro un puñado de su trasero.

Entonces, alguien se aclara la garganta desde la puerta y Rayne se aleja de un salto, sorprendida. —Ah.

—No dejen que los interrumpa —dice Viktoria con frialdad.

—Entonces, no interrumpas —me vuelvo para mirarla. Sonríe, pero también veo el dolor allí. Incluso cuando ella y yo ocasionalmente estuvimos juntos en la cama, nunca fue así. Ella puede ver eso tan bien como yo—. ¿Qué quieres?

—Solo vine a recibir mi debido agradecimiento.

—¿Gracias por qué? —espeta Rayne.

—Quizá Kirill no tuvo tiempo de decírtelo, pero yo soy la razón por la que galopó hasta aquí triunfante. ¿Ese discurso grandioso de ahí atrás? —coloca un pulgar sobre su hombro—. Todo es posible porque delaté al pequeño y pervertido Sasha.

—Te tomaste tu tiempo para compartir la información —le recuerdo.

—¿Qué son treinta segundos aquí o allá? Soy un héroe y quiero un premio.

—¿Le dijiste a Kirill que Sasha estaba aquí conmigo? —pregunta Rayne, desconcertada.

Viktoria asiente. —Lo vi seguirte después de que hablamos. He estado en una habitación oscura con él suficientes veces como para saber que no tramaba nada bueno.

—Gracias —murmura Rayne. Las palabras suenan como si hubieran sido arrancadas de lo más profundo de ella. Es lo mínimo que puede conseguir después de toda la historia entre ellas dos—. ¿Qué tal eso?

Viktoria arruga la nariz. —Tenía algo más en mente: la verdad.

Rayne suspira. —¿Qué verdad? No tengo nada que ocultar.

—Entonces, dime de dónde sacó tu madre ese collar.

Viktoria cruza la habitación y alcanza el relicario. Rayne se mueve para alejarse, pero Viktoria toma el collar en su mano y lo voltea. La luz de la sala principal se refleja en el baño de oro de la parte posterior.

Me muevo para ver mejor las líneas grabadas en el oro. Al principio, parece una tosca serie de

cortes desgastados por décadas de uso.

Pero entonces la imagen toma forma.

—¿Qué? —pregunta Rayne, quitándole el collar de las manos a Viktoria y tratando de ver mejor la parte de atrás—. ¿Este grabado? Ese es solo el nombre del joyero o algo así. No significa nada. En realidad, mi mamá lo obtuvo de su amante, así que quizá perteneciera a otra mujer. Quizás esas sean sus iniciales.

—O las de él —miro a Viktoria. Veo el comienzo de la comprensión aparecer en su rostro.

Rayne todavía no tiene ni idea. —Tal vez. Pero no sé quién era, así que…

—Viktoria lo sabe —paso un brazo alrededor de los hombros de Rayne y la giro para que me mire—. Dijiste que ese collar se lo dio a tu madre el hombre con el que tuvo una aventura. El hombre que es realmente tu padre.

—Sí —Rayne mira de mí a Viktoria, que se queda sin palabras por primera vez en Dios sabe cuánto tiempo—. ¿Qué está sucediendo?

Viktoria se aclara la garganta. —Ese grabado es… es el escudo de la familia Kozlov. Las letras K, Z y V se superponen. Ese collar pertenecía a mi abuela. Cuando murió, se lo dio a mi padre. Él se lo debía haber dado a tu madre.

Rayne se queda completamente quieta. Se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos. —Espera… su padre es…

—El tuyo —asiento con gravedad mientras la verdad se asienta—. Leonid Kozlov.

RAYNE

—No —sacudo la cabeza en señal de negación antes de que pueda siquiera procesar lo que Kirill está diciendo—. No, no, eso no es… Eso es ridículo. Hay algún tipo de…

Kirill me abraza mientras explica. —Leonid me dijo que le dio a su amante favorita una muestra de su amor. Existe la posibilidad de que todo esto sea un malentendido… pero no lo creo.

—Leonid es… —sacudo la cabeza de nuevo—. ¿Mi mamá se acostó con *Leonid*?

De todo, eso es lo que mi mente capta. Incluso en su juventud, no puedo imaginarme a Leonid sin ser una serpiente viscosa. ¿Qué pudo haber visto mi mamá en esa sonrisa falsa y ese cabello peinado hacia atrás?

Un escalofrío recorre mi espalda. —Dios. ¿Qué diablos hacía en su círculo de todos modos? Tenía dos hijas en casa. ¡Y un marido!

Kirill se aleja y me mira. Sus ojos verdes están llenos de preocupación. —¿Estás bien?

—Estoy en shock —admito—. Por todo. Todo. Este día ha sido una gran revelación tras otra —lo miro con timidez—. Sin embargo, no todas son malas revelaciones.

Ni por asomo.

Mezclado con la confusión sobre el collar, Leonid y el horror del ataque de Sasha está el calor en mi estómago que crece en intensidad cada segundo que paso en presencia de Kirill. Pronto, ese sentimiento quemará a los demás, incinerándolo todo excepto el hecho de que soy la mujer que ama.

¿Es necesitado si le pido que me lo recuerde todos los días por el resto de nuestras vidas?

El resto de nuestras vidas desencadena en mí una especie de pánico existencial y tengo que respirar profundamente para frenar el ritmo de mi corazón. La ceja de Kirill se arquea con curiosidad, pero rezo para que no pregunte. No tengo idea de qué tipo de discurso cursi y largo saldría de mi boca en este momento.

—¿Pueden dejar de mirarse con amor a los ojos y concentrarse? —espeta Viktoria.

La expresión de Kirill se tensa, pero no mira en su dirección. —Siéntete libre de irte en cualquier momento, Viktoria. Nadie te pide que te quedes.

—No me iré hasta que descubra qué carajo está pasando aquí. De repente tienes una hija —señala con el dedo a Kirill—. ¿Desde cuándo? ¿Y tengo una hermana? Creo que es hora de compartir con la clase lo que está pasando.

Parpadeo tontamente hacia ella. —Dios mío. Tienes razón.

—¡Sé que tengo razón! Nadie explica nada y…

—No —sacudo la cabeza—. Quiero decir, si Leonid es mi padre, entonces eso te convierte en mi hermana.

Eso, más que casi cualquier otra cosa, es lo que me revuelve el estómago. Siempre he tenido una relación tensa con mis hermanas, pero fue porque Lana y Alexis eran mucho mayores que yo y por mi drama con nuestro papá (en realidad, el papá de *ellas*, pero es demasiado complicado entrar en eso). No fue porque fueran chicas ricas, insensibles y conspiradoras con una moral sesgada y un complejo de superioridad.

—Supongo que sientes algo por las mujeres Kozlov, Kirill —la risa de Viktoria es brutal—. Qué dulce de tu parte mantenerlo en la familia. Supongo que, después de todo, Papi obtendrá esa alianza.

—Espera. Ya va —extiendo mis manos para intentar frenar el giro de Viktoria—. Todavía estoy tratando de comprender las implicaciones de todo esto.

Viktoria suspira, frustrada. —¿Qué hay que entender? Eres una Kozlov. Papi ha tenido tantas amantes que seguramente se equivocaría con el condón un par de veces, ¿verdad? Eres la hija bastarda de un líder de la mafia. Felicidades. Estoy segura de que hay una docena más de donde viniste.

Hubo un momento en mi vida en el que habría dado cualquier cosa por tener otro papá. Específicamente, quería al papá de Chloe Yang. Ella estaba en mi clase de tercer grado y su papá la llevaba a la escuela en su motocicleta y almorzaba con ella en la cafetería los días de “Trae a tu Papá al Almuerzo”. Llevaba jeans en lugar de pantalones caqui y siempre le guiñaba un ojo a Chloe durante las obras y actuaciones de la escuela.

Nunca en un millón de años me habría imaginado a alguien como Leonid sentado entre el público mientras yo cantaba en coro sobre “Los Cincuenta Gran Estados de los Estados Unidos”. Preferiría que el asiento reservado para mi padre estuviera vacío antes que verlo a él sentado allí.

Por eso es que hago lo que hago a continuación.

—No —me apresuro a desenganchar el collar que llevo alrededor del cuello. Puedo sentirlo arder donde una vez estuvo contra mi piel—. Soy la hija de Miriam Garner. Soy la hija de Kenneth Garner. No soy, de ninguna manera, la hija de Leonid Kozlov.

Viktoria pone los ojos en blanco. —Díselo a tu ADN.

—¡Al diablo con mi ADN! —respondo—. La familia es una elección. Preferiría morir ahora mismo antes que elegirlos a ti y a tu padre como mi familia —antes de que pueda pensarlo, empujo el collar en dirección a Viktoria—. Tómalo.

Viktoria lo alcanza, pero Kirill le aparta la mano. Se mueve entre nosotros, agarrando mi barbilla

para forzar mis ojos a los suyos. —Rayne. Piensa en esto por un segundo.

—No necesito hacerlo.

—Esto era de tu madre —Kirill cierra su mano alrededor de la mía, sellando el relicario contra mi palma. El borde muerde mi piel—. La amabas. Esta es una de las pocas cosas suyas que te quedan.

Suavemente quito su mano de la mía y dejo que el collar quede plano en mi palma abierta. —¿Dijiste que Leonid te dijo que le dio este collar a su amante favorita?

Kirill asiente. —Dijo que sus sentimientos por ella se convirtieron en un inconveniente. Tuvo que dejarla ir antes de perder todo lo que había construido.

—Así que supuestamente él la amaba, pero no lo suficiente como para sacrificar nada por ella —digo—. No lo suficiente como para descarrilar su vida de la misma manera que ella descarriló la suya. Mi mamá pensó que este collar era un símbolo del amor de Leonid por ella, pero en realidad es un símbolo de cuánto más se amaba a sí mismo.

Ahora que tengo todos los hechos, está claro que mi papá hizo el verdadero sacrificio. Tenía la verdad desde el principio. Podría haberme dicho que mi mamá lo engañó y quién era mi verdadero papá. En cambio, hizo todo lo posible por estar presente para mí a pesar de que le recordara la traición de mi mamá. Más importante aún, guardó el secreto para asegurarse de que mi mamá no me perdiera de la misma manera que los perdió a él, a Lana y a Alexis.

Ese es un verdadero sacrificio.

—¿Estás segura de esto? —pregunta Kirill.

—Estoy segura. Mi mamá no tenía fuerzas para ver a Leonid tal como era realmente. No tenía fuerzas para quitarse el collar y seguir adelante. Pero yo sí —una vez más, empujo el collar en dirección a Viktoria—. Esto es tuyo.

Viktoria toma el collar y pone los ojos en blanco. —Me alegro mucho de haber estado aquí para presenciar este emotivo triunfo. Qué sesión de terapia más exitosa.

Le hago señas hacia la puerta. —Una vez más, nadie te pidió que vinieras aquí.

—Vale. Me fui —dice—. Pero ten en cuenta que ahora tengo un secreto tuyo bastante grande. Un poco de respeto será de gran ayuda para asegurar que mantenga la boca cerrada.

Antes de que pueda siquiera articular una respuesta, Kirill avanza y se eleva sobre Viktoria. Tiene que inclinarse hacia atrás para verle la cara.

—Un pequeño accidente también contribuiría en gran medida a mantener la boca cerrada —gruñe—. Las mujeres muertas son las mejores guardando secretos.

Viktoria traga saliva nerviosamente, pero su expresión permanece impasible. —Tranquilo, enamorado. Puedo guardar un secreto. Tú lo sabes.

—Asegúrate de hacerlo —gruñe—. Este no es tuyo para contarlo.

Guarda el collar en su bolso y levanta las manos en señal de rendición. —Considera todo esto

como olvidado. Todo. El secreto. Ustedes dos. Si estás dispuesto a matarme por ella, entonces… estoy jodidamente acabada. No te seguiré más, Kirill.

—Ya era hora —dice. Creo que capto un atisbo de cariño en su voz. Entiendo. Viktoria es solo una víctima de este sistema. Está haciendo lo que su papá le dijo. Kirill lo entiende, aunque no le guste.

—¿Mi papá quiere un heredero de su legado? Tendrá que acostumbrarse a la idea de que ya la está mirando. No voy a tolerar a más hombres gilipollas.

Viktoria nos da una última mirada antes de darse vuelta y regresar a la fiesta, dejándonos solos nuevamente.

La sigo mirando. —Vaya. Qué noche extraña.

Kirill se encoge de hombros. —Me temo que es lo normal.

Me río entre dientes. —¿Es esto a lo que tengo que acostumbrarme? ¿Ataques, discursos públicos y secretos familiares resucitados?

—¿Quieres acostumbrarte? —su brazo rodea mi cintura, sosteniéndome contra él.

Caigo en su cuerpo sin resistencia. Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica, latiendo con un nuevo tipo de adrenalina. —¿Es eso una oferta?

—¿Seguirás respondiendo mis preguntas con preguntas?

—Tú empezaste.

Él inclina la cabeza y me da un beso en la frente. —Culpable. Quiero decir, llegaste tarde en tu primer día de trabajo. Debería haberte despedido entonces y cortar todo esto en el paso.

—¿Quién sabe dónde estaríamos ahora si lo hubieras hecho?

—Quién sabe, en verdad —murmura con nostalgia.

Sé que está pensando en su hermano. Hace mucho que me perdoné por mi participación en la muerte de Ilya, y sé que Kirill también. Pero igual lo abrazo un poco más fuerte.

De repente, sonríe. —No habría Yuliana.

Mi garganta se atasca. La idea de los últimos cinco años sin mi hija es incomprensible. ¿Qué habría hecho yo si no la estuviera cuidando?

—Qué mundo tan terrible sería ese —digo.

—Lo sé por experiencia —antes de que la culpa pueda asentarse en mi pecho, Kirill me mira fijo a los ojos—. Puedo perdonarte por mantenerla en secreto mientras esté en su vida continuamente a partir de este momento.

—¿En serio? ¿Quieres eso? —pregunto—. Porque, créeme, sé lo difícil que es ser padre. No es una responsabilidad pequeña. Entendería si al principio dudaras en decirle quién eres. Ya sabes, en caso de que cambies de opinión.

—Rayne —Kirill sacude la cabeza—. ¿Cambiar de opinión? ¿Sobre Yuliana? Nunca. De ninguna manera.

Mi corazón se hincha de esperanza, pero el nuevo tamaño está abarrotando el secreto que he guardado en un rincón de mi pecho. Pica incómodamente. Sé que, si no se lo digo a Kirill ahora, siempre me arrepentiré.

Lamo mis labios y respiro profundamente. —Sin embargo, deberías saber… sobre Yuliana. Bueno, te he ocultado algo. Ni siquiera sé si es un secreto per se. No he podido llevarla a ver a un especialista ni nada por el estilo, así que no lo sé, pero creo…

Kirill toma mi cuello y su pulgar acaricia mi mandíbula. —Lo sé.

Frunzo el ceño y lo miro fijo. —¿Qué sabes? No… no he terminado todavía.

—Pero lo sé —dice—. Me di cuenta. Lo noto todo.

Lo miro fijo, esperando que tenga razón. Oro porque ya lo sepa. Me ahorraría la molestia de tener que expresarlo con palabras.

—Cuando Ilya era pequeño, no alcanzaba los mismos hitos que los demás. Sonreír, caminar, hablar… llegó tarde a todos ellos. Por eso mi papá fue tan bastardo con él —dice con los dientes apretados—. No creía que Ilya valiera nada porque no era “normal”. Lo que sea que eso signifique.

Asiento, tratando de acomodar el martillo neumático en mi pecho.

—En el momento en que conocí a Yuliana —dice Kirill, colocando un mechón de cabello detrás de mi oreja—, vi a Ilya en ella. En sus ojos y sus mejillas llenas. En la forma en que enterró su rostro contra ti. Incluso en la forma en que tenía miedo de hablar conmigo, pero luego iba directo al meollo del asunto cuando lo hacía. Todo eso me hizo pensar en mi hermano.

Kirill me seca una lágrima de la mejilla. No me di cuenta de que estaba llorando. Pero lágrimas de felicidad corren por mi rostro. —¿Lo hizo?

—Así fue —confirma—. Puede que de vez en cuando sea un frío hijo de puta, pero ningún diagnóstico, nada, me haría amar menos a Yuliana.

El alivio que siento no se parece a nada que haya experimentado jamás. El peso que he estado cargando… innecesariamente, al parecer… ha desaparecido.

—Debí habértelo dicho de inmediato —me limpio las mejillas—. Debí habértelo dicho el día que la conociste. Pero tenía miedo de… Bueno, eso es todo. Tenía miedo.

—No tenías nada que temer.

—Tenía miedo de que te fueras de nuevo. Kirill, yo… —mi voz se entrecorta y la emoción se aprieta en mi pecho y garganta. Tengo que tragármelo—. Te esperé durante tanto tiempo. Incluso cuando no sabía que estaba esperando, lo hacía.

—Nunca debí haberme ido —dice—. Fue un error dejarte atrás. Así como fue un error mantener a Ilya encerrado todos esos años —parpadeo hacia él en estado de shock y él me da una sonrisa triste—. Sí, sí, admito que me equivoqué. No te acostumbres. Es solo que, cuando se trataba de

mantener a Ilya a salvo, pensé que lo mejor sería mantenerlo alejado de otras personas. Todo lo que otras personas habían hecho alguna vez fue lastimarlo. Así que pensé que era lo mejor. Pero ahora, al ver a Yuliana interactuar con el mundo, me doy cuenta de cuánto tiene para dar. Cuánto tenía para dar Ilya.

—Hiciste lo mejor que pudiste por él, Kirill. Realmente lo hiciste. Ilya vivió una buena vida. Si alguna vez te hice sentir que le fallaste, lo siento.

Niega con la cabeza. —Me abriste los ojos, Rayne. Me hiciste… me *haces*… querer más para mí. Más del mundo. Nunca pensé que tendría una familia como esta. Me imaginé que seríamos Ilya y yo contra el mundo. Nunca imaginé vivir una vida llena de amor. Pero aquí estoy. Viviéndola.

—Me amas —le digo. En realidad, no es una pregunta. Solo digo el estribillo en voz alta.

—Pensé que lo había dejado bastante claro hoy en mi oficina.

Me limpio las mejillas de nuevo y me río. —Lo hiciste. Pero no dejé claro cómo me siento.

Su expresión es plana, pero sus ojos brillan. Nunca entendí lo que significaba "sonreír con los ojos", pero Kirill lo está haciendo ahora. Sus ojos verdes bailan en la penumbra y la alegría irradia de él.

—Dímelo.

Me muevo lenta y decididamente y agarro la parte delantera de su camisa con ambas manos. Apenas soy lo suficientemente fuerte para controlarlo, pero Kirill me deja arrastrarlo a mi nivel. Miro fijamente sus ojos verdes… los ojos verdes que le dio a nuestra hija… y sonrío.

—Te amo, Sr. Zaitsev. Te amo, joder.

El rostro de Kirill se divide en una amplia sonrisa. Cuando me empuja contra la pared, los pensamientos sobre Sasha y lo que casi sucedió en esta habitación están a un millón de millas de distancia.

Solo está esto.

Solo está él.

Solo estamos nosotros.

EPÍLOGO: RAYNE

UN AÑO DESPUÉS

Antes de que mis ojos se abran, estiro un brazo sobre la cama. Medio dormida, todavía lo estoy buscando. Los recuerdos de anoche regresan a mí como destellos de un sueño.

Kirill sin camisa, llevándome a la cama.

Mis piernas enganchándose sobre sus hombros y su boca sobre mi piel.

El sonido que hizo cuando nos juntamos.

Una sensación cálida revolotea en mi estómago. No me importa la hora que sea… estoy lista para la segunda ronda. Pero, cuando abro los ojos, el cuerpo sin camisa de Kirill no está a mi lado. La cama está vacía.

—¿Kirill? —me siento, entrecerrando los ojos hacia el baño oscuro. Huelo su gel de baño, pero la ducha no está abierta.

Inclino mi cabeza hacia la puerta, escuchando los sonidos de Yuliana levantada y preparada para el día. Noches como la de anoche son sin duda un momento destacado de tener a Kirill en nuestras vidas, pero uno de los mayores cambios ha sido el hecho de que alguien más puede levantarse con Yuliana por la mañana. De hecho, puedo dormir hasta tarde de vez en cuando.

En realidad, soy la única que puede dormir hasta tarde. Yuliana parece decidida a que Kirill recupere los cinco años que perdió. Todas las mañanas entra a nuestra habitación y le ruega que se levante y desayune con ella.

—Vamos, Papi —dice, tirando de su brazo—. Es hora de la mañana.

Gime y refunfuña, pero todos sabemos que le encanta. El hombre no puede pasar suficiente tiempo con su hija.

Me deslizo fuera de la cama y camino por el suelo. A petición mía, Kirill reemplazó los pisos de baldosas de las habitaciones con alfombras para hacerlas más hogareñas. A cambio, tuve que dejarlo colgar un televisor odiosamente grande en la pared de nuestra sala. Al parecer, “los proyectores no tienen la misma calidad de imagen que una pantalla normal”. Teniendo en cuenta cuántas noches hemos pasado amontonados en el sofá, con una montaña de dulces entre nosotros, mientras miramos una película, debo admitir que no me importa el acuerdo.

—¿Hola? —llamo mientras avanzo por el pasillo. Olvidé ponerme la bata, así que no llevo nada

más que mis pantalones cortos de pijama de seda y una camiseta sin mangas a juego. Kirill se volverá loco si me encuentro con German así otra vez. No apreció cuánto apreció su mejor amigo la vista la última vez. Al estilo típico de German, fue desagradable durante una semana por eso.

—Le estaría bien merecido a Kirill —murmuro en voz baja—. Eso es lo que le pasa por dejarme sola en la cama.

—Esta casa tan grande te está volviendo loca. Estás hablando sola.

Me doy vuelta y veo a Lana sentada en la sala de estar. Tiene un libro abierto en su regazo y una taza de café humeante en la mano.

—¿Has visto a Kirill?

—Está afuera con los niños —inclina la cabeza hacia las ventanas del suelo al techo. Desde el pasillo solo puedo ver el océano. Pero, cuando cruzo la habitación y me acerco al cristal, puedo ver a Kirill lanzando un frisbee con Yuliana y sus primos Lily y Brady, en la playa de abajo—. Ese hombre es un tesoro.

—¿Eso crees? —pregunto.

Por supuesto que ya lo sé, pero es bueno escuchar a Lana decirlo. Me di cuenta de que no estaba tan segura la primera vez que ella y los niños vinieron a quedarse con nosotros. Sobre todo porque pensó que estaba loca por mudarme con Kirill tan pronto después de convertirme en pareja “oficial”. Pero Kirill le empezó a gustar durante el último año. Es lo que él hace mejor.

Ella silba. —Él estaba despierto incluso antes que yo. Hizo gofres desde cero, y luego llevó a todos los niños a jugar para que yo pudiera tomar un café. Ese hombre es un santo.

—No voy a discutir contigo.

Cuando me alejo de la ventana, Lana me sonríe. Yo entrecierro los ojos, suspicaz. —¿Qué?

—¿Qué de qué? —pregunta, toda inocente.

Hago un círculo con mi dedo frente a su cara. —Eso. ¿Qué pasa con esa sonrisa tonta?

—¡Grosera! ¿Y si esa es solo mi cara?

—Conozco tu cara, Lana. Me estás ocultando algo. ¿Qué es?

Pone los ojos en blanco. —Estaba pensando que… estoy muy orgullosa de ti.

Gimo con falsa vergüenza, incluso cuando sus palabras envían una cálida ola de gratitud a través de mí. —Ay, Dios. Es demasiado temprano para ponerse cursi, Lana. No quiero emocionarme.

Me golpea suavemente con el cojín del sofá. —No tenemos que emocionarnos. Es un hecho frío, duro y desapasionado. Has hecho grandes cosas con tu vida. Tienes una familia hermosa y una casa increíble. Tienes a alguien que te ama y quiere cuidar de ti. Es admirable. Mentiría si dijera que no estoy celosa.

—Tú también encontrarás a alguien así, Lana. Y tienes a Brady y Lily. Son increíbles.

—Lo mejor —asiente con una sonrisa tierna—. Estoy muy orgullosa de lo lejos que has llegado. No sé si tengo derecho a estar orgullosa. Dudé de tus decisiones a cada paso del camino.

—Aprecio que reconozcas lo molesta que eras.

Se ríe. —Sí. Pero solo porque te amaba. Porque quería lo mejor para ti. Y ahora… mírate.

—Mírame. Conviviendo con el papá de mi bebé en su casa de la playa. Soy el sueño de todo padre, ¿no?

—Oye —Lana me patea la rodilla, con una expresión seria en su rostro—. Sabes que Papá también estaría orgulloso de ti. Lo hizo tan feliz que pudieran aclarar las cosas entre ustedes antes de que él falleciera.

Han pasado diez meses desde que falleció Papá. El día después de entregarle a Viktoria el collar con relicario de mi madre, llamé a mi papá.

—*Estés de acuerdo conmigo o no, eres mi papá* —le dije—. *Eres el papá que he conocido toda mi vida y eres el papá que elegí cuando tuve la opción. Así que… lidia con ello.*

No fue exactamente un discurso elegante, pero después de una larga pausa, estuvo de acuerdo. —*Vale.*

Eso fue todo.

Yuliana y yo lo visitamos unas cuantas veces más antes de que el cáncer comenzara a apoderarse de él. Al final, fui sola, de pie junto a su cama con Lana y Alexis mientras las máquinas a su alrededor pitaban cada vez con menos frecuencia. Cuando falleció, lloré y consolé a mis hermanas, pero no hubo remordimiento. Ninguna mala voluntad. Eso es todo lo que realmente podría pedir.

—Todavía no puedo creer que me hayas dado tu parte de la herencia que dejó Papá —dice Lana —. Podrías haberlo guardado para Yuliana.

Hago un gesto alrededor de la magnífica sala de estar con espectaculares vistas a la playa. —Tienes razón. Ella crecerá muy necesitada sin ese dinero.

—Sabes lo que quiero decir —espeta ante mi sarcasmo—. Era tu dinero.

—No lo necesitaba. Y, cuanto más independiente seas financieramente, más podrás concentrarte en encontrar un buen chico al que ames.

—¿Te preocupa que me convierta en una cazafortunas o algo así? —pregunta, arqueando una ceja en señal de desafío.

La miro directamente a los ojos. —Eso es exactamente de lo que tengo miedo.

—¡Tú y Alexis no tienen fe en mí! —protesta—. Créeme, aprendí la lección sobre casarme con un hombre por su dinero. Saqué a Lily y Brady del trato, así que no fue un error. Pero no es algo que planee repetir pronto.

—Me alegra oírte decir eso. Algunas mujeres no son tan sabias.

Me viene a la mente Viktoria Kozlov. Aunque supongo que ahora es Viktoria Lenin.

Cuando la invitación de boda de Sasha y Viktoria llegó por correo seis meses después de que los vi por última vez en la fiesta, Kirill la colgó en el refrigerador.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté—. No iremos a eso, ¿verdad?

Él resopló. —Dios no. Solo quiero tener otro recordatorio visual de la enorme bala que esquivé.

—¿Necesitas un recordatorio de que tomaste la decisión correcta? ¿No es suficiente verme?

Kirill me miró, fingiendo considerar la pregunta. —Quítate la ropa. Tal vez eso ayudaría a refrescar mi memoria.

Le di una palmada en el brazo, pero al cabo de diez minutos ya me había quitado la ropa y nos recordábamos con entusiasmo lo afortunados que éramos.

—Asco. Ahora eres tú quien tiene la sonrisa tonta —Lana se estira y empuja mi pierna con su pie —. ¿Qué estás pensando?

Me aclaro la garganta y los pensamientos sucios rápidamente. —Nada.

—¡Mentirosa! Estabas pensando en tu cita de esta noche con Kirill. Estabas pensando en follártelo en su yate.

—¿Follar? ¿En serio? Suenas como Alexis.

—Eso es porque eso fue lo que dijo Alexis cuando le dije que cuidaría niños esta noche para que ustedes dos pudieran salir en su yate.

Pongo los ojos en blanco. —Qué maduras son mis dos hermanas mayores. Qué modelos a seguir.

—Oye, no puedes avergonzarme, hermanita. Eres tú la que se sonroja a las ocho de la mañana pensando en su novio. Faltan diez horas para la cita. Mantenlo en tus pantalones.

Le devuelvo la almohada, pero no se equivoca. Todavía queda mucho día por delante y necesito ir a darme una ducha. Una ducha muy fría.

~

Hago lo mejor que puedo para tapar mi bostezo con la mano, pero Kirill igual lo ve. Él ve todo.

—La noche es joven. Incluso te dejé dormir hasta tarde esta mañana —dice—. ¿Cómo sigues cansada?

Mientras se queja, me pone una manta de franela alrededor de las piernas. Aunque apenas la necesito con él a mi lado. La brisa del océano abierto es fría, pero Kirill es un calentador incesante. Quiero meterme debajo de su ropa y pegarme a su calor.

—¡Fue un día ocupado! No tienes idea de lo exigentes que fueron Lily y Yuli con sus manicuras. Tuve que rehacer cada una de ellas dos veces porque no estaban a la altura.

—Yuliana ciertamente sabe cómo perseguir lo que quiere —Kirill ni siquiera intenta ocultar el orgullo en su voz. A sus ojos, Yuli no puede hacer nada malo.

—¡En mi detrimento! —levanto ambas manos, mostrando el esmalte de uñas en las puntas de mis dedos. Realmente, eso fue mi culpa. Me temblaban las manos, así que tuve que quitarles mucho esmalte extra de la piel. Las niñas tenían razón al quejarse.

Kirill se inclina hacia adelante y besa cada una de mis palmas. Luego, junta mis manos y las mete entre su brazo y su caja torácica. —Tus manos están frías.

—*Estaban* frías —corrijo—. Ahora están perfectas.

Sonríe y nos sentamos y apreciamos la forma en que el cielo cambia del rojo rubí al morado y al azul aterciopelado. En el agua, el cielo cobra vida. De hecho, podemos ver las estrellas titilando cuando el sol se pone y la oscuridad total se posa sobre nosotros como una manta pesada.

—Esto es agradable.

Mi cabeza descansa sobre su pecho y asiento. —Me encanta estar en el barco.

—Eso también es agradable —dice Kirill—. Pero estaba hablando de la vida. Nuestra vida. Es agradable, ¿no?

Una risa de sorpresa brota de mí. —Em… ¿Sí? Por supuesto que es agradable.

—Lo dices como si fuera un hecho. Pero mucha gente no tiene una vida agradable. Tomemos a Sasha y Viktoria, por ejemplo —Kirill se estremece de exagerado disgusto.

—Supongo que cada uno tiene sus razones para quedarse.

Kirill me empuja suavemente hasta sentarme y me gira para mirarlo. Me quejo con un gemido, pero él me ignora. —¿Cuál es tu razón para quedarte?

Le frunzo el ceño. —¿Qué?

—¿Cuál es tu razón para quedarte conmigo?

Hace un segundo, estaba acostada sobre el pecho de Kirill, a punto de quedarme dormida. Ahora prácticamente está rebotando en su asiento. Está casi alegre, aunque nunca pensé que usaría esa palabra para describirlo.

—Hay un millón de razones. Demasiadas para enumerarlas.

—Entonces nombra algunas.

Reprimo una sonrisa. —Vale. Bueno, la primera y más obvia razón es que eres increíble en la cama.

Kirill asiente con seriedad. —Por supuesto. Eso tiene sentido.

—Estaba bromeando —me río, dándole una palmada en el brazo—. Vale. La verdadera primera razón es que eres mi mejor amigo. Además, eres un gran padre. Y una gran pareja.

—Son tres, pero son buenas, así que las permitiré.

—Creo que sí —toco su muslo—. Tu turno. ¿Por qué te quedas conmigo?

No duda cuando responde. —Porque hay tres cosas más que quiero hacer juntos y que aún no

hemos terminado.

—¿Ah?

—Hay tres cosas más que quiero hacer juntos —repite—. Tengo la intención de llevarlas a cabo.

Definitivamente es algo que aprendí sobre él durante el último año. Cuando Kirill tiene una idea, la lleva a cabo hasta el final. Yo estoy feliz de cambiar los colores de la pintura durante semanas, pero Kirill quiere pasar de la A a la Z de la manera más eficiente posible. Eso es lo que lo convierte en un líder tan bueno.

Asiento, de repente dudosa. —Bien. Pero eso es algo extraño para decir sobre una relación. ¿Es esta tu manera de decirme que planeas irte pronto? Tres cosas no son muchas.

Después de un año juntos, pensé que había superado el miedo de que Kirill me dejara. Al parecer, sigue ahí, enterrado bajo los últimos doce meses de amor y buenos momentos.

—Solo suena así porque no sabes qué son.

—Entonces, ilumíname antes de que me dé un infarto, por favor y gracias.

—Vale —Kirill se levanta y se mete las manos en los bolsillos—. Empezando con la última. Número tres, quiero morir contigo.

—Ay. Qué macabro. Aunque igual es un poco dulce.

—Mi especialidad.

—¿El resto de también es macabro?

—Silencio. No terminé —Kirill levanta dos dedos—. Número dos, quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Al instante, mi garganta se contrae. Presiono una mano contra mi pecho y lucho contra una repentina avalancha de lágrimas. De todos modos, últimamente he estado muy emocional, así que este tipo de charla dulce no me está haciendo ningún favor.

—Kirill —digo efusivamente—, ¡eso no es nada macabro! Eso es realmente dulce.

—Me alegra que estés de acuerdo —las luces alrededor del borde del bote se reflejan en sus ojos verdes, y una sonrisa se dibuja en su rostro cincelado mientras se arrodilla frente a mí—. Entonces, hasta donde yo lo veo, la mejor manera de asegurar que los números dos y tres sucedan es preguntarte el número uno: Rayne Garner, ¿te casarías conmigo?

En el momento en que su rodilla golpea la cubierta del yate, las lágrimas me ciegan. Lloriqueando, me levanto de mi asiento y le rodeo el cuello con los brazos.

Kirill, siempre firme y fuerte, está tan sorprendido que se tambalea hacia atrás. Le toma un segundo recuperar la estabilidad y devolverme el abrazo.

—¿Es eso un “sí”? —se ríe, frotándome la espalda.

Agarro su rostro y beso toda su boca una y otra vez, solo me detengo cuando finalmente siento que tengo control sobre mis cuerdas vocales nuevamente.

—Sí —jadeo, secándome las lágrimas de las mejillas—. Sí, Kirill, me casaré contigo.

Pasa sus pulgares por mis mejillas. —Estás llorando muchísimo para alguien que está emocionada de casarse.

Le hago un gesto para que lo olvide. —Son solo las hormonas.

Kirill se queda quieto. —¿Las qué?

Ignoro la pregunta y sigo hablando. —Lo único que queda por decidir ahora es cuándo casarnos. Podemos hacerlo antes o después del bebé, pero si lo hacemos antes tiene que ser pronto. No quiero usar un vestido de novia con panza.

—¿Qué? —pregunta de nuevo, aunque estoy segura de que esta vez captó el anuncio—. ¿Cuándo te enteraste? ¿Cómo me lo ocultaste?

Sus manos recorren todo mi cuerpo como si pudiera encontrar las respuestas a sus preguntas escondidas en algún lugar de mi piel. Pero, si ese fuera el caso, ciertamente las habría encontrado cuando bajamos a cubierta después del postre antes.

—No lo sé, Sr. No-Me-Pierdo-Nada —bromeo—. Pensé que ibas a descubrirlo cuando casi vomité al ver ese sushi hace dos noches.

Los ojos de Kirill se agrandan y se golpea la frente con la palma de la mano. —Debería haberlo descubierto. Te encanta el sushi.

—Me encantaba —corrijo—. Actualmente es el enemigo número uno. Incluso pensarlo me da nauseas.

Él se ríe y me acerca. —Joder. ¡Tendremos un bebé! Otro bebé. Santo… no puedo creerlo.

Beso su mejilla. —¿Sabes lo que no puedo creer? Que me propusieras matrimonio sin anillo.

—Maldita sea, sabía que había olvidado algo —Kirill busca en su bolsillo trasero y saca una caja negra. Nunca lo había visto tan nervioso en mi vida. Es adorable—. Lo olvide por completo. El símbolo de nuestro amor es una parte bastante importante de la propuesta. Pero en la emoción y el…

Se mueve para abrir la caja, pero, antes de que pueda, apoyo mi mano sobre la suya. —Espera.

—¿Qué? —frunce el ceño.

—No puedo esperar a ver qué anillo escogiste para mí, pero no importa lo maravilloso que sea, ese anillo no es un símbolo de nuestro amor, Kirill —me arqueo hacia su calidez y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello—. Tú y yo. Yuliana y nuestro nuevo bebé. *Ese* es el símbolo de nuestro amor. La vida y la familia que hemos construido es el símbolo de nuestro amor. Y eso nadie nos lo puede quitar.

Kirill desliza lentamente la caja del anillo nuevamente en su bolsillo y luego desliza sus enormes y cálidas manos debajo del dobladillo de mi camisa para posarse sobre mi piel. El aire entre nosotros hormiguea de energía. Tengo la sensación de que no veré ese anillo hasta dentro de al menos una hora.

—Te amo, Rayne —susurra, besando mi mandíbula.

Engancho una pierna sobre su cadera y le susurro—: demuéstramelo.



Epílogo Extendido: Kirill

Cinco Años Después

La historia continúa cinco años en el futuro. ¡Mira cómo ha crecido y cambiado la familia de Kirill y Rayne en este Epílogo Extendido especial!

DESCARGA EL EPÍLOGO EXTENDIDO AQUÍ